Virginia Woolf

DE VIAJE

Traducción de Patricia Díaz Pereda

Nórdica libros

Virginia Woolf

De viaje

Anexo a la teoría sexual

Edición y traducción de

Patricia Díaz Pereda

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

ANTES DEL VIAJE

Virginia Woolf, de soltera Stephen (1882-1941), una de las grandes novelistas en lengua inglesa, fue además ensayista, crítica literaria y editora. ¿Podríamos añadir a estos títulos el de «viajera»? No, si entendemos por ello a alguien que hace del viaje un modo de vida o uno de sus principales objetivos vitales. Tampoco la podríamos incluir en la categoría de «escritora de viajes»: aquellos y aquellas que toman notas sobre el terreno y luego nos ofrecen un libro en el que narran las vivencias y anécdotas de su periplo, las descripciones de lugares y gentes, la gastronomía, los hoteles y los medios de transporte. No, Virginia Woolf nunca fue una escritora de viajes, fue una escritora a quien le gustaba viajar y disfrutaba con ello, como cualquiera de nosotros viajamos en nuestro tiempo libre y gustamos de observar y sentir todo aquello que es diferente a lo que estamos acostumbrados, ya sea en nuestro país o fuera de él. Virginia nunca escribió un libro de viajes y sentía cierta desconfianza por este género literario: no quería aburrirse con el relato ni aburrir a sus corresponsales. Pero, cuando estaba de viaje, escribía su diario y también cartas a su hermana y amigos; a menudo el lector encontrará frases en las que advierte a sus corresponsales que no quiere hacer una guía de viajes, una pequeña Baedecker, o interrumpe sus descripciones —sobre todo de los paisajes— porque le parece que pueden resultar aburridas y no quiere convertirse en una pesada, como lo son tantos turistas que cuentan sus experiencias con prolijidad y cansan a propios y extraños. Además, como escribe en su diario durante uno de sus viajes, tiende a desconfiar de este tipo de narrativa cuando se complace en largas descripciones porque «lo que una registra de verdad es el estado de su propia mente». Claro que describe, pero lo hace de una manera que podríamos llamar impresionista, como un lienzo sin

detalle a base de manchas de color —hay que destacar que tenía un gran sentido del color, como el lector advertirá en estas páginas—.

Este volumen reúne, por primera vez en español, lo que Virginia Woolf escribió cuando estaba de viaje, tanto en su diario como en sus cartas, y ofrece al lector mucho material que no ha sido traducido previamente a nuestro idioma. Su naturaleza es, forzosamente, fragmentaria, pues solo he seleccionado todo aquello relacionado con el viaje y no otras partes de sus textos en los que reflexiona en torno de lo que estuviera leyendo, su propia escritura o los «cotilleos» (así los denominaba) acerca de amigos y conocidos, que sabía divertirían a sus corresponsales y, sobre todo, a su hermana, Vanessa Bell. El libro sigue un orden cronológico y se ha dividido en dos partes: la primera, «Virginia Stephen», abarca el período que va desde 1887 —con una Virginia adolescente— y concluye en 1912, cuando se casó. La segunda, «Virginia Woolf» (sabido es que en Gran Bretaña lo usual es que las mujeres, al casarse, adopten el apellido de su marido), arranca con las cartas que escribió durante el viaje de bodas que emprendió con su marido, Leonard Woolf, pues no retomó el hábito de llevar un diario hasta 1915. En el inicio de cada año, se proporciona un breve resumen de los acontecimientos que se han considerado más significativos para este libro, los viajes que llevó a cabo y algunos otros datos relevantes, como lo que estaba escribiendo, lo que publicó y lo que he considerado que aporta información para el contexto biográfico. También se observará, tanto de soltera como de casada (pero sobre todo en el primer caso), la irregularidad de las entradas del diario, en los que a veces detalla la fecha, el lugar y hasta el nombre del alojamiento, mientras que otras ni siquiera pone la fecha. En el caso de las cartas suele ser mucho más rigurosa.

Asimismo, se percibe una variedad de estilos en consonancia con la época de la vida en que se encuentra o su corresponsal; este volumen se inicia con una Virginia quinceañera, muy naíf, pasa por una joven que quiere soltarse la mano en el oficio de escribir, como por ejemplo cuando estuvo en Wiltshire y se dedicó a escribir breves ensayos acerca de los lugares que visitó o de las gentes de esa zona de Inglaterra, y concluye con una escritora madura que hace su último viaje en 1938 y del cual solo se conservan sus cartas, pues su diario de viaje se ha perdido. El lector de estas páginas asistirá a la evolución tanto de la mujer como de la escritora, a través de una variedad de estilos, desde las descripciones detalladas a las notas lacónicas, casi taquigráficas, de algunos de sus diarios de viaje en los últimos años de su vida. En la traducción no he pretendido «arreglar» o suavizar esas notas secas y apresuradas, evitar repeticiones o añadir verbos cuando no los hay. La propia Virginia ya anotó en 1908 que: «Cuando leo este

cuaderno, lo que hago a veces en una tarde calurosa en Londres, me impacta la rudeza de las frases, el descuido de las descripciones, la repetición de los adjetivos, y enseguida lo sentencio como un trabajo apresurado, pero me excuso al recordar las circunstancias en las que lo escribí». Virginia Woolf nunca quiso ni pensó que su diario y cartas privadas se publicaran alguna vez (en su nota de suicidio, le pide a su marido, Leonard Woolf, que destruya sus papeles); escribió al dictado del momento y de su estado de ánimo, porque, si para ella escribir ficción era una «intoxicación» sin la cual no podía vivir, a falta de ella, la del diario era «la alternativa más encantadora y entretenida». Así pues, en lo que respecta a sus cuadernos de viaje, encontramos un rango que va desde un estilo altamente poético, sobre todo en las descripciones del paisaje natural, hasta uno mucho más pedestre, concreto, y a menudo humorístico. Las cartas tienen un tono distinto, ligero y adaptado al corresponsal y a su relación afectiva con ella o él: tenía muy en cuenta que a su hermana Vanessa, quizá la persona a quien más quiso Virginia, le aburrían las descripciones, cosa que a Ethel Smyth no parece que le ocurriera; no era la misma su forma de escribir a Vita Sackville-West, con quien tuvo una historia de amor, que a viejos amigos como Molly MacCarthy, Roger Fry o Lytton Strachey. Porque, aunque sea siempre la misma sensibilidad, con sus dotes literarias, intelectuales e intuitivas, precisamente por esa riqueza de su pluma, el registro de las novelas es uno, otro el de los ensayos, y otro el de diarios y cartas, aunque su voz siempre es inconfundible. Por otra parte, como se ha señalado, también se puede observar una evolución en su percepción del mundo y de los «extranjeros», desde la Virginia Stephen que se siente muy afortunada por ser inglesa y mira con suspicacia a los meridionales, de quienes le desagradan muchas costumbres, a la que va dando paso a una Virginia Woolf que se siente muy a gusto rodeada de franceses, italianos, españoles y griegos. Como ejemplo, basta comparar su primer viaje a Grecia a los veinticuatro años, con sus hermanos y su amiga Violet Dickinson, con el que realizó con su marido, su amigo Roger y Margery Fry a este país; en el primero, solo fascinada por la Grecia clásica, como buena estudiante de griego y mujer nacida en el seno de la «aristocracia intelectual» inglesa, y, en el segundo, también enamorada de la Grecia moderna, sus paisajes, su clima, sus gentes. El país era prácticamente el mismo, pero su percepción había evolucionado y su mente se había desprendido de muchos prejuicios de clase y nacionalidad.

Si comparamos los viajes que hizo con los del moderno turista occidental, los suyos no fueron lejanos ni exóticos: nunca cruzó el Atlántico ni viajó a otros continentes; no hay constancia de que llegara a subirse en avión (en una época en la que el turismo aéreo aún no estaba desarrollado); en 1932, cuando tuvo la

ocasión de ir a Norteamérica para dar una gira de conferencias, decidió que no le compensaba; tampoco mostró deseos o curiosidad por conocer Ceilán, donde su marido había trabajado seis años como funcionario antes de casarse con ella. Lo más lejos que llegó fue a Constantinopla y su radio de acción fueron Europa y Gran Bretaña. Estas páginas nos revelan que no era una viajera remilgada ni exigente con los alojamientos, la comida, el clima ni cualquiera de los inconvenientes que pueden acechar al viajero. No era amante del lujo, por principio, y una vez que la situación económica del matrimonio se volvió desahogada (sobre todo, gracias a las ganancias de ella con la pluma), los Woolf no tenían por costumbre elegir hoteles lujosos, salvo en algunas ocasiones, y preferían hostales, posadas y pensiones que, a ser posible, no estuvieran invadidas por turistas ni, en el caso del extranjero, por ingleses. Vemos en sus cartas que no solo no se queja, sino que acepta, con estoicismo y buen humor, pensiones que están sucias y donde hay bichos, hoteles donde la calefacción no funciona y la única manera de calentarse es meterse en la cama; baños compartidos; ni el mal tiempo logra arruinar su buen humor (aunque como buena inglesa, tenía la necesidad periódica de sol y buen tiempo), ni tampoco las comidas mediocres. Aunque sabemos por ella misma (casi al final de su vida, escribe en su diario lo poco, en general, que ha disfrutado con la comida) y por otros testigos, como su marido y su sobrino y primer biógrafo, Quentin Bell, que nunca comía demasiado, en estos viajes la vemos disfrutar con las buenas comidas y el buen vino. Nada más lejos de esa etiqueta de «anoréxica» que algunas veces se le ha impuesto con ligereza y poco rigor. Era una viajera entusiasta, estoica y animosa y parte de la diversión del viaje consistía no solo en gozar de paisajes distintos y de obras de arte, sino de la observación de la gente. Un lema o un consejo que se dio a sí misma fue «Observarlo todo». Y eso hace la Virginia viajera, observar a la gente y a ciertos tipos individuales que la impresionan especialmente (hombres y mujeres de cualquier edad y condición); intenta relacionarse, sobre todo en el extranjero, con la gente del país, en Italia, Grecia y Francia, porque ella, que era capaz de traducir el griego clásico sin apenas ayuda del diccionario, y también dominaba el latín, nunca estuvo dotada para las lenguas modernas: leía el francés y el italiano sin dificultad alguna, pero hablarlo ya era otra cuestión. Sus observaciones acerca de las personas que encuentra en el camino son agudas, certeras, a menudo amables, a menudo con la imparcialidad de la escritora que observa con distancia a los personajes y, en alguna ocasión, hay que decirlo, bastante crueles.

De forma similar a lo señalado más arriba respecto a la comida, estos escritos también modifican la imagen de mujer atormentada, enfermiza y depresiva que

la ha perseguido (al menos en España) entre los lectores que solo saben que se suicidó. En su biografía, Quentin Bell nos cuenta que era una persona extremadamente divertida, una gran andarina, como lo fue su padre, Leslie Stephen, y una mujer de gran dinamismo y entusiasmo. Cierto es que padeció un desorden de tipo psicótico y se vio afectada por depresiones y trastornos nerviosos, pero aquí el lector podrá encontrarse con una Virginia Stephen que monta a caballo, en bicicleta, conduce un carrito tirado por un poni, se baña en el mar, o salta arroyos —y a veces se cae en ellos—. Y podrá ver a una Virginia Woolf con un intenso gusto por la diversión, la novedad y un gozo intenso por los viajes: «¡Qué facultad de disfrute tengo!», afirma en varias ocasiones. Los Woolf se compraron su primer coche en 1927 —uno de segunda mano, adquisición que les daría una mayor libertad y autonomía a la hora de viajar— y ella disfrutó con la vida nómada de la carretera y los almuerzos al aire libre en cualquier paraje que les agradara. Ir de ciudad en ciudad, de hotel en hotel («adoro la vida de hotel»), era extremadamente agradable y estimulante para ella, aunque los regresos se le hacían más pesados y solía aburrirse un poco de este ritmo. Virginia Stephen, aunque solía viajar con familia y amigos, también lo hizo sola por Inglaterra, en alguna ocasión llevándose con ella a sus perros. Desde que se casó con Leonard, no volvió a viajar sola, y el único viaje que hizo sin él fue con Vita Sackville-West. Y como ya podía permitírselo, fueron muchos los lugares en donde fantaseó con comprarse una casa y vivir allí una parte del año, tanto en Francia como en Italia; en Grecia le asaltó el deseo de pasar unas vacaciones todos los años en tiendas de campaña con su marido, hermana y amigos; incluso pensó en trasladar su editorial, la Hogarth Press, a Creta. Su vida en Londres era la de una profesional muy ocupada: escribir (ficción, y crítica literaria para el *Times Literary Supplement* y otras publicaciones), leer manuscritos para su editorial, reuniones con los amigos, compromisos sociales y profesionales casi ineludibles… Al viajar, de vacaciones, se sentía liberada de tanto trabajo y compromisos, se encendía su talante más hedonista y aventurero, veía que otras formas de vivir eran posibles y muy deseables, aunque siempre se alegrara de volver a su amado Londres, a su casa de Sussex, a los viejos amigos y a su hermana, y, desde luego, a su vida profesional y creativa.

Quien desee profundizar en los aspectos biográficos de Virginia Woolf podrá hacerlo en cualquiera de las numerosas biografías que se han publicado acerca de una mujer tan compleja y controvertida como la autora inglesa. Entre las traducidas al español, podemos destacar la de Quentin Bell,[1] pero si se busca una visión más amplia, comprensiva y empática de la sensibilidad de la escritora, se encontrará en *Virginia Woolf. Vida de una escritora* (Lyndall Gordon, 1986),

Virginia Woolf (Hermione Lee, 1996) y *Virginia Woolf. La medida de la vida* (Herbert Marder, 2002), por citar solo las principales de las traducidas al español; en inglés, la lista es casi interminable. Para escuchar la voz de Virginia Woolf sin otras mediaciones, el lector deberá acudir a sus diarios y cartas (la mayoría de las cuales no han sido traducidas al español) y al libro *Momentos de vida*.

Es una satisfacción poder presentar al lector la voz en español de la Virginia viajera, esa voz íntima y vivaz, que vibra y resuena a través de los años con la frescura del agua viva.

PATRICIA DÍAZ PEREDA

---

[1] *Virginia Woolf. Una biografía* se publicó en 1972 y, aunque es un trabajo excelente, hay muchos otros biógrafos que opinan —y coincido con ese punto de vista— que la comprensión de Quentin Bell del temperamento de su tía era un tanto limitada. Da la impresión de compartir con su tío, Leonard Woolf, muchas de las ideas de este acerca de su esposa (sobre todo las que atañen a su desorden psicótico), a quien presenta casi como una especie de «santo laico», opiniones de las que difieren muchos otros biógrafos y biógrafas. Una de las más radicales en este aspecto (sin traducir al español) es: *Who's afraid of Leonard Woolf. A case for the sanity of Virginia Woolf* (Irene Coates, 1998).

VIRGINIA STEPHEN (1882-1912)

1897

Virginia tenía quince años y en enero empezó a llevar un diario de forma regular. En 1895 había muerto Julia Duckworth, la madre de los cuatro hermanos Stephen y de los tres Duckworth; fue «el peor desastre que podía ocurrir», y provocó la primera crisis psíquica de su vida. Su padre, Leslie Stephen, no soportó la idea de volver a St. Ives (Cornualles), el lugar de veraneo de la familia, y cada año alquiló casas en diferentes sitios de Inglaterra. Stella, hermana por parte de madre de los Stephen, murió el 19 de julio y la familia se instaló en Painswick House, en Gloucestershire, desde el 28 de julio hasta el 23 de septiembre. Virginia y Vanessa pasaron bastante tiempo con el viudo de Stella, Jack Hills.

Diario, miércoles 28 de julio

¡Por fin! A las tres menos cuarto, nuestro enorme ómnibus, con todo tipo de equipaje amontonado —Nessa, Padre y yo, apretujados en los rincones—, salió para Paddington.

Llegamos, después de la travesía usual de Stroud, a las cinco menos cuarto y fuimos en el autobús de Painswick (un transporte estupendo) a la vicaría, a unas tres millas de la estación. Una casa grande, cómoda, con un jardín de flores muy agradable, cancha, fuentes y césped verde. Mira hacia las colinas y a los bosques.

Diario, sábado 31 de julio

Otro día tórrido. Georgie y Thoby salieron por la mañana a coger insectos y padre y yo fuimos al valle, al final del jardín, a buscar plantas. Solo encontramos algunas corrientes, así que nos volvimos a casa. Padre y Fred salieron a pasear después del almuerzo, Thoby a cazar insectos y a las cuatro llegó el carrito del poni para llevarnos a Stroud. Ni siquiera puedo intentar hacer justicia a dicho carrito en este corto espacio —pero podría haber llevado a la señorita Austen, cuando los caminos estaban «sucios», y no hubiera suscitado ningún comentario—. Llegamos a Stroud sobre las cinco menos cuarto y fuimos de compras. El tren llegó con una hora de retraso, a las seis y veinte.

Diario, 2 de agosto

Por la mañana, Thoby, Nessa, Jack, Georgie y yo fuimos a Painswick Castle, un yacimiento romano en la colina a unas dos millas, a buscar las míticas grandes azules[2]. Evidentemente, no han salido. Sin embargo, nos hemos dado un paseo, bajo un cielo muy azul y los abetos, que aromatizaban con intensidad el aire. Abajo, en el valle, hay gitanos y rectas columnas de humo azul —habría que ser poeta si se viviera en el campo… y ¿qué soy yo?—. Por la tarde no hemos hecho nada. El sol es insoportable. Padre y Fred han salido a dar una vuelta. Ha venido Will y hemos jugado al criquet después del té. Jack y Gerald han vuelto a las seis. Hemos tenido una o dos conversaciones largas y agradables con Jack.

Carta a Thoby Stephen

Corby Castle,[3] Carlisle, lunes 27 de septiembre

Llegamos aquí el sábado, a eso de las seis; salimos a las once y media. Es una casa de campo grande, cuadrada y roja —se parece bastante al Park, en Painswick—. Al entrar, hay un gran vestíbulo, con salas alrededor. Nunca había estado en tales suntuosidades en toda mi larga vida. Nessa tiene un gran dormitorio y yo uno pequeño, en la puerta de al lado. Hay innumerables habitaciones y criados (¡cuatro caballeros nos esperan para cenar!), salas para recibir, una galería y una sala de fumadores —tenemos largas cenas: siete platos— y todo es muy formal e incómodo. El río está bastante cerca de la casa —un río muy distinto de nuestro querido Támesis—, es muy fiero e irritable. Jack ha

estado pescando toda la mañana, pero no ha cogido nada. Esta tarde, va a ir otra vez a pescar y nosotras a verlo. Hoy fuimos, una excursión larga, a una vieja iglesia donde están enterrados los Howard y acabamos de almorzar.

1899

La familia Stephen pasó las vacaciones (agosto y septiembre) en la rectoría de Warboys, distrito de Huntingdonshire en el condado de Cambridgeshire. Está al norte de Londres y a poca distancia de Cambridge. Virginia tenía diecisiete años.

Diario, 5 de agosto

Nunca había visto tal extensión, majestuosidad e iluminación. Aire puro durante brazas y brazas y acres y acres; además, qué profusión de conglomerados de nubes; hay un vasto espacio de azul en el que los dioses, sin duda, soplan maravillosas burbujas de nubes. Los diosecillos, me parece, se están divirtiendo.

El aire era frío y las carreteras estaban desiertas cuando íbamos a paso ligero a casa. ¡Qué hermoso es el mundo en el que vivimos!

Diario, 7 de agosto

La monotonía, a mi parecer, habita en estas planicies. La mezcla gris de cielo, tierra y agua es el puro espíritu de la monotonía.

Es una región melancólica. He ido esta tarde con Adrian a la iglesia que tenemos enfrente. Es la iglesia de Santa María Magdalena y la construyeron en el siglo XIV. El cementerio está lleno de tumbas sombrías, con extraños grabados y cabezas de ángeles que se inclinan desgarbados sobre fechas, nombres y demás. Hay muchas tumbas anónimas y me sobresaltó pensar que estaba andando sobre antiguo polvo olvidado, que no se diferenciaba del de los cerros del campo. Las tumbas se levantan en montículos abultados en paralelo, a lo largo de todo el jardín.

Después de cenar, nos sentamos en nuestra terracita, que se levanta sobre el jardín y el estanque. La estrella polar brilla sobre nuestras cabezas y nubes negras y alargadas flotan en el pálido cielo nocturno. Un murciélago se lanza en picado

y vuela en círculos sobre nuestras cabezas. ¡Qué criaturas tan atractivas son!

Diario, 8 de agosto

Había un cura apoyado en el portón mientras Adrian llevaba a Reshnel por el prado. Así que George corrió y le pidió que entrara, lo que hizo, y nos dio la mano a todos. Nessa se quejó al cura de que la cosecha de Huntingdonshire nos ha privado de mantequilla, leche, crema y de una ayuda extra. Nos ha contado que todas las mujeres se niegan a hacer nada que no sea trabajar en los campos. No salen a servir, ni se quedan a cuidar de la casa. A las siete o las ocho de la mañana, salen en masa, con enormes gorros para el sol y delantales de algodón, y trabajan en los campos de maíz hasta que anochece. Toda la tierra que eran marismas está dividida ahora en innumerables campos de maíz.

Vimos a los cosechadores esta tarde cuando volvíamos de Ramsey. A un lado de la carretera había una máquina segadora, abatiendo el maíz enhiesto, y al otro, un campo con el maíz cortado y colocado; aquí y allá, mujeres y chicos andaban apilando el maíz en pacas. Incluso una niñita de no más de cuatro años cosechaba con su madre. Llevaba un vestido escarlata claro y trotaba detrás, con una pequeña brazada de tallos. Una de las mujeres que cosechaban, de unos setenta años, tenía escasos mechones de pelo blanco y la cara arrugada por el sol y el azote del viento. Hay algo pintoresco en esta región: cosechadores, molinos de viento, campos de maíz dorados. Todo llano, con neblina azul en la distancia y la gran cúpula del cielo por todas partes.

Diario

Ramsey (o Isla de Ram) es una ciudad con mercado en los límites de los Fens.

La ciudad se infectó con la peste del año 1666, por una pieza de paño que enviaron de Londres para que el primo de Oliver Cromwell, el coronel Cromwell, se hiciera un abrigo; murió, junto con el sastre y toda su familia y cuatrocientas personas más, de peste.

La abadía, que tuvo la distinción de ser «mitrada», se alza en el extremo superior de la ciudad y ocupa una extensión de suelo sólido, de dos millas de largo, está rodeada por densas y melancólicas ciénagas y es inaccesible salvo por agua; se conservan la bella portería perpendicular y el refectorio. La reina Isabel pasó quince días aquí, en 1309.

Diario, 12 de agosto

Adrian y yo hemos cogido la costumbre, ahora que los días son tan calurosos, de dejar el ejercicio para después del té y entonces salimos con nuestras bicicletas para una hora de pedaleo intenso. Además de sus bondades pintorescas, esta región posee una importante: que todas las carreteras principales están muy bien hechas, bien apisonadas, lisas y sin piedras sueltas. Esta zona tampoco frena al ciclista con colinas por las que preocuparse; puedes pedalear, pedalear y pedalear sin tener que desmontar y empujar la bicicleta para subir, o sin tener nunca el placer de levantar los pies de los pedales mientras ruedas cuesta abajo.

No hemos apreciado el paisaje hasta que hemos desmontado. Era, a ambos lados, totalmente plano; la carretera se alza ligeramente en el medio y se desliza sobre el llano como un hilo blanco y recto. Esto es el corazón del viejo país Fen. [4] El sólido suelo en el que estamos era, no hace muchos años, de ciénaga y juncos; ahora hay un camino y a cada lado crecen patatas y maíz, pero el carácter de Fen permanece indeleble. Un ancho canal cruza el Fen, en el que hay agua marrón y fría, incluso en este cálido verano. Juncos altos y plantas acuáticas emergen de él y pequeñas mariposas blancas, habitantes de los Fens, revoloteaban entre ellos por decenas cuando hemos estado allí. Me gustaría que, de una vez por todas, pudiera escribir con mi horrible letra cómo me impresiona esta región.

Diario, 18 de agosto

Distracciones en Warboys

Ayer fuimos a una fiesta de jardín en casa de los De la Pryme, que se merece una página —fue un acontecimiento tan estupendo y notable—. Pero no tengo tiempo para eso; solo puedo hacer un relato breve de la diversión de hoy —nuestra visita a Godmanchester—.

El día amaneció frío, nublado y con súbitas arremetidas de lluvia intensa. Nuestra primera emoción fue no perder el tren por los pelos en Warboys. Véase a Nessa —fustigando al poni frenéticamente…, sujetándose el sombrero con una mano— con el viento y la lluvia en la cara y solo seis minutos para recorrer media milla hasta la estación. Sin embargo, esta diversión se acabó enseguida y llegamos a tiempo para coger el tren, que iba con retraso. Nos hemos sumergido en nuestro compartimiento de tercera con un suspiro de alivio y comodidad. A

nuestro alrededor, todo eran campos llanos y grises, con lluvia silbando por encima y árboles desmochados.

Nuestro trayecto de Warboys a Huntingdon es uno de esos, no infrecuentes en esta parte del mundo, que son un magnífico triunfo de la bicicleta. Puedes pedalear con comodidad y placer hasta Huntingdon en menos de una hora. Tardas lo mismo en hacer las ocho millas en tren y además el precio para el viaje de vuelta de tres personas suma siete chelines y seis peniques. Hay dos transbordos, en Somerham y en St. Ives; en el primero, hemos tenido que esperar diez minutos y para el segundo, teníamos cinco. En Somerham hemos esperado y cogido el tren con comodidad. En St. Ives, hemos tenido que cruzar varios andenes para llegar al que, nos ha asegurado el vigilante, era el de Huntingdon. Solo teníamos cinco minutos, así que no hemos perdido el tiempo y hemos cruzado corriendo para situarnos donde pararía el vagón de tercera clase. Hemos esperado; ni tren ni rastro del tren; así que nos hemos puesto a investigar el mecanismo de una máquina de golosinas y, como estaba averiada, nos hemos cambiado a la de pesar. Así han pasado veinte minutos; nos hemos inquietado y hemos abordado al chico de los periódicos… «¿Cuándo llega el tren de Huntingdon?». «Ah, a las ٢.٠٥», ha contestado. «No, no —ha dicho Vanessa—; sé que hay un tren a las 12.43». El chico ha sonreído algo torvamente: «El de las 12.43 ha pasado hace veinte minutos, señorita —ha dicho—, en el otro andén». Así que hemos estado concentrados en las excentricidades de la máquina de golosinas y de la balanza cuando el tren llegaba al otro lado, los pasajeros se subían y se marchaba.

Hemos hablado poco, pero en un momento hemos decidido que se podrían encontrar un caballo y un carro en St. Ives, capaces de llevarnos sin demora hasta nuestro tío y primos, en Godmanchester. Hemos ido al Country Arms, pero nos han dicho que hace tiempo que no tienen carros; luego al Robin Hood, cuyo carro se acababa de ir; luego, a la posada The Rampant Lion, que no tiene ninguno, y después al Fountain, que sí tenía un carruaje y podía estar a nuestra disposición en diez minutos. Nos hemos sentado en la salita, que olía a vino; el portero de la pensión se ha sentado con nosotros para pasar el rato. Era un hombre joven, que rebosaba buen carácter y locuacidad. Enseguida nos ha contado lo que he adivinado nada más verle, que es forastero en esta zona y la encuentra muy aburrida. Los lunes tenemos mercado, ha dicho, y hay algo que hacer, pero en los demás días nunca pasa nada. No hay sitio más aletargado. Nos ha preguntado si veníamos de Londres y, cuando le hemos dicho que sí, nos ha hecho muchas preguntas sobre el clima londinense. Evidentemente, un pequeño cambio como este es toda la emoción que tiene. (Este joven y el boticario son personas que

pueden atestiguar la personalidad de los Fens y de su gente. Los miran como a extraños; y ellos, por su parte, encuentran la región, su gente y la vida muy monótonas).

Hemos recorrido las cinco millas a través de pueblos pintorescos y antiguos; nunca los he visto iguales. Todo es viejo; esta antigüedad resulta deprimente al cabo de un rato; nos han contado que solo hay una casa nueva en Godmanchester —una casa nueva lo es si no data del siglo XVII— y la construyeron porque la vieja se quemó. Hemos llegado a Godmanchester a las dos y cuarto y los reunidos estaban a punto de comer. Para abreviar, hemos comido y luego, bajo un afilado chaparrón, nos hemos dirigido a la barca.

Los demás eran todos Stephen, sin intentar disimularlo. Son muy anchos, largos y musculosos; se mueven con torpeza y como si se resintieran de la vida moderna a cada paso. Todos llevan consigo el ambiente de una sala de conferencias; son severos, cáusticos y absolutamente independientes e inconmovibles. Un carácter corriente se vería reducido a pulpa después de unas semanas de trato con ellos. Se distinguen y tienen más personalidad que la mayoría de la gente, por lo que los bendecimos y se lo agradecemos sinceramente. Después de remar durante una hora, las dos barcas se han juntado y hemos acordado desembarcar en diez minutos. Así lo hemos hecho y unos nos hemos sentado para calentar la tetera y otros se han ido a dar una aburrida vuelta por la orilla del río.

Imagínanos sentados, incómodos, en un sendero de remolcadores; la mitad en una acequia y la otra, entre hierba alta —soplaba un viento frío, con ocasionales gotas de lluvia— sin luz ni al este ni al oeste —con una vista melancólica del cielo—. *Sir* Herbert espantaba avispas y comía pan con mermelada; luego hemos recogido despacio la cesta y hemos tirado para Godmaster. Me he sentado en una barca con *lady* Stephen, y Adrian y Harry han remado. Hemos ido bastante por delante de los otros. La lluvia caía ya como una venganza. Sin embargo, hemos vuelto a tiempo de escapar a una mojadura intensa.

Así ha terminado un día de placer un tanto siniestro. Esto ha sido mucho más largo de escribir que el propio día: tal enumeración de detalles es muy difícil, aburrida y poco fructífera como lectura. Sin embargo, el escribir no tiene fin y espero poder hacerlo mejor cada vez.

Diario

St. Ives se llamaba antiguamente Slepe y aparece con este nombre en el *Domesday*

Book,[5] pero adquirió su nombre actual por Ivo, un obispo persa que, se dice, viajó por el país predicando y por fin llegó aquí, donde murió a finales del siglo VI.

Todos los lunes St. Ives tiene mercado de vacas, ovejas y cerdos; fue otorgado por edicto del rey Eduardo I hacia el año 1290. Gran parte de la ciudad fue destruida en 1680 por un incendio que comenzó al final de White Hart Lane, el 30 de abril de ese año, soplaba un viento muy fuerte y pasó hasta Sheepmarket, consumiéndolo todo a su paso hasta la orilla del mar y reduciendo a cenizas las casas de ciento veintidós familias.

Sobre el río hay un puente de piedra de seis arcos del que se dice lo erigieron los abades de Ramsey; dos de los arcos fueron reconstruidos en 1716 por el duque de Manchester; cerca del centro, sobre uno de los muelles, hay un antiguo edificio de piedra, cuya parte baja era antiguamente una capilla, pero que ahora se usa como vivienda. La iglesia de All Saints es un edificio de piedra, de estilo normando y gótico perpendicular. El registro de bautismos y matrimonios data de 1561 y el de los entierros, de 1563; uno de los libros parroquiales tiene, con la fecha de 1634, la firma de Oliver Cromwell, que entonces residía en St. Ives.

Diario, 4 de septiembre

Esta tierra está veinte pies bajo el nivel del mar; sofisticada maquinaria de bombeo e innumerables diques drenan las aguas de los campos; se rumorea que una de estas grandes máquinas se está averiando ahora y el dueño es reacio a gastar el dinero necesario para repararla. Si un día dejara de funcionar, el agua inundaría los campos y ahogaría a los hombres del Fen. Nos encontramos un funeral fen al volver de Warboys, donde habían enterrado al muerto. Había como cinco carritos de panadero y otro que se había usado para llevar maíz; todos iban cargados de hombres y mujeres de luto riguroso. Venían del este, por la carretera blanca que es totalmente recta. Los vimos avanzar lentamente hacia nosotros, en el cielo se amontonaban las nubes y el viento soplaba entre los espacios azules que los rodeaban. Cuando los rebasamos, un chico nos miró con mucha hosquedad y ese peculiar aspecto tan deprimido que tienen los hombres y mujeres del Fen; iban en silencio absoluto; y la procesión siguió por el corazón del Fen. Anoche soñé vívidamente con esto; cómo miraba las caras de las mujeres y los carros pasaban y pasaban en la noche, de vuelta a una extraña y oscura tierra y decían que la única vez que vieron la luz del día fue cuando vinieron a Warboys para enterrar al muerto. Hay un curioso sentimiento en esta tierra de

cielo infinito: así que te puedes convertir en una profeta del tiempo, tumbada de espaldas en el Fen y observando los batallones de nubes que flotan a lo lejos y el cielo azul, mucho antes de sentir su calor.

Diario, 8 de septiembre

Las carreteras, que están casi siempre desiertas, hoy no dejaban ver ni un solo viandante. Teníamos el condado de Huntingdon para nosotros solos, junto a una desconocida extensión de aire y cielo. Así que rodamos, rodamos y rodamos hasta que las agujas de St. Ives fueron visibles en la neblina, al pie de la colina. Habíamos pedaleado unas cinco millas en poco más de media hora, lo que, para ciclistas como nosotros, además cargados con pesados capotes y la embarrada carretera que nos frenaba las ruedas, consideramos un buen rendimiento.

La última vez que fuimos a St. Ives me fijé en una tienda de antigüedades; había plata antigua, porcelana, y muebles antiguos y, en un rincón polvoriento, lo que parecían montones de libros tentadores. No puedo explicar el intenso placer que es para mí comprar libros; y estaré más que satisfecha si Thoby siente la mitad de mi placer con su regalo. Fuimos directamente a la tienda y una chica joven nos pidió que esperásemos a la mujer y pareció estupefacta por mi petición de ver libros viejos con buena encuadernación. Mientras esperábamos, exploramos la tienda y sus tesoros. Una colección como esta se me sube a la cabeza como los vapores de un vino delicioso; deseo comprar frenéticamente todo lo que veo y las cosas más corrientes me parecen fascinantes. Había candelabros de plata de Sheffield y delicadas tazas de porcelana antigua, sólidas mesas de roble oscuro, maravillosos armarios taraceados de caoba envejecida, escritorios con interminables volutas de madera amarilla incrustada e innumerables cajones, platos de peltre, jarras y platos y libros viejos. Estos yacían amontonados en el suelo, atados en paquetes, así que examinarlos fue una tarea difícil. La mujer de la tienda, cuando llegó, resultó ser una persona delgada y nerviosa que se dio cuenta de mi atracción por sus mercancías, pero tenía mucha fe en su belleza y valor. Le agradó mucho tener clientes y nos pidió que nos tomáramos nuestro tiempo viendo sus cosas. Dijo que los libros valían poca cosa —se puede llevar cualquiera de ellos por dos peniques, salvo cuatro volúmenes bien conservados de los viajes del capitán Cook, que me atrajeron y finalmente compré para regalárselos a Thoby—.[6]

1903

A principios de 1902, Virginia empezó a recibir clases particulares de griego de Janet Case, que se convirtió en una amiga para toda la vida. También entabló una amistad íntima con Violet Dickinson, que había sido amiga de su hermana Stella y era trece años mayor que Virginia. A finales de ese año, operaron a su padre de cáncer intestinal.

La familia Stephen estuvo de vacaciones en Blatchfield, Surrey, del 16 al 30 de abril. Para las vacaciones de agosto, alquilaron Netherhampton House en el pueblo del mismo nombre, cerca de Wilton, Salisbury, en Wiltshire, un condado al sudoeste de Inglaterra.

Carta a Violet Dickinson
Blatchfield, Chilworth, Surrey, abril

El condado de Surrey es un fraude. Este sitio no es tan malo como Hinhead, pero está atestado de *Cockneys* y Cultura. Toda la gente artística parece que vive aquí y se construye una casa de ladrillos rojos con falsos ladrillos isabelinos, blancos y negros. Sin embargo, esta casa es mejor que eso —tres viejos *cottages*[7] juntos, y es cómoda, que es lo principal—. Todavía hace mucho frío. A padre le gusta el sitio, sin embargo, y tiene un dormitorio muy cómodo y una sala para él solo. Pero no puede salir mucho y no creo que esté mejor.

Diario. Netherhampton House, Salisbury, agosto

Nos hemos desembarazado de Londres. Nessa y yo, después de una lucha titánica en esa estación que toma adecuadamente su nombre de una batalla, hemos logrado la transición de la familia a Salisbury. Ya hemos deshecho las maletas y nos hemos aposentado en una especie de orden. La casa es justo lo que suponía —y esperaba—. La vista delantera —mira a la carretera— es la de una casita de piedra gris, demasiado humilde para estar adornada, pero es evidente que data de una época recargada y, a su humilde manera, es la imitación de una gran casa genuina.

Las amplias habitaciones están amuebladas sin demasiada profusión, con antiguas y dignas sillas y sólidas mesas: el granate y el blanco son la base de este lugar, con un toque de vieja madera rojiza. Es, me da la sensación, una típica

casa de campo inglesa, del tipo más modesto; sólida y sin pretensiones, pero con cierta originalidad digna, suavizada por el tiempo. Estas viejas casitas grises son corrientes en toda Inglaterra, pero dudo que se puedan encontrar en otros sitios. No he tenido tiempo de ver mucho del jardín, pero parece adecuado para la casa —un huertecito vallado…, anchos caminitos de césped…, un reloj de sol…, todo a una útil pequeña escala…, el huerto rebosa de frutas y verduras—, con un aire de amabilidad cómoda.

Wilton, desde fuera de los muros

Ayer, o el día antes, salimos después de desayunar, para ver nuestra situación en el mundo. Nuestro jardín solo es, en verdad, un trozo de prado segado y separado del resto de los campos por una valla hundida. La casa es muy larga y muy baja, pero la vista frontal no da idea de su tamaño.

Teníamos un poco de curiosidad por encontrar el río y el pueblo de Wilton —nuestra dificultad era decidir cuál de las muchas corrientes que nos encontrábamos era el río; sin embargo, a su tiempo, llegamos a una corriente tan ancha y pujante que decidimos llamarla el Wylye y considerar a los riachuelos más pequeños que cortan los prados, como meros afluentes, obligados a fluir así para regar los campos—. De hecho, un sistema muy elaborado de canales, zanjas y pequeñas cascadas está dispuesto por los prados, pero ahora el agua, en su mayor parte, está cortada y los prados secos. Hemos caminado por la carretera, que a un lado tiene un muro muy alto y perfectamente conservado. Detrás están los jardines de Wilton —millas y millas, diría, por todo el tiempo que nos llevó la caminata a este lado de sus límites—. Por fin, doblamos la esquina y llegamos, sin duda, a la gran puerta de Wilton. Tiene la forma de un arco romano; si está coronada por la figura de un emperador romano o si uno de los condes de Pembroke se vistió con una toga para la ocasión, no lo sé.

La otra estatua, justo fuera de las puertas, sugiere que el uniforme militar moderno no es adecuado para el bronce: el escultor, además, por respeto a la nobleza de su modelo, lo hizo por lo menos tres pies más alto que el más gigantesco del común de los mortales. Por lo tanto, como obra de arte, la estatua no es convincente; pero cuando lees la inscripción del pedestal, entiendes que era precisa una figura muy heroica. Después de esto, caminamos hasta la ciudad. Hay estados de ánimo en los que una ciudad pequeña y antigua del sur de Inglaterra, con su paz y pintoresquismo, resulta muy estimulante: hay veces que su sempiterna monotonía —la somnolencia de alguien que se ha empachado de

rosbif y pudin— es deprimente. Creo que estoy ansiando la desnudez, el calor y el brillo de una tierra extranjera. Pero es que Wilton resulta idóneo para despertar este tipo de descontento; es más arrogante y autocomplaciente que la mayoría de los pueblos ingleses que se forman a la sombra de una casa señorial. Tiene el aspecto de un leal y viejo criado de familia —como no dudo que lo sean los que viven en las casitas de campo— con la jubilación que le ha otorgado la nobleza y es leal incondicionalmente. Todo su mundo está cercado por el «Parque»; sus intereses concernidos totalmente por «Su Señoría» y los tejemanejes del castillo. Casi en cada calle puedes notar la influencia de la familia Herbert. Las tres posadas, por supuesto, están bautizadas lealmente por los variados títulos de los Pembroke; sus blasones, ligeramente maltratados por el clima, cuelgan de todos los postes de señales: ellos, a su vez, han desparramado fuentes y casas a su alrededor y mantenido, en general, el pueblo tan pulcro y bonito que así se convierte en el entorno más respetable para el propio Wilton.

Nosotros —es decir, Adrian y yo— hemos comentado todo esto con espíritu poco amistoso. Hemos afirmado que toda esta zona rural nos parece «desmoralizada» y aferrada al gran hombre del lugar. Supongo que esto es una exageración; en cualquier caso, si hubiéramos estado detrás de aquellos altos muros de ladrillo, nuestro punto de vista podría haber sido distinto —pero se puede decir que el espíritu feudal aún no ha muerto en Inglaterra—.

Las praderas pantanosas

Ayer llevé a Nessa por las praderas pantanosas a una iglesia de aspecto romántico, o al menos esa era nuestra intención. La iglesia se ve desde nuestro campo de cróquet, al otro lado de una extensión de hierba, aparentemente plana y fácil de atravesar. La iglesia se levanta entre algunos árboles. Tenía una vaga noción de que esta era la iglesia de George Herbert; en cualquier caso, era un lugar adonde ir. Nessa también estaba deseosa de encontrar la mítica vía férrea, para que le ofrezca un tren expreso para su paisaje. Así que empezamos alegremente a atravesar los prados. Pero no tardamos en tener que desviarnos; arroyuelos demasiado anchos y profundos para saltarlos nos disuadieron; tuvimos que andar hacia un lado para encontrar un puente —a menudo, tan solo una tabla…, a veces una valla con un solo peldaño redondeado—. Era un sendero muy tortuoso y difícil, pero teníamos la iglesia a la vista y nos dirigimos hacia ella lo mejor que pudimos. Nuestra situación se volvió más seria cuando las dos aterrizamos sobre el barro, en el que nos hundimos hasta los tobillos —no hace

falta decir que uno de los zapatos de Nessa se quedó bien pegado— y este salto nos llevó a algo peor. Intentamos rodear el arroyo y fuimos por la orilla, nos aplastamos bajo el alambre de púas (¡seguro que aquí no hay miedo a los intrusos!) y luchamos con los arbustos. Nos paramos al oír voces masculinas rústicas, que alarman a los caminantes de sexo femenino; los hombres estaban preparando el heno en el campo adyacente y no solo hablaban, sino que hablaban de nosotras; probablemente a nosotras. Al ver que nos parábamos, uno de ellos avanzó hacia la valla; tuvimos que movernos para oír lo que decía. Sin duda, era chistoso, y pensamos que lo mejor era anticiparnos a los comentarios que fuera a hacer preguntando abiertamente por la salida. «Están muy perdidas, ya lo creo —dijo, lo que pareció divertirle mucho—. ¿Adónde quieren ir?». Parecía idiota decir que a ninguna parte —así que acucié a Nessa—. «A la carretera». «¿La carretera? ¿Quieren decir que han perdido la carretera a plena luz del día?». —Esto también fue un excelente chiste—. «Aquí no encontrarán ninguna carretera. Lo mejor es que se vuelvan por donde han venido». Así que nos dimos la vuelta y nos fuimos; gritaron a nuestra espalda que las vacas marrones que comían al otro lado del campo eran peligrosas, pero no les hicimos caso. Estábamos mucho más preocupadas por tener que repetir los saltos en el barro y las maniobras que nos habían llevado hasta allí. Enseguida tuvimos que cruzar el arroyo donde Nessa había incrustado el zapato; afortunadamente, esta experiencia ha hecho que vacile su fe en los zapatos: accedió a mi sugerencia de que, para lo que quedaba del paseo, debíamos librarnos de los puentes o de la falta de ellos, descalzarnos y usar los pies para lo que fueron creados. El agua del arroyo entumecía por su frialdad al principio, pero sentir la hierba en las plantas de los pies es curiosamente agradable. Si pones la palma de la mano en la hierba, sientes muy poco, pero los pies, siempre con calcetines y calzados, sin contacto con el suelo, son muy sensibles a la aspereza del suelo seco, la suavidad y frescura de la hierba, el calor de los sitios donde da el sol. Fue extrañamente encantador andar descalza por dos o tres campos y arroyos. Encontramos la carretera y nos calzamos —demasiado pronto—.

Las colinas

Tenemos la costumbre de alquilar un poni cada verano. La mayoría de los años nos han engañado flagrantemente; nuestra petición, hecha con ingenuidad, de que el animal fuera tranquilo ha llevado a los caballerizos a proporcionarnos unas cabalgaduras con todas las cualidades de la ruina y la vejez; solo capaces de

arrastrar las sillas de jardín de señoras viejas. Ahora somos más sensatos y pedimos simplemente un poni; no es que el resultado sea deslumbrante; nuestro animal es tranquilo, pero en conjunto tiene buena voluntad: trota como una máquina algo cansada hasta que llega a la puerta del establo y entonces se para. Aquí hay que limitarse a la carretera, lo que resta a los paseos la mitad de su encanto y si nuestros ojos no fueran todavía sensibles a la belleza de la hierba y los campos de maíz, sería bastante deprimente.

Adrian, con su maravillosa facultad para encontrar defectos en todo lo que le rodea —sea lo que sea— refunfuñó todo el tiempo por la monotonía del paisaje; creo que se equivoca totalmente. Un campo tan genuino no creo que pueda ser monótono nunca, incluso a pesar de que aquí la naturaleza no se ha tomado muchas molestias, aparentemente, con sus materiales. Mantiene un encanto que está ausente por completo en los sitios con un interés más obvio. Mientras conducíamos por los caminos, excavados con profundidad en la caliza, me entretuve en comparar las colinas con las largas olas curvadas del mar.

La Catedral de Salisbury

Un diablo inquieto se aloja en algún sitio de esta antigua casa gris —este pacífico jardín—, incluso en mi amplia habitación. Es quizá un poco demasiado excesiva —la edad y la profunda tranquilidad de todo—. Esta tarde he sentido que debía buscar un aire más vigoroso. No es por culpa de la casa que, como he dicho, es tan perfecta que no movería una mano para cambiarla, aunque fuera posible. Pero, aunque hacía calor y había cojines en el jardín, he sentido el inquieto deseo de esforzarme. He caminado trabajosa y arduamente por la carretera, espolvoreada con fino polvo blanco. He visto la aguja de Salisbury a lo lejos y la he convertido en mi objetivo. Tres millas de carretera polvorienta nos separan, pero era justo lo que quería. Así que he ido con paso pesado, hasta que mis zapatos se han puesto blancos también y sentía tensos los músculos de las piernas.

El recinto de la catedral es como todos —muy amplio y pacífico—, con el aire de un santuario que amortiguara con comodidad los pecados y el hastío del mundo exterior. Las viejas señoras, que dejan que sus vestidos barran el césped, están contagiadas por la atmósfera; se mueven con lentitud y dignidad, como si los asuntos mundanos ya no pudieran apresurarlas. Sin embargo, puedo imaginar muy bien que el recinto alberga tantos escándalos inocentes como cualquier sitio de Mayfair o Belgravia.

Sin embargo, el barrio de la catedral es deprimente. Tanta piedra antigua bellamente colocada y adornada en todas partes con estatuas de santos y hombres famosos parece haber absorbido la vitalidad de sus humildes vecinos. Es como un gran bosque de robles; no puede crecer nada saludable a su sombra.

Ya sé que todo esto es una forma de herejía. Una caminata bajo el sol y por el valle te deja poco apetito para apreciar el valor del cuadro desde un punto de vista estético. La simple cima de una colina me hubiera complacido más que todos los recintos y catedrales de Inglaterra.

Una misa vespertina

No se puede negar —si pretendes ser culto— que la Catedral de Salisbury es hermosa, y, culta o no, la siento así. Se adueña de ti; te das cuenta de que tu mirada la busca por el paisaje y cuando la encuentras, tus ojos se detienen en ella con satisfacción durante unos momentos. Estamos al mismo nivel que Salisbury y no hay colinas interpuestas. En mis paseos, no he ido más allá de su conjunto. A veces veo la punta de su aguja —como un extintor— al sentarme en la ladera de la colina. Más a menudo, la veo a través de los prados —toda la iglesia plantada con firmeza allí—, sólida y, sin embargo, exquisitamente elegante y airosa a la vez. Toma todo tipo de tonalidades —a veces, gris pálido, luego casi blanca—; hoy, por alguna razón, parecía construida en piedra marrón. George y yo pretendíamos pasar parte del domingo, apropiadamente, en misa, dentro de sus muros, pero hemos decidido que el servicio a primera hora de la tarde sería interminable con el sermón, etc. Así que nos hemos inventado (como resultó al final) una misa vespertina a las siete que nos convenía y hemos conducido con tiempo. Pero el primer joven que hemos parado en el recinto nos ha señalado nuestro error; por lo que sea, en la Catedral de Salisbury no hay misas vespertinas. Por lo tanto, nuestra única manera de culto —y muy feliz— ha sido conducir muy despacio por el recinto. En ciertos estados de ánimo que conozco, esto sería intolerable; no viviría aquí más de lo que desearía tumbarme en una venerable sepultura del claustro, pero ningún sitio puede ser más satisfactorio para pasar una hora; es como si cerraras los muros con espesa hiedra entre tú y el mundo; dentro de ellos, todo es belleza antigua y paz. Las catedrales inglesas tienen una ventaja frente a las extranjeras que he visto; tienen su propio jardín, mientras que las grandes iglesias francesas dan a la calle. Aquí, por ejemplo, la catedral está circundada por un abundante manto de césped, y, más allá, como un guardaespaldas celoso, la rodean todas las casas del recinto catedralicio.

Armonizan tan bien con el espíritu imperante de la catedral que apenas repararías en cada una de ellas, a no ser que te pares a mirar. Ya digo que me parece que actúan como una especie de guardaespaldas: nada vulgar enturbiará el aire de la catedral; atesoran y absorben el precioso incienso que exhala. Como los guardianes de la Torre de Londres u otra antigua guardia, son muy pintorescos sin rivalizar con el esplendor de su monarca.

Hemos tenido la oportunidad, por casualidad, de visitar una de esas casas —una pequeña, en las afueras del recinto—. La vieja señorita Fawcett me ha impactado al ser exactamente la vieja señora benévola y un poco charlatana que una espera encontrarse en este entorno. De hecho, me habría sorprendido si hubiera sido distinta.

Wilton desde dentro

Hay un día a la semana, el miércoles, en que, de dos a cinco, el público puede cruzar las grandes puertas de Wilton como cualquier Herbert.[8] Nunca he estado en una de nuestras «casas señoriales» en calidad de nada, así que ayer decidí probar esta experiencia. Esperaba una multitud de tartanas y bicicletas, pero, de hecho, pasé modestamente detrás de un grupo de tres: un caballero entrado en años, que podía ser banquero en Salisbury, y sus dos sobrinas, unas señoritas de Nueva York —y así firmaron en el libro de visitantes—. Esa al menos fue mi impresión por la relación entre ambas; el caballero era sin duda inglés porque se encargó de hacer los honores de Wilton y señaló las virtudes del paisaje inglés como si fuera el responsable de ambos, y estaba interesado por los méritos que se les otorgaran. Un gigantesco portero con librea nos recibió, tomó nuestro chelín a beneficio del hospital Herbert y nos siguió por el jardín, con la dignidad del guardián de la casa, hasta cruzar la puerta. Me sentí indeciblemente ignominiosa, como si esos espléndidos lacayos me hubieran admitido de favor y tuviera que prestarles una atención servil. La buena señora que nos tomó a su cargo era la típica sirvienta de familia. Estaba tan deseosa de complacer tanto nuestra impresionada curiosidad como a la familia Herbert y sus posesiones, y, al mismo tiempo, se sentía claramente nuestra superior social. Hizo los honores con el aire condescendiente para quien las estatuas griegas y los Van Dykes son una rutina, pero esperaba nuestro respeto plebeyo. Así que la seguimos obedientemente y con un asombro sumiso.

Sin duda, hay muchas pinturas buenas, pero hay más que no merecen la pena. No tengo un buen criterio para el arte —ni siquiera sé a la primera lo que me

gusta— y las circunstancias en las que he visto los cuadros de Wilton tampoco han sido favorables. En realidad, era difícil incluso valorar la casa, como si fuéramos de una sala de museo a otra, invitados a admirar las cosas apropiadas lo más deprisa posible y pasar a la siguiente.

Sinceramente, me ha decepcionado mi primera visita a una gran casa. Había imaginado algo más amplio y armonioso. Era como si hubieran intentado en algunas partes que el estilo de decoración victoriano temprano armonizara con los Van Dykes y hubieran fracasado. Si hubieran decidido mantener todo con el estilo de una época —si las mesas y las sillas hubieran sido uniformemente antiguas en vez de todos los estilos y épocas—, el carácter de las habitaciones hubiera sido singular y bonito. Tal y como está, la mirada se distrae en una confusión de sillas de chintz y cuero y escritorios bonitos que no pegan con las repisas de las chimeneas y las paredes con molduras —pero como ha pasado casi una semana entre esta frase y la anterior, no encuentro nada provechoso que decir de las bellezas de Wilton—. Recuerdo que las jóvenes americanas mostraron un interés mucho más espontáneo por las fotografías y las butacas de la familia Herbert que por los famosos Van Dykes y Tizianos, aunque con estos también cumplieron con su deber, con coraje. El tío banquero les dio el privilegio especial de sujetar con las manos el retrato de los condes actuales y el ama de llaves irradió una aprobación condescendiente.

De hecho, era tan condescendiente que, cuando estábamos de pie en el vestíbulo, me perturbaba mucho qué debía hacer con la media corona que tenía en la mano. Me pareció que media corona era una propina generosa, pero también la moneda más pequeña que tenía; aunque cuando miré la cara de la señora, la buena crianza que vi en ella volvió mi media corona insignificante —por no decir vulgar—, esperé, como una cobarde, a que el banquero se decidiese. Si él se atrevía, yo me atrevería y la media corona estaba condenada, pero parece que él no tuvo dudas. Le deseó con cordialidad un buen día, dio las gracias y se marchó sin echarse la mano al bolsillo.

Todavía tengo mis dudas acerca de si la mirada que ella nos dirigió cuando nos fuimos no había aumentado su desprecio, pero pronto estuve fuera de su alcance.

La charla de las ovejas

Desde que llegamos aquí, por diversos motivos, he pasado muchas tardes dando paseos solitarios. Mi soledad es genuina; voy bastante sola —incluso los perros

prefieren arriesgarse a una posible vuelta con Adrian en vez de a una caminata real conmigo—. No cazo conejos y me siento demasiadas veces para el temperamento de los perros auténticos. Pero, como a Wordsworth, y como a tanta gente distinguida (es bueno estar en buena compañía), la soledad me parece suficiente. Generalmente, al salir de casa me voy directamente a las colinas. Ahora están amontonando y acarreando el maíz en algunos campos; el maíz que, al vadearlo, me llegaba hasta el hombro hace quince días. Recuerdo que susurraba como el agua en el viento. Pero las ovejas son más interesantes que el maíz o los nabos.

La oveja solo se convierte en un animal pintoresco cuando está recogida en rebaños y un perro y un hombre la conducen por la ladera. Entonces es pastoral e inocente en vez de simplemente estúpida. El pastor es admirable; el escrutinio de su rostro muestra la absorción de su mente en sus rebaños y es probablemente el receptor inconsciente de muchos extraños secretos de la tierra y el aire. Hereda su oficio, pasado de padre a hijo durante generaciones y es probablemente lo más cercano a un animal humano rumiante que podemos producir en Inglaterra. Ha recibido la sabiduría que la naturaleza solo concede a sus hijos, pero, por temor a que pueda divulgarla, le arrebata la capacidad de comunicársela a otros, o de entender que es única.

Una alegría peculiar, que no puedo trasladar a palabras, me embarga cuando llego a lo alto de la colina y me tumbo en la hierba.

Stonehenge

La Providencia nos ha enviado a un joven muy activo; si no la Providencia, algún poder de intenciones benéficas en lo que respecta a nuestra educación. La hospitalidad y la fuerza motivadora de un hombre joven y entusiasta nos ha llevado a Salisbury y a cada rincón de la catedral y ayer nos envió hasta Stonehenge.

Nessa y yo fuimos hasta allí, doce millas, todo muy tortuoso bajo las crestas de las colinas, con el Avon a los pies. Era, para dar un marco muy importante a la escena, un día claro y brillante; caluroso al sol, fresco a la sombra, y árboles y campos lucían enérgicos y vigorosos bajo la luz, pero en absoluto hacía mucho calor. Por ello, a mediodía pudimos conducir sin incomodidad y era una conducción que requería tener los ojos bien abiertos.

He llegado a la conclusión de que Inglaterra es un sitio muy venerable; al vivir en Londres todo el año una se acostumbra a pensar que una casa vieja es algo

excepcional; pero en el campo, en el verdadero campo, es justo al revés.

Cuando hay una casa grande, es casi seguro que tiene doscientos o trescientos años —es excepcional toparse con una granja o casa nuevas—. La gente de campo, una se olvida, no tiene ninguna de las razones de los habitantes de ciudad para tirar y reconstruir; así que dejan que las casas sigan en pie como algo normal, con algo de retejado y parches, de un siglo a otro. Por lo tanto, Inglaterra ahora tiene una corteza de viviendas antiguas; han crecido tanto sobre la tierra que parecen parte de su fruto. Todos los pueblecitos por los que pasamos tenían alguna casa o *cottage* que querías ver; y cada caserío, no lo dudo, tiene sus pequeñas raíces retorcidas en la raíz principal de la tierra, lo que daría lugar a un estudio infinitamente interesante, lo sé.

Por fin llegamos —porque aquí debo omitir lo mucho que reflexioné mientras iba— a la señal que apunta a Stonehenge. Habíamos ido por el camino junto al río, encajonado entre las colinas. Llegamos a lo alto de la planicie de Salisbury y las colinas se extendían sin límites a nuestro alrededor. De pronto, miré hacia delante y vi, con el arrebato con el que una ve en la vida real lo que solo ha visto en fotografías, el círculo de Stonehenge. Las fotos no te dan idea del tamaño y lo había imaginado a mucha mayor escala. Había pensado que las piedras estaban esparcidas a intervalos sobre un gran espacio de la planicie —así que cuando acordamos reunirnos con los jinetes en Stonehenge, pensé para mis adentros que era un plan muy vago—. Pero, en realidad, es un sitio muy pequeño y compacto; las piedras, tal como están ahora, se podrían colocar, por ejemplo, en la platea de St. James Hall. Pero, por otra parte, las fotos me habían preparado bien en cuanto a su forma y posición, aunque no me había dado cuenta del aspecto de propósito de las piedras; es un templo reconocible, incluso ahora.

Enseguida nos sentamos, dándole la espalda a la vista que habíamos venido a contemplar, y empezamos a comernos los sándwiches: media hora después, estábamos preparados para llevar a cabo nuestra inspección.

El singular y embriagador encanto de Stonehenge para mí, y supongo que para casi todos, es que nadie en el mundo te puede explicar nada. Están esos grandes bloques de piedra; ¿qué más? Quién los puso allí, cuándo y para qué propósito, nadie en el mundo —me gusta repetir mi alarde— lo puede explicar.

Me sentí como si me hubiera enfrentado a los crudos restos de una época que no puedo concebir; una pieza que se hubiera salvado del naufragio del olvido. Hay teorías, lo sé, sin fin; y nosotros, naturalmente, elaboramos muchas nuevas e indiscutibles descubrimientos propios. La más atractiva y supongo que la más plausible es que algunas gentes olvidadas construyeron un templo aquí, donde adoraban el sol; hay un tosco pilar un poco separado del círculo, cuya punta

marca exactamente en la tierra por donde se alza el sol en el solsticio de verano. Y hay una piedra caída en medio, más larga y grande que las otras rocas talladas, que podría haber sido un altar —y en el momento en el que el sol se alzaba, el sacerdote de estos salvajes sacrificaba a su víctima aquí, en honor del dios Sol—. Desde luego, vimos la muesca de su hacha en la piedra. Coloca los pilares, pensados de otra manera, y tenemos la imagen nueva por completo, pero lo que permanece en tu mente, no importa lo que hagas, es el asombroso misterio de todo. La humanidad no ha hecho nada para cambiar la llanura de Salisbury desde que colocaron estas piedras aquí; han visto salir el sol y la luna sobre estos promontorios y crestas durante —no sé cuántos— miles de años. Me gusta pensar en ello; imaginar a esos esforzados paganos honrando al mismo sol que está ahora en el cielo, sobre mí y, por alguna razón perversa, este templo religioso me parece más profundamente impresionante —bloques apoyados contra bloques y, la mitad de ellos, caídos en ruinas hace tanto que la tierra casi los oculta— que esa aguja perfecta por donde ascienden, en este preciso momento, la plegaria y la adoración.

Da lugar a pensar, seguramente, si no a la ironía, que desde las ruinas de Stonehenge puedes ver la aguja de la catedral de Salisbury.

La Abadía de Romsey

Ya hemos ido al último sitio para visitar que está a nuestro alcance. La Abadía de Romsey.

Es un lugar sólido y espacioso, solo que parece demasiado fregado y lavado para ser totalmente satisfactorio. Es, dice nuestro guía, la mejor iglesia normanda que existe, pero es un amasijo de estilos: los restauradores también han metido la pezuña; es un sitio desconcertante para que te dejen suelto, como es mi caso, con una mente ignorante.

En primer lugar, tenía la idea de que la Abadía de Romsey era una ruina abandonada; una imagen en parte tomada de Tintern, creo, con arcos cubiertos de hiedra y columnas musgosas sin techo, al aire libre, como las costillas de un barco que ha naufragado, es lo que tenía en mente, y este lugar, en perfecto estado de conservación, me ha sumido al principio en tal confusión que no podía tener otras sensaciones. Luego, tiene el aspecto de un sitio que han restaurado hace poco, sin duda a partir del diseño original, pero podrían haber extraído la piedra ayer mismo. Y, además, la atmósfera del sitio es curiosamente profana. Han convertido las naves laterales en museo, donde se enseñan maquetas de

madera de la abadía original y reliquias —como el pelo de una monja muerta y un trozo del paño del viejo altar— enmarcadas y con cristal. Además, hay un curioso montón de desechos contra uno de los muros —gárgolas y volutas sueltas de las columnas y todo tipo de fragmentos—, apilados sin ningún intento de orden. No sé de dónde vienen o para qué están puestos. Te impactan, como un poco irreverentes; un montón de restos de cabezas de santos y huesos beatos, a los que deberían dar un entierro decente o un uso apropiado.

La iglesia es muy sencilla; solo hay un par de estatuas y las vidrieras son muy nuevas y de color escaso. Sin embargo, la mayoría de las ventanas son de cristal sin más —como las de la Catedral de Salisbury— y quizá en parte es eso lo que da a la iglesia su atmósfera secular. No quieres luz sobria en una iglesia; es demasiado cínico y sin concesiones; el vidrio de colores, todo lo exuberante que puedas lograr, es esencial para la religión. Pero sagrado o no, Romsey es un lugar hermoso; Milton lo podría haber escrito, en piedra.

Stonehenge otra vez

Hemos tenido una singular buena suerte en nuestras expediciones y nuestras dos visitas a Stonehenge han imprimido en mi mente tales imágenes que deseo que no se borren nunca.

Hemos ido por las colinas, en vez de por la carretera; es un camino más recto y más interesante. No hemos visto a nadie; hacía una mañana lluviosa que, sin embargo, ha justificado por entero la confianza que hemos depositado en ella. Solo hemos rebasado a esos hombres y mujeres para quienes el aire libre de los campos es lo que el recinto de mi habitación para mí. En la propia llanura, los únicos que pasaban eran los pastores: se mueven por el amplio espacio con sus rebaños, como si fueran de la Biblia; también se benefician de este tiempo húmedo; añaden un toque audaz a su apariencia que, si fuera una artista, dudaría en representar; temería ser demasiado pintoresca: llevan largas capas negras, hasta los talones, y los mantos ondean en sus hombros; con una mano agarran un auténtico bastón de pastor. Puedes ver de verdad a una de estas figuras, apoyadas en el codo, envueltas en la capa, el perro detrás con la lengua colgando y el rebaño pastando alrededor.

En la granja donde nos hemos presentado, hemos tenido la rara experiencia de hacerlo todo nosotros solos; y, si te quieres sentir como una idiota, trata de hacer aquello por lo que siempre has pagado a un criado para que te lo hiciera. Siempre he pensado que los caballerizos no saben mucho, pero hoy se podrían haber reído

de mí con razón. Todo el mundo debería saber cómo desensillar un caballo, llevarlo al establo, atarlo allí, y darle maíz, sin un momento de vacilación. De otro modo, no solo los caballerizos sino también los caballos, son tus superiores.

Pero lo hemos hecho, y hemos comido y hemos caminado por Stonehenge y nos hemos sentado dentro del círculo. Por nuestra elección del día, hemos tenido el sitio para nosotros solos. El policía solitario, cuya extraña misión en la vida es vigilar Stonehenge, se había refugiado detrás de uno de sus custodiados. El apopléjico rebaño, que puede imitar a la perfección el motor de un coche palpitando, pastaba fuera del círculo y hasta donde podíamos ver, no solo teníamos Stonehenge para nosotros solos, sino toda la llanura. Una se puede imaginar por qué los druidas —o quien fuera— eligieron este sitio para su templo dedicado al Sol. Yace desnudo al sol. Es una especie de altar hecho de tierra, en el cual el mundo entero puede hacer sacrificios.

La Feria de Wilton

Si hubiera tenido tiempo para haber hecho una narración completa, varias páginas de mi mejor escritura habrían preservado en mi memoria el recuerdo de nuestra última diversión. Nada de lo que he visto aquí desde que llegamos me ha parecido tan característico de esta parte del mundo. Pero he dejado que el tiempo pase y no debo, en honor a la verdad que es mi objetivo aquí, intentar demasiado en cuanto a la descripción.

Sin embargo, me acuerdo de que nuestro paseo el día anterior, viernes 11, nos llevó a las colinas y observamos una agitación inusual entre los componentes de los rebaños. Los atendían pastores con sus mejores ropas de domingo y los perros parecían más alerta de lo habitual. A algunos los llevaban a los establos para alimentarlos y a otros los sacaban, pero la mayoría de los rebaños marchaban por la carretera, todos con el hocico en la misma dirección. Nos encontramos rebaño tras rebaño, tan pegados los unos a los otros en el camino que nos preguntamos cómo demonios íbamos a pasar. El pastor silbó a su perro, gritó algo ininteligible para nosotros pero que el perro comprendió de inmediato y nos abrió un hueco en poquísimo tiempo.

De vez en cuando, nos tropezábamos con un rebaño de terneros, y se descubrió el secreto cuando un tremendo resoplido, como el de un tren de mercancías que fuera al paso, reveló un motor de tracción. Había dos de esos monstruos. Resultó ser el Circo Steam, y a esos los seguía toda una caravana de gitanos. Al día siguiente era la Feria de Wilton. Esos gitanos viajan por el país, de

feria en feria, todo el verano. Nos han dicho que son de estirpe genuina, hablantes de romaní y todo lo demás, quienes, con la excusa de ganarse la vida en las ferias, como la gente respetable, viven su propia vida gitana, que de otra manera sería imposible. Siempre que veo un carromato de gitanos quiero estar dentro. Una casa que no tiene raíces en ninguna parte, sino que se puede mover con rapidez según te apetezca y es autosuficiente es, sin duda, la casa más deseable. Nuestras casas modernas, con las voluminosas paredes y los cimientos bien plantados en el suelo, no son mejores que una prisión y se parecen cada vez más a una prisión cuanto más vives en ellas y llevas los grilletes del vínculo y del sentimiento, difíciles de llevar y aún más dolorosos de romper.

La feria es la mayor feria de ovejas en esta parte del reino. Atrae a los pastores de las colinas, a los granjeros de sus distantes granjas y a la gente del campo de todos los pueblos que estén a una jornada de distancia. Así que es un día señalado en el calendario; un día tanto de reuniones sociales como de negocios. Aquí se puede ver un tipo peculiar de cara, la del pastor que se pasa la vida con su rebaño en la colina. Es mucho más interesante observarle a él que a su ganado. Su cara no está endurecida, pero no es el rostro del hombre que se ha rodeado de sus congéneres, es la cara de un hombre de mediana edad, pero con la frescura y simplicidad de un niño. Los ojos son muy claros y astutos, la cara de color rojo y marrón y arrugada en multitud de líneas finas, pero es fácil saber que se debe a entornar los ojos para observar el tiempo, o fruncir las cejas por el viento, y eso no tiene nada que ver con cualquier perplejidad mental. Su mejor abrigo es una reliquia de una época mejor y es del color de la castaña o de la ciruela, matizado por los años; lleva bombachos de pana, un gran sombrero de fieltro y sostiene un bastón muy arriba, cerca del extremo. Sería difícil encontrar una figura inglesa más típica que este pastor de Wiltshire.

Desde la ventana

Ha llegado la última noche aquí —ya casi está cumplida—. No tengo más que poner la cabeza en la almohada, dormir y despertarme mañana a tres horas de Londres. No hay que medir el viaje en millas; es un viaje muy corto, pero uno de verdadera y tradicional importancia para nosotros. Antes, aún significaba más; acabábamos el verano este día y se abrían los nueve meses en Londres, de clases y restricción. St. Ives era el verano y las vacaciones. No hay que imaginar que este fuera un aniversario muy serio. Ahora ha perdido mucho significado —veo que el tiempo transcurre más rápido según te haces mayor y se vuelve menos

propenso a los ciclos que dependen del lugar en el que vives—. Pero todavía sé que, de alguna forma, nuestro verano ha terminado. Dejamos el campo hasta Pascua —es un pensamiento muy triste, porque este campo es tan hermoso como cualquiera—.

1904

Unos días después de la muerte de su padre, Leslie Stephen, Virginia se fue del 27 de febrero al 25 de marzo con sus hermanos y George Duckworth a Manorbier, un pueblo costero de Pembrokeshire (Gales).

El 1 de abril, los cuatro hermanos Stephen viajaron a Venecia con Gerald Duckworth y el 13 se fueron a Florencia. El 1 de mayo, Vanessa, Virginia y su amiga Violet Dickinson se fueron a París, donde se quedaron hasta el 9 de mayo, y desde ahí volvieron a Londres. Ese mes, Virginia, que tenía veintidós años, sufrió una importante depresión nerviosa a consecuencia del duelo por la muerte de su padre. Pasó tres meses en casa de Violet Dickinson, bajo los cuidados de una enfermera. En octubre, fue a pasar la convalecencia a casa de su tía, en Cambridge, mientras Vanessa y Thoby organizaban la mudanza a una casa en Gordon Square, en el barrio de Bloomsbury. Visitó varias veces a su prima Madge Vaughan, en Yorkshire, donde escribió la reseña de una novela y un artículo sobre la vicaría de Haworth, la casa de las hermanas Brontë, que fueron sus primeras publicaciones.

Los hermanos Stephen pasaron la Navidad en New Forest. En enero de 1905, su médico, el doctor Savage, la declaró curada.

Carta a Violet Dickinson
Manorbier RSB, Pembrokeshire, 28 de febrero de 1904

Hemos venido al lugar adecuado. No hay gente con tanta suerte como nosotros en las cosas prácticas. Tenemos sitio de sobra en la casa, es caliente y cómoda, y no he visto un paisaje agreste tan espléndido desde St. Ives —la verdad es que te hace pensar en St. Ives en muchos aspectos—. Ya hemos pasado una pasmosa cantidad de tiempo andando por los acantilados. Incluso tumbados al sol. Casi estamos a la sombra de un gran castillo feudal que se yergue en un acantilado sobre el mar. Nessa y yo hemos caminado a lo largo de la costa sin encontrarnos con nadie.

Aquí hay como tres casas y una iglesia agreste y extraña en la colina. Hace frío, pero está despejado y claro, y no hay ningún sonido salvo el viento y el mar.

Thoby está como loco con sus pájaros —los hay de todas clases aquí—; y George vagabundea también con sus prismáticos.

Carta a Violet Dickinson
Marzo, Manorbier, Pembrokeshire

Nuestros planes se han trastocado otra vez. Gerald dice que va a ir a Venecia el día 1 y sugiere llevarnos, lo que supongo que es sensato. Podríamos reunirnos contigo en Florencia hacia el 7 o el día que elijas. ¡Suena como un sueño! Pero supongo que se hará realidad.

Carta a Violet Dickinson
Grand Hotel, Venecia, 4 de abril

Mi Violet:

Esta es la primera oportunidad que tengo de escribir una carta. Piensa en esto: cuando llegamos el sábado a medianoche, ¡nos dijeron que no había sitio aquí o en cualquier parte de Venecia! Al final, conseguimos tres cuartitos muy sórdidos y dormimos juntos en un lugarejo sucio lejos de la Piazza San Marcos. Pasamos el domingo andando por las calles —fuimos a tus habitaciones…, a todas las habitaciones de las que habíamos oído hablar…, pero todas estaban llenas… y tuvimos que volver para pasar otra noche—. Hoy hemos conseguido tres habitaciones aquí. Nessa y yo dormimos juntas: es raro, pero no hay más remedio. Por supuesto, fuimos idiotas por no reservar antes.

Pero no importa mucho: estamos muy contentos ganduleando y mirando. No ha habido nunca un lugar tan divertido y hermoso. Gerald se aburre mortalmente y está muy irritado, nos hace coger góndolas y no le gusta explorar las callejuelas. Thoby y Adrian están desenfrenados por la emoción; A. se quiere quedar aquí para siempre. Van de un sitio a otro riéndose a carcajadas y tratando de hablar italiano.

Hoy hace bastante frío —ayer fue divino, solo que el sitio está atestado—. Viajamos con los Humphrey Ward, quienes, por suerte, han desaparecido. Fue un viaje emocionante, aunque parecía interminable. Hubo una tormenta de nieve en San Gotardo; al bajar, brillaba el sol y los lagos eran puro azul. Las montañas

estaban totalmente cubiertas de nieve. ¿No es esto como una guía de viajes? Me gustaría que supiéramos italiano. Es estúpido tener que hablar en un inglés descompuesto y en francés —como digo yo, nos engañan en todas partes—. Pero son una gente deliciosa y nosotros —por lo menos nosotros cuatro— estamos entrando en su misma disposición de ánimo, una benevolencia general.

No creo que Florencia esté a la altura de esto. No me creo del todo que sea un lugar real y ando por todas partes con la boca abierta. Hemos tenido que ir a ver tantas habitaciones que no hemos tenido tiempo de hacer turismo, excepto lo que se ve en las calles. Anoche nos recorrimos la Schiavone —donde los edificios parecen arrancados del mármol y flotaba una gran góndola con lámparas de colores. Pero todavía no encuentro las palabras—.

Carta a Emma Vaughan
Palace Hotel, Florencia, 25 de abril

Venecia es una ciudad para morir con belleza, pero, para vivir, nunca me he sentido más deprimida; exagero, pero se cierra sobre ti y después de un tiempo te sientes como un pájaro enjaulado. Estuvimos en un gran hotel horrible, lo que no favorece las impresiones sentimentales. Pero los cuadros son los cuadros: hasta que no has visto a Tintoretto no sabes lo que la pintura puede lograr. Hemos cogido góndolas, tomado helados en Florian, donde una banda tocaba, y hemos visto a más recién casados de luna de miel de lo que me hubiera gustado.

Hemos estado aquí quince días. Las vistas desde Fiesole, todo el campo alrededor de Fiesole, San Servasio, etc. son casi lo más bonito que he visto nunca. No voy a escribir una disertación sobre el paisaje italiano porque sé que te aburriría.

Nuestro próximo movimiento es incierto; el viaje no es tan delicioso para que deseemos más de lo necesario. No ha habido nunca un país más brutal que este en cuanto a trenes, calles, tiendas, mendigos y muchas de sus costumbres.

Hoy hemos ido a Prato y llovía todo el tiempo, vimos lo único que merecía la pena y por las calles nos han asediado innumerables chiquillos y lisiados. Caminábamos más rápido que los lisiados, pero un diablillo ha tenido la diabólica idea de seguirnos a todas partes; finalmente ha prometido dejarnos en paz a cambio de un *soldi.* No se lo hemos dado, nos ha maldecido y se ha marchado. ¿Hay algún país como este?

Todos los sonidos ingleses son claros y hermosos; raramente leemos los periódicos y vivir en un país degenerado, aunque precioso, es deprimente.

Gracias a Dios, me digo, que he nacido inglesa. Una noche, Adrian y yo cantamos himnos de acción de gracias en lo alto de San Miniato. Los alemanes son unos brutos, y hay una extraña raza que hechiza los hoteles, gnomos como mujeres, que son como criaturas que salen de la oscuridad. Un hotel es como una especie de cueva negra. Este es muy buen ejemplo de ello.

Carta a Violet Dickinson
21 de noviembre de 1904, Colegio Giggleswick, Settle, Yorkshire

Aquí estoy, sentada junto a mi ventana bajo los páramos, que están blancos por la nieve y la escarcha, y con una temperatura bajo cero. Me mantengo en calor con un fuego y una manta de pieles; podría estar en el corazón de los Alpes. A veces, la nieve permanece en las colinas hasta junio o julio, dicen. El colegio está en una pequeña hondonada, con grandes páramos rocosos por los cuatro costados. Estoy deseando darme un buen paseo por ellos, pero hasta ahora Madge ha tenido que cumplir con las molestas y pequeñas obligaciones del colegio, y apenas he tenido la oportunidad de ir más allá del jardín. El campo, con sus páramos que se rompen en piedra gris y muros de piedra gris, en vez de vallas, y las casas de piedra, me recuerdan a Cornualles y siempre espero encontrarme con el Atlántico.

Carta a Violet Dickinson.
Giggleswick, 26 de noviembre de 1904

Empiezo a detestar pluma y tinta, después de haber estado copiando cartas toda la mañana y escribiendo artículos estúpidos para la Sra. Lyttelton. Me ha enviado un libro de Howells, que dice que es bueno; aún no lo he leído.[9] ¡Me gustaría que la gente no me dijera lo que opinan de los libros cuando sé que estoy segura de discrepar! Sin embargo, debo hacerlo lo mejor posible. Le he escrito un artículo sobre Haworth,[10] así que no entraré en detalles al respecto. Lo escribí en menos de dos horas, así que supongo que no es muy bueno; pero nunca sé qué pensar sobre mis cosas y a Madge le gusta.

Aquí seguimos igual, meriendas interminables con chicos y profesores, y ahora a las viejas señoras de Giggleswick les ha dado por sacarnos, así que estamos bastante sociables. Sin embargo, me he dado dos buenos paseos sola por los páramos, que he disfrutado enormemente. La nieve está tan dura como si fuera

hielo y no se ha fundido en absoluto.

Diario, New Forest, Navidad de 1904

Cada hoja de hierba con una línea blanca de escarcha.

El atardecer vuelve el aire como amatista fundida. Copos amarillos se disuelven en el sólido cuerpo de amatista que es el oeste. Contra él, de pie, como en un océano de fino aire, los árboles desnudos son líneas de un negro profundo, como dibujadas con una tinta china que se hubiera secado, mate e indeleble. Las ramas y las ramitas forman un fleco de infinitas líneas delicadas, cada una recortada contra el cielo. Las puntas más altas de las ramas son rojizas, igual que lo alto del tronco, a la roja luz del sol. Los árboles se yerguen en círculo y en el medio hay una especie de pequeño escenario de hierba y brezo de pantano, muy verde, en el que se podría representar una obra pastoril. Luego, los árboles se estrechan otra vez, con senderos que se irradian a intervalos en el espacio abierto. Los árboles tienen verdes chaquetas de terciopelo, de musgo. Este es el color más brillante en el paisaje. Un capullo de melocotón, de color plata y ciruela, cubre los árboles a poca distancia. También un pálido y verde liquen, en forma de alga, cubre la corteza. Los árboles, muy a menudo, extienden sus ramas con forma simétrica de abanico, como si un jardinero paisajista los hubiera recortado. Un río en verano es como si estuviera hecho de láminas de cristal translúcido y la superior se deslizara. El misterio del sonido te alcanza a través de los árboles; la música distante de los perros de caza corriendo. La nota de la trompeta de los cazadores y, más lejos, las voces de los hombres gritando, todo suena como en un distante sueño romántico, como si cayera a través de un océano de aguas.

Los marcos de piedra de las ventanas de Kings son iridiscentes como el ala de una mariposa, cuando el sol brilla a través del vidrio de colores.

1905

El 29 de marzo, Virginia y su hermano Adrian se embarcaron en Liverpool con destino a la península ibérica, donde llegaron el 5 de abril. Visitaron Lisboa, Sevilla y Granada. El 20, embarcaron en Lisboa y llegaron a Liverpool el domingo de Pascua, 23 de abril.

En agosto, los cuatro hermanos Stephen fueron a pasar sus vacaciones de verano a Carbis Bay, cerca de St. Ives. A este último lugar, donde pasaban las vacaciones estivales de su infancia, no habían regresado desde que la madre de Virginia, Julia Duckworth, muriera.

Diario, 1 de enero, New Forest

Es, en todos los aspectos, un día alegre de Año Nuevo, como si hubiéramos pasado página y despejado el cielo de nubes. Al apagarse la noche, estaba despejado y con hielo cuando llegó el año nuevo con el nuevo día. Thoby y Adrian salieron, con ponche de ron en la mano, para saludar a 1905; gritaron y afirmaron que innumerables búhos les respondieron. Puede ser verdad, porque en las noches buenas, cuando dejo la ventana abierta, oigo la dulce llamada de los búhos, repetida una y otra vez, a poca distancia y el ruido tosco de una cría de búho que aún tiene que aprender la llamada del búho.

La tarde fue una bella muestra de la luz invernal; el aire tan claro como si se hubieran disuelto láminas de cristal en la atmósfera y todos los colores eran vívidos y delicados.

Diario, 3 de enero

Una mañana brillante: una tarde de color triste, en la que, sin embargo, anduvimos y nos atascamos y maldijimos el barro y no pudimos mirar los árboles que, por cierto, se ponen cada vez más púrpura, día a día. Después de haber pergeñado teorías bien perfiladas acerca de los árboles durante tres horas, no voy a elucubrar más aquí. Puede que sea mi imaginación optimista, pero sin duda, huelo en el aire la primavera. La oscuridad ya no cae como un cuchillo, pronto por la tarde, y la primavera es juvenil y una época de esperanza y estímulo en la sangre. Siento como si el hombre viejo del invierno ya tuviera una chispa consigo.

Leer, escribir, maldecir y andar —todo como de costumbre—.

Diario, martes 28 de marzo

Hoy, por supuesto, todo el día con los preparativos. El problema, como de

costumbre, son los libros, cuáles llevar y cómo hacerles sitio, sobre todo porque tienen que caber en mi pequeña maleta, y también el material para escribir. Una maleta para la ropa es el resto de mi equipaje. He cogido: *La Biblia en España. Gitanos en España*, de Borrows, *La casa de los siete tejados*, *La letra escarlata, Richard Feverel*, la *baedeker.*[11] Una gramática española. El primer volumen de *La conquista de Inglaterra,* de Greens. Intentaré encontrar hueco para un libro o dos más en mi caja, porque sé que estos se terminarán. Ahora que sé que Maud[12] tiene sitio para un número indefinido de libros extra, estoy más contenta. Fui a L. L. a buscar libros, pero sin éxito; luego a tomar el té con Violet. Despedida de ella y a casa, a terminar de hacer el equipaje. Y ahora este librito tiene que encontrar un rincón, porque también se viene, ¡y me pregunto qué es lo próximo que escribiré!

Diario, miércoles 29 de marzo

Teníamos que ponernos en marcha temprano, así que tuvimos que darnos prisa con los últimos paquetes después del desayuno; de hecho, nos fuimos antes de que mi última blusa llegara a casa y cuando nos quedaban solo unos cinco minutos para coger el tren. Gerald se reunió con nosotros en Euston y partimos a las once menos cuarto. Llegamos a Liverpool sobre las dos y media y cogimos un autobús hasta el muelle, donde mucha gente iba de un lado para otro, se despedía y se preparaba para marcharse. Un enorme buque de vapor, el Oceanic, el segundo más grande a flote allí, estaba de color negro por los pasajeros, que se iban a América. El Anselm[13] atracó a su hora y embarcamos. Es blanco, limpio y lujoso; tenemos cada uno una cabina, en la que ahora estoy escribiendo, sobre las rodillas, y el mar comienza a crecer; anduvimos por la cubierta y vimos todas las luces a lo largo de la costa de Gales, vapores pasando y nuestra propia espuma, extendida como encaje blanco sobre las aguas oscuras. Un barco en el mar es algo encantador.

Diario, jueves 30 de marzo

Un día singular entre los que he anotado aquí hasta ahora. Nos levantamos y encontramos un día brillante y azul, el sol resplandeció en las aguas. Fuimos a la cubierta, conseguimos sillas y nos instalamos para observar la costa de Inglaterra desenrollándose frente a nosotros. Vimos de cerca Lands End y pensamos lo raro

que era verla así, de nuevo, desde la cubierta de un vapor. Por la tarde, pasamos el Lizard, la última tierra inglesa que veremos y ahora nos alejamos por el Canal, hacia el Havre, donde anclaremos mañana. Leo un poco y deseo dormir y luego es el turno de la comida y el viejo caballero cuenta sus viejas historias y alguien te da un vaso y etcétera.

Diario, viernes 31 de marzo

Esta mañana, estupenda de nuevo, y quizá incluso más apacible. Nos volvemos a sentar en cubierta; como dijo Adrian, nos hemos muerto y nos hemos ido a vivir con los bienaventurados. Por el momento, no se puede imaginar una existencia más bienaventurada que esta, estirarse al sol, pasando lentamente sobre las aguas. El juego del tejo, sin embargo, interrumpió nuestro paraíso, nos levantó un caballero que te da la impresión de que solo es una nariz. Es el típico judío y lo empieza todo y se hace amigo de todo el mundo. Leo la mayor parte del día y acabaré mi Borrow. La biblioteca del barco, veo, consiste en un arcón del comedor y es útil como aparador. ¡La llave se ha perdido! Llegamos a El Havre, donde anclamos y fuimos a tierra firme.

Diario, domingo 1 de abril

Esta mañana desayunamos antes de las siete y cogimos el tren a Ruan. Con nosotros —o nosotros con ellos— iban los Lloyd y el señor Booth y llegamos a Ruan a las nueve, creo. Allí vimos tres grandes iglesias, un funeral y un cementerio. Quizá, en el aspecto sentimental, lo más conmovedor de allí es la esquinita —¡en el mercado de la carne!— donde quemaron a Juana de Arco. Todos los sitios donde sufrió están señalados y recordados, pero las estatuas que la representan no tienen valor y son insignificantes. Comimos allí y volvimos a las cinco y media. Han embarcado muchos nuevos pasajeros y mañana, a empezar otra vez, lo que me alegra. Viajar me llena de desasosiego. Quiero ver el siguiente lugar.

Carta a Violet Dickinson
5 de abril. En algún lugar frente a la costa de España

Estoy a la intemperie ocho horas largas al día, respirando suficiente brisa marina como para resucitar a un muerto, y comiendo mucho para matar el tiempo, no he tenido un dolor los últimos tres días y duermo como un tronco. Estoy deseando desembarcar, y ver cosas —no es que el mar no sea hermoso de contemplar…, pero el barco está abarrotado, y una no puede escaparse del vocerío—. Hay un viejo pelma de la peor clase que convierte mi vida en una pesadilla. Por suerte, hemos descubierto un sitio, sobre la sala de máquinas, al que se llega por una escalera de hierro, hemos llevado ahí nuestras sillas y, hasta ahora, nos hemos escapado.

Adrian está muy contento, me cuida mucho, me arregla el pelo por la noche y me abrocha el vestido. Al subir a bordo me di cuenta de que no había cogido ni esponjas ni peines, y tuve que comprarlos en la barbería del barco.

Diario, miércoles 5 de abril

Nos despertamos para ver la costa de España, una costa magnífica, romántica, heroica, como una nariz muy aquilina. La hemos recorrido todo el día, bastante cerca, tanto que podíamos ver las casas y los riachuelos. Para nuestra alegría, el capitán dijo que esperaba que llegáramos a Oporto por la tarde y, como es un hombre de palabra, lo hizo; de pronto, nos rodearon botes y oficiales. Leixões es una ciudad de tejados rojos y aspecto meridional, destellando en el sol de la tarde, tras la que hay una loma empinada con árboles plumosos. Pero no pudimos desembarcar, así que es una impresión fragmentaria. Enseguida empezaron a subir la carga a bordo, que consiste en su mayor parte en adoquines para el puerto de Mónaco. Van a trabajar toda la noche y ya hay suficiente ruido. Nuestra última noche a bordo, y debo hacer el equipaje para madrugar mañana.

Diario, jueves 6 de abril

Hemos desembarcado esta mañana y soportado las molestias habituales de la aduana. Las mujeres hacían de maleteras —un toque del Este—. Luego hemos cogido el tranvía a Oporto, un trayecto largo bajo un sol ardiente, un sol de agosto inglés, y con gran trabajo hemos recorrido la ciudad y encontrado al agente de Booth, que no ha podido decirnos nada de nuestro barco. El almuerzo en el hotel, con un rebaño de turistas. Luego con Lloyd's, para ver el «almacén» de uno de los grandes comerciantes de vino de oporto, que era un lugar fresco y

fragante. Luego cogimos el tren a Lisboa, A. y yo solos por primera vez y llegamos a las diez y media. Finalmente, conseguimos alojamiento en el hotel Borges.

Diario, viernes 7 de abril

Un día realmente delicioso —la ciudad es amplia, brillantemente blanca y limpia, casi cada calle tiene un rápido tranvía eléctrico, lo que convierte el turismo en una delicia—.

Por la tarde, hemos ido al cementerio inglés, en una colina, junto a los jardines. Es un lugar encantador de verdad, bonito con las flores y tan cálido, sombreado y verde que nos hemos quedado mucho rato. En la tumba de Fielding hemos liberado a un pájaro enjaulado, que estaba cantando —¡un acto piadoso! —. Esta noche, tren a Sevilla.

Diario, sábado ∧ de abril

La noche ha sido más cómoda de lo que me esperaba. No nos hemos desvestido y nos hemos tumbado en una especie de sofá, con una almohada que era bastante blanda. Todo el día de viaje; hemos llegado a Badajoz, en la frontera española, a las ocho. Y así, a través de Extremadura y Andalucía —¡qué nombres espléndidos! Pero el paisaje no era bonito; en su mayor parte llano, sin árboles y con un sol fuerte—. El tren paraba en cada pueblo. Por la tarde hemos llegado a una zona más agreste y más interesante, con muy pocas carreteras y casas y vistas magníficas. A las ocho y media hemos llegado a Sevilla, ido al hotel Roma, comido una triste cena y a la cama.

Diario, domingo 9 de abril

Esta mañana hemos empezado a explorar Sevilla. Primero la catedral, que se vislumbra por todas partes. Es enorme. Esa es la primera impresión. No me importa mucho tal belleza elefantiásica, pero es bonita. Había oficio y por eso no hemos podido ver mucho. Por la tarde, cogimos un carruaje y recorrimos durante una hora los jardines, que son encantadores, aunque un poco apagados y descuidados, como todo lo demás. Las calles son muy estrechas, adoquinadas, sin

aceras por donde andar. Los tranvías son malos y no son fáciles de coger. Es una ciudad difícil para orientarse. Fuimos al gran hospital y vimos los muros amarillos que rodean suavemente la ciudad.

Diario, lunes 10 de abril

Me he despertado esta mañana bajo la mosquitera, de la que los bichos simplemente se carcajean, para ver, primero a la criada, embarcada en un largo y enfático discurso en español, y, en segundo lugar, una lluvia de pura sangre inglesa cayendo fuera. (Por cierto, esta frase se puede leer de dos formas, pero no vivimos en tiempos de la Inquisición). En un rato despejado hemos ido a la Giralda, que es la torre de la catedral, desde donde hemos mirado Sevilla, que desde esta altura parece una ciudad pequeña que pronto se agota en los campos. En su mayor parte, casas blancas con techos marrones. Llovía tanto que nos hemos sentado mucho rato en la catedral, que no es bonita de verdad, aunque sí impresionante, de la misma manera que lo es un acantilado escarpado o un pozo sin fondo. Por la tarde, hemos «hecho» el alcázar, un edificio dorado de mosaico moro, otra vez una vista que no me seduce.

Carta a Violet Dickinson
Hotel Roma, Sevilla, 10 de abril

Ahora estamos en Sevilla, como puedes ver. Llegamos el sábado desde Lisboa y encontramos sitio en este hotel, que no está mal y es barato. Es un lugar muy atractivo —aunque la catedral no ha cumplido mis expectativas—, pero es con mucho el sitio más meridional en el que he estado —y la vida es divertida para una temporada—. Por supuesto, hoy ha llovido, dicen que no ha llovido en todo el invierno, y hemos tenido que pasar casi todo el tiempo explorando tumbas difusas en la catedral. Si saliera el sol, sería divino. Las flores del naranjo están por todas partes, y todo tipo de árboles; de hecho, un agosto inglés no es tan veraniego. Esta mañana hemos ido al alcázar, bajo la lluvia. Sin embargo, no soy buena con las guías. Ayer fuimos a los jardines —un extraño sitio desierto y ruinoso como todas las ciudades italianas, y por supuesto, lleno de mendigos y guías—. Solo estaremos aquí hasta mañana, y luego iremos al Washington Irving, en Granada. Espero que me llegue alguna carta tuya en algún sitio —aquí y en Lisboa, ninguna—.

Es un gran alivio haber salido del vapor, por fin. La gente se hizo inaguantable, ya que creían necesario ser amistosos y habladores. Nuestro barco de vuelta solo tarda tres días, así que no tendrán tiempo para aburrirnos.

Lisboa es una ciudad espléndida, con, por lo menos, un bello edificio, la gran Iglesia de Belém.

Aquí la gente se prepara para la fiesta. Han colocado enormes figuras de cera en la catedral —no concibo por qué— y están levantando estrados. Hay carteles de corridas de toros por todas partes. Me alegro de que nos lo perdamos.

Pronto estaremos de vuelta, lo que me alegra, aunque he disfrutado, y Adrian también.

Diario, martes 11 de abril

De nuevo una mañana lluviosa, pero no ha resultado tan mala como la de ayer. Hemos salido y hemos comprado fotografías —nuestra única extravagancia—, y luego hemos visto la iglesia de la Caridad, que no era muy interesante. Lo más interesante de Sevilla son las calles. Después del almuerzo hemos cogido un taxi para ir a la Casa de Pilatos, porque llovía. Hay patios que desembocan en otros patios, todos de mármol blanco, más sencillos y señoriales que los del alcázar. También hay muchas habitaciones alargadas y oscuras, alrededor de los patios, revestidas de preciosos azulejos, frescas y oscuras. Luego hemos comprado, con gran pericia, un infernillo de alcohol y otras cosas necesarias para las dos comidas de mañana, en el tren. No lamentaré moverme, aunque he disfrutado de esto.

Diario, miércoles 12 de abril

Finalmente, hemos llegado a una región silvestre y montañosa, Sierra Nevada, en medio de la que está Granada. Hemos llegado aquí a las ocho y cuarto llevados por cuatro mulas a lo alto de la empinada colina donde está el Washington Irving. Afortunadamente, hemos encontrado alojamiento, nos hemos tomado la cena y a la cama.

Diario, jueves 13 de abril

Esta mañana hemos salido, como de costumbre, a explorar. Estamos bajo la sombra más verde, como si fuera de grandes árboles ingleses que filtran un sol meridional. Estamos justo sobre la ciudad, pero la Alhambra y los jardines del Generalife se hallan al otro lado de la carretera.

Desgraciadamente, debido a la burocracia, hemos tenido que darnos una caminata y bajar a la ciudad para obtener las cartas de admisión, lo que ha tardado un poco. Los jardines merecen mucho la pena. Son muy calurosos y fragantes, en pequeñas terrazas como un jardín italiano, con frescas casitas de verano donde se puede descansar y mirar las montañas nevadas, más allá de la ciudad. Por la tarde hemos recorrido la Alhambra con un guía, un precioso palacio moro, con muros amarillos deteriorados.

Diario, viernes 14 de abril

Esta mañana «hemos hecho» la ciudad, que consiste principalmente en la catedral —un edificio aburrido y florido, muy recargado, que contiene lo único que me interesaba, la tumba de Fernando e Isabel—. Por la tarde, queríamos permitirnos el lujo de regatear veinticinco pesetas en mercancía local. He comprado unas mangas de encaje y, después de un largo regateo, un marco antiguo, dorado, para Nessa —lo cierto es que no era caro y me gusta—. Pero Granada no es tentadora en este sentido —o quizá no hemos encontrado las tiendas adecuadas—. Después de cenar, Adrian y yo hemos ido con dos personas —padre e hija, que se han hecho amigos nuestros— a un patio de la Alhambra a ver el baile de los gitanos.

Diario, sábado 15 de abril

Una mañana bastante perezosa, pero aquí ya le hemos presentado nuestros respetos a casi todo y podemos permitirnos ser vagos el último día. Ciertamente, aquí no puedes pasar mejor el rato que ociosa en los Jardines, apoyada en el viejo muro soleado y mirando la gran y extraña vista de abajo. Después del almuerzo, caminamos colina abajo a la oficina de correos, donde, para mi decepción, no había cartas, así que tenemos que dejar Granada sin noticias y ahora, ya será difícil que las tengamos. Después de cenar, las consabidas facturas y la cuenta, que no es excesiva. A hacer el equipaje una vez más, lo que detesto, y ahora a la cama, porque mañana a las seis emprendemos el viaje de vuelta.

Diario, domingo 16 de abril

Desayunamos esta mañana a las seis y media y nos fuimos en el autobús a las siete. Tuvimos una jornada larga y fatigosa, como siempre, transbordos, etc.; a las nueve llegamos a un lugar llamado Amonhon (sic), donde íbamos a dormir. Allí había, según nos contaron, «un buen hotel de segunda». Aun haciendo todas las concesiones a los hoteles españoles, no estábamos preparados para una casita blanca, una especie de taberna, junto a un desierto y un castillo moro, donde tuvimos que pasar la noche. Había solo una habitación, así que nos tumbamos vestidos en la cama y nos las apañamos para dormir un poco hasta las cinco y media, entonces pagamos tres pesetas; nuestro tren salía a las seis.

Diario, lunes 17 de abril

Viajamos hasta las doce y media y paramos en Badajoz —donde teníamos que esperar seis horas—, muy pesado, porque estábamos soñolientos y abatidos —la ciudad, calurosa y sucia, y no teníamos nada que hacer—. Intentamos encontrar algo para visitar y escuchamos una representación divertida en la catedral, que asocié con las canciones del viejo país cantadas por granjeros medio borrachos. Puede que la catedral sea bonita, pero la han desfigurado con cristal. A las siete o así, dejamos con alegría Badajoz, conseguimos un compartimento vacío en primera, que nos llevó directo a Lisboa. Comimos unos huevos duros y dormimos bastante bien, estirados en los asientos.

Diario, Carbis Bay, 11 de agosto

Ayer nos sentamos con cierta sensación de encantamiento en el tren Great Western. Este era el mago que nos iba a transportar a otro mundo, casi a otra época. Habríamos creído alegremente que esta pequeña esquina de Inglaterra había dormido bajo el hechizo de algún mago desde que le echamos la vista encima por última vez, hace diez años, y que ni un soplo de cambio había agitado sus hojas o turbado sus aguas. Allí también nos encontraríamos nuestro pasado conservado, como si todo este tiempo hubiera sido custodiado y atesorado para cuando regresáramos algún día, no importaba cuándo. Eran muchos los veranos que habíamos pasado en St. Ives, ¿no era razonable creer que mientras amáramos su recuerdo, aquí, en el lugar donde los dejamos, podríamos recobrar

algo tangible de su esencia?

Anochecía cuando llegamos, así que aún parecía haber una película entre nosotros y la realidad. Podíamos imaginar que solo estábamos volviendo a casa después de una larga excursión veraniega y que, cuando llegáramos a la puerta de Talland House, al empujarla, nos la encontraríamos abierta y estaríamos entre las escenas familiares de nuevo. De hecho, en la oscuridad nos atrevimos a complacernos en esta fantasía más de lo que teníamos derecho; atravesamos la puerta, caminamos sigilosos a tientas, pero, con paso firme por el sendero de los coches, subimos el pequeño tramo de los toscos escalones y miramos por una rendija del seto de escalonia. Ahí estaba la casa, con dos ventanas iluminadas, allí en la terraza estaban las vasijas de piedra, contra el macizo de las flores altas; todo, hasta donde pudimos ver, estaba como si nos hubiéramos ido por la mañana. Sin embargo, como sabíamos, no podíamos ir más allá; si hubiéramos avanzado, el hechizo se habría roto. Las luces no eran nuestras, las voces eran voces de extraños. Nos quedamos allí como fantasmas a la sombra del seto y, al oír unas pisadas, nos dimos la vuelta.

Diario, lunes 14 de agosto

Hoy hemos hecho lo que desde hace tiempo nos habíamos prometido hacer a la primera oportunidad, alquilar una barca de pesca y salir a navegar por la bahía. Pero el mar estaba tan calmado que había grandes franjas quietas y la vela no hacía ninguna tentativa de arrastrar al barco. Nuestro barquero ha tenido que coger los remos y para divertirnos nos hemos tumbado de espaldas y hemos mirado la vela rojiza aleteando contra el cielo; hemos intentado que el hombre disertara sobre el mar. Le hemos persuadido y nos ha contado cómo, el invierno pasado, su barco pesquero zozobró; cómo lo rescataron, de milagro, mientras se aferraba a la quilla; cómo iba a salir a hacer el mismo trabajo el mes que viene y cómo estaría entre la tripulación de los botes con jábega que esperan a las sardinas en la bahía. En ese momento, la monotonía de nuestro lento avance se ha aliviado con la repentina exclamación de unas marsopas y no muy lejos hemos visto una aleta reluciente y negra que llevaba a cabo lo que parecían series de volteretas marinas.

Hemos navegado en medio de toda la escuela de estos gimnastas que se han acercado tanto que podíamos oír sus boqueadas para coger aire antes de volverse a sumergir. El barquero ha señalado que las marsopas son signo de que hay sardinas en la bahía.

El otro día, como llovía, Adrian y yo nos apartamos de la calle mayor para refugiarnos en la iglesia. No buscábamos nada más, pero nos encontramos en un edificio pintoresco, aunque bonito de verdad, diseñado en cierta forma como un barco, con un viejo techo de roble oscuro y extrañas tallas labradas en los negros bancos y vigas. La congregación podía oír el sonido del mar y había algo conmovedor en la idea de que generaciones de pescadores se habían arrodillado aquí, con el sonido de su voz y habían rezado por estar a salvo en sus aguas y porque la pesca fuera buena. Hay más de pintoresquismo, quizás, que de belleza; como si los creyentes fueran gente pobre que no se podía permitir mucho más adorno que una losa de pizarra grabada cuando morían.

Al salir, nos detuvo la voluntaria que daba la información; una mujer entrada en años, vestida de negro, que se sentaba cerca de la puerta. De pronto, dejó su voz profesional y nos preguntó si habíamos tenido amigos que vivieran aquí. Obviamente, contestamos que habíamos pasado aquí trece veranos. «¡Ah! —exclamó, y lo que es extraño, su voz tenía la excitación de la auténtica emoción—. Son los Stephen, déjenme estrecharles la mano, queridos. Siéntense un momento y hablen conmigo».

Nos sentamos y durante una media hora derramó sus recuerdos, su remembranza constante, su gratitud y alegría al ver a alguien de la vieja familia por fin, una vez más. «Me hace palpitar el corazón», exclamó y se enjugó una lágrima que derramaba por muchas penas. Había oído de nuestra llegada y pedido noticias nuestras a cada visitante de la iglesia; incluso cuando llegamos le estaba diciendo nuestro nombre a una pareja de turistas. No era, diría yo, una mujer especialmente refinada, pero sería demasiado crítico no ver que en este caso estaba conmovida de forma genuina y profunda. Haber dejado una impresión tan profunda en una mente que no es naturalmente sensible a recibirla, de tal modo que después de once años broten las lágrimas ante el recuerdo de toda la belleza y caridad que evocan un nombre, me parece quizá el homenaje más puro que se puede rendir a una vida que no buscaba otra fama.[14]

Y mientras escuchaba aquellas humildes palabras del amor de una mujer por otra, pensé que ninguna otra alabanza en el mundo podía ser tan dulce o significar tanto.

El pasar sola las tardes vagabundeando se ha convertido en un hábito. Así, he recorrido el campo circundante a gran distancia y el mapa terrestre se ha hecho sólido en mi mente. Dos veces, estos paseos han estado en las fauces de fuertes tormentas de lluvia. Anduve, parecía, hacia el mismo corazón del diluvio, subiendo colinas grises. En ambas ocasiones azotaba como un intenso humo sobre el mar y todas las alegres formas y colores se evaporaron. Solo se podían ver las nebulosas siluetas de las colinas que emergían de la niebla, pero el batir de la bahía lo cubría casi al momento con densos vapores.

Lo delicioso del campo es que todos los caprichos del aire y la tierra son naturales y, por lo tanto, apropiados y bellos. No hay nada incongruente en un día lluvioso entre las colinas, como sí lo habría cuando las calles decentes y las casas de ladrillo se exponen a la conmoción de una tormenta sin civilizar. Incluso una puede desear una alegre tormenta entre estas colinas de granito, cuando el viento y la lluvia las golpean como si les encantara el conflicto. Pero los días de sol te dan, después de todo, un placer más espontáneo, hacen emanar los aromas de la tierra y los de las flores de la aliaga y toda la tierra brilla con el dulce resplandor de agosto. El aire adquiere con suntuosidad una cualidad luminosa; ves todas las cosas a través de un filtro ambarino.

Diario

Hoy lo hemos reservado como día de peregrinación para alguna gente del pasado en St. Ives, los que a pesar del transcurso de once años, todavía atesoran algún recuerdo fiel de nosotros. O, al menos, eso nos han contado, aunque creo que hemos ido posponiendo un poco la expedición por miedo a que esto fuera una exageración. La hija de los granjeros, que nos traía los pollos y ayudaba en la casa, la que se encargaba de la colada, el viejo de las casetas de baño y su esposa; estos son los que nos hemos propuesto visitar en sus casas, en St. Ives.

Diario

El contorno de estas bahías sugiere que la naturaleza tiene a veces una felicidad meditada y te atrae con una fuerza peculiar cuando aparece así, modelando sus materiales de forma consciente.

El impetuoso barrido de la gran bahía, que se curva de tal modo que completa medio círculo, te da la impresión de una vitalidad hermosamente refrenada;

además, al excavar las tres bahías más pequeñas en el flanco de la grande, pensaría una, debe haber tenido buen ojo para la hermosa proporción del conjunto. No interfieren en la gran impresión, pero añaden algo original e inesperado. Parece haber tenido una facilidad perfecta para trazar esas líneas enérgicas y gráciles. La tercera de las bahías, Lelant, es, en algunos aspectos, la más bonita de las tres. Redondea el ángulo de la gran bahía, pero la extensión de las arenas blancas la corta el río Hayle, que dibuja una línea azul hacia el mar. Con la marea baja, el curso de la corriente se marca con algunas estacas a intervalos irregulares. Parecen extrañamente desnudas y desoladas por alguna razón, una percha para aves marinas blancas, y le dan una nota distintiva, parece, a la bahía de Lelant. Con la marea baja al atardecer, el tramo de arena es aquí vasto y melancólico; las olas se despliegan, rizándose una sobre otra en capas de agua con forma de abanico delgado, tan superficial que el romper de la ola es poco más que una onda. La pendiente de la playa brilla como si hubieran extendido una película de madreperla donde ha estado el mar y una fila de gaviotas se posa en las faldas de la reiterada ola. La palidez de las dunas vuelve la escena más fantasmal aún, pero las vistas hermosas son a menudo melancólicas y muy solitarias.

Diario

Hoy, durante mi paseo solitario, he pensado en la escasez de carreteras buenas en Cornualles. En el Sur, te resulta difícil escapar de la carretera; anchas y bien apisonadas, cruzan el país por todas partes. Incluso los senderos menores están bien trazados y llevan directamente a su destino. Aquí tenemos la carretera principal que, sin embargo, tiene tales trazas rústicas que en cualquier sitio la considerarían un camino. En cuanto sales, debes confiar en unos senderitos tan estrechos como si los hubieran abierto los conejos, que llevan por las colinas y los campos en todas direcciones. El sustituto de una verja en Cornualles es simple; al construir un muro de bloques de granito, dejan sobresalir dos o tres, a intervalos apropiados para formar escalones; a menudo te los encuentras detrás de una puerta fuertemente cerrada con candado, como si el granjero le guiñara un ojo al intruso. El sistema, claro, tiene sus ventajas para el autóctono o para alguien familiarizado con el campo; conserva la tierra flexible, podríamos decir, así que el pie puede trazar nuevos senderos a su antojo; pero el foráneo a menudo prefiere el sistema cortado y seco de los caminos buenos.

Hay muy pocos pueblos en esta región y los grupos de pequeñas granjas grises

que se juntan entre las colinas se conectan a la carretera principal con alguna tosca calzada propia, que desemboca directamente en el patio de la granja. Una viajera que lo siga se encuentra enfrentada, al final de una media milla, a un perro pastor flaco y con la esposa del granjero, de aspecto amargado, lavando los cubos de leche y a quien le molesta la intrusión. Pero, para el caminante que prefiere la variedad y las incidencias del campo abierto a la precisión ortodoxa de una carretera principal, no hay terreno como este.

Diario

Ha sido más, quizá, por seguir una tradición que por puro placer por lo que hemos cogido esta tarde el tren a St. Ives, el día de la regata. Yo, lo confieso, esperaba secretamente algún disfrute actual y no meramente retrospectivo, de la multitud, las alegres banderas y las espasmódicas trompetas de la banda. Esta era la escena que recordaba; vagamente alegre y festiva, sin referencia a la natación o la navegación, las cuales fingíamos observar. Recordaba la multitud de barquitos, las banderas ondeando a lo largo de la carrera y el barco del jurado, adornado con banderines, desde el que figuras desnudas se zambullían y se disparaban cañones. Cada vez que oímos algún redoble de tambores distante y fragor de trompetas, nos confesamos los unos a los otros, no falla, siempre nos recuerda el día de la regata de St. Ives en una tarde tan brillante como esta. Lo escuchábamos desde la playa, a salvo en manos de las niñeras. La banda tocaba en el Malakoff,[15] ahora como entonces; desde cerca vimos que un venerable sacerdote saludaba con la mano a los de la orquesta, aunque la música que salía de su compás era muy laica. Dos o tres puestecitos para vender golosinas y pasteles se alineaban en la calle y toda la población de St. Ives desfilaba arriba y abajo, vestida de rojo y verde.

Estaba el barco del jurado y los botecitos de remos, las banderas sobre el agua y los nadadores listos para zambullirse al mar en cuanto el disparo sonara y el revuelo general de charlas y movimiento. Reducido todo a un cuadro impresionista francés, la regata de St. Ives no es una vista que se deba menospreciar.

Diario

Estas son notas toscas para servir de puntos de referencia. Esta mañana, a las

nueve, seguíamos sentados con desánimo, después de desayunar, y la niebla nos había decidido a abandonar nuestra excursión a Mullion. De pronto, Thoby levantó la ventana y gritó «sardinas en la bahía».

Brincamos como si estuviéramos en la jábega y antes de las nueve y media estábamos en la casa Hewers.[16] Era obvio que las noticias eran ciertas. No solo había sardinas, sino ya dos redes, extendidas como cicatrices oscuras en las aguas de la bahía. La reunión en Hewers no era grande aún, pero sí eminentemente profesional. Había una línea de observadores de pie, a lo largo del muro, algunos con megáfonos, otros con globos atados en bolsas blancas. Había gran excitación porque los bancos de peces aún pasaban por la bahía y todos los botes sardineros se movían como largos insectos negros con hileras de patas. Nuestro amigo el señor Hain nos llamó y nos mostró una pálida sombra púrpura que pasaba con lentitud cerca de las rocas. Eso era un banco, dijo —los botes lo rodeaban para lanzarle las jábegas—. Según se acercaban al sitio, los megáfonos bramaban de forma ininteligible y los globos blancos se agitaban con énfasis. De los botes llegaban gritos de respuesta. Finalmente, vimos que dos botes se habían detenido y los remeros cogían puñados de red y los lanzaban por la borda; se separaron y la línea punteada de la red se extendía en círculo entre ellos; los gritos seguían todo el tiempo, porque los hombres de Hewers guiaban cada movimiento; solo ellos podían saber exactamente la situación del pescado. Entonces la red se cerró y el bote hizo varias maniobras con los cabos bajos. Justo entonces nos resultó posible, así circunscrita, ver la borrosa espiral, de color púrpura intenso, dentro del círculo; parecía una de esas arrugas de sombra repentinas que atraviesan el mar como rubores.

La multitud se reunía y anduvimos de un punto a otro, intentando, en vano, interpretar las rudas órdenes del megáfono que bien podían, por lo que entendimos, ser en córnico. Después de un rato, el señor Hain volvió corriendo otra vez con noticias de que se había avistado otro banco alrededor del promontorio; los botes aún no habían llegado allí. En Hewers dominaba una intensa excitación. El banco que había rodeado ese punto era, aparentemente, propiedad de los botes de la bahía de Carbis, que hasta ahora, habían permanecido anclados. Ahora iban de camino y el hombre de Hewers que los dirigía se había subido al techo de la casa para dar sus instrucciones con más vigor. Los botes se dirigieron con lentitud a la sombra flotante que creímos poder detectar en las rocas Carrack. Según se acercaban, los megáfonos rugían como sirenas. Un enano se había subido al techo y blandía los globos blancos como si fueran mancuernas. Los botes empezaron a lanzar las jábegas, habían medio completado el círculo cuando una tormenta de insultos llegó desde Hewers. Con

un lenguaje que no intentaré reproducir, los tildaban de cargamento de burros; el banco se alejaba hacia el oeste y ni un pez entraría en las redes. «Al oeste, oeste, oeste», rugían los megáfonos y las voces repetían las palabras con un nerviosismo agónico. Pero los botes sardineros son poco manejables y el movimiento era lento. Los de Hewers podían ver el pescado deslizándose pasado el punto y la red tendida vacía en el agua. Un millar de libras, como supimos luego, flotaba fuera de su alcance. No es de extrañar que el nerviosismo fuera doloroso. La red finalmente apresó una pequeña parte del banco y el resto cayó presa de los botes rivales. Ahora lanzaron cuatro jábegas y pensamos que era hora de tomar un bote hasta la primera de ellas, que se acercaba con lentitud a la costa. Así que dimos una vuelta por el puerto y nos llevaron a remo hasta el lugar. Cuando nos acercamos, vimos que el banco rodeado era de un inequívoco y profundo color púrpura; pequeños chorros de agua parpadeaban en la superficie y un destello plateado saltaba sobre la superficie durante un segundo. Cogimos sitio junto a la hilera de corchos y esperamos; después de un rato, los botes sardineros vacíos, con sus cestos, se prepararon y dejaron caer una red más pequeña, que se llama sardinal, en el centro de una mayor, de tal forma que todos los peces se cogen en un pequeño círculo. Entonces, todos los botes hicieron un círculo alrededor de la red interior y los dos botes que sostenían la red la alzaron gradualmente. El agua hervía de pescado. Estaba colmada de pescado iridiscente, plata brillante y púrpura, girando en el aire; daban latigazos con las colas, impulsaban surtidores de escamas.

Entonces bajaron las cestas y la plata se recogió y fluyó dentro de los botes; fue una visión diferente a lo visto en cualquier sitio, difícil de describir o de creer. Los pescadores gritaban y los peces chapoteaban. Los cestos se llenaban, se vaciaban y se volvían a meter en la hirviente masa, una y otra y otra vez. Nada parecía hacer disminuir la cantidad. Los pequeños botes cogieron cuanta ración de pescado quisieron; los pescadores se pararon a acribillar a los espectadores con pescado; la abundancia era inextinguible.

Tres barcos de jábega están en la bahía esta noche, llenos de peces que no se pueden llevar hasta el lunes. Los dueños vigilan con ansiedad y el viento es fuerte.

Diario

Hacemos expediciones, me parece, más por el interés de ir y venir, y de la deliciosa comida al aire libre que porque haya un panorama de belleza especial

donde nos plantamos a descansar. En mis paseos por aquí he encontrado una docena de sitios que me parecen apropiados para ir en peregrinación, pero son inesperados, imprevistos, secretos; quizá nadie pise ese camino durante semanas o vea precisamente lo que he visto yo en meses, o incluso años. Estas son las vistas que sorprenden al paseante solitario y permanecen en la memoria. Pero, como estas pequeñas visiones no pueden ser evocadas a voluntad, es más seguro fijar ciertos puntos reconocibles y tomarlos como objetivo para la excursión que desees hacer.

Uno de estos objetivos es Land's End, donde, en cualquier caso, la imaginación se queda impresionada de forma infalible y una está bastante segura de encontrar bellezas más sustanciosas para la vista. Por desgracia, el terreno de césped verde, con sus peñascos, los acantilados y la romántica línea de costa ahora son propiedad de un centenar de ojos; cada diez minutos o así, hay un frenazo o un polvoriento automóvil deposita su carga de turistas sobre este tramo de tierra.

Pero, aunque han vuelto horrible el sitio, la tierra circundante es todavía solitaria y muy hermosa. En el horizonte se puede ver alguna roca modelada como una sombra, a la que cuando el sol se hunde y la vuelve dorada, le damos el nombre de Islas Afortunadas. Cuando Cornualles estaba helado en la sombra, allí había una brillante luz diurna —quizá un atardecer perpetuo—.

Saint Buryan es el hito que destaca en muchas millas, una iglesia cuadrada sin adornos y con torre, que se alza con cierta brusquedad sobre una extensión muy desnuda de la zona. Había una cruz de Cornualles en el cementerio, un tanto mutilada, pero, cuando hemos tratado de entrar en la iglesia, estaba cerrada y no había nadie para darnos la llave; la única criatura que había era un cantero, a quien se podía oír picando un nombre nuevo en la base de un sepulcro antiguo.

Diario

Hoy, catorce de septiembre, nos hemos obligado a echarnos la comida a la espalda y salir a mediodía hacia el castillo Dinas, a unas cinco o seis millas. Son deliciosos estos días de otoño en el brezal; la aliaga todavía es tan suave como la seda y el aire fragante. Casi lo he dicho pesarosa, como si hubiera un tinte de melancolía en su dulzura. Todos los meses son burdos experimentos de los que surge elaborado el perfecto septiembre.

No es ingrato dejar el mar y dirigirse tierra adentro. Los ojos se cansan del agua inestable. Hay cierta dignidad austera entre estas colinas, aunque no son realmente bellas. Estábamos casi en la cima de la colina del castillo cuando nos

hemos acordado de que necesitábamos agua. Hemos llamado a la puerta de una granja; estaba cerrada, las ventanas también; no oíamos a nadie. La siguiente granja también estaba desierta, salvo por algunos gatitos que jugaban en las losetas.

No quedaba otro remedio que bajar otra vez la colina hacia una granja lejana donde un hombre trabajaba en una pila de maíz. Hemos entrado en el jardincillo pavimentado con guijarros y encontrado al granjero, que estaba lavando patatas en una cacerola, un hombre grande, huesudo y benevolente, más amable que perspicaz. Nos daría agua con placer; y su esposa ha salido de la granja al oír la charla. Era la adusta de los dos, pálida, con unos ojos oscuros que al principio nos han mirado desconfiadamente. Nos han invitado a sentarnos dentro mientras sacaban agua del pozo.

Las pequeñas visitas a la gente de campo en sus granjas solitarias son siempre una parte agradable de nuestras excursiones. Me gusta conversar con los viejos y ver el entorno que se han forjado. La cocina, en estas granjas, siempre es una habitación grande y baja, oscura, con gruesas vigas y todas las posesiones de la familia están colocadas en la repisa de la chimenea o en las paredes. Sobre la gran chimenea colgaba «la espada de mi abuelo», tenía cien años y un anticuario había querido comprarla unos días antes. Adrian la descolgó y la blandió, como el soldado de caballería que la manejara antaño, y el granjero, en la puerta, se reía entre dientes.

Es el gran encanto de la gente de campo aquí; quizá por su contacto con la salutífera tierra o el aire, los naturales instintos hacia sus congéneres son muy francos y confiados; todo lo que dicen y hacen parece marcado por esa sinceridad.

El castillo Dinas, aunque sea nuestro mejor castillo, no es sino un fragmento; una puerta derruida, que quizás ha servido como establo para el ganado. La colina sobre la que se alza está, como es habitual, surcada por las cicatrices de zanjas y muros sobre los que la hierba es más suave y verde que en cualquier otro sitio.

Diario

Es estupendo que, en esta casita de alquiler, veamos el mar desde todas las grandes ventanas. Por la mañana, cuando me despierto, lo primero que descubro es qué barcos nuevos han llegado a la bahía, esos viajeros silenciosos vienen y van todo el día, posándose, como pájaros viajeros, por un momento, luego

sacuden sus velas de nuevo y marchan hacia nuevas aguas. ¿De dónde vienen y dónde están vinculados? Un barco se mueve de manera misteriosa. Por la mañana, vemos los lugres, saliendo hacia sus bancos de pesca; a última hora, vuelven corriendo en el viento, como tantos pájaros que se abalanzan sobre su presa. Los más hermosos de todos son los grandes veleros, que hacen el trayecto, de ida y vuelta, del Canal.

En la costa, quizá especialmente en este distante mar de Cornualles, la gente parece despojarse de algunos de los integumentos con que se envuelve lo que hay que esconder de las miradas críticas. Aquí parece que han llegado al acuerdo de no mirar con sorpresa las cabezas y las manos desnudas; aceptar los cabellos al viento y las toallas de baño enrolladas al cuello como cosas sencillas y naturales. La ausencia de convencionalidad en el vestir se refleja en las caras curtidas y en la libre zancada de las piernas. Todos somos conscientes de estar de vacaciones y desbocados al aire libre. Los resultados son a veces un poco crudos, quizás; las señoras, corpulentas y de mediana edad, se sienten jóvenes de nuevo en este aire fresco y estimulante; acortan las faldas, dejan a un lado los sombreros y brincan al andar, de manera consciente, casi desafiante, como si reafirmaran un derecho que tu leve mirada inquisitiva les negara.

Pero la marea alta de las vacaciones estivales ha terminado y el llamativo veraneante ya ha perdido el moreno en alguna oficina de la City. Los que quedan están más tranquilos; detectan un sabor otoñal en la brisa y se acurrucan en gruesas capas y chaquetas de cuero.

Diario

Las luces de Londres me rodearán mañana a esta hora del atardecer, igual que el faro brilla ahora. Es un pensamiento que viene con melancolía auténtica, porque, además de la belleza objetiva de esta región, despedirme de ella es despedirme de algo que conocimos hace mucho tiempo y quizá no lo volvamos a ver durante años. Ojalá hubiera visto más de ella cuando podía. En verdad, hay algo de nosotros, como lo pensé una vez, preservado aquí, de lo que es doloroso separarse. ¿O es posible que haya llegado a una edad en que las despedidas son más serias y los encuentros menos placenteros? En conjunto, prefiero pensar que hay una buena razón para lamentar más esta despedida que otras.

1906

En la primavera de 1906, Virginia Stephen tenía veinticuatro años y ya se podía considerar una escritora profesional. En Semana Santa, hizo un segundo viaje a Giggleswick y se llevó a su perro, pero, en vez de quedarse en casa de su primo Will Vaughan, como en noviembre de 1904, se hospedó en una pensión y pasó la mayor parte del tiempo haciendo caminatas sola por los páramos, aunque también paseó e hizo algunas visitas con su primo y su esposa, Madge.

Del 3 al 31 de agosto, los Stephen alquilaron Blo'Norton Hall, una casa isabelina en Norfolk. Thoby y Adrian solo se quedaron dos días y volvieron a Londres para viajar a Trieste el día 10. Virginia y Vanessa tuvieron como invitados a George Duckworth, Hester Ritchie y Emma Vaughan.

El 8 de septiembre, Virginia, Vanessa y Violet Dickinson emprendieron el viaje a Grecia. Cruzaron Francia e Italia y se embarcaron en Patras. Thoby y Adrian, que habían viajado a caballo desde Albania hasta Grecia, se reunieron con ellas en Olimpia el 13 de septiembre. Después de Grecia, visitaron Estambul. Vanessa cayó enferma y Thoby enfermó de tifus, a consecuencia del cual murió el 20 de noviembre, en Londres, a los veintiséis años.

El 21 de diciembre, Virginia y Adrian se fueron a pasar las Navidades a New Forest, mientras Vanessa lo hacía con Clive Bell y su familia, con quien se había prometido tras la muerte de Thoby.

Diario, Giggleswick, 12 de abril de 1906

El viajero solitario comienza su viaje con un estado de ánimo plácido y práctico. Si solo eres uno, curiosamente tienes muy poco en que pensar; tus deseos se satisfacen con facilidad. Así, sin dificultades ni esfuerzo, he viajado hoy, de una punta de Inglaterra a otra, sin pedir casi información; he encontrado trenes y vagones, he organizado mi equipaje y lo he dejado todo donde la señora Turner, en Giggleswick, deliciosamente tarde —porque no le concernía a nadie—.

Es justo el alojamiento escrupulosamente limpio y prosaico que quería; y, hasta ahora, mi soledad ha sido exquisita y muy divertida. ¿Cuándo cenaré? ¿Cuándo tomaré el desayuno? Lo resuelvo a mi gusto y luego cierro la puerta y puedo leer tranquilamente dos horas si me apetece. El único sonido que me distrae es el expreso del norte que va disparado a Edimburgo.

Este no es un presuntuoso alojamiento suburbano con acceso a un parque; los

páramos se alzan en olas alrededor; grandes peñas al fondo, apenas vistas en el atardecer de abril y los olores silvestres del páramo entran por la ventana abierta.

Es una ciudad norteña discreta, limpia y sencilla, sin insignificancia ni vulgaridad debido a la nobleza del campo en el que se halla.

Pero la señora Turner está cerrando su puerta y haciendo fuera un tintineo con las velas y, en verdad, como cabría suponer, no hay que esperar esta noche nada de provecho en el rasgueo de la pluma.

Diario, Giggleswick, 13 de abril

El segundo día de mi soledad ha empezado con el buen auspicio del sol y del cielo. Celebré el día con un bollo de pasas, mi único sacrificio a los dioses, si es que se merece tal nombre.

Con una curiosa reserva, no sonó ni una campana para anunciar al mundo que era festivo; la fiesta se celebraba con vigor, sin embargo, en las carreteras. Anduve por una que he bautizado la vía Sagrada, porque discurre entre colinas tremendas, pálidas a causa de lajas de piedra hechas añicos y me encontré con bicicletas y automóviles que destellaban, hasta que caminar se hizo muy poco agradable. Pero he podido trazar varias rutas sobre las colinas que espero llevar a cabo si todo va bien —es decir, si Gurth quiere—. Para explicar esta frase extraña, debo decir que Gurth se alejó de mí, rápido y sigiloso, como si tuviera que hacer una gestión repentina y delictiva. Se ha escapado hasta aquí, se ha agazapado en la puerta, temblaba y no quería acercarse cuando he intentado engatusarlo y luego obligarlo a que se levantara. No sé qué extraña oleada de miedo o aburrimiento le ha entrado, pero no me lo explico en absoluto.

Resulta que caminé por el High Rigg —una suposición— con Will y Madge y observamos una gran vista del campo. Los páramos se alzan y se enrollan a lo lejos, durante millas a ambos lados, y se sacuden en grandes promontorios, como Ingleborough, o en extraños bloques como terrones de azúcar y luego siguen en tropel de nuevo hasta llegar al lago. Pero la niebla los cubría.

Los páramos están abandonados al ganado por completo y atravesados por muros de piedra; no crecen ni arbustos ni árboles. Aquí y allá se ve alguna sombría casa de piedra en la ladera de la colina, donde vive el pastor. En muchos aspectos esta tierra es como Cornualles; pero no tengo tiempo para establecer las diferencias.

Todas las ovejas tienen corderos y, por ello, se mostraban atrevidas y desafiantes.

Ves extrañas fortificaciones en los páramos, fosos y murallas, están alfombrados y construidos de una forma tan fluida que o la naturaleza fue el arquitecto o un hombre primitivo.

Es necesario un libro sobre este lugar.

Diario

De nuevo he logrado un día de soledad parcial; salvo que empiezo a entablar conversación con la señora Turner cuando me trae la comida. Pero es más educada que comunicativa.

Todavía tenemos encima la desdichada maldición del día festivo: las carreteras están casi intransitables. Así que le he puesto la cadena a Gurth, he cruzado la carretera y he tomado el sendero que me han dicho, detrás del bosque y así hasta el alto páramo con pálida ladera de roca gris ceniza. Ha sido un paseo extraño. He seguido un estrecho sendero por la cima del páramo, protegido por un muro de piedra, con una caída vertical de no sé cuántos pies. La carretera se curvaba abajo, así que se podía seguir con la vista a un coche a alguna distancia desde atrás, por la carretera blanca.

Luego he encontrado un sitio menos empinado, desde donde poder bajar de esas alturas bastante sombrías. Pero no ha sido fácil hacerlo. La ladera de la colina, que es lo suficientemente abrupta para tener casi que sentarse, está cubierta con una gruesa capa de piedras grises sueltas, algunas de tamaño considerable. Cuando andas, se resbalan bajo tus pies y se deslizan como una avalancha en miniatura rodando hasta abajo. Y si una miraba abajo, la vista era un poco vertiginosa: así que he gateado como he podido, por suerte sin que nadie me viera, y me he agarrado a árboles y matorrales hasta que el descenso ha terminado. Después de eso, me he sentado en la hierba bajo una roca, al sol, mirando el esqueleto de una colina delante de mí y otras que se alzaban detrás, imponentes y tristes, más allá, a lo lejos. Encuentro que una caminata aquí tiende a ser una empresa bastante heroica. Me he divertido proyectando el campo dentro de Bloomsbury y Piccadilly, y colocando las calles de St. James y Marble Arches en todas las colinas y valles. Así, mi vida doméstica transcurre como algunas horas muy plácidas a la orilla de un lago, sin una ola.

Todos los árboles aquí son rojos y púrpura, pero aún no están verdes. No es un campo muy propenso a los cambios de estación, me imagino. En invierno era muy parecido. Hace dos mil años tenía el aspecto de esta tarde; quizá en esa continuidad reside su singular grandeza y estabilidad. Dos mil años más lo

pueden dejar igual, sin cambiar.

Diario

El viento ha entonado una monótona canción todo el día. Se levanta por la noche. Pero el sol era brillante y proporcionó una bonita mañana de Pascua. A las once, la paz del *sabbat* de Giggleswick fue rota por música militar; la dogmática tonada de los soldados cristianos golpeó, a base de metal y tambor, y los voluntarios desfilaron hacia la iglesia, parecía que manifestando a cada paso lo bueno de su proceder. Luego hubo una procesión de curas y del coro; y casi pensé en ver la misa, que prometía ser instructiva, pero me incliné por no hacerlo.

Por la tarde, hice el ascenso del Attermire —el páramo que constituye un alto telón de fondo para Settle—. Oculta toda la vista del campo del otro lado. Perseveré, aunque el camino era empinado y engañoso y logré una vista panorámica del campo en la que descansé los ojos por completo. Es un campo extraño. Te encuentras entre un desolado mar de páramos, grises como el hueso, solo con una pizca de verde. Se sumergen uno en el otro, se hunden y se alzan de nuevo, hasta que ya no puedes ver más lejos. Ni una carretera ni una casa parecen aventurarse aquí; y el parecido con un mar vacío es inevitable. Sin embargo, al otro lado, el campo está más cultivado y la llanura tiene casas y el río Ribble la atraviesa. Por todo Settle convergían grupos, aguardando «la extinción del *sabbat*». Mañana, se volverán a desencadenar todas las furias, y luego, quizá, la paz.

Diario

Era difícil luchar contra el viento, pero hice un laborioso circuito, sin mucho deleite y di con la carretera en lo alto de la colina de Giggleswick y bajé al valle.

Vi una liebre y unos cuantos trenes y he trepado por los muros, que están hechos justo como no se deben hacer, altos y flojos, sin huecos para el pie, así que hacía un agujero y bajaba bastantes trozos de piedra en la falda. Y tenía que tirar del collar de Gurth.

Después del té hemos visitado a cierto maestro y su esposa, anónimos incluso en este cuaderno, por pura decencia. La esposa está recién llegada de Newnham[17] y se ha traído todas sus propias rudezas para airearlas en este simpático ambiente. La casa campestre en un páramo de Yorkshire es terreno

abonado para las teorías; me imagino las cartas que escribe a casa, encantada de ser la persona adecuada en el lugar apropiado.

Era una casa corriente, pero las mesas desgarbadas, las alfombras verdes y las sillas de paja la han convertido en una casa consciente, una casa con propósito. La rudeza de esta gente joven se puede evaluar por el hecho de que escriben su credo en tinta roja o en una tira de papel marrón sobre el corazón —es una cita de William Morris que me contaron—; han bautizado a su hijo con el nombre de un héroe de Meredith. Todo mal, todo mal, me digo con voz enfática pero ambigua, porque no puedo decir exactamente de dónde surge la confusión o qué hace tan desastrosa la combinación de literatura y vida, salón y cocina.

Diario

No intentaré hacer aquí el catálogo más pesado que existe: el de un día de excursión. Solo diré que nos encontramos en el zoo de Mánchester a las once y media, más o menos. ¡El zoo de Mánchester![18] Qué grotescos son esos espectáculos de segunda en los que la vida te arremolina algunas veces. Si alguien hubiera predicho en el curso de este año que visitaría Calcuta, hubiera estado más predispuesta a creerlo que la sugerencia de esta excursión. Te puedes imaginar las horribles y deslucidas grutas y las lámparas mortecinas, los templos y las pagodas de mala calidad, en los que te puedes comprar un bollo; una los rebasa con horror. Y de vez en cuando, aún más grotesco, llegas a una jaula de leones auténticos y una cebra viva; y una gran casa llena de monos melancólicos, enfermos y malhumorados, después de sus noches de desenfreno. Era casi descortés visitarlos a esa hora tan temprana. Pero quizá la nota más horrible de todo fue cuando un hombre prendió un cohete al borde de un frío estanque y la luz destelló en la pálida mañana de abril, que pareció extinguirse al instante por la fuerza del frío sentido común. ¡Un cohete a las doce del mediodía en el zoo de Mánchester! No es de extrañar que las hienas aullaran y el hipopótamo se preguntara si tenía suficientes fuerzas para bostezar.

Carta a Violet Dickinson
Norfolk, 4 de agosto, 1906

Si hubiera elegido un momento mejor para escribirte, te describiría este lugar; lo que no haré ahora. Tiene trescientos años, listones de roble en el interior, viejas

escaleras, tinajas ancestrales y retratos; hay un jardín y un foso. Ya ves que la gente de buen gusto puede conseguir casas a buen precio; la estación está a seis millas y no hay nada que hacer. Nessa pinta molinos por la tarde y yo ando millas por el campo, con un mapa, salto acequias, escalo vallas y profano iglesias, inventando historias brillantes a cada paso del camino.

Diario

Las tierras pantanosas casi rodean esta casa. Y toda la tierra es muy llana, así que los puntos de referencia son las iglesias y los molinos. El río, Little Ouse, merece su diminutivo; lo puedes saltar —y caerte dentro, como yo esta tarde—, pero, de todas formas, no es un salto arriesgado. En cualquier caso, cuentas con el barro. Irradia varios afluentes menores, los llamaré canales, porque ignoro su relación con el río y a veces están cercados con alambre de espino. Sin embargo, aunque un paseo por las tierras pantanosas tiene su encanto, no hay que tomarlo como camino para ir a los sitios. Los molinos de viento se quedan absolutamente quietos o retroceden ante el que se acerca.

Sin embargo, después de saltar y rodear, rozar juncos y pelear con el alambre de espino, es agradable tumbarse en la hierba y tratar de orientarte con molinos y torres para marcar en el mapa con exactitud dónde estás. Hoy he encontrado las fuentes gemelas del Waveney y del Little Ouse.

Diario

Desgraciadamente, en muy poco tiempo ha sido obvio lo corta de vista que fui al pensar que Norfolk estaba deshabitado. No hay necesidad de entrar en detalles, que serían descorteses; así que solo haré la inocente observación de que, en cuanto empiezas a estudiar los hábitos de las criaturas, se vuelven sorprendentemente frecuentes y bien ordenados. Aquí, parece, apenas hay que tomarse molestias para descubrir toda una red social —caballeros rurales, párrocos y señoras separadas que viven en *cottages*, se entretienen y hacen visitas, de forma mucho más puntual y asidua que en Londres—.

Pero, para ir al grano, hay que señalar que encontré el auténtico páramo apenas a una milla de casa. Es un lugar silvestre, todo de arena y helechos, con innumerables conejos y grandes bosques que se extienden en paralelo, en el que me sumerjo, por caminos verdes tan sombreados como cualquiera de New Forest.

Es un tipo de región extraña y solitaria; un carruaje rueda por la colina, lo miras pasar y desaparecer y te preguntas de dónde viene, adónde va y quién es la dama que va dentro.

Diario

¿Confieso, sin querer hacer ningún tipo de confesión, que es posible que un día se parezca mucho a otro, sin ser aburrido en lo más mínimo?

Doy mi paseo habitual, que para mí tiene el interés del descubrimiento, porque voy armada con mapas en una tierra extraña. Los molinos de viento son mis puntos de referencia; y una no debe confundir el río con una acequia. Lo que más me atrae es el páramo, porque no hay campos cultivados. La marisma te equivoca a cada paso —anduve por una selva de juncos y me caí de narices en el barro. ¡Y si una se hundiera aquí, los juncos ondearían, el avefría llamaría y ningún petirrojo te enterraría!—.

Diario

Si este fuera el momento o el lugar de sostener una paradoja, estoy medio dispuesta a afirmar que Norfolk es uno de los condados más bonitos. De hecho, mantengamos el artificio; porque así no habrá necesidad de explicarlo. Y, verdaderamente, necesitaría un pincel cuidadoso y hábil para retratar esta tierra extraña, verde grisáceo, ondulada, soñadora, filosófica y evocadora, donde puedes andar diez millas sin cruzarte con nadie, donde los senderos de suave hierba troquelan delicadamente la tierra, donde las carreteras son muchas y solitarias, y las iglesias innumerables y desiertas. Por el momento, no tiene sentido una mirada más detallada. Pero merece la pena decir que cuanto más andas por aquí y te familiarizas con los asuntos domésticos del lugar —está lleno—, más lo amas y lo conoces. Y esto dice mucho de un sitio y una persona. Es tan suave, tan melancólico, tan agreste y, sin embargo, tan deseoso de ser gentil, como una mujer noble e indomable, consciente de que no tiene belleza de la que alardear, de que nadie la desea mucho.

Diario

Ayer cogí la bicicleta para ir a un sitio llamado Kenninghall. No hablaremos de la bicicleta, o no habrá tiempo para hacerlo de la iglesia y del pueblo y también se cometería un ultraje estético en nuestro juicio. Kenninghall es célebre en el mapa de la Ordnance[19] por un enterramiento sajón: y los lectores de Jefferies probarán suerte para tomar el sol sobre una hierba tan suave. Pero en Kenninghall solo la iglesia cristiana era obvia; la torre peculiarmente modelada, con su reloj dorado, se mostraba del gris más decoroso contra el verde plumaje de los árboles. Asimismo, había tumbas con elegías caseras.

Con la autoridad del mapa, le preguntamos a un pequeño nativo por el enterramiento sajón y nos envió al cementerio cristiano; para él, podían ser sajones y, para vergüenza de Kenninghall, allí nadie, ni siquiera el fotógrafo, sabía dónde estaban enterrados los sajones ni habían oído nada de que los hubiera.

Diario

Las ventajas de una bicicleta, o yo diría la ventaja, es que te lleva a sitios. Nuestros abuelos nunca vieron Thetford o Diss, como no fuera en viaje de novios, en un cabriolé; o por el bautizo del primogénito, o alguna otra fiesta solemne que exigía la sanción de una ciudad con mercado.

Pero yo puedo ir allí en una tarde para comprar postales o uvas, o simplemente a mirar algunas viejas casas peculiares.

Un día muy caluroso de agosto, una carretera vacía que cruza el páramo, campos de maíz y paja —una calima como de fuego de madera, innumerables faisanes y perdices, piedras blancas, casas con techo de paja, postes con señales, pueblos diminutos, grandes carros cargados de maíz, perros sagaces, carros de granjeros. Compón todo esto en un cuadro; yo soy demasiado perezosa para hacerlo—.

En cualquier caso, después de una hora de pedaleo, llegué a Thetford, que me pareció, con la muralla que la ceñía y el río y su ladera de suave césped, una ciudad italiana. Quizá, haber leído en la guía que hubo en la Edad Media un convento de monjas colaboró con mi imaginación. Ciertamente, vi con mis propios ojos a un *padre*[20] católico romano salir por la puerta de su monasterio, tocado con una birreta, y examinar, con larga nariz eclesiástica, las dalias del jardín de los vecinos. Los ríos Thet y Ouse (creo) circundan Thetford y, por donde quiera que iba, acababa cruzando bajos puentes de piedra, donde los pescadores holgazaneaban con las cañas tendidas a lo largo de la ancha corriente. Había

niñeras sentadas a la orilla, acodadas con novelas en rústica, mientras sus custodiados chapoteaban en el agua. Nadie sería capaz de decir lo que pasa en estas ciudades medievales, en el corazón de Inglaterra, a esta hora una tarde de verano. Es todo tan pintoresco y aleatorio que al viajero le parece un espectáculo agradable con algún propósito benevolente. Porque, cuando tropiezas con hombres tan robustos que apoyan los codos en un parapeto y sueñan con la corriente frente a ellos, mientras el sol aún está alto en el cielo, reconsideras lo que entiendes por vida. En Londres, a menudo pensaré en Thetford y me preguntaré si continúa viva o si ha dejado de existir, apaciblemente, para siempre. Nadie lo notaría si toda la ciudad se olvida de despertar una mañana.

Pero al volver a casa al atardecer, cruzando grandes espacios de campo abierto, percibí que había algo lo suficientemente vivo. Llámalo como quieras. Porque todo el aire vibraba de energía y color brillante.

¡Olimpia, 14 de septiembre!

No merece la pena gastar tinta acerca del viaje por Italia. Hacía calor, hacía frío —perdimos trenes…, encontramos hoteles y, entretanto, pasamos de una punta de Italia a la otra—.

Patras, como la mayoría de los puertos, es cosmopolita y muy ruidosa. Vimos hombres con faldas y polainas. Turcos, albaneses y montenegrinos se mezclaban entre una muchedumbre monótona. Pero, por la tarde, después de haber oído una plañidera canción griega, cuya letra interpretamos liberalmente, partimos para Olimpia en un vagón de primera que, naturalmente, teníamos para nosotras solas. Atardecía y las flores de las colinas eran de un púrpura brillante y el mar volvía su corazón más profundo hacia la luz; era un corazón azul profundo. Al otro lado, había una hilera de colinas, abruptas, escarpadas y constantes, como si la tierra no tuviera nada mejor que hacer que lanzar impacientes montecillos. El aspecto del lugar resulta fiero y, de alguna forma, frágil, porque las líneas son muy simples y enfáticas. Ni el pasto ni los bosques almohadillan la superficie; pero, en los llanos, la tierra estaba cubierta de vides enanas, encorvadas por las pirámides de fruta. En las estaciones se veían cestas colmadas de uvas; Stafeleé, stafeleé[21] —he gritado—, y han traído grandes racimos a la puerta.

Había muchas estaciones; parábamos en cobertizos donde, a la luz de una linterna, los hombres bebían vino con sus caballos atados a una estaca; cuando el tren tomaba una curva, el silbato gritaba una advertencia continua, porque la vía es como una carreterita modesta y, en verdad, el tren no le haría mucho daño a

un rebaño de cabras.

Diario, Olimpia

Así que a las nueve y media nos bajamos en Olimpia, nos encontramos con Thoby y Adrian, oímos de nuevo nuestra propia lengua y fuimos al hotel.

Pero es difícil escribir sobre Olimpia.

La *baedeker* contará las estatuas; una docena de arqueólogos las colocarán de doce maneras distintas, pero la mente fresca que las mira es la que tiene que hacer la tarea final. Los frontones del templo ocupan los dos laterales del museo; pero no queremos escribir una guía. Está el Apolo. Mira por encima de su hombro —parece mirar a través y por encima de los siglos—. Es recto y sereno, pero tiene una boca y una barbilla humanas, dispuestas a temblar o sonreír. Así podría haber sido un muchacho griego, desnudo, al sol. Y hay otros fragmentos nobles, cincelados ampliamente, porque están altos; el pelo es una banda de piedra suave; el ropaje esculpido con líneas rígidas. ¡Ay, la belleza!

Luego llegas al templo separado, donde el Hermes se alza, apacible, tan ligero y con tal viveza en su paso que esperas que se gire y se vaya. Aquí, creo, tienes al dios, porque mira a lo lejos y afuera, como si algunas vistas serenas en el lejano cielo atrajeran su mirada.

Así, amontonamos palabras; pero es una simulación. Debes verlo y dejar que los ojos salten, como criaturas libres, entre esas curvas y cavidades; ¡porque los ojos han suspirado por tal belleza! Y la piedra —si es que la llamas piedra— también parece conforme en la mano del escultor: es casi líquida, del color del alabastro y tiene la solidez del mármol. Hay un pie, bellamente pulido, que puedes acariciar con tu propia carne suave. Los alemanes le han proporcionado piernas de escayola. Anotémoslo. ¡Si hubiera sido posible mantener la estatua en el aire! La fría piedra necesita ese fondo. El estadio es…, una vez más debemos citar la guía: para nosotros es solo un círculo de hierba plano, con innumerables fragmentos de piedra esparcidos. Hay columnas rotas de todos los tamaños y azulejos, piedra, cabezas de león, inscripciones; todo es como, quizá, un cementerio pagano muy desordenado. Pero puedes adivinar ciertos templos y el curso de la pista. Sin embargo, no es en lo que se detiene la mente errabunda; el tomillo y la hierba fina crecían entre las columnas. Y había pequeñas colinas empenachadas con delicados árboles verdes a nuestro alrededor; y el Alfeo pasaba por un lado.

Diario, Olimpia y Corinto

Pero todo era muy claro y ordenado y griego; descubres vestigios de cierta austeridad en el paisaje, a pesar de toda su gracia. No puedo hacerme con las palabras, salvo las que surgen por la noche y carece de sentido explayarme en una imagen tan perfecta con adjetivos poco adecuados. Esto, puedo decirlo, lo he escrito en Corinto y una banda de mujeres lloronas canta delante de mi ventana. ¿Se lamentan por la caída de su país, por alguna desgracia privada o simplemente celebran la apertura del nuevo restaurante que han inaugurado esta noche con fuegos artificiales?

Este ha sido el preludio de una noche que no he pasado en meditación estética o filosófica. Cuando te levantas a la una, las dos, las tres y las cuatro para investigar la cama y te encuentras con unos cuerpos redondos y negros atravesando la sábana y los aplastas y te estremeces y te envuelves en un saco de seda y te envuelves la cabeza en una red; cuando repites esto cada hora hasta que amanece, Whitechapel es la imagen que te viene a la cabeza; la suciedad es la única cualidad del griego. El mundo griego se limita al lugar de tu cama. Así que me he pasado el amanecer sentada en el salón, leyendo el *Christian Herald*.

Sin embargo, en poco tiempo estaba ascendiendo el Acrocorinto, en un poni gris; trepas por un precipicio y te deleitas en la cima frente a una fortificación turca. Ves Salamina y algunas de las tierras más famosas del mundo por debajo de ti. El color de la zona, visto así, en grandes espacios desde lo alto, es el de la arena tostada; podría ser un desierto, salvo por algunos rincones de un verde débil. Y ves Corinto, al borde del golfo. Pero no era un día para ver mucho y hacía mucho calor y había pasado la noche en persecuciones de otro tipo. Así que nos volvimos y confieso que lo más agradable de la expedición se debió a que nuestro cochero era también dueño de un viñedo; y mientras pasábamos por su tierra, la hospitalidad y el deseo de ver cómo iba su cosecha le llevaron a pedirnos que desmontáramos y probáramos su producto. Así, tuvimos la experiencia, por primera vez, de sentarnos en el suelo y comer uvas de la parra, al aire libre. Los pellejos estaban tibios y eso hacía que la esfera de zumo de dentro fuera muy dulce y más fresca. ¡Uvas gratis! Pesados racimos de uvas azules, blancas y púrpura, que colgaban tan cerca que dudabas, como el asno, antes de elegir cuál comer. Aquí te das cuenta de que la naturaleza puede ser benévola y también, por eso, el hombre se vuelve generoso.

Diario, Atenas

Hay tanto que aprehender en Atenas que no es necesario intentar una sola descripción. Procediendo con una mirada tranquila aquí y allí, a placer, un cuadro compacto se compone por sí mismo, lentamente. No trataré de reproducir aquí su totalidad, pero como mujer inglesa libre, trataré conscientemente de las aventuras del día, sean significantes o irrelevantes. Y, después de todo, se da cada paso sobre tierra sagrada.

Llegas a Atenas por el borde del mar, así que, desde la ventanilla del tren, ves abajo pequeñas bahías, donde rompen olas claras y esta apacible curva del mar es Salamis y allí, en lo alto del acantilado de enfrente, Jerjes se sentaba (por decirlo así) hace dos mil años, en una tarde de septiembre como esta. Podría ser un tramo de la costa de Cornualles, porque el agua era tan clara y brillante como la del Atlántico en pleno verano, pero las colinas eran montañas y todo el lugar parecía cincelado como una estatua.

Estaba muy oscuro cuando llegamos para ver algo que no estuviera iluminado por luz eléctrica, pero se podía distinguir una cresta oscura por encima de las farolas.

Diario, la Acrópolis

Cuando rompió el día, cada uno fue a su ventana y vimos una gran peña que surgía de la oscuridad, rojiza y partida por las sombras, sobre la que dos grupos de columnas, uno rojizo como la roca, el otro, blanco y frágil, descansaban. De hecho, al borde de la roca había más columnas, pero supimos que las oscuras eran la corona y rey del sitio, el mismo Partenón.

Cuando te acercas, ves que el Partenón es, con mucho, el templo más grande; y también ves cómo la superficie de las columnas está desconchada y llena de cicatrices. El destrozo es terrible, pero a pesar de ello, el Partenón es todavía radiante y joven. Sus columnas se alzan como preciosas piernas redondas, sonrojadas de salud. Cuando lo vimos por primera vez, sin embargo, la luz era tan cruda que apenas podíamos alzar la vista hasta el friso: y con todo el mármol esparcido a los pies —los bloques de mármol, cilindros de mármol, fragmentos de mármol, parecía que destellaban luz hacia nosotros, desde abajo—. Así que, con una sensación de aturdimiento, como si nuestras mentes se hubieran quedado inarticuladas por algo demasiado grande para asimilarlo, nos refrescamos en el museo, a los pies de la colina. Aquí está, quizá, lo más hermoso que hemos visto hasta ahora. La cabeza del chico, con cabellos trenzados, que las guías llaman ligeramente arcaica. Pero parecía que la boca, con sus suaves y delicadas líneas,

la acababan de esculpir esa mañana. Sin embargo, permanece: porque la piedra también es inmortal.

Las bellas estatuas tienen un aspecto que no se ve en las caras vivas, o rara vez, de serena imperturbabilidad, es un tipo tan perdurable como la tierra, mejor dicho, sobrevivirá a todo lo vivo, porque tal belleza es inmortal en esencia. Y la expresión de una cara que es, por otra parte, joven y tersa, te hace respirar un aire superior. Es como el beso del amanecer.

Diario, calle del descanso eterno[22]

Por la tarde, mientras el sol iba cayendo y pintaba todo el aire de un color rojizo, fuimos a la calle de las tumbas. Es un terrenito dejado, separado de la carretera por barandillas altas, la hierba está crecida y a cada paso te tropiezas con algún fragmento de cerámica o mármol. No hay muchas tumbas aquí y las que hay las han metido sin miramientos en jaulas de alambre. Hay una niña despidiéndose de sus padres, mientras su perro le salta por detrás de las piernas; hay una mujer manejando sus joyas antes de abandonarlas. Esas eran las tumbas que habían dispuesto, probablemente albañiles humildes, alineadas, para todos los atenienses que se lo podían permitir. Aquí, la tierra griega nos mostró su riqueza, visiblemente. El suelo era áspero y no estaba cuidado, como he dicho; de pronto, nos dimos cuenta de que pisábamos montones de polvo y que debajo, si cavabas, la tierra estaba llena de tesoros. Tres trabajadores hacían tajos en el suelo, en el extremo más alejado del recinto —y ya habían dejado al aire un cimiento de piedra, la planta de una casa o de una calle, quizá—; un arqueólogo medía con su regla y anotaba cosas en una libreta. Con eso, sentías que todas las protuberancias solo eran polvo muy feo, amontonado con negligencia sobre algún templo bien dispuesto o una estatua.

La Acrópolis

También hemos visitado la Acrópolis al atardecer. Y cuando hablas del «color» del Partenón, solo te ajustas a las exigencias del lenguaje; un pintor que usa su arte para expresarse, confiesa las mismas limitaciones. El templo resplandece en rojo; todo el frontón oeste parece encendido, como por primera vez, frente al ocaso: irradia luz y calor, mientras que los otros templos arden con un resplandor blanco. Ningún sitio parece más lozano y vivo que esta plataforma de antigua

piedra muerta. Las gruesas cariátides que soportan sobre sus cabezas el peso del Erecteion sonríen con tranquilidad, porque la carga se hizo para sus fuerzas. Se glorifican; un pie avanzado, sus manos, una imagina, ligeramente curvadas a los costados. Y el cálido cielo azul fluye por todas las hendiduras del mármol; no obstante, ellas se distancian y brotan en el aire con nítidas aristas, afiladas y aún viriles y jóvenes.

Pero es el Partenón el que te sobrecoge; es tan grande y tan fuerte y tan triunfante. Te sientes completamente entonada, como si anduvieras por una lumbre cordial. Pero quizá el cuadro más encantador en él —al menos, el que más se puede diferenciar— es el que recibes cuando te paras frente al lugar donde estaba la gran estatua. Ella miraba directamente hacia el largo pasillo, formado por las curvas líneas de las columnas y veía un trozo del monte Ático, el cielo y la llanura y una brillante tira del mar. Es como un panel, dejado en el Partenón para completar su belleza. Es suave, y pronto se oscurece, aunque el agua aún brilla; entonces ves que las columnas son de color ceniza pálido y la tibieza del Partenón se retira.

Suena una campana abajo y una vez más la Acrópolis se queda muy sola. Volvimos a casa por las clamorosas calles.

Eleusis

Hemos conducido catorce millas hasta Eleusis, siguiendo lo que se supone es la vía Sagrada. Sabemos que, en aquellos días, los atenienses caminaban juntos, engalanados con hermosas ropas, y marchaban en procesión para sus ritos místicos, que nadie podía conocer.

Una vez más, el antiguo griego tiene la mejor parte: nosotros somos viajeros trasnochados: los templos han caído y los oráculos están mudos. En Grecia, sientes muy a menudo que el espectáculo pasó hace mucho y has llegado demasiado tarde, e importa muy poco lo que pienses o sientas. La Grecia moderna es tan débil y frágil que se rompe en pedazos cuando se la confronta con el fragmento más tosco de la antigua. Pero resulta que queda muy poco de ella; y si escoges, puedes ver exactamente lo que veían los griegos del siglo V. Están los olivares, las colinas moteadas de verde sobre el gris, el camino blanco, la curva de la bahía, que mira hacia Salamis, los antiguos estanques donde los sacerdotes cogían truchas. Y por fin, después de un trayecto muy caluroso por el camino de esa decorosa procesión —cantaban, y uno danzaba— y delante de ellos nacía una imagen de piedra…; por fin, digo, llegamos a Eleusis —unos dos mil años antes

de nuestro tiempo—.

Hay mucho que te atormenta en esas ruinas griegas; innumerables fragmentos y casi ninguna pieza entera en ningún sitio. El museo, si se puede llamar así al limpio y simple cobertizo donde se guardan los fragmentos más delicados, guarda algunas cosas exquisitas. Hay, por ejemplo, una noble victoria sin cabeza, sin alas y sin brazos; sin embargo, su ropaje y su hermoso cuerpo bastan para imprimir en la mente, una vez más, esa suprema imagen griega. Y ves indicios y reflejos de esto en una docena de piezas más pequeñas. De hecho, no puedes ver una sala llena de fragmentos que no incluya algunos de valor incalculable —el pliegue de un ropaje, o un pie, o una mano—. Suena como una nota verdadera que impacta por encima del tumulto.

Diario, alemanes y atenienses modernos

Una horda de teutones nos ha invadido, evidentemente; y han tenido la audacia de posar en medio del templo de Plutón; había una tienda de fotografía para ellos. Cerca, observando con ojos vivos y alegres, un grupo de niños pequeños, descalzos, de pie, con críos en brazos. Han pedido dinero y no han obtenido nada excepto un brusco rechazo; no obstante, se han pegado al grupo y han presenciado el posado, no sin un toque de malicia, me imagino, por su propio interés. Te puedes imaginar los motivos espúreos, de sentimentalismo y de una especie de arrogancia jocosa que han llevado a los alemanes a esta actitud: «El pasado y el futuro» lo llamarán: es un chiste de muy mal gusto. Los pequeños griegos, delgados y vivaces, que observaban el espectáculo, podrían ser interpretados como se ha dicho. Por cierto, es curioso analizar la nacionalidad entre la multitud cosmopolita y una no se equivoca nunca, o raras veces, en sus conjeturas. Y lo que ves en el tipo alemán es un pedazo de tierra en bruto, aún sin cincelar por la mano del tiempo. Nosotros, los ingleses, salimos del juicio tolerablemente bien; los griegos, gastados y atenuados; pero cuando hay algún fuego, arde con pureza.

La ciudad moderna de Atenas es como la mayoría de las ciudades extranjeras, eso podría sacar en conclusión sumaria el viajero británico, porque los tejados son de tejas marrones acanaladas, los muros blancos y las ventanas tienen persianas; por lo que se deduce que la ciudad moderna es bastante frágil y de pacotilla, construida para brillar al sol, tomarlo y asarse. Hay ciertas plazas grandes donde la gente se amontona; hay tranvías y edificios oficiales. La gente charla y grita mucho y se empuja en la acera. A las doce hay una tregua; todo el

mundo ronca; a las cuatro, nos levantamos otra vez y empezamos a charlar. La escena más vívida es quizá la de las calles por la noche, justo cuando el sol se ha puesto y los barcos, en el Pireo, han disparado los cañones.

Diario, Acrópolis

Decir que el paisaje desde la Acrópolis es bello es una manera de escaparse de la dificultad; toda la tierra es florida como un melocotón, con sombras ligeras de color púrpura; a lo lejos, el mar brilla como plata opaca; arriba, en el cielo, las nubes tiemblan por su cúpula, en carmesí y oro. Al mismo tiempo, la luna está tan afilada como para partir el cielo con su delgado filo plateado, y una estrella cuelga cerca. Las columnas de arriba están tan rosadas como el atardecer; luego se tornan blanco cremoso y también se desvanecen. En las estrechas calles que suben casi hasta la cima, las luces llamean y caminas en un peculiar aire suave, aún azul por la luz del día, aunque las luces derraman amarillo. Aún hace calor y la atmósfera tiene una cualidad peculiar, tangible; las calles están abarrotadas y la gente pulula por ellas, feliz y habladora, en multitud.

Diario, Pentélico

Atenas, como cualquier escolar sabe, reposa en una llanura y la rodean montañas famosas —Himeto, Licabeto, Pentélico— y otras, me atrevería a decir, cuyos nombres he olvidado. Son verde grisáceo en su mayor parte; pero el Pentélico tiene una cicatriz blanca en el costado, donde los griegos extraían mármol. Nos levantamos pronto para llegar a la cima, porque aunque la subida se hizo en carruaje y mulas, el Pentélico es, después de todo, más alto que cualquier montaña inglesa y nos pide respeto. Un carruaje ateniense es un vehículo muy respetable, que recuerda al del enterrador y en absoluto a Grecia; es negro y raído, y va tirado por dos caballos flacos. Parece muy incongruente en un camino rústico atestado de campesinos pintorescos con bolsas, cajas, pavos y cabras. No obstante, te lo encuentras a menudo a modo de «casa rodante» de alguna familia rústica. Se mueve despacio, y era mediodía cuando lo cambiamos por caballos —que resultaron ser burros— y desmontamos en el monasterio de —no sé de qué— al pie del Pentélico. El país es, en su mayor parte, tan desnudo y seco que estos pequeños lugares, donde crecen abetos, y grandes llanuras y torrentes, son exquisitos —como un idilio de Teócrito—. Nos comimos el almuerzo bajo la

sombra de un gran árbol, mientras nuestros burros pastaban y nuestros guías yacían acodados y nos observaban. Un monje envejecido bajó por la colina, cargado con un manojo de leña; otro, alto y melancólico, estaba en la puerta del monasterio. Luego empezó el ascenso, cuatro de nosotros encaramados en altas sillas de montar de madera, en fila india, cada uno atendido por un chico o un hombre, para guiar y arrear. Escalamos lo que Murray llama una chimenea (creo): es decir, una pequeña loma en la montaña, pavimentada con bloques de mármol sueltos. Pronto tuvimos que desmontar; el sufrimiento de nuestros guías —maldecían como almas perdidas— no sirvió para que nuestras monturas se movieran. Hacía calor y estaba empinado, y había que saltar de piedra en piedra, sin tener la agilidad de una cabra. Entonces, nos llevaron a una gran cueva que estaba fresca como un templo y tenía algo de fama. No me acuerdo de qué. Y entonces, resultó que los guías querían bajar, con la pretensión de que habían cumplido con su deber —juraban que no irían más lejos sin comida, y le dieron la vuelta a nuestros burros—. Esto se comunicó por signos, aunque nuestras protestas se expresaron en puro inglés —cortaban el aire—. Contestaron con un parloteo en griego: no era el menor de sus pecados que hablaran en griego.

Así que los juramentos, en inglés y en griego, azotaban el aire, sin fruto; porque los griegos no podían entender el epíteto «mono bizco», ni nosotros el vigor de su lenguaje; pensamos que el griego carece de significado. La acción ganó la batalla: les dimos la vuelta a nuestros burros, hacia arriba, y los griegos se lo tomaron con más risa que enfado. Los chicos griegos, a pesar del calor, corrían, tiraban y cantaban las raras y titubeantes canciones del país. Mientras, trepábamos y llegamos a la cima después de unas cinco horas. La vista merecía la pena: justo debajo, estaban Maratón y Eubea; pudimos ver Salamis y el perfil de muchos promontorios. El mar discurría por todas partes. Era demasiado tarde para quedarse, así que nos tambaleamos hacia abajo de nuevo, ahora por un sendero que nos llevó por un valle moteado de cabras negras. El cabrero, sentado sobre su capote al borde del camino, pidió cerillas. El valle estaba endulzado por el tomillo.

Maratón es plano como una tabla, marrón, con una curva perfecta cortada por la bahía. Islitas, blancas como la arena, flotaban en el mar. Eubea es larga y se destaca con bahías abrigadas en un lado. ¡Pero había poco tiempo para la reflexión!

Diario, Acrópolis

Casi todas las tardes subimos a la Acrópolis y de esta forma inconexa llegamos a conocer sus rincones suficientemente bien. Como vaticiné, en pensamiento y palabra, es un lugar que te sobrepasa, como una ola; con el tiempo puedes «asumirlo», o mejor dicho, hacerte cargo de su grandeza, donde respiras y te amplías. Blanco, azul y rojo tostado; es un cuadro que no puedes amar lo suficiente. Es una cuestión de proporciones, nos decimos los unos a los otros; en cualquier caso, cuando has mirado los colores impresos del Partenón, queda tal imagen de vida que los demás edificios parecen mezquinos y fríos, como si los hubieran tallado máquinas sin cerebro «por comparación». Merecía la pena, al mirar las calles abajo, el palacio o la Exposición, corregir de inmediato esa vista —o mejor, borrarla— echando un vistazo al templo. Y esta medicina nunca volverá a estar a mano. Pero la diversión parece significativa porque fue tan espontánea; el ojo actuó inconscientemente, como si tuviera que elegir entre el rojo y el verde. Esto es belleza —eso, nada en absoluto—. Lo mismo sucede con las estatuas.

Griegos modernos

Los atenienses más pobres —y todos parecen pobres— tienen la agradable costumbre de descansar aquí arriba por la tarde, cuando han terminado de trabajar, igual que nosotros paseamos por nuestros parques. Se sientan en un mármol clásico, charlando y haciendo punto; pero no vulgarizan el sitio como nosotros, los turistas, debemos de hacerlo; más bien lo humanizan y lo hacen familiar.

La gente de Atenas no es, por supuesto, más ateniense de lo que yo lo soy. No entienden el griego de la era de Pericles cuando lo hablo. Y sus rasgos no son más clásicos que su habla: el turco, el albanés y el francés, parece, han producido un tipo bastante corriente. Es oscuro y moreno, corto de estatura y no está bien desarrollado. Es cierto que las calles están dignificadas por la presencia de muchos aldeanos, con trajes albaneses; los hombres llevan gruesos abrigos blancos, faldas muy plisadas y polainas largas. Pero esto lo puedes leer en una docena de guías. No he visto mujeres nativas que se diferenciaran de las italianas; y, además, se ven muy pocas mujeres. Las calles están atestadas de hombres bebiendo y fumando al aire libre, incluso en el campo, durmiendo debajo de un muro; pero las mujeres se quedan dentro. Las ves, generalmente, llevando a niños o mirando desde una ventana alta, donde, presumiblemente, trabajan. Pero la mente no tiene dificultad para extraviarse en correrías.

Nauplia

Fuimos a Nauplia en un barco de vapor. Y, si este no hubiera olido y no hubiera tenido las crueles consecuencias de los barcos apestosos, no habría habido un viaje más agradable. El mar solo se rompía por el salto de los delfines; pasamos tan cerca de la costa que pudimos ver los pueblecitos plegados entre las colinas; de vez en cuando, nos deteníamos en el puerto de algún lugar importante. Las ciudades forman pirámides hacia lo alto de las colinas; y, en conjunto, tienes una vista tan variada y bonita de la costa griega como se puede desear. No hay muchas ciudades y la tierra es muy desolada y pedregosa. No puedes imaginarte un paseo por este campo, ni con la potencia del sol encima resultaba bonito realmente. Era demasiado feroz, demasiado escarpado, y, bajo esa luz, demasiado parecido al color del hueso pelado. Tuvimos poca compañía en cubierta y, como la mayoría de la gente pobre que no son posaderos, parecían corteses y alegres. Por ejemplo, había un niño que nos dio un limón a cambio de nuestro huevo y nos besó la mano cuando nos fuimos. Fue un viaje largo, porque atravesamos el golfo y las hendiduras del mapa se convirtieron en bahías profundas, aflojamos el vapor y fuimos despacio hasta las nueve y media, cuando atracamos.

Diario, Nauplia, Tirinto

Estaba oscuro y las linternas oscilaban en la costa. Era patente, por las luces que nos rodeaban, que estábamos en la curva de una bahía; torcidos postes de luz se extendían por el agua. La mañana siguiente, de hecho, nos encontramos mirando a través de una tranquila bahía a un círculo de colinas; y había colinas tras nosotros y a cada lado, salvo uno. El agua lamía la puerta y había muchos barcos pesqueros anclados. Tirinto es lo primero que hay que ver, porque está solo a una milla o así de la carretera. Solo es un montón de viejas piedras, hasta que lo ves de cerca. Pero entonces adquiere sentido e incluso belleza. Los griegos eligen bien los lugares; aquí construyeron el palacio en una tierra plana como una tabla, mirando a las colinas.

Con un plano en la mano, puedes entrar por la puerta principal, localizar los aposentos de los sirvientes y el castillo de los señores arriba; incluso puedes afirmar que esta era la sala de los hombres y este el baño; aquí, entre las columnas, aún permanece el altar doméstico. Busqué en vano un revestimiento de alabastro. Pero había un arco de piedras enormes, donde se guardaba el tesoro, y aún quedaba el tesoro de la sombra para nosotros. El palacio homérico

hervía de calor.

Epidauro

Ahora estamos en la tierra de las ruinas y los yacimientos prehistóricos; no hay estatuas ni templos, así que hace falta otro tipo de interés. Hoy, por ejemplo, viajamos veinte millas (y escribo, estúpidamente, con el clamor de una calle en la tarde, frente a mí) hasta Epidauro. Cuando te adentras en el campo, por la estrecha línea de la costa, es extraño y hermoso. Hay largas carreteras rojas que cruzan campos rojos, ásperos de piedras y con olivos retorcidos o viñas enanas; hay incesantes colinas, pero tierra adentro están cubiertas por pequeños matorrales verdes y los altos repliegues entre los que fuimos nos recordaron a Cornualles. Por raro que parezca, las calles estrechas de Atenas nos recuerdan a St. Ives. Tres rocines tristes tiraron del carruaje las veinte millas; pasamos muchos rebaños de cabras, muchas acémilas, muchos carros cargados con odres de vino. Pero solo había dos pueblecitos y ni rastro de nuestra cómoda civilización inglesa.

Está el gran teatro, tan perfecto que nos sentamos en los asientos de arriba, miramos hacia la escena y oímos la voz de uno que hablaba allí, como en la mejor de las salas. Y los asientos de piedra, excavados en la ladera de la colina, al aire libre y con el campo alrededor, son tan nobles como un teatro podía tenerlos. Ruinas de casas romanas, templos de Asclepio —tolos— se esparcían, innumerables. Se necesitan conocimientos para ver algo más que trocitos de piedra. Y en el museo, el caos es aún más caótico: están reconstruyendo los templos, martilleando la vieja piedra para devolverle su forma.

El lugar es muy bonito; aunque hay que dejar las ruinas para irse a la cama. Es tan amplio y armonioso, y el campo se junta alrededor con decoro.

Luego, de vuelta a casa —pero escribir es imposible—. Esta es la peor pensión con la que hemos dado hasta ahora; y dormir —si es que es posible— es la mejor manera de que se haga corto.

Micenas

Las palabras que le apliqué a Epidauro, de forma apresurada y bárbara, son muy inadecuadas y, cuando considero mi próximo intento, Micenas, bien podría dejar la página en blanco. ¿Dónde empieza el lugar —dónde acaba—, qué no se agrega

por el camino? No hay una vista, creo, menos manejable; viaja por todos los rincones del cerebro, despierta viejos recuerdos e imaginaciones; prevé un futuro remoto, vuelve a relatar un pasado remoto. Y, mientras tanto —dejadme anotarlo—, es solo una gran variedad de casas en ruinas, en la ladera de una colina. Así que puedes ver el perfil de un muro en una granja inglesa, arrendada durante sesenta años por un siervo; estas las construyeron, digamos, mil años antes de Cristo; han estado en ruinas desde…, ¿era el 400 o el 600? Pero entre estas casas te tropiezas con algo mucho más definido; un ἀγορά [ágora], una tumba, un palacio con un tramo de escalinata. Toda la cima de la colina está abarrotada de piedras muertas, y, sin embargo, no están muertas. La tracería es demasiado vigorosa: las marcas están señaladas profundamente.

La imaginación reafirma, una y otra vez mientras caminas, que el sitio está abarrotado y es compacto; es verdad que hay poco que ver y nada que oír. Pero no hay que ignorar las enormes piedras, y los dos leones que guardan la puerta te hacen reconocer conscientemente que hay algo augusto más allá. Tiemblo al escribir sobre los clásicos, porque puede tener el sabor del impulso mecánico de la guía; pero yo tenía el sabor de Homero en la boca. De hecho, la joya de ver cosas aquí es que las palabras de los poetas empiezan a cantar y a encarnarse. No es pretencioso, por otro lado, como podría serlo con facilidad en Londres, en una habitación; no hace falta esfuerzo; pero si las estatuas y el mármol son sólidas al tacto, así, simplemente, las palabras son resonantes en el oído.

Por lo que sé —la *baedeker* no dice mucho sobre arqueología—, había un lugar de reunión, rodeado por rectas losas de piedra, en doble fila, como para hacer un pasillo, cuando estaba techado. Luego había una tumba, a la que llaman la tumba de Agamenón, y aquí, cuando excavaron la tierra por primera vez, brillaron el oro y las amatistas y hermosos adornos, que aún mantenían su resplandor. Más arriba, pero a muy poca distancia, estaba el palacio del rey, con sus salas, apropiadamente diferenciadas, sin duda, para distintos usos. Luego había más tumbas a un lado y toda la cúspide estaba circundada por terrazas, que llevaban a las puertas que, al parecer, admitían y rechazaban el mundo exterior. Mientras deambulaba, recogí un asa de cerámica con su pequeño diseño, aún estampado con intensidad; y, una vez más, era fácil creer que toda la cima estaba llena de residuos intactos de la ciudad prehistórica. El círculo de la ciudad no es grande, pero cada pie está pavimentado y debe de haber sido una ciudad populosa; tan densamente ocupada porque el mundo exterior era vasto y solitario. Cuánto me respaldan la historia o la mitología, no lo sé; pero concebí que este era un lugar de vida intensa y colorida, rodeado por grandes páramos de tierra desierta. Aún no había llegado gente y me figuré que los reyes y la gente de Micenas llevaban

una vida decorosa, de un orden estricto, al igual que la propia ciudad está esculpida en divisiones. Eran simples y austeros, como conscientes de que habían vivido con un gran ojo por encima de ellos; gente aislada, que se aventuraba sola; pero dentro de los límites de su ciudad vivían con mucho ornamento y decoración: el rey llevaba túnicas púrpura y sus piernas brillaban por el oro batido. Tenían muchos festivales y, en verano, marchaban colina abajo en procesión ceremonial, relucientes de ropa teñida, adornos y oro, con ofrendas extendidas en la mano. El valle estaba encendido por el sol y pasaban por él como brillantes moscas de verano. Y el tomillo tenía un aroma tan dulce como la ambrosía. Y, al atardecer, se reunían con orden en los patios y quizá ardía una almenara, por si un hombre o un dios la contemplaba.

Pero, después de todo, pueden haber tenido los mismos pensamientos que nosotros y sentido muchas de nuestras pasiones. Ciertamente, contemplaron la misma ladera, gris por la roca; me parece ominosa y melancólica bajo esta luz de septiembre. Ya no hay primavera, es lo que vi en ella, al mirar Grecia y pensar en sus gentes. ¿O lo pensé del mundo entero? —pero este, en realidad, es un argumento dudoso—. Estas líneas dan una pista, por lo menos, de que Micenas deja un gran cuerpo de significado confuso en la mente; no será posible hilar un relato coherente hasta que me haya asegurado de la tierra y el cielo. Y, luego, las guías turísticas harán el resto. Esto se excavó ¿en 1885? por el doctor Schliemann; esa afirmación contentará a una mente, resguardada en Londres, con brújulas y mapas colgados en la pared. No nos damos cuenta de esas cosas, salvo durante unos segundos, en el lugar, y luego es vano decir lo que ves. Hay una fuerza de gravedad en la mente que se mantiene siempre a salvo, ligada a la tierra; o, en el caso de Micenas, se la lleva por los aires, donde podría hacer círculos y vagar para siempre.

Diario

Cuando te acuerdas del campo inglés, hay mucho que te sorprende en Grecia. Aquí, debemos llamar a las colinas «vistas» y viajar durante millas para ver lo pintoresco; porque, aunque tenemos nuestras bellezas, también tenemos ratos en blanco. Grecia está siempre en un estado de fermentación y efervescencia; cada trayecto que haces te lleva por sitios campestres hermosos, majestuosos o románticos. No hay descanso, sino un perpetuo curvarse y fluir, como si la tierra fuera tan fluida y exuberante como el mar. Toma, por ejemplo, el corto trayecto de Corinto a Atenas; digo «toma» y entonces me paro. Porque nunca hubo un

paisaje menos adecuado para describirlo con palabras, aunque también es verdad que, como en todo lo griego —poemas, templos y estatuas—, hay cierta forma y termina incluso en el paisaje que forma vistas separadas, que se desprenden como pinturas. Pienso en particular en la bahía de Salamis, tal y como la vimos esta tarde desde las ventanillas del tren. La línea discurre por una cornisa a lo largo del acantilado, así que miras abajo, a una carretera que bordea la bahía y luego, directamente al agua. Y, este atardecer, la luna salió antes de que el sol se hubiera puesto; tuvimos un enlace peculiar de dos luces: la suave y plateada de la luna y la rudeza del sol; y, mientras la luna se reflejaba, con un suave blanco, en el mar, aquella agua brillaba, azul, pura y frágil y viva, sobre él. Toda la bahía estaba luminosa y tibia, como llena hasta el borde de un vivo fluido al mismo tiempo que se volvía fantasmal.

Y había oscuros olivos, recortados contra el agua e islas azules que se alzaban como icebergs en el horizonte.

Pero quizá lo más exquisito fue la carretera blanca, «blanco perla» habría dicho alguien, tan abrupta por el acantilado que necesitaba un parapeto en el borde. Aquí podías ver figuritas andando y carros en movimiento; no se podía evitar pensar que iban de camino a Atenas y que la carretera, a pesar del ferrocarril, era aún la gran arteria. Parecía —lo que es muy raro— una auténtica carretera, y que sobrevivirá a todos los ferrocarriles, mientras el ser humano tenga dos piernas. Las colinas se oscurecieron y aguzaron su perfil y el agua se hizo más y más pálida, hasta la transición total. Pero fue una pausa maravillosa.

Diario

Ciertos accidentes que no hay que atribuir —ciertamente, a nosotros, no— a los relojes de los porteros de hotel —a las calles…, de hecho, a toda la nación griega —, ciertos accidentes, en cualquier caso, nos han hecho perder el tren a Calcis; hemos tenido que pasar toda la mañana en Atenas. Atenas se puede ver desde el lado malo; puedes recorrerla una y otra vez sin ver un poco del Partenón y entonces puedes calificarla, con justicia, de ciudad moderna ostentosa, que se merece el insulto.

Esta mañana, a las cinco, estábamos delante de la pensión en Calcis, esperando a nuestra calesa, mientras llovía a cántaros. Incluso así, podíamos ver los barcos, a la deriva en la corriente y los grandes buques de vapor deslizándose entre ellos. Al sol, hubiera sido precioso; en el cieno, era vago e incómodo como un sueño. Por fin, llegaron nuestros caballos y montamos para hacer las treinta y dos millas

hasta Achmetaga. Tienes que atravesar una planicie, subir una montaña, curvarte como una serpiente frente al precipicio; y entonces debes descender tortuosamente al valle e ir entre laderas escarpadas, cubiertas de árboles que se espesan en el valle, sobre el lecho seco de un arroyo. Anoche propusimos ir directamente y conducir toda la noche para llegar a Achmetaga esta mañana, pero el conductor dijo que no: era peligroso. Así que nos divertimos contando el número de veces que nos hubiéramos caído por el parapeto roto o precipitado en el gran agujero de la carretera o caído de cabeza al precipicio, porque seguramente, si nos escapamos de estos peligros por el día, ciertamente habríamos caído en la trampa por la noche. Había una niebla escocesa, bastante oscura. Les dimos cebada a nuestros caballos en una posada, que pudimos examinar con curiosidad. Era un cobertizo, con un muro que separaba dos habitaciones. Una era el establo, la otra el dormitorio, comedor, salón, etc. para el marido, la esposa y los hijos. Miramos por la rejilla de hierro y vimos a la mujer en un rincón, trabajando en su rueca; estaba sentada en una estera. Los niños jugaban a su alrededor; había un agujero en la chimenea y un montoncito de cenizas en el suelo, y pan y cebollas en unas tablas. Era Inglaterra en el siglo XIV; estaba oscuro y probablemente olía mal: tarros y platos brillaban en los rincones. Un hombre que parecía un sirviente nos trajo pan y agua.

Pero seguimos adelante y a las dos entramos en un pueblo —casi el primero por el que pasábamos—. Había chozas amontonadas en el valle y una casa cuadrada y blanca se alzaba entre ellas. Persianas y terrazas nos demostraron que habíamos alcanzado nuestro objetivo; así pues, desmontamos y nos encontramos en una sala inglesa. Es verdad que las salas inglesas están amuebladas con más profusión; hay alfombras en el suelo y muchas sillas. Esta habitación sugiere que las ventanas están siempre abiertas y, como los dueños viven al aire libre, no había mucha necesidad de adornos, pero era fresca y sencilla. Sin embargo, aunque abierto y destartalado, el sitio te hacía sentir que por fin habías llegado a un sitio donde la vida era genuina, después de ojear, durante mucho tiempo, un exterior ficticio. Aquí, la gente vivía, no se limitaba a estar. Y esta impresión permanece; por primera vez, Grecia se vuelve un sitio elaboradamente humano, hogareño y familiar, en vez de una superficie espléndida. Salimos a un sendero que podría haber estado en Inglaterra —porque tenía un seto y estaba embarrado— para ver un campamento de pastores valaquios. Son gente nómada que cuida el ganado, deambula por las montañas todo el verano y planta sus tiendas —mejor dicho, sus chozas— en invierno. Estos acababan de bajar y nos pidieron —¡y qué bueno era preguntar y ser contestado en inglés, con facilidad!— que entráramos en sus chozas. Están hechas de ramas y las hojas secas sirven para

revestir el tejado. Una familia con doce hijos vivía aquí; morenos y cetrinos, amables y comunicativos. Nos estrecharon la mano —las mujeres llevaban pañuelos— en el patio, fuera; dentro era el sitio donde dormía la familia. Viven, al parecer, al aire libre; miramos alrededor y tratamos, sin mucho éxito, de imaginar toda una vida hecha en ese establecimiento. Para esto hace falta más imaginación que para cualquier reto arqueológico, porque las chozas embarradas pertenecen a la edad oscura. La gente no parecía fuerte ni fiera; una o dos mujeres tenían hermosos rostros, aquilinos y expresivos. Luego deambulamos por la finca y esto sería un relato aburrido, pero todo el tiempo, de alguna forma —no puedo definirlo— sientes que el lugar tiene su orden natural y era una cosa hermosa. Aquí estaban los olivares —aquí cavaron una zanja—, aquí viene toda la gente del pueblo, va en tropel a la casa, saluda con rapidez y respeto. La señorita Noel se sabía todos sus nombres; todos la hablaron. La gente utiliza el mismo arado que en la época de Homero, dice la señora Noel, y aunque las razas han cambiado, sus vidas no pueden ser muy diferentes; la tierra cambia, pero poco.

Achmetaga[23] está sobre un tramo de escalones, con el jardín en terrazas, y una vista lejana y amplia de las distantes montañas, enmarcadas por árboles altos. El jardín, como la casa, es un tanto destartalado y desnudo; un grupo de mujeres, esta mañana, estaba sentado en la hierba, pelando nueces. Entretanto, parecía que todo el gobierno del pueblo se llevaba a cabo en la casa. La enfermera vino a recoger los medicamentos, los criados a escuchar sus órdenes y extrañas figuras merodeaban en la puerta para pedir tratamiento o consejo. Nadie parecía tener una obligación concreta y, sin embargo, todos parecían capaces y dispuestos para hacer algo. El caballerizo quería saber qué sopa tendríamos para la cena y también si podía echar una mano en la granja. O esa fue mi impresión; el sitio estaba lleno de criaturas parlanchinas, ávidas como los niños de que les asignaran tareas, ávidas como los niños de quedarse y charlar con su señora.

Por la tarde, salimos a excavar en una colina, donde ya habían encontrado un brazo o una pierna o una columna de mármol tallado. La verdad es que no hacía falta un ojo arqueológico para ver que la colina presagiaba algo; porque perfilaba algo; porque estaba conformada y reforzada y se podía dividir en vestíbulos y palacios con un aspecto que recordaba a Micenas. Así que, después de un corto debate, se excavó una zanja en la cima hasta que la piqueta dio en la roca. Salieron muchos fragmentos de cerámica griega —de hecho, hay una capa gruesa en la superficie, pero ni estatua ni templo—. También dejamos al aire la base de un muro (yo di tres golpes por la gloria de Grecia); pero nuestra excavación se terminó a causa del atardecer; la dulce tierra aún oprime la roca y sus tesoros.

Nadie que haya visto el lugar negará que haya tesoros, pero el griego nativo que empuñaba la pala profesaba un interés muy cínico por nuestra actividad. ¿Para qué, pensó, sacar piedra cuando puedes sacar patatas? Y la mayoría de los terratenientes están de acuerdo con él; es posible que el templo y la ciudad se queden enterrados para siempre. Y parece una curiosa manía, cuando estás en el corazón del país y de su vida, empezar a perturbar todo lo que está enterrado. Esta es la influencia sana de la vida campestre auténtica, pero no las opiniones de una turista.

Diario

Esta mañana, cuando bajamos a desayunar, nos dijeron que habían asesinado a un hombre en los campos cercanos. Era la primera vez que oía usar esta palabra con gravedad. Nos tomamos el desayuno en un estado melancólico; pero si era triste, aún era más extraño. Había estado trabajando en su campo, cuando un hombre se le acercó; un viejo enemigo, porque se habían peleado el año pasado por un campo de alubias y se habían amenazado. «Si te mueves, te disparo», gritó, el otro se giró y recibió dos disparos. Y luego el asesino corrió y los campesinos que estaban trabajando en el campo fingieron que solo se había disparado un tiro, porque eran parientes del criminal. Entonces, una vieja que pasaba vio al hombre que gemía y lo acarreó hasta el pueblo, aquí. La señora Noel fue a buscar a un médico, pero pasaron unas horas hasta que llegó y resulta que era poco más que un campesino, con abrigo y pantalones. Durante el almuerzo, dijeron que iba a morirse y cuando estábamos sentados en el bosque de más allá del pueblo, pasó un hombre tras otro, bajaban de la montaña para ver a su pariente antes de que muriera. Todos los campesinos tienen parentesco. Mientras, se enviaron telegramas a los puertos para arrestar al fugitivo y llegaron los gendarmes, un pequeño grupo perezoso, parecían soldaditos —«que solo vienen a comer», dijo la señora Noel—. El asesino es un fugitivo; se esconderá en las montañas todo el día y bajará por la noche para que sus parientes le den comida. O quizá trate de abandonar el país.

Dejamos todo esto —pero me equivoco si sugiero excitación o tumulto—, nadie parecía demasiado sorprendido u horrorizado; y nos fuimos a la costa, a unas cinco millas de distancia. Los campesinos trabajaban pacíficamente en los campos y nos desearon buen día cuando pasamos.

La costa es muy escarpada y gris, como los acantilados de Cornualles; rocas grises, teñidas de liquen amarillo se alzan en un agua perfectamente clara. Y en el

horizonte están esos delicados perfiles de las islas. La parte superior del acantilado estaba esparcida de rocas grises; y, una vez más, cada vez con menos dudas, construimos un pueblo entero aquí; patios y puertas, incluso un altar. Nadie ha excavado nunca aquí, ni hay rumores de que haya una ciudad. Ese es el encanto del lugar, la vida ha seguido naturalmente durante cientos de años, cubriendo lo que quería cubrir; y el más entusiasta debe aceptarlo. Pero, si tuviera una pala, me gustaría probar suerte aquí, porque estaban la cima de la colina y el ancho mar. Y era aún más bello porque era tan desconocido; debe de haber habido templos así por toda Grecia; el espíritu no estaba en la superficie o no era tan hermoso como los de Atenas y Olimpia. Aquí florecieron los anónimos artistas de la tierra, trabajando para el goce de los campesinos.

Entonces el mar brilló con ese brillo extraño y luminoso, como si iluminaran el agua desde dentro —y el sol se hundió y nos fuimos—. Estaba bastante oscuro cuando llegamos a la casa y Omar se ocupó del enganche de los caballos. Allí oímos que el herido había muerto, apenas una hora después de que nos marcháramos, en mitad de la tarde.

Diario

Si lo arregló la Providencia, o, como parece más probable, otra fuerza, es verdad que hemos estado viendo otra cara de la vida griega. ¿Y no es para estudiar las caras de todo por lo que viajamos? y ¿renunciaremos a reclamar el ilustre título de turistas?

No mientras haya una pluma —una muy vieja y una gota de tinta—, una muy seca. Porque son, como explicaremos algún día, la piedra filosofal. Haces un pase en el aire con el sucio muñón de una oca, después de haber desplegado una hoja en blanco sobre la rodilla. Pronto, una procesión empieza a cruzarla; no hay ninguna duda, aquí están los pelmas y los zoquetes, los tramposos y mentirosos, pero su único propósito ahora es entretener una hora de ocio. Así que le agradezco a la señora que acaba de estampar un vals en el piano y perdono al fardo de carne que se toma el alimento en horarios regulares junto a mi mesa. Después de todo, me permiten dibujar las siguientes reflexiones acerca de la vida doméstica griega —y eso es muy valioso—.

Porque este hotel lo llevan solo autóctonos, aunque no puedo diagnosticar más. Creo que la madre y la hija, la que toca, están aquí para comprar ropa para la temporada que se avecina; pueden ser pequeñas funcionarias en Esparta o Nauplia. Pero, en la capital, son damas —después de las once y media de la

noche—. No hay necesidad de hablar con gentileza y sonreír con dulzura por la mañana, temprano, no más de lo que es necesario vestirse de seda y ponerse lazos en el pelo. Pero a veces la naturaleza nos impulsa como un río retenido. El otro día, la madre tuvo que apoyarse en la puerta para sujetar su robusta estructura mientras chillaba como una verdulera. Se puso pálida y sus ojos, gris opaco, brillaban como los de una víbora. La hija aún tiene buenas razones para congraciarse con el mundo; así que no solo saluda y sonríe con cierta gracia, sino que, en cuanto ha acabado de comer, se apresura al salón y allí, sola —¿porque acaso no ama la música en sí?—, aporrea el pequeño piano sin piedad. Es para hacer su oferta, lo oyes a cada golpe; si es desobediente, un buen golpe le enseñará a enterarse la próxima vez. Mientras tanto, sonríe impertérrita; poco a poco, la sala se llena, ella vacila y se rinde y obtiene su pequeño triunfo.

Quizá la madre desee que le hubieran enseñado a tocar valses cuando era joven; bizquea ante el espejo, se coloca la boa para esconderse las arrugas del cuello y se explaya con el joven de Patras acerca de la educación que se cree necesaria en la actualidad para las chicas. Yo lo resumiría así: no hay duda de que puede tocar valses; no hay duda de que se puede arreglar el pelo ella sola, pero no hay razón para suponer que pueda leer, escribir o hablar. Y aunque se puede hacer mucho sin esos méritos, si la conoces, sentada sola en el salón, apagada, ociosa, pálida y tremendamente aburrida, incluso te puede dar lástima. Quizá no puede leer griego literario, porque nunca toca un periódico; quizá no pueda casarse en un ambiente superior al suyo; el joven de Patras puede representar la ambición de su vida; ciertamente, la hace sonreír. Así que esperan día tras día; puntuales en las comidas, arregladas, silenciosas cuando están juntas y condescendientes cuando ven a alguien respetable que les habla.

Diario

Los Noel nos contaron muchas historias que podría copiar aquí. Cómo, por ejemplo, hay que sobornar al mejor doctor de Atenas, regalándole un cerdo, para que firme los certificados de tus enfermeras —cómo, para resumir, todas las clases tienen su precio—; cómo mienten todos los griegos, cómo todos son sucios, ignorantes y tan inestables como el agua.

Y teniendo en cuenta que el señor Noel ha vivido entre ellos —nació entre ellos— durante unos cincuenta años, no solo sus palabras tienen peso, sino el tipo de peso que es absoluto. Hubiera sido tan fácil, en ese espacio de tiempo y con esas relaciones, haber llegado a amar a la gente, de tal modo que a un extranjero

que hubiera insinuado sus defectos le hubiera hecho dar marcha atrás: «En absoluto, conozco a esta gente». Pero esto es así, conoce a la gente y este es su conocimiento.

Como una capa de arena móvil, estas tribus vagamente compuestas de diferentes gentes se extienden por Grecia; de hecho, se llaman griegos a sí mismos, pero tienen la misma relación con los griegos clásicos que la de su lengua. Porque el lenguaje que hablan se separa tanto del lenguaje que unos pocos pueden escribir como el de un discurso de Platón. El lenguaje hablado, como no se ha fijado por la gramática o la ortografía, oscila en cada boca. Los campesinos sueltan sílabas y articulan mal las vocales, así que una hablante tan competente como la señorita Noel no puede tomar nota de las palabras que fluyen tan rápido. Así que debes contemplar el griego moderno como el dialecto impuro de una nación de campesinos, al igual que debes mirar a los griegos modernos como una nación con un elemento mestizo y rústico junto al habla clásica de las estirpes puras. Estos son los pensamientos que se abren paso cuando no tienes el Partenón a la vista; y he descubierto que puedes pasar diez días en Atenas sin ver una sola vez este templo. A veces, temprano por la mañana, corro a abrir la ventana y veo las columnas que se yerguen en una gran roca y me sorprendo.

Después de todo, estamos en Atenas, pero Atenas significa muchas más cosas que la Acrópolis y el plan más sano es separar lo vivo de lo muerto, lo viejo de lo nuevo, de tal modo que las dos imágenes no se humillen la una a la otra. Es divertido ser capaz de criticar totalmente, al igual que es mucho mejor alabar con entusiasmo.

Así que me tomo molestias de poner a la Grecia clásica en mi mano derecha y la nueva en la izquierda y nada de lo que diga de la una se aplicará a la otra. La justicia de esta división se ha demostrado etimológica y étnicamente —de hecho, me atrevería a decir que podría demostrarlo a través de las artes y las ciencias, pero esto será suficiente—.

Diario

Ciertamente, no es culpa de Grecia que todos gritemos ¡ay, estar en Inglaterra!

Casi es extraño como crece la nostalgia y lo que desea; se alimenta de nombres, así que la mera palabra «Devon» es mejor que un poema; suscitará imágenes, mejores que las de Grecia, de una húmeda calle londinense, con la luz de las farolas curvada sobre la acera. Y seis líneas de descripción —era una noche

de invierno y las estrellas se alzaban sobre los desnudos campos— arrancarán lágrimas, lo juro.

Sin embargo, no somos patrióticos; la verdad es que es divertido leer los periódicos y ver el poco interés que se puede tener en todo el chisporroteo y burbujeo que continúa en nuestra isla.

Pero no es por la gente por lo que suspiramos, es por el sitio.

En una tarde ligera, aquí en Atenas —porque la calle es de colores claros y el aire es brillante—, piensas en los severos páramos de Yorkshire; los fríos aromas que exhala el brezo, las casas de piedra, una luz o dos en la hondonada. O piensas en una gran plaza londinense donde acaban de encender las farolas y todas las ventanas están rojizas por el virtuoso atardecer.

O piensas en las claras mañanas otoñales con la huella en el viento de las hojas quemadas, una hoja de papel limpio en el escritorio y un fuego vigoroso en la chimenea.

Inglaterra tiene el sonido de todo lo que es limpio y sano, y serio; además, es un lugar modesto, lleno de bellezas frescas. Ah, sí, iremos a casa y las descubriremos todas; no hay una belleza tal que se pueda encontrar en otro sitio.

Diario

Cuando hay que elegir la nacionalidad de un barco de vapor —francesa, italiana, alemana o griega—, una mente inglesa desprejuiciada se inclinará por la alemana; somos primos, de corazón; tenemos las mismas ideas sobre la limpieza, es eso. La sangre cuenta de verdad; porque, por hermosa que sea la lengua francesa, no le confiaría mi cuerpo, ni tampoco mi alma, a una gente que no conoce la bañera. Es una confesión valiosa; si tuviera tinta roja a bordo, la subrayaría para atraer en el futuro al ojo errante.

Por lo tanto, hicimos bien en seguir nuestro viejo instinto congénito; nos embarcamos ayer en el Dalmacia, del servicio austríaco de Lloyds, que ha demostrado tener esas viejas virtudes sensatas que una estima en un individuo y admira sobre todas las demás en un barco. Solo lleva medio pasaje; está limpio; hay buen servicio y la mesa es sana y sobria. Así que dejamos el Pireo y pisamos por última vez suelo griego.

Hacia las cinco, tuvimos la última vista de Atenas, su llanura y sus famosas colinas. He tenido razón para pensar en Atenas solo como una ciudad moderna, donde se habla una lengua bárbara, poblada por mentirosos y timadores, como para anular esta impresión —recuperar un amor titubeante, aunque insignificante

—; el lugar parecía resplandecer una vez más a su antigua y bella manera; las luces temblaban a través de las colinas y solo era visible la Acrópolis, elevada más allá de la ciudad. Inquebrantable, rocosa y significativa —sola y aparte de todo el mundo moderno—. A eso y a las delicadas e impetuosas colinas puedo decirles adiós; porque son Grecia y las he conocido y siempre las conoceré. El silencio, horrible y sin ser roto, las inunda ahora para siempre, y ningún grito humano las agitará nunca más. Después de todo, el tumulto que agita su base solo es efímero y el sabio no lo oirá más de lo que lo oyen los griegos, los que murieron hace dos mil años. El sol se puso y aisladas luces se encendieron aquí y allá, en tierra firme. Doblamos el cabo Sunion por la noche y hemos navegado todo el día a lo largo de la costa de Asia Menor, con alguna isla surgiendo de vez en cuando a nuestra izquierda. Al anochecer, nos detuvimos en un estrechamiento del mar guardado por grandes cañones, donde se halla la famosa ciudad de los Dardanelos. Un poco más allá, alcanzamos Abido, en Sestos, con el montículo donde se sentó Jerjes; su fantasma pudo ver a muchos extraños viajeros cruzando de costa a costa. ¿Diremos que la costa de Asia Menor es muy parecida a cualquier otra costa —una línea oscura y tenue, que se eleva y se hunde y está salpicada, aquí y allá, por casas arracimadas?—. Y entonces hay que añadir, para congraciarse con uno y con otro, que también pasamos la planicie de Troya. Pero todo esto está demasiado incrustado con sutileza en mi mente para descomprimirlo esta noche. El buen y fiable barco avanza con lentitud hacia el Mármara y me permite escribir con mano firme, como si fuera montada en un caballo al paso.

Cuando nos despertemos, a las cinco y media, estaremos frente a todo el esplendor de Constantinopla. Pero pienso en Grecia.

Diario

A las seis estaba en cubierta y de pronto nos encontramos frente a toda Constantinopla; allí estaba Santa Sofía, como un triple globo de burbujas que se hubieran solidificado, flotando hacia nosotros. Porque está diseñada con alguna sustancia fina, delgada como el cristal, soplado en curvas regordetas; salvo que es tan sólida como una pirámide. Quizá esta sea su belleza. Pero entonces, es preciosa, evanescente y duradera, para arrancar adjetivos como moras —es así, no es sino el fruto en un jardín de flores—. El sol se alzaba con rapidez frente a la ciudad, y toda la extensión de casas grises, apiladas libremente hacia lo alto y curvadas, se descubría suntuosa y maravillosamente con ventanas de oro. Así,

había un color de casas grises y paneles dorados y oscuros penachos verdes, porque todas las casas estaban separadas por una mullida franja de árboles. Pasamos con rapidez delante de esta maravillosa vista, que parecía renovarse a cada instante frente a nuestros ojos y llegamos al abarrotado estuario del río, donde el Cuerno de Oro se ramifica del Bósforo. Pero aquí, ciertamente, mi punto de vista se eclipsó; no recuerdo nada más, como dicen los novelistas, que tienen los mejores recursos, hasta, bueno, sería conveniente decir que hasta eso de las seis de la tarde, cuando me senté delante de una ventana abierta y vi el atardecer detrás de la ciudad que había reflejado su alborear.

Desde esta posición ves la ciudad, o al menos lo que permite una ventana rectangular, y es suficiente para hacerte una idea de que, para empezar, Constantinopla es una gran ciudad. Al recordar Atenas, te sientes en una metrópolis; un lugar donde la vida se vive con eficacia. Y eso parecía extraño y —si tengo tiempo para decirlo— un poco incómodo. Porque te dabas cuenta de que no se vivía según el modelo europeo, que no era una copia devaluada de París, Berlín o Londres, y pensabas que esa era la ambición de las ciudades que no pueden ser realmente París o cualquiera de esas ciudades importantes. Cuando las luces salieron en racimos por toda la tierra y el agua se llenaba de lámparas, te sabías la espectadora de un drama vigoroso, que se representaba sin pensar o necesitar a ciertos grandes países lejanos, occidentales. Y en toda esta opulencia había algo ominoso y algo ignominioso para una dama inglesa, sentada frente a la ventana de su dormitorio. En cualquier caso, era una vista emocionante y, si puedo usar la taquigrafía de un escritorzuelo, muy hermosa, por añadidura.

Hay pocas experiencias más estimulantes que la primera zambullida en una ciudad nueva, incluso cuando se ve entorpecida —como la nuestra, esta mañana — por un pulcro dragomán. Sin embargo, cuando el conductor restalló el látigo y los caballos empezaron a bajar la colina, todos nuestros obstáculos quedaron olvidados. Se han escrito innumerables páginas sobre la historia de Constantinopla, pero esta, la última, estaba en blanco para nosotros. Y sin embargo, aparte de la presión de extrañas vistas sobre nuestros sentidos, no hubo nada realmente memorable en nuestro descenso a Estambul. Una vista no promete, de ninguna forma, la belleza del detalle; las calles eran insignificantes y el traje nacional —fez y levita— es un compromiso decepcionante. Llegamos a una portada maltrecha sobre la que había un florido blasón. «La Sublime Puerta» comentó nuestro guía, parando el coche para que pudiéramos rendirle homenaje. Más allá de las puertas, la hierba crecía entre los adoquines y un soldado holgazaneaba en una garita; la imaginación ya había hecho un trabajo mejor. Al fin, llegamos a Santa Sofía por un estrecho pasaje de adoquines, como si nos

acercáramos por la puerta trasera. Esa pequeña ceremonia a la puerta, donde cambiamos nuestro herético cuero por zapatillas, tuvo un cierto orgullo infantil. Quizás es un jueguecito que se mantiene vivo para la diversión del extraño y beneficio del nativo. En cualquier caso, pagamos cortésmente nuestro tributo a la superstición oriental y cruzamos las puertas con mucha satisfacción para los pies; pero yo había dejado la mitad de mi tributo en la primera etapa y profané la alfombra con recias botas inglesas.

Quizá esta digresión está diseñada astutamente para reproducir aquí algo de la duda que hizo que mi mente titubease en este punto con el tema que me ocupaba en ese momento. Aquí estaba Santa Sofía; y aquí estaba yo, con un cerebro, dos ojos, dos piernas y dos brazos listos para apreciarla. Cualquiera que sea la impresión que me suscitara, fue fragmentaria e inconsecuente; así: extraños rayos de luz, octogonales y sin color; ventanas sin vidrieras; no había separaciones en toda la iglesia, ¿era una iglesia? No, era una gran sala para negocios, enseñanza o cuestiones legales; porque estaba vacía y era circular, y el suelo de piedra estaba cubierto por alfombras. Había hombres con turbantes, acuclillados juntos, en un extremo; se levantaron y se fueron, cuando terminó su cónclave, hablando en voz alta. Había muchas figuras solitarias deambulando por el gran espacio abierto, pensativas; había uno o dos, sentados a un lado, que balanceaban el cuerpo rítmicamente al compás de una tonada del Corán que tenían abierto sobre las rodillas. Aquí había un grupo, con turbantes blancos, de Bujará; el guía no tuvo miramientos para abrirse paso a codazos entre sus devociones, ni a ellos les molestó la interrupción. Estos eran los devotos en la mezquita de Santa Sofía y su culto no parecía inapropiado para el sitio.

Aún no sé de qué va el sitio exactamente; qué es bueno, qué es pueril; es un rompecabezas para el que necesito pensar unos tres días más.

Y aún no he dicho nada de «los perros amarillos de Constantinopla»; añado rápidamente que hay muchos perros, la mayoría amarillos, que no tienen amo ni ocupación; parecen contentos y respetables y eligen ocupar el medio de la calle, con el consentimiento de la población. Pero una larga vida de meditación perpetua es mala para la salud y los perros parecen tener poco vigor corporal o mental. Y probablemente no conocen el cariño doméstico. En este momento, consideran necesario protestar contra algún incumplimiento de la tradición inmemorial del camino.

Diario

Los turcos, indudablemente, tienen un don valioso, el don de los nombres. «El Cuerno de Oro» ha sonado con dulzura en oídos que nunca salieron de Londres; y despertar la imaginación es la mitad de la batalla en lo que respecta a los sitios. Ciertamente, el agua real es una pequeña decepción, como las cosas reales deben serlo; modifica la imagen, porque es casi blasfemo poner a prueba cualquier sitio tan crudamente como lo hemos hecho hoy con el Cuerno de Oro. Hemos pagado y cogido el barquito de vapor, sobre sus aguas. En cuanto a belleza, no es muy distinto de otros ríos que pasan por las ciudades; la verdad es que las casas de la orilla son menos regulares y el tráfico en la corriente es más variado y vivaz. También tienes un verde muy recortado de fondo, que se precipita en la orilla del agua, aquí y allá, y la perspectiva —entornando los ojos— es quizá tan alegre y feliz como pueden serlo las vistas. Pero, en general, lo más espléndido de Constantinopla —este es el veredicto de una turista de tres días— es la perspectiva de los tejados de la ciudad vistos desde la elevación de Pera. Ya que por la mañana una neblina se extiende, como un velo que amortigua los tesoros, a través de todas las casas y todas las mezquitas; luego, cuando brilla el sol, captas indicios de la masa amontonada; luego, una cúspide de oro perfora la leve confusión y ves formas del precioso material agrupado. Y, poco a poco, la niebla se retira y toda la riqueza de las brillantes casas y las curvadas mezquitas aparece clara sobre la sólida tierra y las anchas aguas discurren brillantes como la luz del día a través de la niebla. Es tal la vista que podrías estar contemplándola a todas horas, porque es tan grande y simple que la mirada tiene siempre mucho sobre lo que conjeturar y no hay necesidad de componerlo con un índice cuidadoso. Naturaleza y arte y el aire del paraíso se mezclan por igual, en enormes cantidades, con mano generosa. ¡Pero esto es peor que lo que he escrito de Santa Sofía!

Diario

En cuanto a las observaciones acerca de las costumbres o la política que deben lastrar las impresiones de todos los viajeros, confieso que hoy me encuentro más bien en la ruina. Lo cierto es que esos viajeros tratan demasiado con esa moneda y mis esfuerzos para apartarme de ciertas concepciones previas han desviado mi atención de los hechos reales. ¿No nos dijeron, por ejemplo, que las mujeres cuentan poco en Constantinopla —o mejor dicho, que están vigiladas de forma tan estricta— que una señora europea que ande sin velo puede ver su audacia castigada con severidad? Pero las calles están llenas de europeas solas que pasan

desapercibidas; y que el velo del que tanto hemos oído hablar —porque era típico de un estadio diferente de la civilización y demás— es un símbolo muy frágil. Muchas nativas caminan a cara descubierta y, cuando llevan velo, lo llevan con despreocupación y lo apartan cuando tienen curiosidad por algo. Pero tiene la virtud de sugerir que oculta algo raro y sin tacha, así que miras más a una cara prohibida. Y, entonces, la apasionada criatura lo alza por un momento —y ves— a una benévola y vieja solterona, con gafas de oro, trotando de camino a comprar una gallina para la cena. ¿De qué peligro se tiene que esconder? ¿A quién seduciría la visión de su cara?

Los hombres, salvo por sus casquetes rojos y a veces una nariz como una cimitarra, podrían ser londinenses, salvo que la brisa del Bósforo ha tostado su tez y ensanchado sus pechos. Pero sus caras son reservadas y esta la auténtica marca de la gente civilizada. Tienen cosas en las que pensar y puedes pasar tiempo sin la ayuda de la conversación. Además, son corteses con los extraños y te ofrecen fragmentos en diversas lenguas para que puedas elegir la tuya.

Pero, cuando llegamos a la cuestión del Oeste y el Este…, soltamos la pluma y no escribimos más.

Diario

Hoy, más por suerte que por planificación, hemos tropezado —mejor dicho, dando rodeos— con la mezquita más hermosa de Constantinopla. Y como la única que conozco es Santa Sofía, la audacia de esta afirmación necesita de todas las excusas que pueda dar. Levantas una gran cortina de cuero y te adentras en una visión tan hermosa como rara. La mezquita no es otra cosa que una enorme sala; aquí podrías bailar vestida de seda o tomarte el té de la tarde o, simplemente, llevar una vida agradable. Porque tiene grandes ventanas de vidrio semiopaco que derraman toda la luz de una vigorosa mañana de octubre sobre ricas alfombras turcas y alegres columnas revestidas de azulejos. El lugar te invita a entrar y sentarte en el suelo a tu aire; tendrás pensamientos alegres y serán acerca de cosas elevadas y saludables. Porque, aunque hay un hermoso brillo de color desde la ventana y el suelo, no hay nada que distraiga a la mente; es como si anduvieras dentro de una gran burbuja pintada. Las fuertes voces de los hombres rezando no se diferencian de las de esos mismos hombres en el mercado, y un niño corría sin miedo, dando palmadas y gritando, como si siguiera en el templo con un juego iniciado fuera y le pareciera un sitio para jugar tan bueno como cualquiera y no viera motivos para interrumpir su júbilo. Las columnas

redondas están recubiertas de azulejos blancos con ricos motivos en azul y hay paneles verdes y de otros colores, de tal forma que todo el lugar, alfombrado en muchos colores, emana una radiante oleada de luz.

El culto parece poco separado de la vida real y la multitud de figuras recostadas atestiguan que la mezquita ha llamado con voz acreditada, incluso en el clamor de la calle. Los amigos se dejan caer, se saludan y vuelven a sus devociones con la misma naturalidad que, quizá unas horas antes, lo han hecho con su libro de contabilidad.

Y la devoción no parecía menos sincera por aguantar la luz del sol y el brillo de la seda y el del mosaico; no parecía extraño, de ningún modo, que los hombres dijeran sus rezos a extrañas alfombras y azulejos pintados, sin la figura de un santo o el símbolo de una cruz para inspirarlos.

Diario

En el tercer o cuarto día está bien dejar las obligaciones para perderte por barrios marginales. Aquí, incluso un extraño y un turista pueden tropezarse con algo que no es consciente de sí mismo; y entonces, por primera vez, la ciudad será una ciudad real, de carne y hueso.

La parte de la receta que consiste en perderse la hemos seguido a conciencia y tuvimos el deleite de andar por calles que no llevaban a ninguna parte, tan solo porque nos las encontrábamos. En los alrededores de Constantinopla hay mucho del espléndido Este que brota con calidez; había una parra atada en la carretera y un variado torrente de feces rojos, turbantes, velos y respetabilidad europea bajaba en masa por ella, como un turbulento arroyo de las Highlands. Pero nadie se paraba a mirarnos y la excentricidad de nuestras ropas parecía formar parte del cuadro.

Teníamos que encontrar un bazar, el Gran Bazar, de hecho, y en su momento, después de mezclarnos con esta vida ajetreada y feliz, nos refugiamos en un gran laberinto de tiendecitas construidas bajo un único tejado y dividido en calles y callejas como las de una ciudad de viviendas. Para comprar hay que tener tiempo inagotable e inagotable doblez. Las sedas eran desastrosas, horribles; en Inglaterra las puedes comprar a mitad de precio; además, había que explicar lo que querías comprar y estábamos preparados para pagar la extravagante suma de cuatro piastras por un piqué —los ingleses son una raza grande y generosa—.

¿Lo había oído bien? ¿Podía alguien hacer una oferta así en serio? No, era un insulto a nuestra inteligencia suponer que podíamos juzgar tan mal la excelente

seda de Broussa —un americano podía ser así de ignorante—, pero en Inglaterra, el buen gusto y el conocimiento lo impiden. ¿Y el *monsieur,* por su parte, podía malinterpretar tan dolorosamente sus propios intereses como para cobrar a los ingleses más de lo que era justo pagar? Había señoras deseosas de comprar en el hotel, pero ese precio las sorprendería. Algo por el estilo se tradujo al francés y luego se interpretó en turco y, a intervalos de quince minutos, el precio bajaba una piastra, hasta que el proceso de regateo no pudo seguir más allá sin arrebatarle el medio penique de beneficio que le quedaba y sin que nos retrasara más para el té. Pero tengo pocas dudas de que el tendero tuviera motivos para sonreír por encima de su rechoncho cigarrillo.

Diario

Después de dos minutos de pensarlo, no me parece que ninguna ley de hospitalidad te obligue a hablar bien de tu hotel o a quedarte callada. Porque aunque hay algo cruel en insultar a un hombre bajo su propio techo, cuando pagas con esplendidez por cada minuto en tu refugio, tu bolsillo tiene derecho a reclamar por encima de tu caridad.

Este hotel, siendo brutal y sincera, no es recomendable, aunque sería poco justo insultarlo.

Tiene un extraño parecido con una pensión inglesa destartalada, de principios del siglo XIX. El príncipe Alberto y un grueso venado podrían colgar encima del aparador y hay una mesa de caoba preparada para los recuerdos y las biblias. La gente plácida y respetable, que desea una cena tranquila, viene aquí y respira un aire amable en el triste y gran comedor. Hay una mesa grande, con cestillos fríos de plata y manteles apropiados para clientes que nunca llegan. Cenamos en rincones dudosos, como si nuestras necesidades fueran demasiado modestas para requerir una mesa, y la verdad es que toda nuestra alegría no es suficiente para avivar la neblinosa sala.

Los criados de este sitio oscuro y viejo forman una pieza con las decorosas sillas de roble, a las que han parcheado el respaldo. Son viejos, lentos, llenos de cortesías anticuadas, y los contrataron cuando trabajaban para particulares.

Hay una vieja sombría que se arrastra por el sitio como una mosca espasmódica; zumba en una habitación y no puede encontrar la salida sin, por decirlo así, posársete en las manos y la cara con sus preguntas innecesarias.

Necesita poner las sillas derechas y doblar las toallas doce veces porque así espera convencerte de que una vez fue una doncella y tiene la capacidad de

volver a serlo. Con esta orgullosa capacidad, se fue a Mánchester, donde aprendió a estropear el inglés y, por lo tanto, su conversación se produce en una lengua ininteligible para todos. No obstante, te relata una historia de la que puedes sacar el cuento que elijas, triste o alegre; hoy era sobre un griego que murió y bajó por un callejón oscuro, enfrente de la ventana del comedor, y dos chicas jóvenes que querían ser actrices y un caballero que se dejó la bolsa en el hotel, así que seguro que era amigo nuestro. Comparte su ingenio con un coetáneo que bizquea y no puede soportar los bolsillos del pantalón llenos de monedas. Es una costumbre sucia, señala, haciendo una gran reverencia; así que, señor, los he vaciado todos.

El pobre viejo perdió, honestamente, dos monedas de oro en el proceso.

Ambos se agachan juntos en las escaleras, zascandileando con innumerables toallas, hablan de los días buenos, cuando vivían con caballeros y damas en la noble ciudad de Mánchester. ¿Pueden leer inglés? Dejemos esta página abierta para que se seque.

Diario

Lo último, que suele ser lo primero, para los viajeros superficiales como yo es anotar en sus cuadernos el tema de la religión de un pueblo. Pero el único comentario que puedo hacer con cierta seguridad es que ningún cristiano, incluso ningún europeo, puede entender el punto de vista turco; naces cristiano o mahometano de la misma forma que naces blanco o negro. La diferencia está en la sangre que late en el pulso. Y esta diferencia se hizo explícita cuando nos sentamos esta tarde en la galería de Santa Sofía. Mirábamos como podíamos mirar a criaturas enjauladas, solo que lo cierto es que esos no eran ni nuestros prisioneros ni nuestros inferiores; soportaban que los miráramos, pero no hubieran soportado que rezáramos con ellos.

Subimos por la larga pendiente que lleva a lo alto de la iglesia y, a medio camino, oímos agudos gritos que reverberaban en un gran espacio, como los gritos de muchos niños cuando salen del colegio. Y cuando miramos abajo, en la iglesia había un tropel de niños que jugaban al escondite entre las augustas columnas y parloteaban como monos mientras corrían.

Sus voces sonaban ligeras e incluso lastimeras al flotar a través de las vastas profundidades del aire amarillo. Pero ningún grito podía perturbar la serenidad del gran salón. Anillos de luces colgadas formaban pequeñas islas en la inmensa oscuridad; gradualmente, cuando las luces se fueron encendiendo por todos los arcos, un suave resplandor dorado brilló desde el techo y las columnas hasta que

el aire pareció entibiarse en el centro. El salón comenzó a llenarse de figuras oscuras e hicieron callarse a los niños, aunque revolotearon como murciélagos ligeros. Y, todo el tiempo, la luz se incrementaba con lentitud, hasta que la línea de todos los arcos completó la imagen. Mientras tanto, la gente se fue a sus sitios en filas, sobre las esterillas y se pudo oír una voz que subía y bajaba con palabras sagradas. La atmósfera estaba cargada y apenas podías distinguir figuras separadas; solo tenías la sensación de que, en la base de este aire, vagamente coloreado de ámbar, una multitud se agrupaba, desplomados como sombras.

La voz solo parecía un hilo delgado para unir a tantos cuerpos; pero, en ciertos momentos, todas las largas líneas se alzaban y caían a la vez, besaban el suelo y se erguían de nuevo, marionetas de un poder invisible.

Los círculos de luz eran tenues y toda la acción se llevaba a cabo en la penumbra, en silencio, tan solo con una voz que sonaba lastimera, en solitario. Pero, aunque la ceremonia nos pareció simple y melancólica, también fue maravillosamente hermosa. Las luces sutiles, entrelazadas con oro brillante y negros suaves, caían sobre todo sin revelar nada hostil; no revelaban nada, pero sugerían más de lo que se puede dibujar. Así que observamos una escena que nunca entenderemos y escuchamos auténticos cantos religiosos en una lengua desconocida.

El misterio de lo que se veía y la extrañeza de la voz te hacían sentir como envuelta en una suave cortina, y los devotos estaban determinados a que te quedaras fuera.

Diario

De todas las ceremonias, la de decir adiós es la más difícil para el espíritu; la tarea no es más fácil cuando le dices adiós a una ciudad y no a una persona. Deberías ser capaz de decir algo adecuado para la ocasión y, si tuviera una lengua más sutil, creo que podría decir mucho, dando en el clavo o no. Por ejemplo, está el rompecabezas de Santa Sofía, ¿por qué es la iglesia más críptica de Europa? ¿Por qué cuanto más la conoces —o su caparazón— se vuelve más bella y misteriosa?

Tienes que empezar por el principio y confesar que los turcos son un enigma; un enigma difícil, laberíntico, que a las mentes sabias —incluso a las del *Times*— les confunde constantemente. Porque la primera impresión es también la última al final de la semana; si es superficial, también es vívida. Constantinopla es una ciudad de nervios vivos y músculos firmes; así leemos directamente lo que vimos

con la ciudad a nuestros pies; pero, para continuar la metáfora, también dijimos que los ojos de esta giganta están velados.

Las calles y los puentes están abarrotados de hombres y mujeres, caballos y carruajes; aquí hay un diplomático inglés, allá un delgado nativo, que propone empezar una peregrinación a La Meca dentro de quince días. Un pulcro comerciante lo empuja de camino a su oficina; pero, sin embargo, lo entiende; ambos se pueden encontrar en la misma estera, rezando al anochecer.

Hay mucha fe, muchos negocios y mucha vida para mantenerlos a los dos arremolinándose con rapidez por la corriente. Nadie que haya visitado las mezquitas y los bazares puede dudar de la fuerza de la corriente. Pero, al mismo tiempo, nadie sabe hacia dónde tiende; una docena de historias del lugar demuestran que puede tomar un canal subterráneo y que no hace aún diez años cuando los turcos y los armenios se masacraron en las calles. Así que, quizá, si tu suerte fuera pasarte la vida aquí, podrías pensar que tu situación sería algo arriesgada —un sitio que descansa sobre un volcán—. Por suerte, un viajero no necesita preocuparse por las intrincadas raíces de todas esas flores, separadas y extrañas, que vemos por encima del suelo. La extrañeza es atractiva y entonces la ciudad en la que se representa el drama es apropiada para la tragedia.

¿Pero podemos ponerlo, de forma sencilla, sobre la hoja en blanco? Tienes que recordar no solo el velo de niebla por la mañana, y los magníficos domos que brillan a través de ella y todo el oro blanco y azul de la ciudad a mediodía, sino también en las callecitas abarrotadas de gente viva, debes recordar los turbantes y las mujeres con velo, los caballos árabes y los perros amarillos; finalmente, debes volver a las grandes mezquitas y verlas llenas una vez más de una multitud oscura que se arrodilla, se levanta y grita su fe.

Por el día, debes ver todo esto y oír el clamor de la calle y del bazar; por la noche, cuando incluso los perros están en silencio, debes oír el apagado golpe de un tambor y escuchar una voz que ni sube ni baja, pero suplica siempre, con fervor y confianza, por algo que se le otorga al fiel que pasa la noche rezando.

Carta a Violet Dickinson
Lane End, Bank, Lyndhurst, Hampshire, 25 de diciembre

Ha sido un día de Navidad bastante absurdo —creo—, me despertó un rayo de sol bailando en mi nariz, maldije, me desperté y vi todo el cristal azul y luego todo el campo blanco, pajaritos y *cottages* modestos, humo azul y apacibles árboles: hubiera saludado a la feliz mañana si fuera cristiana. Fui a tocar a la puerta de

Adrian y bajamos para ver nuestras cartas y paquetes. Luego, en los intervalos en los que no comíamos pavo, fuimos a vagabundear por el bosque, que es como un bosque pintado, con tintes agudos y claros, líneas delicadas y blancas superficies crujientes.

Nos perdimos, más o menos, porque Adrian nunca admite que pueda perderse, cogimos el camino equivocado y tuvimos que andar mucho, hasta que anocheció. Y luego nos sentamos a leer.

Carta a Violet Dickinson
Lane End, Bank, Lyndhurst, Hampshire, 28(?) de diciembre

Hace tanto frío aquí que Adrian no puede cazar, así que nos fuimos a dar un paseo. Ayer me perdí y llegué a casa tan soñolienta que no pude escribir —pero, de verdad, los árboles son mejores que la gente—.

Carta a Violet Dickinson
Lane End, Bank, Lyndhurst, Hampshire, 30 (?) de diciembre

Hace tanto frío que apenas podemos apartarnos del fuego. Adrian baja todas las mañanas con sus polainas y pincha la tierra con el bastón; suena como el hierro y además no hay caza. Así que andamos por la tarde, por caminos que están congelados en arrugas y cubiertos de hielo. Está precioso y callado; no nos encontramos con nadie, salvo con algún ciervo de vez en cuando. Luego, los atardeceres, y parece que hubieran teñido de rojo las puntas de todos los árboles, peinados contra el cielo, y nos preguntamos si la Naturaleza a veces no es un poco vulgar. El bosque siempre me decepciona —es demasiado ordenado y pintoresco—.

1907

El 28 de marzo, Virginia y Adrian fueron a París con Vanessa y Clive Bell, que se habían casado en febrero y se quedaron hasta el 10 de abril. No hay anotaciones en su diario de esta estancia y solo se conserva una carta enviada desde París. A su regreso, ambos se instalaron en la casa que habían alquilado en Fitzroy Square. En agosto,

Virginia y Adrian alquilaron una casita en Playden, un pueblecito cerca de Rye, para pasar las vacaciones de verano. El 26 de agosto, Vanessa y Clive Bell llegaron a Rye, donde habían alquilado una casa.

Virginia estaba trabajando en su primera novela, a la que puso el título de Melymbrosia *(el título definitivo fue* Fin de viaje*).*

Diario

Casi he decidido que hay dos cosas que quedan fuera de mi alcance —no se pueden cubrir bajo un elenco de palabras competentes—; la primera son los detalles de una excursión, y la segunda, la apariencia de una gran extensión de campo inglés. Aunque esta noche es tentador decir algo de un día entero al aire libre, de una excursión a Fairlight de ida y vuelta, no sé cómo intentarlo ni tampoco mi conciencia me aguijonea para hacerlo. Debería empezar diciendo cuándo salimos, qué carretera tomamos, el tipo de vehículo, las aventuras del camino, y todo el tiempo debería pintar una escena para esta progresión, empezar corriendo con el pincel en la mano, llenar a toda prisa los campos y el cielo. Habría que escribir algo sobre Fairlight, su historia y panorama, y luego descender a lo particular y arrastrar el carro por esa aburrida colina. Lo siguiente sería el pícnic —dejo al poni fuera del establo— y una frase o dos de la conversación, mientras se introduce el paisaje de algún modo, quizá por el texto del diálogo. Luego, doblaría la campana en la iglesia… y sería el momento de irse: deberíamos permanecer un poco, recordando, con un ánimo sosegado, otras excursiones del mismo tipo; las sombras se alargarían y esa luz del sol que favorece el regreso de las excursiones —una pluma hábil podría sugerir esa parábola sin decirlo— se vería ahora sobre los campos. Y así sucesivamente, hasta que el animal estuviera en el establo, el pelo cepillado y no quedara rastro de este largo y penoso dibujo.

Así es como debería ser, si fuera más joven o más osada. Pero no, las cosas que de verdad elijo recordar son estas, creo.

Cuando llegamos a lo alto de la colina, vimos el mar, abajo y distante, muy liso, tan parecido a vapor azul que la disolución en el cielo era visible a duras penas. También había acantilados redondeados y verdes y campos de maíz que se erguían directamente contra el azul. También había una gigantesca estructura de piedra, plantada en el valle; una visión incongruente y dolorosa, como una excrecencia deleznable que se las ha apañado para sobrevivir en contra de las leyes de la naturaleza. Había un cementerio que no era antiguo; de hecho, la

iglesia era nueva y sugería algo utilitario más que de significado espiritual. Era tan resistente al clima y al agua como resistente a cualquier pasión humana. También había un niño que llevaba cerveza, en un tosco trapo marrón, a los cosechadores. Era incapaz de calcular distancias y tampoco parecía que su mente fuera capaz de ir más allá de la sombra de la casa. Este año no recogerá lúpulo, que es un trabajo soporífero; tan pronto como la cosecha esté lista, se irá a buscar trabajo en Bexhill, porque dejó la escuela.

Los nogales prometen dar mucho fruto y también las zarzamoras. «Mirad las avellanas». Era ágil, de mente y cuerpo, pronto a verlo todo en cercos, leer signos por todo el camino, invisibles para nosotros; un animalito marrón y rápido; se convertirá en un viejo trabajador al aire libre, con lumbago, vivirá hasta los ochenta, entenderá algunos de los hábitos de los pájaros en esta parte de Sussex, tendrá algunos conocimientos del tiempo y un parentesco animal con la gente de su pueblo; quizá, a ratos, tenga la extraña sensación de que eso no es todo y que apenas tiene derechos. Pero siempre estará la cerveza y saber que sus antepasados vivieron así durante siglos y les pareció bien. Después de todo, podría ser peor; el tío Bill, por ejemplo, se fue al mar y nunca regresó. «Ah, dicen que hay cosas estupendas al otro lado del mar, pero creo que un hombre puede esperar el momento propicio aquí».

También había grandes caballos, que pateaban colina arriba, con una carreta de broza; ¿dónde la cortaron, para qué servirá? Ah, el deseo de saber y de comprender; cómo se organiza el trabajo, cómo toda la tierra da sus frutos con puntualidad en los lugares adecuados. Sería una proeza de la imaginación entender el punto de vista de un labriego de Sussex: hay tanto de «patética falacia» en todas nuestras novelas; lágrimas en los ojos de los perros, alegría en un caballo viejo.

Diario

Es bonito andar al atardecer a lo largo del lecho del mar —todo heno, resbaladizo, y hierba colorida, con diques curvados, hacia Camber Castle, el triángulo gris que descansa entre Rye y Winchelsea—. El gris de estas viejas piedras fusiona el paisaje, si, al escribir deprisa y en privado, puedo ultrajarlo tanto. Todo el panorama tiene una palidez encantadora —blancos y plateados verdosos—, color paja pálido; el ganado, de un blanco perla, constituye la mayor luz del paisaje y siempre, a cada lado, están los ensombrecidos huesos de Rye y Winchester; Rye, es verdad, todavía se eriza con tejados y chimeneas rojos, pero

Winchelsea se hunde entre las oscuras capas del follaje. En segundo plano —si caminamos por un escenario, que es lo que parece, con la cara vuelta hacia la audiencia del mar—, las colinas fluyen suavemente y allí, detrás de Winchelsea, el alto biombo de la colina con una iglesia oblonga en la cima. Es la visión encantadora de cierta lucidez transparente; un poco débil, como si pudieras ver a través de las tonalidades si la luz fuera un poco más fuerte; pero al atardecer la profundidad es exactamente la adecuada y es luminosa.

Carta a Violet Dickinson
The Steps, Playden, 25 de agosto

Hoy fuimos a tomar el té con Henry James y el señor y la señora Prothero, en el club de golf, y Henry James me miró fijamente con su ojo blanco —que es como la canica de un niño— y dijo:

«Mi querida Virginia, me cuentan, me cuentan, me cuentan… que tú…, siendo la hija de tu padre y la nieta de tus abuelos…, puedo decir que la descendiente de un siglo…, de un siglo… de plumas y tint… tint… tinteros, sí, sí, sí…, me cuentan…, uhmmm…, que tú, que tú, en fin, escribes».

Esto fue en plena calle, mientras todos esperábamos, como los granjeros esperan que la gallina ponga un huevo —¿lo hacen?—, nerviosos, educados, primero sobre un pie, luego sobre el otro. Me he sentido como una condenada que ve caer la cuchilla y el garrote una y otra vez. Ninguna mujer odió tanto el «escribir» como yo. Pero cuando sea vieja y famosa discursearé como Henry James. Teníamos que pararnos a cada rato para que se liberase de la cosa; hacía frases sobre el pan y la mantequilla, «groseros y rápidos», y nos contó el escándalo de Rye. «El señor Jones se ha fugado, lamento decirlo, a Tasmania, dejando a los doce pequeños Jones y probablemente, al decimotercero, a la señora Jones; muy deplorable, muy lamentable y, sin embargo, un acto no del todo del que uno no tenga su propia clave, por así decirlo».

Desde nuestro jardín, vemos una marisma muerta; plana como el mar, y el símil tiene mucha verdad porque el mar estuvo donde está ahora la marisma. Pero, por la noche, todo un parterre de vacilantes faros florece —¡ay, vaya frase! — por la orilla; de hecho, puedes seguir el mar alrededor del acantilado sobre el que estamos hasta que percibes Rye, que flota a su encuentro, varado a medio camino en la playa de guijarros como… no mucho más que una pequeña ciudad de ladrillo rojo. En cualquier caso, tenemos una auténtica casa de campo — paredes blancas, cuadros brillantes y alegres libros masculinos, Stevenson y

Thoreau, y un jardín y un huerto—. En realidad, no disfruto con estas cosas; me aburre mortalmente cortar flores y creo que la señora Dew Smith es un tipo de persona superficial, débil y ambigua, que ha llevado a cabo todos sus sueños con esta casa y siempre dirá lo preciosa que es y lo lista que es ella.

1908

El 17 de abril, Virginia se fue a St. Ives (Cornualles), donde se le unió Adrian el 23 y los Bell el 24.

El 1 de agosto, se fue de vacaciones con sus perros, Hans y Gurth, a Wells, una pequeña ciudad catedralicia en Somerset. Se quedó dos semanas y luego pasó otras dos en Manorbier, Gales. Volvió a finales de agosto y se fue el 3 de septiembre a Italia con su hermana Vanessa y su cuñado, Clive Bell. Fueron a Siena y Perugia y pasaron por Pavía y Asís. El 24 se fueron a París, donde se quedaron una semana.

Carta a Clive Bell
Trevose House, St. Ives, Cornualles, lunes 20 de abril

Afortunadamente, ya pasó el día festivo y el viento empieza a disminuir. Ningún barco de pesca puede aventurarse a salir hoy, eso me dijo la hija de mi posadera en el desayuno, y la familia depende de la venta de la caballa —y de sus inquilinos. Aquí hay dos, arriba; un hombre «de confianza», su esposa y su hijo; y ninguno de los tres se ha bañado en las siete semanas que llevan aquí. Eso me contó la señora Rouncefield, que los supone orgullosos—. Me he pegado una caminata agotadora esta tarde, contra un viento de cuarenta millas, pero he encontrado algunas matas de aliaga que olían a nueces, tal como dice George Meredith; y me he refugiado detrás de una roca gris, vaciada por los druidas, supongo. También he observado la belleza singular de los árboles, sin hojas pero con brotes, contra el azul profundo del mar. El mar es un milagro —más congenial para mí que cualquier ser humano—.

Dile a Nessa que se traiga toda su ropa de abrigo. Hace mucho frío, pero es divinamente bello. Mañana voy a ir a Trencrom.

Diario (Wells, agosto)

Cuando leo este cuaderno, lo que hago a veces en una tarde calurosa en Londres, me impacta la rudeza de las frases, el descuido de las descripciones, la repetición de los adjetivos, y enseguida lo sentencio como un trabajo apresurado, pero me excuso al recordar las circunstancias en las que lo escribí. Después de haber salido por el día, o cuando tengo libre media hora, o como alivio para una tragedia griega —en los distintos momentos y estados de ánimo en los que está escrito, y estoy segura de que, si me impusiera otras condiciones, no lo escribiría en absoluto—. ¿No me lo llevé a Cornualles en Pascua y decidí anotar cualquier cosa que fuera útil, e incluso escribí mi dirección? Así que, una vez más, vuelvo al viejo método y simplemente protesto que conozco sus defectos —la protesta de la vanidad—.

Diario (Wells)

Vivo en este alojamiento, que está lo más cerca que es posible del recinto sagrado. Las campanas doblan y la gente arrastra los pies por el recinto de camino a los rezos. Es justo el sitio en el que alguna gris superstición debería persistir; qué aliento puede soplar por estos callejones torcidos, incrustados de piedra medieval; un grabado de Wells en el siglo XVII es igual que una fotografía de Wells en el siglo XIX. Pero si la cristiandad es alguna vez tolerable, lo es en estos viejos santuarios, en parte porque el tiempo la ha despojado de su poder. Hay estudiantes de Teología por todas partes, hombres jóvenes recién salidos de la facultad, que pasan los días estudiando leyes y sacrificarán sus vidas explicándolas. De hecho, cazarán, pescarán y llevarán vidas muy semejantes a las de la pequeña aristocracia rural. Obviamente, la catedral domina todo el lugar y sin ella Wells no es más que una agradable ciudad provinciana, con la habitual cantidad de antigüedades, pero me parece que me equivoco. Ciertos paseos nocturnos me han mostrado murallas y un foso; hay una plaza majestuosa que, cuando la vi por primera vez, estaba abarrotada de granjeros, escuchando en círculo la vociferación de un viejecillo con capucha y túnica; daba vueltas alrededor de su audiencia, en medio de la cual un chico sujetaba su estandarte, un farol de gas. Tenía lengua ágil y una infinita sucesión de frases, aunque, para qué las usaba, no tengo ni idea. Quizá la perorata era para elogiar una nueva marca de píldoras, porque no parecía un servidor de la verdad desinteresado.

Esta noche he oído a la señora Wall manteniendo uno de sus largos chismorreos con sus «caballeros». «La Iglesia», ha dicho, «es como un árbol». Y luego la metáfora ha florecido y «creo que los visitantes de la iglesia son una

plaga y los ateos un cáncer» —es conservadora y desconfía de los trabajadores en el poder—, ella demostraría su debilidad si la consultaran, porque tiene una fe inquebrantable en la Iglesia y las capacidades de la clase acomodada, que la trata tan bien. Por supuesto, la tratan con más consideración que los de su propia clase, y hay mucho glamur.

Pero merece una atención más detenida. La primera vez que la vi, vacilante en el pasillo, con las manos entrelazadas y los hombros encorvados, dispuesta a darme la bienvenida, pero manteniendo las distancias, me dije, así es exactamente como había imaginado a la señora Wall. No ha cambiado, pero este es un escrutinio más sutil de lo que me esperaba. Ha tenido esta casa treinta años y el número de estudiantes a su cargo ha debido de ser de cientos. Habla de ellos como «mis caballeros» o, cuando se pone afectuosa, «mis chicos». «Me duele cuando se van, es como si perdiera un hijo». Ha intimado con muchos, no como patrona, sino como una vieja agradable, chismosa y confidente. Todo empieza con su preocupación por los tés y las cenas, vigila la puntualidad y quizá comente algo si se pierden una conferencia o se quedan hasta muy tarde en la cama. Sabe más que ellos —quién se queda un año y sigue— de las reglas y de los caracteres y a menudo debe de proporcionarles información práctica. Ellos, a su vez, le preguntan por su reúma y miman a su gato. Por lo que veo de ella, es una mujer de una laboriosidad paciente, hábil e infatigable, cuya locuacidad se pone a prueba cuando cose o limpia; pero sospecho que empieza a permitirse ciertas libertades; y su hija, de mediana edad, que siente un tierno orgullo por los variados recuerdos de su madre, la incita a perder un poco el tiempo. Pero la madre no se deja engañar y cree que todavía trabaja mejor que cualquier mujer joven. Puedo imaginar que se encarga con celo de todas las insignias de su oficina —las llaves…, el oro—, del pedido de las provisiones y no se los va a confiar a nadie.

En efecto, una mujer de setenta y un años que ha tenido diez hijos, los colocó y los perdió, una viuda que durante treinta años ha pagado sus impuestos y mantenido su casa en marcha, debe de haber logrado cierta perspectiva y tacto de lo que normalmente llamamos «conocimiento del mundo». Puedo imaginar la sabiduría perspicaz que sale de sus labios, sin debilidad, y una carrera determinada por las dificultades.

Pero, a pesar de su agudeza, no forma parte de los dirigentes y vive, con el optimismo más cálido, el pasado y el presente que la rodean. Se ocupa de pequeñas cosas y siempre tiene la lengua dispuesta para contarte una historia acerca de la grandeza de la familia Tudway, o del tiempo, del gato o, por supuesto, para explayarse sobre sus caballeros. Tiene una sala donde cada

visitante, sospecho, debe rendir homenaje; hay hileras de pequeñas fotografías del rostro de hombres jóvenes; hay cuadros de Wells y de los obispos; tiene una historia para cada uno de ellos y, generalmente, unas palabras de elogio y gratitud por su amabilidad.

Nunca ha habido una anciana más amable y práctica que la señora Wall y creo que si conociéramos toda su vida, la juzgaríamos como una de las más felices. Empieza a hablar no de la jubilación, sino de la muerte: «Digo que no estaré aquí la próxima vez —se refiere a la conmemoración que tiene lugar cada cuatro años —. Sin embargo —añade con una sonrisita alegre—, ¡aún estoy aquí!».

Diario, Wells

El recinto de la catedral se ha llenado de estudiantes de Teología y no siento marcharme. Porque llevan una vida muy sana, dentro y fuera todo el día, mucha conversación, reuniones en las escaleras, saludos en la puerta —hasta que la alegre voz masculina me suena como un moscardón en el oído—.

Me he cambiado a una vieja casa negruzca en el Green, una de esas casas espaciosas que ahora están destartaladas y deslucidas, pero que fueron construidas para la prosperidad. En un rincón siempre tiene que estar encendido un candil para iluminar las empinadas escaleras; tiene una barandilla de roble tallado y grandes bolas de roble en el descansillo. Hay un árbol cubierto de follaje delante de las ventanas, que incrementa la oscuridad del ambiente. El césped de la catedral está ya muy gastado cuando llega a esta esquina y la hierba, por donde no puedes andar en otros sitios, aquí parece perder su carácter sagrado y ser el patio de recreo de los niños de las casas vecinas. La casa incluye dos niños, lo que me ha llevado a pensar mucho en la naturaleza de los niños. Juegan todo el día delante de mí. ¿Jugaba yo todo el día cuando era pequeña? No me acuerdo. No tienen ni juegos ni horarios establecidos; simplemente, dan volteretas, patean pelotas, revuelven las sillas, corren por la casa y afuera otra vez, se caen y se hacen daño, se enrabietan y hablan sin parar. A cierta hora, la niña más pequeña, de tres años, se cansa y corre hacia su madre, que la acuesta; se despierta y vuelve a lo mismo otra vez. Ahora bien, si pudieran pensar al levantarse que hoy va a ser como los demás días y que no van a hacer nada más que patear el balón, ¿disfrutarían? Creo que no. La verdad es que cada patada es una aventura, que puede ser distinta a todo lo demás; cada vez que vienen lanzados al césped, pueden ver de verdad algo que no han visto antes o experimentar una sensación nueva. Llevar un sombrero nuevo es un placer

inmenso, eso me dijo Audrey, la niña de tres años. O quizá sería más exacto decir que esas horas están tan llenas de incidentes desconectados que ellos no perciben de verdad que hacen lo mismo una y otra vez. Nunca tienen una teoría ni podrían contarte cómo pasan el tiempo.

Carta a Vanessa Bell
Cathedral Green, 5, Wells, martes 11 de agosto

Los niños aquí me traen sus muñecas para que se las arregle y planeo una excursión sentimental; los llevaré a la tienda de golosinas y que elijan lo que quieran. Aquí la criada duerme en un agujero en el muro, con una ventana del tamaño de una teja y un lavabo del tamaño de un bol de pudin. El marido de la mujer dice que Gurth tiene mucho más de caballero que Hans; dos niñitos de cabezas blancas me han parado hoy en la calle y me han preguntado si tenía un oso.

Carta a Vanessa Bell
14 de agosto

He ido a Cheddar, me pareció un sitio miserable, como un decorado frente a una montaña rusa, atestado y lleno de grutas y cuevas en las que no me molesté en entrar.

Cuando he llegado a casa, el señor Oram me esperaba solemnemente, me ha rogado que no me inquietara, pero ha dicho que tenía algo doloroso que contarme. La criada ha sacado a los perros de paseo, se han escapado; han cruzado la ciudad hasta que un policía los ha encontrado y los ha metido en la cárcel al ver que Gurth no llevaba la dirección en el collar.

El señor Oram los ha recogido, pero el policía quería verme. Todo esto lo ha repetido una y otra vez, añadiendo su teoría: que «la señorita Hans se ha escapado y Su Señoría (Gurth) la ha seguido. Ay, es una damita muy ágil. Pero no se inquiete, señora: mi consejo es este; diga que ahora están grabando la dirección. No le recomendaría a nadie que jugara con su conciencia en un caso normal, pero una señora joven que viaja sola…, es muy extraño. No considere, señora, que es usted una delincuente a los ojos de la ley. Vamos a sentarnos, si me permite la libertad, y a considerar qué es lo mejor que se puede hacer». Creo que esto ha durado una hora larga.

He visto al policía esta mañana, cuando yo llevaba a Gurth a la estación y simplemente ha sugerido que un día de estos le compre un collar nuevo. Gurth ha sido muy bueno y el vigilante ha prometido atenderle. Hans acaba de vomitar violentamente.

Carta a lady Robert Cecil
Cathedral Green, 5, Wells, Somerset

He estado dormitando aquí, en la más antigua y respetable de las ciudades, durante una quincena hasta que siento que debo ir a un acantilado y gritarle al Atlántico. ¿Es el Atlántico en el sur de Gales? No lo sé, pero pienso irme el lunes a un sitio que se llama Manorbier para otros quince días. Es tan encantador como las Hébridas, con un castillo en ruinas en cada bahía.

Diario, Wells

El campo aquí, para mí, tiene un defecto fatal: no hay mar. Las colinas solo existen para que puedas tener un amplio panorama del mar, del horizonte, con uno o dos barcos. Entonces consigues un flujo de vida a tu alrededor, y vuelves contenta a los campos. Pero cuando no ves nada excepto tierra, estática por todos lados, eres consciente de estar atrapada en un tablero plano.

Diario, Manorbier

Manorbier es el sitio más distinto a Wells que podía haber elegido. Es una región pobre, con pocos habitantes y la única iglesia que da misa en muchas millas es un lugar desgastado, un granero gris de unos cinco siglos al que le añadieron una torre en un extremo.

Tengo alojamiento en un *cottage* totalmente genuino, habitado por un cantero y su esposa. Me siento en la habitación que corresponde a su cocina y miro la carretera. Por la tarde, bajo a la playa, la cual tengo para mí sola y me doy una vuelta o dos frente al mar. Me gusta volverme a mirar la superficie intranquila y gris, ver un bello reflejo de ella en la ruina gris, en las arenosas colinas verdes y grises salpicadas de ovejas y colonizadas por una docena de *cottages* gris azulado. Nadie hará de esto un balneario, profetizo; de alguna forma, requiere audacia y

confianza en sí mismo para ser un éxito. No he llegado lejos, pero mis investigaciones tienden a mostrar que hay algo un poco flojo en la costa. Es demasiado baja o demasiado afilada para ser impresionante.

Carta a Clive Bell
Sea View, Manorbier, 19 de agosto

Después de que escribiera ayer, la señora Lewis tuvo la brillante ocurrencia de que la casa detrás de la suya, en la colina, estaba amueblada, pero sin alquilar. Así que avisó al dueño, el señor Barkley, que accedió a alquilarme una habitación con una gran ventana de arco que mira al mar, bastantes butacas mullidas y un escritorio. Así que estoy de lujo; me he traído mis libros, voy y vengo cuando quiero —está solo a un minuto del *cottage* y mañana empiezo a escribir—. Nadie me molesta, me encienden una lámpara después de la cena y los únicos ruidos que distingo con la ventana abierta son los sonidos lejanos de las vacas, un moscardón fuera en la cisterna y, en este momento, el aleteo de una almirante roja que ha entrado y, como todos los insectos, no sabe salir.

Pienso mucho en mi futuro y en solucionar qué libro voy a escribir —cómo reformaré la novela y capturaré multitud de cosas del presente fugitivo, incluiré el todo y modelaré infinidad de extrañas formas—. Al atardecer le echo una buena mirada a los bosques, y fijo una intensa mirada en los hombres que están partiendo piedras, con la intención de separarlos del pasado y del futuro —toda esta excitación dura lo que mi paseo, pero sé que mañana estaré sentada con las viejas frases inanimadas—.

Carta a Vanessa Bell
Sábado 29 de agosto, Manorbier

Ayer me tomé el té en Tenby, pero fui a parar a una tienda sucia y aburrida donde me cobraron un chelín por un bollo duro, así que el gran objetivo de mi viaje fue un fracaso. Pero es muy difícil andar aquí, porque cuando no está lloviendo el viento sopla tan fuerte que apenas puedo ver el camino a lo largo del acantilado. Normalmente, acabo en la playa, encuentro un rincón donde puedo sentarme e invento imágenes a partir de las formas de las olas.

¡A esta hora, la semana que viene estaremos en Siena! ¡Divino! Si no fuera porque estaré contigo, lamentaría bastante que mi soledad acabara. Es

increíblemente cómodo estirar las piernas y leer, que no te interrumpan a las seis y media, y no pasar la velada en la ópera o hablando de ella.

Diario

Hay muchas maneras de escribir diarios como estos. Empiezo a desconfiar de la descripción e incluso del humor caprichoso con el que se transforma la aventura de un día en narrativa; debería escribir no solo con los ojos, sino con la mente y descubrir lo auténtico bajo el espectáculo. A falta de esto —nunca tendré tiempo suficiente ni perseverancia para pensar tanto, lo sé— trataré de ser una servidora honesta, recogiendo todo lo que pueda servir para una mano más hábil, en el futuro —o sugerir imágenes acabadas para la vista—.

Lo cierto es que, en estos libros privados, utilizo una especie de taquigrafía y hago algunas pequeñas confesiones, como si quisiera complacer a mi propia vista al leerlo después.

Además, siento (en este momento) una gran desconfianza hacia mis propias palabras. ¿Merece la pena escribir? Como obtuve algo de diversión al leer lo de Grecia, también puedo ver qué hago con Italia.

No hay mucho que decir de Milán, salvo que aquí entramos en la vida italiana. Paseamos por calles ruidosas y atestadas y nos sentimos irresponsables; vagamos por la calzada; miramos bastante a nuestro alrededor sin pensar mucho —entendimos vagamente que los nativos compartían el mismo ánimo—.

Hay grandes viviendas pintadas de color claro y decoradas con cuadrados verde brillante a intervalos. Los tiestos con flores forman una graciosa guirnalda de hojas en algunos alféizares. Es todo un poco polvoriento, muy notable —los muros amarillos se marcan contra el verde plumaje de los parques—. Exclamas ¡oh! y ¡ah! en las esquinas; es tan diferente a una ciudad provinciana inglesa. La comparo con un boceto a la acuarela, de un espíritu animado, pero sin mano maestra. Es mucho más sincera y segura de sí misma de lo que somos nosotros, con nuestros Brightons y Oxfords, como hecha a partir de algún diseño que hubiera sugerido la naturaleza del color y del clima.

Al llegar a Siena tarde, de noche, había un paisaje encantador como, por supuesto, los fondos de la pintura italiana primitiva —agudas colinas azules, árboles que se perfilaban contra ellas, el Arno con aguas de color gris azulado—.

Siena está en lo alto de una colina y todas las calles bajan o suben a la catedral en la cima.

Están pavimentadas con lisas placas de piedra y muy limpias; no hay aceras en

las calles. La gente anda sin cesar, rompe a cantar de vez en cuando; hay gritos, crujidos de fustas, estrépito de cascos. Fuimos a ver la catedral, era la ocasión de algún festival. Es a franjas blancas y negras, los arcos de color rosa y azul; pomos dorados; el techo pintado de azul; frutas, caras, bestias labradas en cada pináculo o ángulo. En las capillas había imágenes relucientes y velas; y el altar mayor tenía encendidas todas las hileras de cirios. Había curas vistosos, oficiando, de espaldas a nosotros y a quienes les colgaban rígidos cuadrados de satén amarillo dorado, bordados. Uno tenía un sombrero blanco, como el pétalo de un ciclamen, en la cabeza.

Era el día de la Virgen y una gran muchedumbre en trajes de domingo había venido al culto. ¡Qué extraño culto, comparado con el nuestro! En vez de hileras de asientos, movimientos ordenados y un servicio como una ceremonia militar, aquí ningún devoto sabía lo que hacía el de al lado o no parecía seguir las órdenes del cura. Los propios curas pasaban y volvían a pasar, formaban filas, se cambiaban de ropa y seguían con la ceremonia a toda prisa, como si estuvieran llevando a cabo un rito místico que la gente no entendiera. La gente miraba, deambulaba, caía de rodillas y se volvía a levantar; su fe parecía ardiente y privada, y sin regular por una necesidad común. Me imaginé, sin embargo, que esta ceremonia tan decorativa representaba para ellos el núcleo sagrado de su religión, sellada con esos amarillos casquetes incrustados —supuse que todas las glorias del cielo tenían para ellos esta forma tangible—, más impresionante por todos aquellos misteriosos entramados y símbolos.

Huelen las flores que crecieron en los campos sacros, imaginan la cruz levantada y el cuerpo en ella; todo está teñido de amarillo, espléndido y remoto. ¿Son o no esos curas la gente que estuvo presente en la escena? El obispo estaba sentado en su trono labrado, con sus zapatos de hebilla pomposamente a la vista, las manos escondidas en su delantal de satén y su cara compuesta como una máscara de cera rosa, suave y un poco desdeñosa de la lucha terrenal.

Diario

Somos viajeros muy relajados. Por la mañana, nos sumergimos en una iglesia o en una galería, nos sentamos en nuestros umbríos dormitorios hasta la hora del té y todo nuestro ejercicio consiste en un ligero paseo al atardecer por la plazoleta de la Fortezza. Está al final de los jardines, y peatones pensativos y coches de bebé, viejas señoras con labor de punto y viejos caballeros con periódicos son los concurrentes habituales. La gente de moda se ciñe a la carretera y los mendigos

tienen la ingenuidad de elegir sus sitios en la cuneta.

Es infinitamente agradable sentarse y dejar que el calor del día ceda, hasta que se levanta la brisa y es la hora de la cena. Hay flores con voluminosos pétalos amarillos en los jardines, y árboles adornados como con escarapelas rojas. Tienen pocas hojas para soportar tanto esplendor.

Esta vista de la que hablo, a través de los viñedos, no ofrece pasear. La tierra no proporciona refugio, ni sitios amables, sino que cada pie de terreno se extiende desnudo para los ojos. Hay solitarias carreteras, una sospecha, de un pueblo a otro. En cada promontorio hay encaramada una villa blanca o marrón, así que la tierra, aunque sea tan silvestre, no es solitaria. No hay parques o grupos de árboles escondidos en estos sitios desnudos. Por la noche, cuando nos sentamos en la terraza, los vemos iluminados en cada extremo; las luces se apagan muy pronto. Tienes la impresión de una civilización antigua e inmensa; la tierra por todas partes está bajo el ojo del agricultor y ningún trozo se ha dejado sin cultivar.

Diario

Tomamos las comidas acompañados. Los huéspedes veteranos inician un tipo de conversación que se parece poco a cualquier otro tipo de charla. Siempre parece darse por sentado que nunca será íntima y, sin embargo, es amable, jocosa e incesante. El viaje, naturalmente, juega un gran papel. «¿Ha visto?», etc. Discutir sobre ideas es muy poco conveniente y tampoco debes preguntar por el nombre o la profesión. Al menos, dos de los huéspedes tienen el sello peculiar del huésped veterano; alzan la vista cuando llega uno nuevo y están listos para incluirlo en el catálogo de huéspedes; sienten un tenue placer ante la novedad porque sus historias se agotan. Una señora mayor, en particular, parece que ha estado sentada aquí desde principios de los años cincuenta del siglo pasado. Se ha pasado toda la vida, hasta donde cuenta, viajando y probando los méritos de las distintas pensiones. Dice que aquí el menú es el mejor de Italia. Al mismo tiempo, no muestra entusiasmo; la vida del huésped es la de una hostilidad perpetua.

Pobre, una solterona que empieza a envejecer; viajar es en realidad para ella la vida más agradable. Me la imagino como la tía de familias numerosas de la pequeña nobleza rural; posee cierta distinción porque puede hablar de sus viajes. Confiesa que encuentra la vida inglesa carente de color y parte en una de esas peregrinaciones confusas, de una pensión barata a otra, sin pasar por alto las ciudades trilladas o viendo mucho de ellas. Se sienta todo el día en una esquina

del comedor, haciendo punto o escribiendo con mano inquieta largas cartas a viejos amigos; espera las comidas y observa la llegada del plato a la mesa. Ciertos antiguos refinamientos le impiden engullir abiertamente y, en las pausas entre platos, descarga una enorme cantidad de conocimientos marchitos, paladeando los años sesenta, cuando pasó por los Apeninos con un gran sombrero para el sol. No sabe nada con precisión, pero se arroga cierta autoridad porque vio los cuadros por primera vez hace cincuenta años. Aprendió francés en Bath con un viejo caballero que fue paje de María Antonieta —señal de que recibió la educación de una señora—.

Intentas descubrir sus pensamientos cuando está callada y es difícil detectar cualquier vida en ella. Te fijas en sus ojos; son apagados e inquietos; su piel es como pliegues de cuero; las arrugas están en la carne. Pero, aunque la tarea parezca innecesaria, llenará ese aletargado recipiente de comida y vino; para qué propósito, que lo digan los filántropos.

De vez en cuando, emocionada por un torbellino de vida, se aventura en la corriente de la conversación general —y facilita alguna corrección o teoría propia —, ante lo que solo podemos quedarnos en silencio o, quizá, confiando en sus flaquezas, sonreír en secreto; se debate en lo hondo; sospecha cierta hostilidad, se ruboriza, se vuelve enfática —e intenta intimidarnos con un trémulo ademán de autoridad venerable—. ¡Pobre señora! Esta iniciativa no ha tenido éxito y se retira mascullando de mal humor, pero su cerebro se hunde en el letargo una vez más. La comida la consuela.

Diario (Perugia)

Hemos llegado a Perugia y cambiado las simplicidades y las comidas familiares de Siena por toda la comodidad de un gran hotel. Un clérigo inglés vestido para cenar diluye de golpe la atmósfera italiana, lo ves todo como un espectáculo cultivado, regulado de alguna manera para adaptarse al gusto de los eclesiásticos ingleses respetables y satisfacer sus necesidades estéticas. La escena después de cenar es tan parecida, dentro de lo posible, a la que tiene lugar en un salón inglés; aquí, en un sofá, la vieja dama, delgada y limpia, lee laboriosamente acerca de la Conferencia católica con su hija feúcha al lado; la guapa, con grandes curvas de carne roja y blanca que recubre los huesos, se recuesta para mirar la cara del párroco y se ríe amistosamente cuando él habla. Su humor es invariable; es tan simple de corazón como de palabras; su plan más profundo es ser la señora de la casa de un buen hombre y darle hijos.

Perugia está rodeada por tres o cuatro carreteras, cada una sobre la otra, y nuestro hotel se encarama sobre unas pocas calles y plazas en la misma cima. Cuando miro por mi ventana, solo veo cabezas en movimiento y todos los sitios secretos en una masa de tejados; aquí veo un agujero, por donde entrará el agua, inadvertido para el ocupante; allí, la repisa de la ventana de una criada, con tiestos rotos con plantas verdes; aquí, una teja que sobresale, de la que cuelga un vestido azul para secarse; el ático, de cuya ventana cuelga la colada, para secarse. Pero estos tejados marrones están muy pegados y la vitalidad del campo se desata tras ellos.

Diario

¡Una tarde calurosa! El sol me da de lleno, los albañiles pican todo el rato en los tejados. Sin embargo, voy a intentar aprehender algunas ideas sobre la pintura.

Miré el fresco de Perugino. Me imagino que veía las cosas agrupadas, contenidas en ciertas formas invisibles; la expresión de las caras, acciones, etc., no existían; toda la belleza estaba contenida en el aspecto momentáneo de los seres humanos. Lo veía sellado, como si lo estuviera; todo merece la pena; no hay huella del pasado o del futuro. Su fresco me parece infinitamente silencioso; como si la belleza hubiera nadado hasta arriba, se hubiera quedado allí, por encima de todo lo demás; discurso, vías principales, conexión mental no existen.

Cada parte depende de las otras; componen una idea en su mente. La idea no tiene nada que ver con algo que se pueda decir. Un grupo está de pie sin relación con la figura de Dios. Están juntos porque sus líneas y colores están relacionados y expresan alguna visión de la belleza en la mente de Perugino.

En cuanto a la escritura —yo también quiero expresar la belleza—, pero la belleza (¿simetría?) de la vida y del mundo en acción. ¿Conflicto? ¿Es eso?

Si en la pintura hay alguna acción, es solo para mostrar líneas, pero con la belleza como finalidad. ¿No es un tipo diferente de belleza? No hay conflicto.

Yo obtengo un tipo diferente de belleza, logro una simetría a base de infinitas disonancias, mostrando todas las huellas del paso de las mentes por el mundo y logro, al final, una especie de todo formado por fragmentos temblorosos; esto me parece el proceso natural; el vuelo de la mente. ¿Logran ellos realmente lo mismo?

Diario

Después del té, en vez de rebuscar por las calles a la manera de nuestros compatriotas, elegimos uno de los caminos que podemos ver desde nuestras ventanas y bajamos al valle. A intervalos, hay caminitos que se ramifican y van entre los viñedos. Son pedregosos, llevan más allá de pequeñas granjas cuadradas, encaladas en rosa salmón. Los campesinos italianos clavan sus arados en la tierra, que tiene un aspecto muy antiguo. Un par de bueyes, voluminosos y muy dados a la contemplación, llevan a cabo este trabajo desgarbado y son de gran valor por su color blanco cremoso en el paisaje gris y marrón.

Quizá porque comparo los viñedos de Umbría con los campos ingleses es por lo que soy lenta para conformar una imagen de este sitio. Las particiones al principio me dejaban perpleja: no veía ni soledad ni nada silvestre; no había matas de sombra densa, ni campos con hierba alta. La tierra está singularmente desnuda y es pedregosa; graneros de aspecto frágil, de viejo ladrillo rosa, se esparcen aquí y allá, y quizá hay un arco donde se sientan las mujeres manejando el maíz. No existe el acogedor círculo de nuestras granjas. Pero el sitio es hermoso; los arbolitos torcidos, ahora verdes, ahora negros, contra el cielo, están llenos de líneas; los picos, en la distancia, son encantadores, como un gran campamento de tiendas de todos los tamaños; delante de nosotros está Perugia, en su colina, con sus altas torres y bloques cuadrados amasados en un contorno; no hay suavidad, nada destaca, pero empiezo a ver que esta tierra tiene carácter, con sus nudosos arbolitos y sus contornos agudos, que pronto conseguirán que cualquier otro paisaje resulte insípido.

Diario

Hemos pasado el día en Asís. Está frente a nosotros, en lo alto de una colina, a unas dieciséis millas y entre medias hay un espacio perfectamente plano, flanqueado por filas de árboles, entre los que discurre el Tíber. Asís es otra de esas ciudades piramidales, que ascienden, con hileras de casas, unas sobre otras, hasta que culminan en una basílica o en una larga galería de arcos. Colinas inmensas y desnudas se extienden detrás de la ciudad. Después de inspeccionar la iglesia, hemos paseado por las calles. Como siempre, las casas son muy altas y las calles estrechas.

Las calles estaban desiertas, salvo por un carro de burro o una mujer vieja, agachada junto a una pared. Las colinas y la ancha extensión de campo, visible frente a ti al final de cada calle hacen parecer a estas ciudades un poco incongruentes. Parecen pegarse pacíficamente a la cima de su colina para ofrecer

amparo a hombres y mujeres sitiados que ya no lo necesitan.

1909

En febrero, Virginia completó los siete primeros capítulos de Melymbrosia *y se los dejó leer a Clive Bell para que le hiciera una crítica. Fue un año muy productivo en cuanto a publicación de artículos, lo que le proporcionó una independencia económica cada vez mayor, que se incrementó con la herencia de 2.500 libras que le dejó su tía Caroline Emelia Stephen. El 23 de abril fue a Florencia con Vanessa y Clive Bell, pero no se sintió a gusto y regresó, sola, el 9 de mayo a pesar de los ruegos de los Bell de que se quedara con ellos. En agosto, Virginia viajó con su hermano Adrian y Saxon Sidney-Turner al festival de ópera de Bayreuth (Alemania) y luego a Dresde para oír más ópera y ver cuadros.*

Diario

La escritura descriptiva es peligrosa y tentadora. Es fácil, con poco esfuerzo mental, hacer algo. Escoges algún aspecto amplio, como el agua o el color y escribes una nota. Esta única cualidad da el tono de la pieza. Es verdad que el tema probablemente sea muy sutil, no más susceptible al tratamiento impresionista que el carácter humano. Lo que una registra de verdad es el estado de su propia mente.

Florencia me parece un sitio muy afortunado. La madre más pobre puede dejar jugar a sus hijos entre la hierba alta y las flores de glicinia. No hay calles aburridas. El humo es como la estela de las hojas quemadas. El barro, perfectamente limpio, con un fleco de hierba, bordea el Arno. Es espaciosa, sopla el viento y el sol te asa cuando es fuerte, y es penetrante en aromas.

Las glicinias están en flor —extrañas y pálidas guirnaldas que cuelgan contra las hojas verdes y el cielo azul—. Las pequeñas villas están distribuidas en las cornisas de las colinas —pequeños sitios alegres, blancos, amarillos o rosas, de algún modo insinuaciones de mucha felicidad—. Hoy, como soplaba el viento, las colinas estaban empolvadas con una nube.

No creo que las colinas, por sí mismas, sean hermosas. Los vallecitos, hacia San Miniato, donde se resguardan los ruiseñores, son preciosos, pero estos grandes montículos me sugieren un escenario. Sin embargo, la ciudad es

encantadora, siempre la comparo con una gran cesta de huevos blancos y morenos. Incluso el Duomo tiene algo de hogareño en su aspecto. Una piensa en la asombrosa belleza del lugar —su efecto en la vida—, cómo una vez esta concha fue esplendorosa. Pienso en los palacios iluminados por la noche, las villas con amantes en sus jardines, las calles llenas de estandartes y hombres con las piernas desnudas andando en comitiva.

Hoy hemos comido con Rezia y allí nos hemos reunido con la condesa[24] y con Joseph.[25] La condesa es una celebridad angloitaliana —una mujer robusta y decidida, de rasgos anchos, casi cuadrados—; las mejillas de un rojo oscuro, con la cicatriz de una mordedura de perro; de mirada prominente —aunque su apariencia es vigorosa, imperiosa y también sutil, todo a la vez—. Observa y brinca, pero su mente siempre está haciendo cálculos.

Mira el conflicto de las arrugas de su frente. Tiene mucho de campesina, pero al mismo tiempo es una mujer cultivada y de estirpe. Su charla era audaz y libre, también de tanteo. Supongo que su reputación de conocimientos no se basa en fundamentos muy sólidos. Por otra parte, sus opiniones sobre la gente son perfectamente sagaces y sin vacilaciones. Una mujer, supongo, de muchas pasiones, con un gran fervor por la vida. Cuántas primaveras y otoños la han encontrado absorta en su juego. Señaló con el dedo las joyas de Nessa como una niña.

El conde[26] me llevó junto a la ventana. Su tema era la agricultura. Un hombre seco, entrado en años, con la piel alrededor de los ojos arrugada y estriada, en un círculo amarillento —hablaba de la irrigación y las cosechas, encajando laboriosas frases en francés—, un hombre aburridísimo, sin color, respetable, acostumbrado a esperar pacientemente mientras su esposa habla y encantado de encontrar a alguien que le escuche.

Hoy hemos tenido otra experiencia social. Hemos comido con el crítico de arte y su esposa[27] y hemos tomado el té con la señora Ross.[28] Por si me falla el espacio (la vela parpadea intolerablemente y la tinta supura) describiré la reunión del té. Lo peor de las señoras viejas y distinguidas que han conocido a todo el mundo y llevado una vida independiente es que se vuelven bruscas e imperiosas sin tener la suficiente inteligencia para suavizar su trato. La señora Ross vive en una gran villa, es hija de unos padres distinguidos; amiga de escritores; personaje de la campiña.

No sé por qué, pero este tipo, del que la condesa también es representante en cierta forma, no me atrae mucho. Solo es posible una actitud si eres una mujer joven: debes dejarlas adoptar aires de reina con un toque maternal. Te llama para que te sientes a su lado, deja su mano en la tuya durante un momento —al

siguiente te despide, para hacer sitio a un joven enclenque—.

La pereza, o algún sentimiento análogo, de que la tarea era lo suficientemente dura para requerir más reflexión de la que podía darle, me ha impedido escribir más sobre Florencia. También que me he familiarizado con los sitios más señalados y estaba a la busca de algo más sutil. El paisaje es muy enfático en Italia, pero me abstengo de escribir sobre algo que esté oculto al otro lado de los Alpes. Es extraño cómo una empieza a llevar un globo en la cabeza; puedo viajar de Florencia a Fitzroy Square sobre suelo firme todo el rato. Sería posible, sin embargo, anotar algo sobre la gente que conocemos. Estaba por ejemplo esa joven enfermiza, la señorita Murray. Era una mujer oscura y angulosa, quizás de unos treinta y cinco años. Lo único notable en ella era la fijeza con la que te miraba. Parecía mostrar un alma intensa y quizás limitada. Me pidió que tomara el té con ella alguna noche. Le faltaba lo que podría llamarse atmósfera. Aunque yo era una extraña, no hizo ningún intento para entretenerme. Enseguida nos fuimos a pique. Por supuesto, me contó su historia. Tiene que vivir en pensiones porque su madre es inválida. Le gustaría enseñar educación física en un colegio. Para consolarse, ha recurrido a filosofías hindúes que proclaman una doctrina mística, según deduje.

Y también estaba la señora Campbell.[29] Una ojeada te dice mucho, en un segundo. Es una vieja señora, alta, de unos setenta años, con el pelo blanco y un gorro. Es claramente refinada, cultivada y, por nacimiento y tradición, es culta. Lo que la distingue de otras ancianas dignas es que tiene un toque genuino de humor, que ilumina sus buenas cualidades —les da sentido—. Me dio la impresión de una llama vacilante, pálida y tenue por supuesto, pero indudablemente viva aún. Tengo razones para creer, porque me senté a su lado, que tuvimos una agradable relación. Agradable porque fue sincera, tanto como podía serlo. Representamos nuestros papeles de mujer joven y mujer vieja. Contestó las preguntas que le hice con el espíritu más auténtico que pude, al borde de la impertinencia. Vio que mi interés era genuino y eso la halagó; a cambio, fue juguetona, tierna y cariñosa, como alguien que sabe mucho porque ha vivido y puede asumir sus conocimientos sin mucha relación con los individuos.

No era esnob, aunque sin duda algo de su satisfacción por sus propias ventajas no era muy racional. Era irlandesa y, por lo tanto, tenía una leve chispa de misticismo, que se reflejaba en su amor por las artes y por el paisaje más que por las personas, y en una piedad encantadora. Ha escrito libros piadosos —la vida del padre Damian rimada—. Supongo que su forma de escribir es elegante y fresca, sin originalidad ni mucha fuerza.

Carta a Madge Vaughan
Hotel Manin, Milán, 8 de mayo

Quise escribirte desde Florencia, pero ahora voy de regreso y estoy unas pocas horas en Milán (esta pluma es imposible).

Pasamos quince días en Florencia, y Nessa y Clive se quedan hasta fin de mes.

Ahora debo intentar encontrar el camino a la estación, y luego descubrir cuál es el tren correcto. No sé una palabra de italiano y rara vez voy bien, incluso en Inglaterra, así que esta carta es una especie de adiós. Anoche me senté con un grupo de monjas, que parecían muy contentas y reservadas, pero no paraban de susurrar —si era acerca de sus almas o de los vecinos, no lo sé—. Los italianos son una gente encantadora —no veo cómo podrían evitarlo, con tanto aire y tan pocos suburbios—.

Carta a Vanessa Bell
Bayreuth, 7 de agosto

Queridísima:

Llegamos ayer sin novedad. Adrian se encargó de casi todo, pero parecía muy sencillo.

La travesía fue como flotar en un río indio; nos tumbamos al sol y fumamos durante horas y todo estaba en calma. Holanda parece un país muy agradable. Había una feria y todas las mujeres llevaban grandes sombreros blancos, con bolas de oro en las orejas. Bueno, ya lo conoces.

Nuestro alojamiento es mucho mejor de lo que me esperaba. Está limpio y es básico, sin alfombras y casi sin adornos. También tenemos una salita. La casa está en una calle de villas con jardincitos, donde las familias pasan el tiempo, hablan, y hay una especie de separación donde juegan los niños. Hay un niñito de la edad de Julian[30] que se sienta allí solo y hace montones de arena muy contento. Deambulamos por Bayreuth después de llegar. Es como una ciudad comercial inglesa —con muchos ferreteros y una calle ancha, con una fuente en medio, y un ayuntamiento del siglo XVIII—. Por desgracia, las tiendas están llenas de postales y cálices. Las postales le interesaron mucho a Saxon, porque muestran a los cantantes en distintos papeles y esto llevó a muchas comparaciones buenas. Ya somos muy meticulosos. Nos sentamos y miramos a la gente del parque durante una hora. ¡Dios mío, son horrendos! Las mujeres llevan una banda en la cintura, sombrero verde de caza con una pluma, y faldas cortas. No van a la moda. Yo no

provoco ningún espanto. Cenamos en el restaurante para extranjeros e incluso allí son increíblemente corpulentos y chillones. Todas las mujeres jóvenes van con una sirvienta, menos elegantes que Sophie,[31] para que las cuiden. Comen muchísimo, grandes piezas de carne cubiertas de grasa.

Ahora vamos a leer *Parsifal,* luego a comer y después oiremos la obra inmortal.

Carta a Vanessa Bell
10 de agosto

Hemos cogido el ritmo, creo, y es una vida muy divertida. Me paso la mañana escribiendo y los otros se van a dar un paseo; nos reunimos para comer y esta tarde, como es un día libre, hemos ido al Hermitage. Es un lugar construido a imitación de Versalles; está descuidado y desierto, con templetes franceses, ruinas y jardines. Adonde quiera que vayas te encuentras un jardín con mesas donde hombres y mujeres monstruosos beben grandes jarras de cerveza y comen carne, a pesar de que hace un día notoriamente caluroso.

No me gusta mucho el campo, porque está muy florecido y no tiene sombras; y una se siente atrapada en tierra porque no hay mar. Sin embargo, la ciudad es encantadora; construida en su mayor parte en el siglo XVIII; hay calles muy anchas, con sólidas casas grises, como las de Cambridge, aunque bastante más rústicas. Anoche nos dimos una vuelta después de cenar, y todo el mundo cantaba, cerveza en mano. Como había poca iluminación, algunos estaban asomados a las ventanas, las vírgenes llevaban mantos y había un gran carruaje en medio de la calzada, podíamos haber estado en 1750.

Carta a Vanessa Bell
Dresde, 24 de agosto

Anoche fuimos a ver *Salomé* (Strauss, como sabrás). Yo estaba emocionada y creo que es un nuevo descubrimiento. Pone gran emoción en su música, sin ninguna belleza. Sin embargo, Saxon creyó que nos estábamos metiendo con Wagner y tuvimos una larga discusión bastante ácida. Tiene un sorprendente conocimiento de los detalles —no entiendo por qué no dice algo más interesante—. Es como leer un diccionario. Esta mañana fuimos a ver los cuadros. Saxon, claro, se fue directo a los Van Eyck; Adrian y yo, a los italianos. Es una exposición muy pobre; hay cuatro buenos Veroneses, un Tiziano auténtico, pero lo han destrozado al

limpiarlo, y los Rafael. Hay obras planas, de colores preciosos, pero insípidas.

Carta a Violet Dickinson
The Cottage, Studland, 21 de septiembre

Fuimos a Dresde, donde intimamos con una cantante de ópera norteamericana que estaba a las puertas de un juicio y consultaba a Adrian todas las tardes en su habitación y ahora quiere que yo le compre una boa de marabú con guarnición de chenilla. Luego volvimos a Londres y ahora he alquilado una casita para una quincena, cerca de Nessa.

Ayer alquilé un traje de baño de señora o caballero —era bisexual— y nadé muy lejos, hasta que las gaviotas jugaron sobre mi cabeza, tomándome por una anémona de mar a la deriva. Hoy, sin embargo, llueve; y así tienes la alegría de esta carta. Me hago el desayuno todas las mañanas y me tomo los huevos y la leche en camisón.

Carta a Vanessa Bell
Hotel Lelant, día de Navidad

Queridísima:

Ayer por la mañana fui a dar un paseo por Regent's Park y de pronto me pareció absurdo estar en Londres con Cornualles accesible todo el tiempo. Compré una *ABC*[32] y vi que había un tren a la una. Eran las doce y media. Sin embargo, lo cogí y llegué anoche a las diez y media.

He estado andando por la playa y me he sentado al sol y, cuando acabe esta carta, me voy a Trecrobben.

Estoy tan drogada por el aire fresco que no puedo escribir y ahora me falla la tinta. En cuanto a la belleza de este sitio, sobrepasa a la de cualquier otra estación del año. Tengo el hotel para mí sola, y una sala muy agradable por nada. Es muy cómodo y humilde, y mucho mejor que el Lizzard o el St. Ives. Las sutilezas del paisaje… deben esperar. Cómo me gustaría que vinieras ahora —hace muy bueno, el cielo azul y el mar brillan, no hay viento y huele de maravilla—.

Carta a Clive Bell

Hotel Lelant, Lelant, 26 de diciembre

Querido Clive:

Son las nueve y la gente todavía canta villancicos bajo mi ventana, que está abierta debido a la benignidad de la noche. Los hombres jóvenes se pasan la mayor parte del día apoyados en la pared y escupen de vez en cuando. De cuadras y portales salen innumerables himnos y villancicos. Muchas ventanas, tras las que se sientan las matronas, son rojas y amarillas, y varias parejas suben y bajan por las carreteras, que brillan levemente. Luego está el faro, que se ve como a través de un cristal empañado, y una extensión gris donde está el mar. No hay luna ni estrellas, pero el aire es suave como el plumón y puedes ver los árboles a la orilla de la carretera, y las sombras de todo sin detalle. Parece que nadie tiene ganas de irse a la cama. La gente hace círculos al tuntún. ¿Está pasando esto ahora en todos los pueblos de Inglaterra? Después de la cena es un momento muy agradable. Estoy con el ánimo predispuesto a las frases y me siento junto al fuego, pensando en cómo me tambaleaba entre la niebla en Trecrobben, esta tarde, y me senté en una tumba de granito, arriba, observando el paisaje, con la lluvia goteándome por la piel. Hay, como recordarás, rocas parecidas a camellos recostados y portillos de postes de granito con un suave camino de césped entre ellos. Lo agradable es recordarlo.

La vida que llevo es prácticamente perfecta. Ya sé que un tono horrible de alegría egocéntrica impregna este papel. Con el silencio y la posibilidad de andar al aire libre en cualquier momento por largas carreteras, maravillosamente coloreadas, hasta los acantilados, con el mar enfrente, y al volver, pasando delante de ventanas iluminadas, hacia el té, el fuego y un libro…, entonces tienes pensamientos y una concepción del mundo y momentos como una libélula en el aire —con todo esto me mantengo mentalmente muy alegre—.

1910

En enero, Virginia se unió al movimiento sufragista. En conjunto, no fue un año de buena salud para ella. Del 5 al 10 de marzo, hizo una excursión a Lelant (Cornualles) con Vanessa y Clive Bell; volvió enferma y el 26 de ese mes estuvo tres semanas descansando con ellos en Studland (Dorset). Hizo un par de breves escapadas en junio y pasó quince días en una casa alquilada, en Canterbury, para intentar recuperar la salud, pero del 30 de junio al 1 de agosto, ingresó en una clínica privada para hacer

una cura de reposo. Del 16 de agosto al 6 de septiembre, estuvo en Cornualles, hizo una ruta a pie con Jean Thomas, la directora de la casa de reposo. Luego se reunió en Studland con los Bell, cuyo segundo hijo, Quentin, había nacido un mes antes. El 24 de diciembre se fue con Adrian a pasar las Navidades en Lewes (Sussex). Alquiló una casa cerca, en Firle, que fue la primera que pudo llamar «suya», a la que bautizó «Little Talland House» (en recuerdo de Talland House, en St. Ives, de los veraneos de su infancia) y con la que se iniciaría su vínculo para toda la vida con Sussex.

Dejó de llevar un diario.

Carta a Clive Bell
Berrymans Grange, Gunard's Head (Cornualles)

Domingo 4 de septiembre

Supongo que Nessa te habrá contado nuestros viajes; ayer anduvimos a lo largo de la costa desde St. Just. Anduvimos hasta las cinco de la tarde, en un día perfecto de septiembre, por caminitos entre el brezo, que miraban al mar profundo. Intentamos tomarnos el té en esta granja y nos dijeron que también podíamos dormir allí. Como el único albergue de Zennor estaba lleno diez veces más de su capacidad, vírgenes durmiendo con matronas en un único colchón de plumas, nos sentimos muy aliviadas.

No hemos tenido aventuras para contarte; parece probable que dos grandes barcos de vapor vayan a colisionar en tres minutos. Los cerdos y los gansos están obligando a que el granjero, un hombre robusto, con una pierna mala, ande cojeando por el patio. Por lo que dice la señora Berryman, la gran disputa que divide a marido y esposa es si los gansos deben alimentarse en los campos o en el páramo. Ella nos ha contado que la vida está llena de problemas y como es una gran mujer negra, debe de tener razón.

Recuerdo que me hiciste algunas preguntas acerca de mi salud. Siento que esta quincena me ha sentado muy bien y ha traído de vuelta ese tipo de primavera que todo este tiempo había perdido. Pero es cierto que una mala noche puede volverme incapaz de nuevo y ahora parece muy fácil tener una mala noche. He decidido ser precavida en Studland, no andar muy lejos o excitar mis emociones y tener mucho cuidado para evitar los dolores de cabeza.

He estado pensando aquí en Thoby todo el tiempo, supongo que por los pájaros. Mañana iremos andando a Lelant, donde dormiremos, e iremos a Londres el martes.

Hemos estado caminando por los páramos más notables, entre montes, pueblos bretones, doncellas de piedra y clochanes.[33] Si no fuera por la excitabilidad de los gansos por la noche, este es el sitio donde me gustaría vivir.

Carta a Vanessa Bell
Día de Navidad, Pelham Arms, Lewes (Sussex)

Como de costumbre, estoy apasionadamente a favor de la vida en el campo. Me gusta andar y volver para el té, encontrar cartas (ay, qué sarcasmo), tomarme el té y luego escribir junto al fuego. Me gusta mirar los sitios en el mapa; ya he comprado dos guías y planeo bastantes excursiones.

La región es muy hermosa; nos burlamos, piadosamente, de los verdes y púrpuras y de cómo dirías: «¡Qué maravilloso rojo tiene ese musgo verde!». Una se vuelve tan simple en el campo —al estar fuera a todas horas—.

Carta a Clive Bell
Jueves 29 de diciembre, Pelham Arms, Lewes (Sussex)

¿Vendrás y estarás conmigo si compro este *cottage*? ¿Vendrá el perro del viejo carnicero[34] o siempre pondrá excusas? Si estuviera segura de eso, no dudaría; así son las cosas, creo que voy a arriesgarme. Porque los precios en esta posada son tan exorbitantes que no se puede venir a menudo; y, además, la vida revela otra faceta en el campo que no puedo evitar pensar que tiene un interés asombroso. Pero no haré nada sin pedir consejo. En cualquier caso, Adrian no la compartirá un año porque se va al extranjero de vacaciones.

1911

Aparte de viajar a Brussa, donde Vanessa, de viaje, había enfermado, no fue un año de viajes al extranjero ni por Inglaterra, sino de breves escapadas, la mayor parte a casas de amigos. En Londres, se mudó de casa con su hermano Adrian a Bedford Square, que compartieron con Leonard Woolf (quien había vuelto de Ceilán con una excedencia de un año), Maynard Keynes y Duncan Grant. Pasó muchos fines de semana y otras estancias en Little Talland House. A finales de año, alquiló otra casa

en Sussex, Asheham House.

---

[2] Mariposas *large blue.* En 2020, se reintrodujeron en Gloucestershire, después de llevar 150 años extinguidas. No es de extrañar que Virginia y sus hermanos no las encontraran. *(Todas las notas de esta edición son de la traductora).*

[3] Corby Castle era propiedad de Herbert Hills, el padre de Jack.

[4] Los Fens, el «país Fen» o los «*fenlands*» es una región de marismas en la Inglaterra oriental, que se drenaron hace siglos y esto dio lugar a una zona agrícola muy fértil, hundida unos pocos metros bajo el nivel del mar.

[5] *Domesday, Doomsday* o *Libro de Winchester* fue el principal registro de Inglaterra (equivalente a los censos actuales) y se completó en 1086 por mandato del rey Guillermo I.

[6] El 8 de septiembre, Thoby cumplía diecinueve años.

[7] «*Cottage*» significa varias cosas. Es siempre una vivienda rural, y puede ser una casita de un granjero, pescador, aldeano… También puede ser una casa de vacaciones; una casita (junto con otras) de un balneario o una casa separada del edificio principal (de un hospital, colegio, etc.) para alojarse.

[8] W. Herbert, en 1543, transformó el convento en vivienda.

[9] Esta reseña, en *The Guardian* del 14 de diciembre de 1904, fue la primera publicación de Virginia.

[10] *The Guardian* lo publicó el 21 de diciembre de 1904.

[11] Las *baedeker* eran guías de viaje muy populares, que habían empezado a publicarse en 1836.

[12] La criada, que hacía el equipaje de Virginia.

[13] Virginia se inspiraría en este barco, con capacidad para ciento cuarenta pasajeros en primera clase, para su primera novela, *Fin de viaje.*

[14] Julia Duckworth Stephen (1846-1895), la madre de Virginia.

[15] El Malakoff de St. Ives es un jardincillo sobre la bahía, con buenas vistas del puerto y de la isla.

[16] Puesto entre St. Ives y Carbis Bay donde el encargado tenía la misión de avisar a los pescadores de los bancos de sardinas en la bahía.

[17] *College* femenino de Cambridge.

[18] En los jardines Bellevue de Manchester, inaugurados en 1836; el zoológico, que formaba parte de las numerosas atracciones del parque, se cerró en 1977.

[19] Agencia cartográfica oficial británica.

[20] En español en el original.

[21] Significa «uvas» en griego.

[22] Es la calle Anapafseos, que se conoce como la «calle del descanso eterno» (V. W. pone en la entrada «calle de las tumbas», que no es su nombre, sino el que ella le da).

[23] Virginia, Thoby y Adrian estuvieron en Achmetaga, la finca de los Noel, del 1 al 5 de octubre. Vanessa estaba enferma y Violet Dickinson se quedó en Atenas con ella.

[24] La condesa Angelica Rasponi (1854-1919).

[25] El conde Giuseppe (Joseph) Rasponi (1852-1941), marido de la condesa.

[26] El conde Piero Pasolini (1844-1920), hermano de la condesa Rasponi.

[27] Bernard Berenson (1865-1959) y Mary Pearsall Smith (1864-1945), hermana de la esposa de Bertrand Russell.

[28] Janet Ross (1842-1927), que, en esa estancia en Florencia de Virginia, la «amadrinó», algo que la escritora detestaba.

[29] Según su sobrino, Quentin Bell, la señora Campbell le inspiró para un personaje que aparece en el capítulo XI de *Fin de viaje* y en el capítulo XXI de *El cuarto de Jacob.*

[30] El hijo de Vanessa y Clive Bell.

[31] Sophie era la criada de toda la vida de los Stephen.

[32] *The ABC Rail Guide,* guía de trenes.

[33] Cabañas celtas de piedra, de forma circular.

[34] Se refiere a su hermana.

VIRGINIA WOOLF (1912-1939)

1912

Virginia Stephen y Leonard Woolf se casaron en el juzgado el 10 de agosto y se fueron dos días a Asheham; luego estuvieron unos días en una posada de Somerset. El 18 de agosto iniciaron su luna de miel, en la que viajaron por la Provenza, España e Italia. Regresaron a Londres el 3 de octubre.

Carta a Lytton Strachey
Tarragona, 1 de septiembre

Esto es Tarragona, seguimos a Madrid y de Madrid a Venecia. Nuestras costumbres son simples; dos días en un sitio, uno en el tren; andamos por la mañana, leemos por la tarde, nos hacemos el té, luego andamos por la orilla del mar; y, después de la cena, nos sentamos en un café y, como esta noche es domingo, escuchamos la música militar.

No hemos visto a un inglés ni hemos sabido nada de Londres durante quince días.

Carta a Katherine Cox
Zaragoza, 4 de septiembre

Vamos de ciudad en ciudad, investigamos las callejas, los ríos y los mercados; por la noche vagamos por las avenidas hasta que encontramos un sitio para beber algo. Hemos visto diez ciudades desde que empezamos; cada vez son más

notables y coloridas. Sin duda, este es el mejor país que he visto nunca, y lo tenemos para nosotros. Al final, iremos a la costa y cogeremos un barco a Italia. Apenas necesito decir que hablamos mucho; lo que es más notable es que leemos con furia después de habérnoslo negado hasta que acabáramos nuestras novelas. [35]

Carta a Saxon Sidney-Turner
Pisa, 17 de septiembre

Hemos llegado a Pisa en nuestros vagabundeos. Salimos de la costa española en un barquito de hierro oxidado, como del tamaño de una morsa grande, donde me mareé, pero Leonard triunfó, y comíamos en nuestra cabina, en cajas de embalaje —sardinas colocadas en forma de estrella con aceite amarillo por salsa—.

El único defecto que le hemos encontrado a nuestro viaje es que hacía mucho calor en Madrid y en Toledo y que estos cielos meridionales son invariablemente azules. De vez en cuando, conseguimos un ejemplar antiguo de *The Times*, donde leemos sobre inundaciones y aguaceros.

Creo que España es, con mucho, el país más magnífico que he visto nunca —y planeamos comprar una gran mula española; Leonard cree que si tuviéramos una, podríamos recorrer el país—. La mula acarrearía nuestras camas y se quedaría a la zaga. Ambos estamos hambrientos de música —tenemos que seguir la pista de las bandas de las ciudades—.

Ahora vamos a ver algunos cuadros.

1913-1922

En 1913, Virginia Woolf intentó suicidarse y casi logró su propósito. Sufrió una crisis mental que, con fases de mejoría y empeoramiento, duró hasta 1915. Ese año, volvió a llevar un diario con regularidad y la pareja compró una máquina de imprimir con la que iniciaron la Hogarth Press y publicó, por fin, su primera novela, Fin de viaje. *Durante la Primera Guerra Mundial, dividieron su tiempo entre Asheham House y Londres. En 1919 compraron, en Rodmell (Sussex), Monk's House, que sería su segunda residencia y donde pasarían, en adelante, gran parte de los veranos y algunos otros períodos vacacionales. Durante todos estos años, no hicieron viajes, salvo algunas visitas a casas de amigos que no vivían la mayor parte del tiempo en Londres, como*

Lytton Strachey, Roger Fry, Katherine Arnold-Forster, lady *Ottoline Morrell o Maynard Keynes.*

En 1922 se publicó la segunda novela de Virginia, El cuarto de Jacob*, en la Hogarth Press, donde en adelante se publicarían todas sus novelas.*

1923

El 27 de marzo, los Woolf viajaron a España. Era su primera salida de Inglaterra desde su viaje de bodas. Viajaron, vía París y Madrid, a Granada, el 31, y fueron a la casa de Gerald Brenan en Yegen (las Alpujarras), donde se quedaron del 5 al 13 de abril. Brenan los acompañó a Almería, Murcia y Alicante. Los Woolf siguieron a Valencia, Perpiñán, Montauban y París. Leonard regresó a Inglaterra el 22 de abril y Virginia el 27. Durante este viaje no escribió en su diario.

Comenzó a escribir La señora Dalloway.

Carta a Vita Sackville-West
Hotel Inglés, Madrid, Viernes Santo, 30 de marzo

Estimada señora Nicolson:

(Pero me gustaría persuadirla de que me llamara Virginia). Recibí su carta cuando salíamos de Richmond. Me siento muy halagada de que el PEN me pida que sea miembro.[36]

Hemos estado deambulando por Madrid tras la figura de un cristo con bata púrpura. La Última Cena, la Crucifixión y demás, y estamos medio aturdidos por el ruido, pero todo es muy emocionante —el campo, cuando atravesábamos España ayer, era increíblemente bello—. Mañana salimos para Granada.

Carta a Vanesa Bell
Carmen de los Fosos, Generalife, Granada, 1 de abril

Es un viaje terriblemente largo y todavía nos quedan dos días en mulas y diligencias antes de llegar a la casa de Gerald, arriba, en Sierra Nevada: montañas, te informo, siempre nevadas. No obstante, estoy decidida a no volver a vivir en Inglaterra otra vez durante mucho tiempo. Es tan grande el éxtasis de

tener buen tiempo y color, sensatez y buen humor general. Me abrumó la belleza de Dieppe —¿no crees que deberíamos compartir un *chateau* tan grande que nunca nos encontráramos?—. No tropezarse con las urbanizaciones y las criaturas respetables a cada paso es un gozo. Aprenderé francés de una vez.

No hemos tenido aventuras que comentar. Viajar es muy fácil. Me las apañé para evitar a los Huxley, que cruzaron el canal con nosotros. España es bastante diferente de Francia, pero eso te lo dejo a ti. Había un gran festival religioso en Madrid e imágenes disecadas de gran belleza (emocional, no estética) desfilando; y mostraban a Cristo bajo confeti. Gerald está aquí y hemos andado, con viento y lluvia, por los jardines del Generalife, que visité en 1904 con Adrian. Han pasado muchas cosas desde entonces.

Leonard y Gerald están en una corrida de toros. Me temo que nadie me va a ofrecer un té.

Debería estar escribiendo un artículo para el *Nation,* pero lo peor de viajar para los escritores es que congela todo su funcionamiento.

Carta a Vita Sackville-West
15 abril, Murcia

Estoy sentada en un café que tiene una banda, diez millones de españoles jugando al dominó y viejos que tratan de vender billetes de lotería, así que disculpe estos garabatos. Lo hemos pasado muy bien en Sierra Nevada, hemos estado con un inglés loco que no hace nada, salvo leer en francés y comer uvas.

No hay país más encantador.

Carta a Roger Fry
16 de abril, Murcia

Todo ha sido estupendo. Me maravilla que debamos vivir en Inglaterra y encargar la cena todas las mañanas y editar el *Nation* y coger trenes cuando podríamos revolcarnos de felicidad a cada momento del día, sentarnos y beber café en un balcón sobre los limoneros y naranjos, con las montañas detrás y todo tipo de colores y matices que cambian constantemente y es lo que estoy haciendo ahora; luego un delicioso almuerzo de arroz, panceta, aceite de oliva, cebollas, higos y azúcar, todo mezclado, y luego ir a un sitio donde los cipreses y las palmeras crecen juntos.

Me temo que no podré coincidir contigo en París. Llegamos al hotel Londres el 22, y Nessa cree que tú y ella llegaréis después. ¡Qué lata! Estoy deseando ir a París con la emoción de una chica de dieciséis años y pretendo hablar en francés como una nativa, por ciencia infusa. Conozco las palabras, pero nunca sé cómo convertirlas en frases.

Carta a Molly MacCarthy
Hotel de France, Montauban, 22 de abril

Aprovecho este momento en que Leonard está en el váter para darte los buenos días. Ojalá estuvieras aquí. Volvemos a casa después de haber estado con Brenan en lo alto de Sierra Nevada. ¡Pero qué aburridas son las historias de los viajeros! Omito las aventuras con la mula, el buitre y el lobo. Lo dejo a tu imaginación. Esta es una vieja ciudad francesa. La vida es muy barata. Me gustaría trasladar mi vida aquí. No quiero volver a las comidas con carne, los criados y los teléfonos. Pero mi francés no es lo suficientemente bueno para la comunicación humana, así que una se marchita en las fuentes de su ser y debe regresar.

Ahora estamos a punto de entrar en París, en la oscuridad. Me quedaré unos días y me reuniré con Jane Harrison y Hope Mirrlees, mientras Leonard regresa.

Pero el tren está atestado de estas exquisitas señoras francesas —todas irreprochables, elegantes y compuestas—, mientras que yo me siento como un granjero jovencillo que se ha estado revolcando hace poco en los matojos de aliaga.

Carta a Leonard Woolf
Hotel Londres, París, martes, 25 de abril

Ya estoy en la cama, a las diez y media y me dormiré dentro de media hora. He tenido un día muy bueno, aunque solitario. He comido en un sitio nuevo; bien; tres platos; he comprado porcelana y he ido al Louvre; cogí el autobús a Notre Dame; allí me persiguieron el director de Eton, su esposa y su familia, a quienes conozco, y me tuve que escapar; luego me tomé el té; perseguida otra vez, me escondí detrás de una columna; compré más porcelana; perseguida otra vez, me escondí tras una maceta; luego a casa, en autobús. Ahora he cenado en nuestro sitio habitual —tortilla, caldo, jamón y espinacas; suizo, café con crema y chocolate—, en el café cantante, muy bien, pero la música era tal que incluso yo

podría soñar sin sueños, así que me he ido, directa a la cama.

Miércoles

Aquí estoy, el miércoles por la mañana, después de pasar una noche muy buena, sin aspirina —he dormido hasta las ocho menos cuarto—.

Hace muy bueno, casi calor. Primero tengo que ir a cambiar dinero; luego a las galerías Lafayette, y luego a casa, a reunirme con Hope para el té. Ya me siento bastante sola y nostálgica. No hay carta de Nessa, así que llegaré el viernes. Hasta ahora, no me he perdido. Antes de que llegara al Bulevar Saint-Germain, un taxista borracho se ha subido en la acera y chocado contra un árbol, le ha dado a cinco personas y ha doblado el árbol. Pero ya era tarde para verlo.

1924

En marzo, los Woolf se mudaron de Hogarth House, en las afueras de Londres, a una casa en Tavistock Square, Bloomsbury. No hicieron ningún viaje, salvo un fin de semana a Cambridge y otro a Garsington, la casa de los Morrell, y pasaron las vacaciones en Monk's House. Virginia seguía escribiendo La señora Dalloway.

1925

Los Woolf estuvieron en Cassis del 26 de marzo al 7 de abril y se alojaron en el hotel Cendrillon. Fue el único viaje de ese año, salvo una estancia de tres días en casa de Vita Sackville-West, Long Barn, Kent. El 14 de mayo, se publicó La señora Dalloway.

Carta a Vanessa Bell
Hotel Cendrillon, Cassis, viernes, 3 de abril

Este lugar tiene todos los méritos (salvo el predominio de esa especie que a Duncan le encanta),[37] comida deliciosa; puerto divino, calor; sol; viñedos;

olivos, etc., etc. Nos sentamos al aire libre toda la mañana; paseamos; vamos a Marsella y a Tolón, que es una ciudad encantadora, y, además, somos muy felices y buenos y con buena disposición ante el mundo entero.

El otro día circunnavegamos la costa; fuimos en coche por donde un hombre se cayó por el precipicio; luego, tomamos café en un albergue y compré un pastel.

Diario, miércoles 8 de abril

Estoy esperando a ver qué forma arrojará Cassis en mi mente. Están las rocas. Salíamos después del desayuno y nos sentábamos en las rocas, al sol. Leonard se sentaba sin sombrero, y escribía sobre sus rodillas. Una mañana encontró un erizo de mar —son rojos, con púas que tiemblan ligeramente—. Por la tarde, nos dábamos un paseo, subíamos la colina por los bosques, donde un día oímos motores de coches y descubrimos la carretera a La Ciotat, justo abajo. Era pedregoso, con cuestas, y hacía mucho calor. Una vez oímos el fuerte parloteo de un pájaro, que me hizo acordarme de las ranas. Los tulipanes, rojos e irregulares, habían brotado en los campos; todos los campos eran pequeñas repisas angulares excavadas en la colina, dominados y surcados por las viñas; todo rojo, rosado y púrpura, aquí y allí rociado por algún frutal en flor. Aquí y allí había alguna casa angulosa, pintada de blanco, amarillo o azul, con las persianas echadas; llanos senderos alrededor e hileras de cepas; por todas partes, una limpieza y una definición incomparables. En La Ciotat, se alzaban grandes barcos de color naranja sobre el agua azul de la pequeña bahía. Todas esas bahías son muy redondas y están bordeadas por casas con fachadas de escayola, en tonos pálidos, muy altas, con postigos, parcheadas y descascarilladas, ahora con un tiesto y un penacho de verde, ahora con ropa tendida; ahora una vieja mirando. En la colina, que es tan pedregosa como un desierto, se secaban las redes; y en la calle, los niños, y las chicas cotilleaban y vagaban, todas con chales pálidos y brillantes y vestidos de algodón, mientras los hombres picaban la tierra de la plaza mayor para pavimentarla. El hotel Cendrillon es una casa blanca, con suelos de baldosa roja, con capacidad para alojar a ocho personas, quizá. Todos los huéspedes merecen páginas de descripción. Y toda la atmósfera del hotel me proporcionó muchas ideas; ay, tan fría, indiferente, superficialmente cortés; exhibía relaciones tan raras, como si la naturaleza humana se hubiera reducido a una especie de código ideado para afrontar estas emergencias, donde la gente que no se conoce se reúne y reivindica sus derechos como miembros de la misma tribu. De hecho,

estábamos en contacto por todas partes, pero no invadieron nuestras profundidades. Pero Leonard y yo fuimos demasiado felices, como se suele decir, si fuera a morirme ahora, etc. Nadie dirá de mí que no he conocido la felicidad perfecta, pero pocos podrán señalar el momento o decir qué la provocó.

1926

El 13 de abril, los Woolf se fueron en tren a Bladford y allí cogieron un autobús a la Talbot Inn, donde pasaron cinco noches; volvieron en autobús hasta Bournemouth y tomaron el tren a Londres. Sus únicas otras salidas aquel año fueron para pasar un fin de semana en Garsington, un día a Dorchester, para visitar a Thomas Hardy, y tres días en Cambridge. Pasaron sus vacaciones en Monk's House y la Navidad en Cornualles, en casa de sus amigos los Arnold-Forster, desde el 22 de diciembre hasta el 28. Virginia estaba escribiendo Al faro.

Carta a lady Ottoline Morrell
14 de abril, The Talbot Inn, Iwerne Minster, Bladford

Estamos vagabundeando por Dorset, para unas vacaciones de pocos días, o te hubiera escrito antes. Me temo que no puede ser el fin de semana que propones, porque vamos a ir a Francia para un pequeño tour, y a Rodmell.

Esto es tan divino que no sé por qué somos tan idiotas para vivir en Londres. No. Tienes mucha razón para haberte decidido en contra de los bailes y las calles. Ahora vamos a Shaftesbury, luego a Child Okeford —bastan los nombres para hacerla feliz a una—. Estoy intentando acabar en Dorchester y ver a Thomas Hardy, pero dudo de que tengamos tiempo.

Carta a Vanessa Bell
Viernes, 16 de abril, The Talbot Inn, Iwerne Minster, Bladford

Naturalmente, el tiempo empeoró la primera mañana, y solo hemos visto el campo, que, sin embargo, es tan divino que bien lo podría describir a lo largo de páginas, bajo una nube negra que no lo favorece. Leonard se niega a apartarse del fuego. Solo hemos asomado la nariz fuera, eso es todo. Es una posada perfecta

—es el único consuelo: baños calientes, grandes fuegos, buena comida, siempre con la oportunidad de tomar crema; y ayer, pollo asado—. Minster está totalmente controlado por el señor Ismay, un millonario, así que brotan flores raras en cada grieta de todos los *cottages*; los aldeanos llevan chalecos de un punto especial si son hombres, si son mujeres, capas rojas. Podrías comer en la calle. Las tiendas están llenas de productos —y todo esto, como digo, en mitad de las colinas, prados inundados, arroyos trucheros, puentes antiguos, casas de piedra, de las que, para mí, la más romántica es Stepleton House, donde vivió Beckford, el gran cazador, de quien no sabes nada, así que no digo más—.

Hemos ido dos veces a Shaftesbury, del cual no digo más porque no has leído *Jude el oscuro*; es una ciudad en una colina con una vista de la que no digo más porque, si hay algo que no puedes tolerar de ningún modo, es la descripción, y, sin embargo, como pintora, no haces otra cosa que describir vistas —así que racionaliza tus contradicciones, ¿eh?—.

Volvemos el domingo, en un autobús de Poole a Bournemouth, donde comeremos y veremos la ciudad, lo que será muy emocionante —resumiendo, estoy totalmente a favor de tu plan de echarnos a la carretera—.

Carta a Vita Sackville-West
Día de Navidad, Eagles Nest, Zennor, St. Ives

Hay una discusión. Escribo sobre mis rodillas. Oteamos el Atlántico. ¿No has visto nunca Gurnard's Head? Me gustaría que estuvieras aquí —un cuervo domesticado da golpecitos en la ventana—. Vamos en coche por los páramos, tan fríos, es como un grabado del XVIII —esqueletos colgados de ramas marchitas—. De pronto, una se interna en el valle y encuentra rododendros, palmeras y un Monte San Michel que se adentra en un mar azul.[38]

Pero ¡qué frío! ¡Qué frío! Duermo con calcetines, camiseta, unos calzoncillos largos de lana (los tuve que comprar en Penzance), una chaqueta. La cama se queda fría a la derecha si duermes en el lado izquierdo.

Ayer fuimos a Land's End. Los dos tenemos resfriado de cabeza. Las memorias de Gide, que leo con voracidad, me renuevan la sensación de que puedo leer con placer. Por otra parte, solo soy un ojo —sí, observo sin parar el mar, muy revuelto, azul y blanco, hoy con barquitos que cabeceaban y chapoteaban—; por la noche, queman tojo en el páramo, y es exactamente como la muerte de Siegfried: una gasa carmesí se alza sobre los peñascos.

1927

El 30 de marzo, los Woolf iniciaron unas vacaciones de un mes en Francia e Italia. Viajaron en tren a Cassis, donde se quedaron con Vanessa, Duncan y Clive. De ahí, fueron a Roma, donde pasaron un día, y marcharon a Sicilia. Estuvieron cinco días en Palermo y luego se dirigieron a Siracusa. A la vuelta, pasaron tres días en Nápoles y una semana en Roma. Virginia no escribió en su diario. El 5 de mayo se publicó Al faro. *En junio, se fueron un día a York con los Nicolson y otras personas para ver el eclipse de sol. Del 27 de julio al 1 de agosto, Virginia estuvo con Ethel Sands y Nan Hudson, unas amigas pintoras, en su casa, el Château d'Auppegard, cerca de Dieppe. El resto del verano, lo pasó en Monk's House y en octubre comenzó a escribir* Orlando.

Carta a Vita Sackville-West
Villa Corsica, Cassis, martes, 5 de abril de 1927

Te escribo, con dificultad, en un balcón, a la sombra. Todo se divide en un amarillo brillante y en un negro tinta. Clive está sentado en una mesa raquítica con enormes folios que subraya de cuando en cuando con tinta roja. Esta es *La historia de la Civilización.*[39] Todos estamos en completo silencio. Más abajo, en el balcón de al lado, Vanessa y Duncan pintan cuadros preciosos de barras de pan, naranjas, botellas de vino. En el jardín, que está salpicado por platillos de margaritas, rojas y blancas, y pensamientos, el jardinero trabaja con la azada la tierra, completamente seca. También está el Mediterráneo, y algunas montañas, desnudas, calvas, grises, a las que miro, asándose al sol y pienso que Vita está escalando algunas como ellas en este momento.

Luego, el coronel Teed y la señorita Campbell vinieron a comer; él es un oficial de caballería retirado, ella su amante; ambos viticultores, viven en una casa señorial divina, del siglo XVII, con cipreses, pintada, con azulejos, con estanques de ranas y acueductos romanos. La señorita Campbell estaba sentada en la oscuridad, anoche, oyendo las ranas, cuando fuimos allí. Así que todos nos sentamos bastante silenciosos; y, luego, las ranas empezaron otra vez; el coronel nos hizo entrar y bebimos bastantes clases de vino en su grande y vacía habitación, y nos dieron ramos de tulipanes silvestres, Vita, ¿y por qué no vivimos todos así, Vita, y no regresamos nunca más a Bloomsbury? Aquí conoces a una señorita Brown, que dice que su hijo mayor tiene diecisiete años. Sí. Tiene tres hijos de un maestro de canto italiano, de Génova. *Madame* Labrotte padecía un gigantesco tumor —consultó a todos los médicos en Londres y París—, vino a

Cassis a recuperarse y dio a luz, a los cincuenta años, en un cuarto de hora, a un niño. Este es nuestro ambiente —ligeramente desconectado de la realidad— o Argyll House: mudo: son todos pintores: todas las esquinas de las calles tienen un caballero de edad, sentado en un taburete; austero; hay que taponar el desagüe del baño con franela, Clive lo hace para mí: me quedo de pie en camisola con jarras de agua fría, porque la cañería está atascada. Nuestra gran extravagancia es el vino, lo venden los campesinos, y Clive y Duncan, vestidos con ropa de algodón y alpargatas, lo traen en grandes cestas; Duncan hace contrabando con el brandy y nos sentamos y hablamos durante horas —ahora nos vamos a Sicilia, pero no en el Pierre Loti, que se ha hundido o desaparecido, sino en tren, mañana temprano—.

Carta a Vanessa Bell
Hotel de France, Palermo, 9 de abril de 1927

Estamos sentados en nuestro dormitorio, después de la cena. La luz, dentro de un vidrio grueso, cuelga a unos pies sobre mi cabeza. Leonard está quitando el polvo de la mesa con su pañuelo. Hay explosiones en la calle y un zumbido general que me atrae bastante para ir a la plaza y al cine; pero mañana vamos temprano a Segesta, así que tenemos una noche tranquila. Sin embargo, hay una marcha hacia la plaza, ahora mismo, la banda toca, hay linternas y algún objeto sagrado bajo una panoplia —es Pascua, supongo—. Me gusta la religión católica. Digo que es un intento de arte; Leonard está furioso. Dimos con una ceremonia de niñas pequeñas que llevaban velos blancos, esta mañana, que me conmovió mucho. Me parece simplemente el deseo de crear, ligeramente distorsionado, sin Dios en absoluto. Luego había niños pequeños blandiendo palmas, atadas con cintas rojas, y corderos de azúcar por todas partes —seguro que bastante simpáticos, y en más armonía conmigo que esos olivos que pintan siempre los viejos caballeros en las esquinas de las calles de Cassis—.

Al mirar por la ventanilla del vagón en Civita Vecchia, a quién te crees que vimos sentados en un banco, pues a D. H. Lawrence y a Norman Douglas…, sin equivocación posible: Lawrence agujereado y penetrante; Douglas, porcino y atigrado. Un tren los borró y nosotros seguimos a Roma. Estoy segura de que Roma es la ciudad donde iré a morirme —unos meses antes de la muerte, no obstante, porque no hay duda de que el campo de los alrededores es, de lejos, el más bonito del mundo—. No me importan mucho las montañas melodramáticas de aquí, que adquieren el color de las postales; pero fuera de Roma es perfecto —

suave, fluido, clásico, con el mar a un lado, las colinas en el otro, un rebaño de ovejas aquí y un olivar—. Allí iré a morirme; sugiero, puedes considerar la idea, fundar una colonia con los maduritos, Roger, tú, Lytton, yo: todos con las mejillas hundidas, tambaleantes y corteses, apoyándonos los unos en los otros para andar por las carreteras romanas; no me importa si alguno se muere en la esquina de una calle; tú con un precioso pañuelo alrededor de la cabeza (¡qué avergonzada me haces sentir de mis pobres colas de perdices!) y los demás con grandes bastones en la mano. Una colonia de la muerte llegará a ser deseable. Sin embargo, solo tuvimos tiempo de ver el Coliseo y comernos un gran plato de macarrones. Por la noche, fuimos hacia Palermo, y me tocó un compartimiento con una desconocida señora sueca, en absoluto romántica, que se quejaba de que no había pestillo en la puerta, tras lo cual asomé la cabeza por las cortinas y dije en mi mejor francés: «Señora, ninguna de las dos tiene motivos para temer», lo que, afortunadamente, se tomó por el lado bueno. Es extraño lo mucho que las escandinavas se rascan, perfuman, enjuagan y limpian por la noche si se tienen en cuenta los resultados a la mañana siguiente: rígida como una tabla y tan gris como un fregadero. No sugería nada, salvo peladuras de patata. Con lo que adoro a mi propio sexo, la garganta se me hace un nudo ante las viajeras. Tuvimos a dos de Tolón a Menton, encorvadas y mayores, con bolsos llenos de polvos para la cara y una tez que ni todo el tomillo ni la menta ingleses podrían dulcificar —vírgenes mayores de Cheltenham, que juegan al golf en Francia—; pero una piensa que no pueden golpear la pelota —ni hacer nada—, se gastan en ropa lo que nos mantendría a nosotras durante un año —no hay motivos para que existan en este mundo ni en el otro—.

La arquitectura me parece divina. Columnas verde pálido y mármol rosa como avenidas de abedules, desapareciendo una tras otra; distancias inmensas; vastos espacios; la gente, como hormigas; todo muy luminoso, alegre y espacioso. ¿Por qué, te pregunto, nosotros no podemos construir así? No te puedes imaginar qué bella resulta la figura humana colocada adecuadamente en estas escalinatas. He visto los mosaicos: hay uno de caza que me gustó, pero el dorado tiende al oropel. Mi gusto es, por naturaleza, tan malo que no me importa nada revelarlo.

Carta a Vanessa Bell
Hotel de Rome, Siracusa, 14 de abril de 1927

Queridísima:

Escribo esto con grandes dificultades, sentada frente a la fuente de Aretusa

(como sabes, la persiguió Alceo y ahora derraman juntos un surtidor, eternamente), con la luz deslumbradora del sol, polvo, italianos dormidos, uno canta, otro toca la mandolina; un mendigo. Pero cuanto peor escribo, mejor debes de pintar tú; si no fuera por un cuadro, no me pondría a escribir en absoluto. Llegamos anoche, y a quién nos encontramos en la estación, pues a Osbert Sitwell,[40] que paró el taxi y fue muy amistoso, pero se aloja en un gran hotel a las afueras de la ciudad, mientras que nosotros estamos en una pensión italiana barata, donde nadie habla inglés, dan una comida deliciosa y solo hay oficiales italianos y viudas y, gracias a Dios, no hay alemanes, así que supongo que no veremos a Osbert. Hay un patio con dos gatos en una cesta, un camarero barnizando una mesa y una vieja recogiendo colchones: me estoy enamorando muy rápido de Italia. Me parece mucho más agradable que Francia; todos los hombres deben de ser unos mujeriegos. La vieja posadera me hace una tortilla especial para mí.

Anoche exploramos Siracusa a la luz de la luna. Pero cómo voy a escribir sin aburrirte, sobre todo porque no te has bebido una botella de vino y no estás medio achispada como lo estaba yo —la bahía, goletas, el cielo azul, columnas blancas como papel, nubes cruzando, la gente paseando, un hombre con zancos—; no, no se puede.

Acabamos de comer y nos hemos bebido otra botella de vino. Me gustaría viajar de ciudad en ciudad toda la vida, divagando entre ruinas y mirando cómo llegan las goletas, y enamorándome de las chicas italianas, que se parecen a los dibujos de Millais en la revista *Cornhill*. Preferiría escribir, lo que no puedo hacer; pero quizá es mejor imaginar libros, lo que hago todo el día, hasta que se los tengo que contar al pobre Leonard. Pasamos mucho tiempo en el balcón mirando a la gente en la calle. Todos los caballos llevan plumas de avestruz.

Carta a Angus Davidson
Hotel de Rome, Siracusa, 14 de abril de 1927

Querido Angus:

Nos hemos puesto tan rojos como el ladrillo; estamos ligeramente achispados; casi hemos decidido no volver nunca a Inglaterra. Esto es perfecto. Si solo Dios se hubiera olvidado de crear a los alemanes y a las alemanas, no tendría ninguna queja. Afortunadamente, hemos acampado en una pensión auténticamente italiana, bastante modesta; el retrete está bien; no se habla inglés, y después de la cena nos sentamos a tomar café con marineros y oficiales italianos. Hemos estado

todo el día en las ruinas del teatro griego, donde van a representar una obra la semana que viene, con la asistencia del rey y la reina; así que vimos a Medea con una peluca de color sulfuro y a Alcestis con sombrero hongo y abrigo. Fue bastante hermoso.

Carta a Vanessa Bell
Hotel Hassler-New York, Piazza Trinita dei Monti, Roma, 21 de abril de 1927

Sin duda, me instalaré aquí: supera todas mis expectativas. Hoy es fiesta y todos los sitios para visitar están cerrados, así que no tenemos nada que hacer, salvo sentarnos en los jardines y pasearnos por San Pedro. No sé por qué una la siente superior a otras ciudades; en parte por el color, supongo. Es un día perfecto; todas las flores se han abierto, hay grandes matas de azaleas en los senderos, ciclamores, cipreses, césped, estatuas, entre los que pasean nodrizas italianas, vestidas de seda amarillo pálido y rosa, con puntillas y velos, y en vez de poder leer a Proust, como pretendía (por cierto, es de lejos el mejor novelista moderno), me encuentro ondeando como un pez, fuera y dentro de las hojas y las flores, nadando en una enorme tinaja de loza que cambia del rojo anaranjado al verde hoja —es increíblemente bello—, ah, y ahí está San Pedro, a lo lejos; la gente se sienta en el parapeto, todos muy distinguidos, las mujeres más encantadoras de Europa con sus cabecitas orgullosas —pero no le encontrarás sentido a todo esto —.

Por cierto, me tropecé con dos cuadros de Brueghel en Nápoles, *La parábola de los ciegos* era uno de ellos; pero no me interesaron tanto como el de Londres —demasiado melodramáticos—. También había un Tiziano y algunos italianos, de los que dijimos, en voz alta y sin contención, como hacemos cuando estamos solos, que eran cuadros muy buenos. Pero las obras de arte romanas en Pompeya son muy deprimentes. Al principio, pensé que las ruinas eran solo una ciudad minera abandonada, pero luego me impresioné mucho; sobre todo por las colinas de alrededor, pero también por el color de los ladrillos; un esqueleto o dos; gente muerta encima de su cofre del tesoro; y la atmósfera general del sitio, que es muy rara. En agosto del año 76, la lava se extendió y cubrió toda la ciudad; puede que no lo sepas, pero es necesario recordarlo si hablas de Pompeya. En Siracusa, estábamos explorando las canteras cuando nos encontramos con Osbert Sitwell y Adrian Stokes. Si no fuera por eso, no habríamos visto a nadie.

Carta a Vanessa Bell
Viernes, 22 de abril

Acabamos de terminar nuestros días de trabajo (San Pedro, el Vaticano, etc.). Otra vez perfecto, caluroso y en calma. No quiero volver al teléfono y al autobús, en absoluto. ¿Por qué no nos instalamos aquí, en vez de en Cassis? Creo que aquí se podría estar más aislado —en Cassis, la gente vendrá y se quedará—. Aquí solo se dejarían caer durante media hora. Desgraciadamente, el miércoles es el día del mercadillo de segunda mano y, por supuesto, iremos. ¡Qué aburrimiento! En su lugar, iré a los anticuarios.

Carta a Vanessa Bell
Hotel Hassler, Roma, 26 de abril de 1927

Otra vez escribo con dificultades, Leonard ha atrapado la cuarta pulga durante nuestra última mañana. Mañana nos vamos, viajaremos directamente y llegaremos a Londres el jueves por la noche, tarde. Maldita sea. Sonará el teléfono: Raymond preguntará si puede venir a tomar el té. Lo único que me consuela de irme es que está lloviendo y los alemanes pululan. Desearía quedarme aquí para siempre, no ver ni un alma; comprar un cuadernillo y escribir un libro, como hizo Shelley, en los baños de Caracalla. Ayer fuimos a Nemi; deambulamos por Campania el domingo. Supongo que Francia está bien, e Inglaterra está bien, pero nunca he visto nada tan hermoso como esto. Imagínanos sentados en el umbral de una ruina romana, bajo la cálida luz del sol, arcos color de halcón contra un cielo claro de color verde uva, plateado por montañas al fondo. En el otro lado nada, salvo la Campania, azul y verde, una granja de color almendra, con bueyes y ovejas, y más arcos en ruinas, y bloques de mármol caídos sobre la hierba, inmensas espadas como aloes, y amantes curvados entre vasijas de barro. Quizá conoces Nemi. Comimos en un restaurante que colgaba sobre el lago, que es casi redondo, muy profundo, hay barcos romanos hundidos y primero tiene el color de los olivos y luego de las esmeraldas. Estaba bastante nublado y el color cambiaba muy despacio, y un pequeño sendero rodeaba el lago, con caballos y cabras. Después de comer bajamos y encontramos ciclámenes silvestres y mármol lamido por el agua. ¡Madre mía, y luego una va y se sienta en un sótano en Bloomsbury!

Respecto a las obras de arte, todo lo que puedo decir es que Rafael se revela mucho mejor de lo que me esperaba. Pero solo tuvimos una mañana. ¿Cómo

pintó el techo Miguel Ángel? ¿Colgado de una tabla? ¿Qué piensas de Rafael? ¿Y de Miguel Ángel? Por favor, cuéntamelo.

Debo parar ahora —Leonard ha atrapado la pulga—. Nuestro único fracaso ha sido el de los anticuarios: hemos batido todas las calles vecinas al barrio de Castel Angelo y San Pedro sin resultado. Había contado con llevarme a casa todo tipo de porcelana; pero no hay nada que hacer. La moraleja es que debemos volver el año que viene. Intentaré ser más divertida, pero no tengo ganas de ver a los amigos ni de cotillear ni de cenar con Colefax.

Diario, domingo, 1 de mayo

Volvimos de Roma el jueves por la noche; de esa otra vida privada que ahora quiero tener para siempre. La existencia es completa en Italia: separada de esta. No soy nadie en Italia: no tengo nombre, ni llamadas, ni contexto. Y además, no solo es la belleza, sino una relación diferente. No creo que haya disfrutado nunca tanto un mes. ¡Qué facultad de disfrute tengo! Me gustó todo. Me gustaría no ser tan ignorante en italiano, arte, literatura y demás.

Diario, lunes, 8 de agosto, Monk's House

Iba a escribir aquí una relación brillante de mis tres días en Dieppe. Iba a brotar, de pronto, como una hermosa fuente, desde la mesa junto a la ventana en (he olvidado el nombre) que miraba al Sena. Allí el Sena es muy ancho y, junto a la curva, pasan sin cesar vapores, los noruegos a gasolina, ingleses y franceses; y Nan se quedaba leyendo sus nombres, mostrando en todo lo que hace una especie de orgullo, nervioso y trémulo, por Francia (¿o me lo imagino?), que apunta al hecho de que le gusta su vida allí, solas en Auppegard, más que a Ethel.

Estábamos, creo, mirando al acantilado con el cementerio, las tumbas erguidas contra el mar azul. Pero iba a escribir esto y ahora no lo haré, supongo —es una casa muy estrecha, llena de ventanas, con brillantes y pálidas alfombras de Samarcanda, pintada en verdes y azules, con «piezas» encantadoras y grandes recipientes de flores cuidadosamente diseñadas, arregladas por Loomas—.[41]

Los Woolf se fueron a Cassis el 26 de marzo, donde Vanessa se había comprado una casa. Fue su primer viaje al extranjero en coche. Se alojaron en el Château de Fontcreuse, cuyo dueño era el coronel Teed y comían en casa de Vanessa, La Bergère. El 9 de abril, emprendieron el regreso, haciendo noche en Tarascon, Florac, Aurillac, Guéret, Blois y Dreux. Se embarcaron en Dieppe y tuvieron muy mala travesía del canal. El 16 de abril, dejaron el coche en Lewes y cogieron el tren hasta Londres.

El 24 de septiembre, Virginia y Vita se embarcaron en Newhaven para pasar una semana de vacaciones en Borgoña. Fue la única vez que Virginia, después de casarse, se fue de viaje a solas con alguien, sin Leonard. El 11 de octubre, se publicó Orlando.

Carta a Vanessa Bell
Monk's House, domingo, 25 de marzo

Aquí estamos, antes de salir mañana. Acabamos de probar el coche conduciendo hasta Rye; todo el mundo hace pronósticos lúgubres y dice que tendremos problemas.

Aquí está la lista: el viernes 30, noche en Lyon, el sábado 31, noche en Montélimar, el domingo 1, noche en Aix. Nuestra ruta será: Tournus, Lyon, Vienne, Valence, Montélimar, Orange, Carpentras, Cavaillon, Orgon, Aix y Cassis.

Pero, claro, depende de la voluntad de los dioses.

Carta a Vita Sackville-West
Orange, 31 de marzo

No puedo recordar cómo se escribe. Nada, salvo un corazón de oro, conseguiría que intentara escribir ahora —encaramada en una silla dura en una habitación desnuda de una mala pensión—. Quizá haya chinches en la cama. Pero las demás pensiones han sido divinas. Incluso aquí me he bebido una botella de vino en la cena, y el mundo sube y baja con suavidad en mi cabeza. Supón que una bebiera vino todos los días, en todas las comidas, ¡qué mundo encantado!

Hasta ahora, ningún accidente; cada día conducimos más rápido y mañana estaremos en Cassis. Esta es la manera de vivir, te lo aseguro. Conducir todo el día; una hora o dos para el almuerzo; unas pocas iglesias, quizá, para visitar; una pensión por la noche: vino, cena; cama; fuera otra vez —gradualmente, todo se vuelve más meridional, nos quitamos los suéters y me he tenido que comprar uno de seda—. Una se tropieza con gente jugando al dominó en los cafés, o se para en

una montaña y se sienta en una piedra, y Leonard intenta averiguar por qué la capota gotea en el morro del coche.

Pero estas cartas de viajeros son muy aburridas; he perdido todo contacto con el lenguaje; meramente, soy un animal que gira; una criatura que se sienta ocho horas al día mirando por la ventanilla.

Me compro un libro nuevo en cada ciudad y lo leo en la cama; estoy muy bien. No he leído un periódico ni una carta durante una semana. Así que es una agradable prueba de mi afecto que mi mente se pose en ti, como una mariposa sobre una piedra caliente.

Carta a Vita Sackville-West
Aurillac, miércoles, 11 de abril

Vamos de regreso a casa, hemos estado en las montañas nevadas, hemos pinchado tres veces, cambiado las ruedas bajo tormentas de nieve, en una oscuridad total, al borde de precipicios y he hecho ciento treinta millas hoy, así que estoy adormilada —pero muy bien— y bastante achispada.

Carta a Leonard Woolf
Café Lutetia, París, 9h30, lunes, 24 de septiembre

Queridísimo:

Aquí estamos, tomando un café después de la cena. Una banda toca dentro, pero apenas puedo oírla. Hemos tenido un viaje frío pero tranquilo.

No creo que un camarote valga treinta y siete chelines. Es muy agobiante y apestoso, y una está más cómoda en la sala de fumadores, ciertamente en un día tranquilo cuando ni siquiera las viejas se marean. Cenamos bien y barato en un restaurante modesto y, luego, por supuesto, nos perdimos y, después de andar media hora, salimos otra vez al bulevar Raspail. El francés de Vita es muy bueno y después de preguntarle a un estanquero y recurrir a un policía, estamos a tiro de piedra del hotel. Enseguida nos vamos a la cama, porque mañana tenemos que levantarnos a las seis.

Carta a Leonard Woolf
Saulieu, martes, 25 de septiembre

Escribo en un campo que mira a la Borgoña; las cuatro y media: muy caluroso y estupendo. Anoche llovía en París; pero, como de costumbre, escampó esta mañana, hacia las ocho. Nos hemos levantado a las seis y llegado a la una, y luego nos hemos tomado el almuerzo más abundante y delicioso que me he comido en la vida. Esta es la típica pensión francesa pequeña, con los granjeros almorzando; pero, como te digo, hemos empezado con paté de pato, seguido por trucha, ñoquis, pollo relleno y espinacas con crema, luego nata agria, un pastel delicioso y luego peras a discreción. Es la feria anual en Saulieu y hemos caminado mirando los tiovivos y hemos pagado dos peniques en la rifa de una paloma viva. Ahora me estoy poniendo melancólica por tu causa y pensando que las *downs*[42] quizá sean más hermosas que Borgoña. Lo raro es que no hay signos de la vendimia. Esta mañana hemos pasado por viñedos y vi algunos racimos negros colgando, pero aquí no hay nada. Parece puramente francés, solo dos marinos ingleses en el almuerzo y algunos motoristas franceses. Luego aquí ya hacía tanto frío que hemos tenido que volver al hotel. Voy a sentarme y leer, creo que hasta la cena, y luego hay fuegos artificiales en la feria.

Carta a Leonard Woolf
Avallon, jueves, 27 de septiembre

Hemos llegado de Saulieu esta mañana y vamos a seguir directamente para pasar dos noches en Vézelay, que parece más interesante, aunque Avallon es un viejo lugar encantador, y estoy en el séptimo cielo (o lo estaría si hubieras escrito) porque he comprado un pequeño tocador por seiscientos cincuenta francos; ¿cuánto es eso, querido M.?[43] Como no estás aquí para decírmelo, estoy perdida, y Vita no es mucho mejor.

¿Te conté que fui al circo en Saulieu, donde había una chica gitana en una escalera, con una pitón enrollada en la cabeza y ocho leonas y sus cachorros en una tienda verde, del tamaño, más o menos, de tu invernadero? El hombre iba a domarlos con un palo, se llamaba domador a sí mismo, pero yo estaba demasiado asustada para esperarme —también, por los preparativos de pacotilla, pensé que todo el lote se comería a las marmotas, así que nos retiramos—. La feria era muy muy encantadora, toda luces, confeti y gente disparando armas contra conejos: si le dabas a uno, podías elegir entre una botella de vino y una paloma viva.

El cocinero del emperador, en lo que respecta al cocinero de un emperador, es un fraude —era el marmitón en el Kaiserhof—: pero la comida era asombrosa, solo que era la misma una y otra vez, porque nadie, salvo nosotras, se queda más

de una noche. Toda la noche entraban coches en el patio, como nosotras lo hicimos, y se iban temprano. Aquí hay una vista sublime; una torre, iglesias, viejas casas, *palisseries*[44] y anticuarios.

Es una tarea extremadamente difícil escribir esta carta, porque hace calor, hay polvo, está un poco nublado y tengo que sujetar el papel, que acabo de comprar junto con cuatro sobres, sobre la rodilla. Un bonito perro mestizo me está mirando, es amarillo, con cola corta. La población de burros es grande y monótona hasta la saciedad. Creo que somos rematadamente estúpidos por no tener una casa aquí. Probablemente podríamos conseguir una casa de campo perfecta por veinte libras, y el campo es soberbio —muy grande, ondulado, boscoso, con agua, solitario—; y además están esas deliciosas ciudades, con sus tiendas y restaurantes.

Carta a Leonard Woolf
Hotel de la Poste, Vézelay, Yonne, viernes, 28 de septiembre

Pasamos una tarde encantadora ayer, vimos la iglesia —una gran y magnífica iglesia, pero demasiado limpia—, en lo alto de una colina empinada, como una colina italiana, con toda Francia a sus pies, e incluso dos o tres pequeños viñedos. Por la noche, hubo una tormenta violenta, de truenos; todos nos acurrucamos en la cama, asustados; y esta mañana parece que el tiempo se ha estropeado mucho. Como no tenemos impermeables, no nos atrevemos a salir; tampoco veríamos nada.

Estoy muy bien, por cierto: Vita es la perfecta gallina clueca, siempre corriendo de acá para allá con botellas de agua caliente, y una viajera asombrosamente capaz, porque habla, aparentemente, un perfecto francés.

Creo que tendremos un otoño muy feliz y emocionante, a pesar del fracaso total de *Orlando.* Está aclarando un poco —podemos visitar el museo—.

1929

El 16 de enero, los Woolf viajaron a Berlín y regresaron el 25 de enero. Virginia quería visitar a Vita, cuyo marido estaba destinado en la Embajada Británica. En Berlín se les unieron Duncan, Vanessa y su hijo Quentin. Virginia se puso enferma, debido en parte a un medicamento para el mareo que se tomó en el barco de vuelta a

Inglaterra y por el que cayó en una especie de coma; pasó un mes en la cama. En este viaje, no escribió cartas (o si lo hizo, no se conservan) ni su diario.

Del 4 al 14 de junio, estuvieron en Cassis, adonde viajaron en tren. Se quedaron en Fontcreuse, una villa cercana a la de Vanessa. Empezaron negociaciones para comprarse una casa, pero a Leonard no le pareció práctico tener tres casas y abandonaron el proyecto en 1930.

En septiembre, se publicó Una habitación propia.

Carta a Margaret Llewelyn Davies
Fontcreuse, Cassis, Bouches du Rhône, 6 de junio

La vida aquí es muy placentera, en una vieja villa francesa en un viñedo. Un coronel inglés retirado vive aquí, con una misteriosa pero sensible dama, y completa su pensión haciendo vino. La villa de Nessa está a cinco minutos, y Leonard y yo vivimos aquí, en una galería, y vamos a comer a su casa —una vida deliciosa, con gran cantidad de vino, cigarrillos baratos, conversación y la curiosa compañía de ingleses dejados, que no tienen dinero y viven como lagartos en grietas, a veces crían pollos o perros *spaniels*—. Por supuesto, el mistral empezó a soplar cuando llegamos, pero hace un calor de asarse, y por momentos me inclino cada vez más a comprar una casita, con dos habitaciones, en un bosque.

Diario, sábado, ١٥ de junio

Anoche en casa, de regreso de Cassis, es decir, de Arlés. Las vacaciones más calurosas que he tenido nunca. Y, en algunos aspectos, diferentes a las otras; en parte porque hacía tanto calor; porque estuvimos solos con Nessa y Duncan; porque soy, casi, una terrateniente. La dueña de una ventana, en cualquier caso. Sí, casi compré La Boudard (no estoy segura de cómo se escribe) y tengo un contrato para ir allí al precio de dos libras y diez peniques al mes. Y esto significa un número infinito de cosas —quizá un cambio total, como sucede a menudo cuando compras una casa—. Esta mañana ya siento un vínculo —digamos una islita— que flota de alguna manera hacia allí, pero que es mía. Y esta isla significa calor, silencio, aislamiento completo de Londres; el mar; comer pasteles en el hotel nuevo de La Ciotat; conducir a Aix; sentarse a cenar en el puerto; ver llegar los barcos sardineros; hablar con gente que nunca ha oído de mí y cree que soy más vieja y más fea que Nessa, e inferior a ella en todos los aspectos.

También significa comprar libros franceses en Tolón y guardarlos en mi encantadora y fresca habitación en el bosque; Leonard en mangas de camisa; una vida privada, al este, para ambos; un veranillo de san Miguel, entrando y saliendo de la vida cotidiana; gran cantidad de vino y cigarros a buen precio; nuevas alianzas, con Currys, Cruthers y demás gente rara —todo eso significa mi compromiso de hacer tres ventanas en La Boudard—.

Me olvido de cuáles fueron los hechos de nuestra estancia. Estuvimos una semana, llegamos un día antes de lo que esperaban, bastante raro, igual que nos sucedió el año pasado. Estaba Duncan, con su camisa azul; Angelica y Judith tomando clases en la terraza. Nessa llevaba a la señorita Campbell a la ciudad y traía la comida todas las mañanas. Y Leonard y yo fuimos muy extravagantes, por primera vez en nuestras vidas, comprando escritorios, mesas, aparadores y vajilla para Rodmell. Esto me proporcionó placer y me aplacó la rabia contra la supremacía de Nessa, casi avasalladora.

1930

Del 4 al 11 de mayo, Virginia y Leonard viajaron en coche por el sudoeste de Inglaterra, para vender libros de la Hogarth Press. Estuvieron en Bath, Bristol, Exeter, Truro y Penzance. Regresaron vía Exeter, Shaftesbury, Salisbury y Winchester hasta Lewes, y se quedaron dos noches en Monk's House.

Carta a Vita Sackville-West
Castle Hotel, Taunton (Somerset), 5 de mayo

Hasta ahora, un viaje muy bueno. ¡Dios!, ¡qué preciosas son las *downs* de Marlborough! ¿Por qué aguantar Kent y Sussex? Luego, Bath: bastante magnífico. Cada calle es como de Pope o de Dryden, y en todas partes estuvo Burke o Walter Scott, Wordsworth y Fanny Burney. No entiendo por qué no es más famosa que Cambridge y Oxford juntas. Seguimos a Bristol y vimos a tu señor Cleverdon; nos compró diez ejemplares de la edición limitada[45] y le hubiera gustado adquirir más. Hoy hemos ganado como diez libras, aunque los libreros son, en su mayor parte, rudos e ignorantes, y siempre salen para el almuerzo, el té o lo que sea. Luego fuimos a Wells, vimos Glastonbury bajo la lluvia; y sigue lloviendo mucho en Taunton.

Además, adoro la vida de hotel. Innumerables señoras solas, de pelo gris, con amigas, todas con anillo de casada, y me atrevería a decir, maridos muertos; y empiezan en el desayuno: «Dios mío, Minnie dice que el portero y la doncella cogieron la escarlatina el mismo día que el querido Micky volvía al colegio», así que siento que Inglaterra es increíblemente próspera; se comen platos enormes de gachas y panceta; y cómo hablan. La vejez de Inglaterra empieza a ser casi demasiado. Ni una casa nueva; y pedacitos de ruina incluso en la sala de estar, aquí. Mañana vamos a Exeter o a Truro. Tengo tanto sueño.

Carta a Ethel Smyth
Truro, Cornualles, martes, quizá 6 de mayo

Bueno, hemos llegado aquí sanos y salvos, y encontrado tu carta, pero no nos hemos traído a la perra por cobardía. Disculpa la intrascendencia, la mala ortografía, los defectos psicológicos. Estoy tan soñolienta. Hemos conducido todo el día, de Taunton a Dartmoor, bajo una tormenta, y vendido libros en cuanto veíamos una tienda, pero es un negocio descorazonador. Nadie lee, nadie quiere libros, dicen los libreros; y nos hacen perder el tiempo. Pero, Dios, qué país tan precioso es este —me refiero a Inglaterra—; y mucho más viejo de lo que me pensaba. Quiero vivir en Marlborough Down, sobre todo. Aquí estamos bajo tu catedral de Benson y la mía de Hugh Walpole. ¡Pero cómo bostezo! Las noches son lo peor —no hay dónde sentarse, o solo una sala llena de viudas suspicaces, susurrándose las unas a las otras. Ni una pensión desde Londres hasta aquí donde no hubiera seis o siete. Y una vez estuvieron casadas, y una vez tuvieron hijos. Y me da vueltas la cabeza preguntándome qué hacen esta noche en Truro, pero entonces se levantan y se van. Sí, estoy demasiado adormilada para meterme en psicologías. Pero ya ves, hago historias; es mi perdición; imagino situaciones, y olvido que la persona en cuestión es de carne y hueso, como yo, y tiene sentimientos. Por ello, soy muy traicionera. Pero ya es suficiente de hablar de mí misma—.

Mañana vamos a Penzance; visitaremos mi viejo hogar, St. Ives; y luego de vuelta, vía Salisbury y Rodmell. ¡Qué viajecito! Es como un sueño —te deslizas de ciudad en ciudad, subes colinas, pasas ríos; siempre las mismas señoras mayores por la noche—.

Carta a Vita Sackville-West

Hotel Kings Arms, Launceston (Cornualles), jueves, 8 (?) de mayo

Como te decía, la antigüedad de Inglaterra es inimaginable. ¿Qué hacer con eso? Debo continuar (estoy esperando que el cura deje libre el váter). ¿Alguna vez te has imaginado la antigüedad de Inglaterra, hace mil años? En cada posada que estamos ha sido una posada desde los tiempos de Arturo o Alfredo. Aquí hemos venido a menos —los timbres no suenan; el agua caliente, fría; pero aún un gran aire del siglo XVIII en la sala del café, donde estamos sentados frente a un fuego enorme, con el cura y los viajantes de galletas—. Nuestras ventas han caído en picado. Los libreros son rudos a menudo y Leonard casi pierde los estribos.

Hicimos un trayecto soberbio desde Penzance, sobre el páramo, a Zennor, toda la aliaga llameante contra un mar puro azul, hasta St. Ives, donde vi mi faro y la puerta de mi casa, a través de las lágrimas —pensando que mi madre murió a mi edad, o un año más—. Además, fuimos por el páramo de Bodmin, completamente solitario, solo pasaba algún anciano. Y ahora (a ver si se queda libre el váter), vamos a Sherborne, Yeovil, Salisbury.

1931

A principios de enero, los Woolf estuvieron en Monk's House y decidieron que en lo sucesivo pasarían allí todos los fines de semana, Pascua, Navidad y los meses de agosto y septiembre. En febrero, Virginia terminó de escribir Las olas. *Del 16 al 30 de abril, los Woolf hicieron un viaje en coche por Francia desde Dieppe a la región de la Dordoña. Ese verano, que pasaron en Monk's House, cuando acabó la revisión de* Las olas *(que se publicó el 8 de octubre), Virginia empezó a escribir* Flush.

Diario, viernes, 17 de abril

Muy húmedo: muy frío: un ambiente marino horrible: todo empapado y arbustos estropeados, como siempre, en Dieppe. Desayuno en el hotel habitual. Viento y lluvia: el aire casi negro. La lluvia era oblicua. En el *ferry*, en Quillebeuf, Leonard vio cielo azul. Gran regocijo. Almuerzo en una posada cerca del *ferry* —barato, ordinario; pescado quemado—. Un hombre y una mujer viejos, de campo, comiendo. Un dedal de *brandy* en el café de él. En marcha otra vez. Frío, pero bueno a ratos. Por carreteras campestres. Sin casas. Llegamos a Alençon. Una

antigua ciudad, blanca y elegante, con un gran magnolio rebosante de flores. Un altavoz en una casa vieja donde se sentaba una chica escribiendo bajo hileras de jarras. Una escenita curiosa. Una enorme y desnuda plaza para soldados. Cenamos mal —salvo por el vino; una botella entera—. Huéspedes: cuatro hombres de negocios franceses y uno chino, una chica como Fredegond y un hombre muy viejo. Charla sobre trenes a París. Agua fría en el baño; y hemos pagado bastante. Un frío atroz, pero sofocado por aire caliente por la mañana, temprano. Salimos para Saumur. Conducción muy lenta. Tiempo de abril, frío atroz. Sin llevar suficiente ropa encima. Almuerzo en Sablé-sur-Sarthe: tampoco una comida buena. Pequeña ciudad antigua junto al río. Vimos un viejo castillo en Durtal: convertido en un hospicio u hotel; polvoriento, con puntiagudas torres resistentes al agua.

Diario, sábado, 18 de abril

Saumur, frío y húmedo, aunque con claros. El Loira —vasto, sin una sola barca—. Francia muy vacía. El hotel ha mejorado, agua más caliente. Las mujeres dicen que han estado llevando vestidos de algodón —tiempo desconocido—. Vimos la gran iglesia redonda junto al río. Un mercado. Salimos; nos habíamos olvidado del cambio de hora. Mañana mala. Fuimos a Fontevrault. Vimos un hermoso convento sencillo. «No se quiten el sombrero», dijo el hombre. No está consagrado. Las tumbas de los Plantagenet: como Edith Sitwell, rectas, estrechas, una junto a otra, repintadas de azul y rojo. Ahora, este gran convento donde las hijas de Francia se educaban, una prisión. La campana de la prisión llama para la cena. La fuente donde las chicas se lavaban antes de cenar. El frío debía de ser peor entonces. Las abadesas se pintaron a sí mismas en los frescos: gordas, sensuales, caras con narices grandes.

Continuamos bajo la lluvia, por el campo: carreteras estrechas y amarillas, viejas sentadas en los campos, bajo paraguas, cerca del ganado. Bíblico. Atemporal. Almuerzo en Thouars: Leonard dice que la comida no es mejor que la de las posadas inglesas.

Diario, lunes, 20 de abril

Gradualmente, una sensación meridional —hombres jugando a la petanca—. Hombres viejos bajándose de los coches para coger flores en los bosques.

Carreteras tan rectas como varas; algunas de ellas totalmente flanqueadas por árboles; las copas se tocan. Pero el peor tiempo, hasta ahora. El coche cerrado todo el día. Llegamos a Niort a las seis, decididos a hacer cuarenta millas más, hasta La Rochelle. Llegamos a las siete y media —tan rápido condujimos; se me olvidaban nuestros dos pinchazos. Uno en Thouars; nos retuvo porque el hombre no lo arregló mientras comíamos. Leí *Hijos y amantes*, cada palabra un carrusel. Me gustaría tener un abrigo de piel. Otro pinchazo diez millas más tarde. Tuvimos que estar de pie bajo la lluvia y cambiar la rueda. Rasgada en un bache. Otra vez, a intervalos—. Fuimos a un hotel en la plaza. Estaban bailando: así que nos vinimos aquí. Perfectamente bien —suelos muy encerados—: tranquilo: un jardín, ruinas, un lilo, tejados de cerámica roja, pero aún gris esta mañana. La ventanilla bajada, sin embargo; y no llueve de verdad.

Carta a Ethel Smyth
Hotel de France et d'Angleterre, La Rochelle, lunes, 20 de abril de 1931

Un frío tremendo y lluvia; con unas pocas horas de sol resplandeciente; luego un manto gris en el cielo, otra vez. Es nuestra única queja —y no haberme traído un abrigo de piel—. Por lo demás, todo ha sido un éxito: dos pinchazos; uno, reparado bajo una granizada; y yo ayudé escarbando un agujero en la carretera. Aquí estamos, llegamos anoche, tarde. Se parece a Bolonia —me refiero a los arcos: tejados hechos de cerámica roja—; un lilo en flor; restos romanos en el jardín, bajo la ventana. Un hotel muy agradable, el suelo reluciente; una vieja criada desdentada, vestida de negro; un toque de imaginación en las salsas; el sur empieza a entibiarse y a dar volteretas: quiero decir que una se puede imaginar el calor —todo está hecho para el calor—; pero todo aún está gris como el dorso de una oca. Adoro rodar, incluso bajo la lluvia, carretera tras carretera; todo con sus avenidas; y viejas sentadas bajo los paraguas cuidando a dos ovejas. Y vimos las tumbas de los Plantagenet en Fontevrault, ayer, tendidas, rojas y azules, en una soberbia abadía ajada, tumbas como los Sitwell.

Pero ya es suficiente de guía de viaje.

Diario, martes, 21 de abril

A Marennes. Al principio, frío y oscuridad; aclaró gradualmente. Nuestro mejor día. La gente empieza a relajarse; suben las persianas. Fuimos a Marennes,

cruzando un humedal verde esmeralda; desierto; una vaca o dos; una mujer alta y sobria, vestida de negro, como un cura. En Brouage —una ciudad en una vieja muralla; alfombrada de hierba—. Un campo encantador, un *ferry*, aviones haciendo bucles. Iglesia en Marennes; un antiguo barco colgado del techo. El hotel de las ostras. Nos sentamos en una mesa verde, al sol, a tomar café. Leonard se comió doce ostras: vivas: se retorcían en su boca, dijo; verdes: las conchas deformadas. Un bosque de pinos; todo en silencio; sin *bungalows*, bajamar, los barcos fuera, en los criaderos de ostras. Muy agradable volver por el humedal. Hierbas pantanosas, altas; finas y amarillas como el pelo de un bebé; río ancho y marrón. Hombres amistosos en el *ferry*. A casa. Ahora más frío. El coche atascado. Primer día bueno entero. Almuerzo de paté y cruasanes en el pantano. La comida de hotel aburre enseguida.

Postal a Ethel Smyth
Bergerac, 23 de abril

¡Ay, tan achispada después de beber una botella de Montizillac —delicioso— y comer paté de *foie gras* —y visitar la torre de Montaigne…, una habitación desnuda, descuidada, con tres ventanas, en lo alto, y su vieja silla de montar, una silla y una mesa, y escalones, el dormitorio y la capilla abajo, madre mía, cómo me gustaría que esta clase de vida siguiera para siempre—!

Carta a Vita Sackville-West
Hotel Moderne, Brantôme, 24 de abril

Bueno, anoche recibí tu carta —una carta bastante melancólica—. Y aquí era todo tan encantador —una tarde buena, un puente de piedra, un río que hacía círculos, como el azote de un látigo; un chico pescando, un hombre que talaba un álamo; y toda una colonia de acentores, anidados en una roca—. Pero esta es la frase más coherente que escribiré, porque estoy sentada a la mesa en el comedor, cerca de mí hay un francés gordo, muy parecido a Bogy Harris, masticando grandes trozos de bollo. Ha mejorado el tiempo que durante tres días ha sido horrible; todo el mundo se ha sentado en la calle, revoloteando. No, se está nublando otra vez. En cualquier caso, no hemos tenido accidentes, salvo pinchazos. Francia está completamente vacía y fuimos toda una mañana por avenidas y quizá vimos dos bueyes y a una vieja sentada en un banco, con ovejas

atadas a su paraguas con una cuerda. Ayer fue lo mejor de todo.

Carta a Vanessa Bell
Brantôme, 24 de abril

¡Ay, Dios! Para empezar, ¡vaya tiempo! Un frío gélido, tormentas de lluvia, nubes tan negras que no podíamos ver delante de nuestras narices. De repente, hacía bueno; luego, tormentas otra vez; no hizo calor hasta ayer. La Rochelle, con buen tiempo, será preciosa; aunque las velas verdes de Ethel resultaron ser redes de pesca. Encuentro que Marennes es más encantador; y Castillon, el más encantador de todos. Aquí nos aventuramos fuera de la carretera hasta un pueblecito de la Dordoña donde comimos muy bien por tres chelines —y condujimos hasta la casa de Montaigne, que me conmovió muchísimo—. Su torre aún está en pie, entre preciosos viñedos, en lo alto, y dimos vueltas por el jardín, con unos perros divertidos, a nuestro aire. Luego fuimos a Bergerac a comer y nos atiborramos de paté; y vino y salsas y huevos, y como consecuencia casi compro seis sillas antiguas y algunos espejos, pero, como no eran tan buenos como deberían y eran muy caros, me lo replanteé. Llegamos aquí anoche. Es encantador —como lo recuerdas—; y tenemos la posada para nosotros solos. Hace frío otra vez, pero con sol. Dicen que este tiempo es insólito y que hace dos semanas hacía un calor veraniego. No concibo por qué no vivimos en Francia —de hecho, hemos planeado sacarte de Cassis, dejárselo a Clive, y asentarnos aquí—. Es un país perfecto, y no hay turistas. De hecho, no hemos visto ni a un inglés ni a una inglesa desde que nos fuimos.

Es día de mercado y todas las campesinas viejas se pasean, con críos en brazos y pollos en cestas. Espero que St. Ives aún conmueva tu corazón de piedra. Dios…, no quiero, de ninguna manera, volver, y que Sybil, Hugh Walpole, etc. me atormenten otra vez. Aquí una se siente perfectamente libre y despreocupada y te puedes sentar y leer o contemplar el mundo en el momento. Una vez en Londres, todo son prisas y carreras. Estoy considerando un plan para cambiar mi vida. Una podría establecerse fácilmente —escribir libros aquí—. ¡Cómo te envidio Roma! Esto es terriblemente aburrido —esta carta—, pero no tengo cotilleos —solo cartas de Ethel Smyth, Kauffer, y Kotelianski, todos me acusan de no tener ganas de verlos—.

Carta a Ethel Smyth

Brantôme, 24 de abril, quizá. 1931, seguro

¡Estoy hecha un ángel! Todos los días, cualquiera que sea el apremio del hambre y la sed, con rayos y lluvia, me paraba en alguna tienducha y compraba una postal para una compositora. Y ahora, tengo que contártelo, estoy rígida a consecuencia de arrastrarme por un camino difícil a lo largo de las orillas del Dronne (creo), que están azules, amarillas y, de pronto, púrpuras; con campanillas, prímulas y gencianas; cuando relampagueaba y tronaba, nos refugiamos bajo un arco en ruinas; esperábamos; salíamos; al final, huimos bajo un cielo como una bandera azul boca abajo, entre álamos blancos. Cuando llegamos al cementerio, Leonard, que solo tiene un traje grueso, corrió; yo, resoplando como una orca, me encontré con unos deudos cadavéricos, que llevaban coronas de metal —¡qué escena tan lívida y siniestra y sulfurosa!— y, luego, al cruzar el viejo puente, de nuevo relampagueó, y pensé: ¿realmente ahora, Ethel cree en Dios, de verdad? Muy muy muy extraño. Y aquí estoy, sentada en calcetines y zapatillas, en la mesa del café, esperando la cena. No puedo describir: odio la progresión necesaria para lograr algo convincente, o llenaría toda la hoja con el increíble encanto de Francia: viñedos, álamos, ríos, la torre de Montaigne. Te lo aseguro, Ethel, la misma puerta que él abría está ahí; los escalones, desgastados en olas profundas, hacia la torre: las tres ventanas: el escritorio, la silla, la vista, la vid, los perros, todo precisamente como era…, ¿cuándo?…, no puedo acordarme. También cuatro asientos viejos.

Esto es todo lo que tendrás de guía de viaje. Mientras giro por las carreteras, remodelo mi vida. Lo que está mal, lo que es detestable, lo que hay que cambiar, este momento preciso —lo veo—. Te pregunto: ¿por qué debería volver al 52 de Tavistock Square,[46] y que allí me sacuda, a diario, el teléfono; no tener nunca un espacio para leer; engullir mis libros; limitar mis paseos, malgastar allí, quizá, los últimos atardeceres de verano, a la entera disposición de Colefax, Kauffer, Koteliansky, Mioux y mil más, que zumban incluso ahora y me amargan el azúcar? No. Un vasto paisaje de trabajo intenso y apacible se extiende frente a mí —todo un libro acerca de literatura inglesa; algunas historias: biografías, esto, mientras doy vueltas—.

Diario, sábado, ۲۵ de abril

Angulema. Feria, concurso agrícola rebuznando, un megáfono también, bajo una gran torre de cartón, azul y amarilla, más alta que este hotel, en la que pone

«Huiles et Tourbeaux»: venden helados por una pequeña abertura. Hemos ido al concurso: vimos perros, liebres belgas; sierras mecánicas; colmenas de abejas. Luego anduvimos, con viento fuerte y nubes negras, por las murallas. Me recordaron un poco a Clifton —terrazas altas y aéreas que miran a grandes extensiones de campo oscurecido por las nubes. Chicas bebiendo oporto y comiendo pasteles en el salón de té—.

Antes de esto fuimos a Castillon: una aventura, conduciendo por estrechas carreteras comarcales, más al sur que Brantôme. Llegamos tarde. Pedimos la cena en el Boule D'Or. Anduvimos por la orilla del Dordoña —de una amplitud majestuosa, vacío como toda Francia, salvo por un bote de regata—. Dormimos muy bien, en camas mullidas y cálidas, aunque no había agua caliente y hacía tanto frío que tuvimos que irnos a la cama. Al día siguiente hacía bueno. Entré en la iglesia después de que los escolares salieran. Siempre me maravilla el inmenso acervo de la piedad antigua, convirtiendo esos bloques en simples pueblos. Día de primavera encantador. Condujimos siete u ocho millas hasta Montaigne. Llamamos a la puerta del castillo. No vino nadie. Las mujeres se ocupaban de las vacas en los establos. Una torre en el extremo. Un jardín con árboles en flor. El habitual castillo renovado, agudo y con tejas negras —sobre la puerta «*Que S´cais je*»—. Una mujer vino. Nos llevó arriba por unas escaleras angostas, de piedra desgastada; abrió una gruesa puerta tachonada de clavos. Este es su dormitorio; este su vestidor. Aquí murió. Bajaba por aquí —él era muy bajo— a la capilla. Arriba otra vez, a su biblioteca. Los libros y los muebles están en Burdeos. Aquí están su silla y su mesa. Hizo estas inscripciones en las vigas. Seguro que esta era su habitación; una silla de madera vieja podría ser suya. Una torre circular, muy sólida; tres ventanitas en la pared miran a otra torre. Todo lo que queda del incendio que quemó el viejo castillo hacia 1880. Paseamos por la terraza. Vimos los viñedos de abajo; las rojizas colinas talladas y las terrazas; una o dos granjas melancólicas, de color marrón —mucho de lo que él veía—, el curioso y pensativo hombre debía de hacer una pausa y mirar lo que nosotros vimos. Tan encantador ahora; como entonces. Americanos y demás. Todos los días del año, dijo la mujer. Nos acompañó un perro, llevando una castaña y poniéndola en el parapeto para que se la tiráramos. Y así, por campos perfilados y encantadores, como en el sur, pero más sutiles, hasta Bergerac, donde tuvimos la mejor —nuestra única comida buena, dice Leonard—. Cuando la novedad se termina, la comida es más de batalla, más corriente y menos interesante de lo que recordaba; salvo por este almuerzo; vino de Montillac, paté, huevos y demás.

A Périgueux; tiendas de muebles antiguos: sillas caras; una iglesia con cúpulas verdes; desgastada; restaurada. Todos los fieles eran viejas; todas de negro; todas

de lana; decrépitas. Un cura azaroso, deambulando y gesticulando. La religión de Tom[47] (tengo que leer su *Lambert* esta noche, ya me he leído casi todos los libros). Luego a Brantôme —con la puesta de sol—. Hombres talando álamos en un prado llano; un chico pescando; aguas turbulentas bajo viejos puentes; cuevas humeantes, habitadas desde Carlomagno. Una posada barata, limpia, básica.

Paseo ayer. Olvidamos la escala de los mapas. Vimos Champagnac frente a nosotros. Nos equivocamos en Les Roches. Llegamos a una vieja casa sobre césped verde, con árboles y un jardín vallado. Ay, vivir aquí, dijimos. Mucho más sutil, amable y encantador que Cassis. La tierra es llana y verde como un jardín; con largos álamos, trémulos y rectos; la pala alisó las colinas, que me encantan; y el río, por cuya orilla caminamos —el río tan profundo, tan romántico—, reflejaba las azules nubes de tormenta y los sauces, los deformaba con indiferencia, seguía su curso. Matas de gencianas púrpura entre los juncos. Un prado isabelino —prímulas, campanillas—. Pero tronó. Corrimos. Nos refugiamos bajo una especie de cueva ruinosa. Luego nos lanzamos a casa, durante dos millas de carretera o más; me dolían los muslos; rayos y truenos en el cementerio. Todos los refugios de hojalata y las coronas de metal brillaban. Las chicas y los deudos se cogieron del brazo y corrieron. En casa antes del gran aguacero, muy fuerte.

Feria. Todas las mujeres de negro, con niños y ovejas. Jaulas de cerdos. Un hombre dijo que su cuñada le había contado que el pescado era más barato en París. Oficinistas de la Société Générale en el almuerzo. Un hombre negro de letras. El otro muy meridional; hablaban de coches.

Diario, domingo, 26 de abril

En Poitiers. Fuimos al cine anoche, después de una buena cena en el hotel donde debimos quedarnos. Se reían furiosamente de los animales en el hotel. Un método ligero para reírse, el francés, contar la historia de una carrera de bicicletas —hecha por rápidos dibujos en una sábana—. Salimos a la ciudad, fría —todo preparado para el sol, que no aparece—. Un trayecto frío y ventoso esta mañana. El campo podía ser Hampshire, salvo por su vaciedad. No hay coches. En Poitiers para el almuerzo. Un restaurante. Oficiales comiendo y sus jóvenes damas —bastante provinciano—. Una gran comida, preparada por un hombre como una losa grande —doloroso, ver el suflé desaparecer—. Visitamos iglesias, oímos a mujeres balando sus responsos como ovejas. Lluvia y frío a ráfagas; así que volvimos para leer y escribir hasta la cena. Un hotel tranquilo y hogareño; la habitación daba a un patio, y, aun así, fría. Sin calefacción central, así que

tuvimos que irnos a la cama para entrar en calor, como otras veces.

Carta a Vita Sackville-West
Hotel du Paradis, Dreux, 28 de abril

Los hoteles, por la noche, están resultando una prueba. No hay calefacción central o la máquina está estropeada. Nos sentamos bajo una sola luz, envueltos en una manta, como ahora: intentando leer; metiéndonos en la cama a las nueve; y luego hay una película en la puerta de al lado —esta noche, una boda—. Han estado bailando desde las cinco —jóvenes flacas vestidas de seda, arregladas, escotadas—; jóvenes pálidos con pantalones grises; enormes madres fornidas; y niños y niñas con trajes de terciopelo negro y zapatos de charol. Eché un vistazo y me quedé fascinada; pero Leonard no me dejó quedarme, aunque veía toda la vida provinciana francesa expuesta frente a mí. Un joven se puso de pie de pronto y rompió a cantar, solo. Dios —¡qué ruido hacen!—.

Diario, lunes, 27 de abril

La nube del domingo disipada, pero grande en el cielo. Trayecto por tierras altas a Chinon; chaparrones; una ciudad blanca y gris, con discreto encanto. Recogimos nuestras cartas. Una comida de primera clase —uno de nuestros grandes éxitos—. No hay comparación posible con el White Hart de Lewes.[48] Subimos por el caminito al castillo. Llamamos a la puerta. Nos marchamos aliviados. Ninguna mujer nos invocó para que volviéramos. Exploramos el castillo solos, como de costumbre. Ni un solo turista y solo tres ingleses en todo el viaje. Vimos la alta sala sin techo donde Jeanne permaneció frente al rey. La misma chimenea, quizás. Los muros, cortados por pequeñas ventanas. De repente, una mira abajo, abajo a los tejados. ¿Qué hacían en la Edad Media para pasar las veladas? Una cripta de piedra en la que Jeanne vivió: la gente graba sus nombres por todas partes. El río, serpenteante y sedoso, abajo. Me gustaron las salas de piedra sin techo y las ventanas angulares. Sentados en los escalones para oír la campanada del reloj, que ha sonado desde el siglo XIII: Jeanne la oyó. Tono oxidado. ¿Qué pensaba ella? ¿Estaba loca? Una visionaria en el momento adecuado. Seguimos; aguaceros; frío; malas carreteras; no importa —contentos, hasta que aterrizamos en Château-du-Loir, esperando encontrar una posada pequeña, rural—. Mujeres sujetando los extremos de las sábanas en el vestíbulo.

El perpetuo lavar y planchar de los hoteles. Un crío en recepción jugando con el papel. Buena cena, dentro de las de este tipo. Luego empezaron las películas en el patio —charla y risas hasta las doce y media o así—. Este triste lugar hace lo que puede para alegrarse —con energía, por desgracia para nosotros—. Y un mal desayuno en la sala común, que olía a vino. Fuera: día frío, pero bastante luminoso. A esto le llaman la *Lune Rousse*. Dicen que pasa todos los años. Si es roja o rusa, no lo sé.

Así que a Le Mans. Otra vieja ciudad, gris y blanca, curvada, digna y con ventanas planas. Cartas. La catedral. Compramos paraguas y una bandeja para plumas; almorzamos. El turnedó poco hecho y caro. Muy poca carne buena en los restaurantes de las ciudades, diría yo; en Chinon, sin embargo, lo que fuera —creo que pato—, excelente. Aquí no hay mucho para competir con el White Hart de Lewes, nuestra comparación principal. En esta gran discusión, yo voy siempre con Francia y Leonard con Inglaterra. Los precios parecen más altos que hace tres años. Voté por Dreux, así que fuimos allí —al Hotel du Paradis—; al entrar, oímos los violines y vimos chicas delgadas, arregladas; vulgares; equipadas con vestidos de confección de la tienda local. Una boda. Baile a las cinco y media, esta es la posada que tiene viejos aparadores.[49] Tuvimos que cruzar el jardín para ir a cenar, porque en el comedor había baile. Fresas en la cena. Un helado, pero al acordarme de A. Bennett, lo rechacé.[50] Todo muy lento y frío. La gente en coche a cada rato. Niñitos deambulando, vestidos de terciopelo. Una niñita, perfectamente vestida y muy cursi. Familias enteras invitadas; me imagino que son gente de pequeños negocios. El baile siguió hasta las once. Entonces, vimos a los desdichados camareros llevando mesas —qué cínicos deben de ser todos los camareros y las sirvientas qué terriblemente conscientes de la transitoriedad de la vida— y la música cesó. Comieron. A las doce o la una (estaba despierta) los coches empezaron a ponerse en marcha. La gente gritaba, se reía, se despedía. Yo había visto bailar a la novia —una chica pálida con gafas— que cumpliría con sus deberes en alguna casa suburbana en las afueras de Dreux, porque se había casado con un oficinista, creo; y ahora empiezan a renovar la raza.

Esta mañana ha sido la mejor. Me puse el sombrero de ala ancha y me quité el jersey. Leonard hizo lo mismo. Me engatusaron para pensar seriamente en un escritorio; diez libras: luego paramos en Nonancourt: encontramos una gigantesca tienda de muebles antiguos —un hombre cultivado, con pantalones bombachos, bien cortados, deportivo, un *connoisseur*, demasiado enterado—, quizá compre una cama. Luego almuerzo en el Bois Joli de Clara, ¡vaya! Un castillo, cada sala amueblada en distinta época —un pollo girando en el fuego, ensartado—; viejos clientes; camareras bonitas con bonitos trajes; la falsificación habitual; divertido;

una americana; dijo de las prímulas «Mira esas primaveras, ¿no son monas?». Cómo detesto el mal francés de los extranjeros. Nuestro almuerzo admirable, pero costó una libra y diez peniques. Esta es la idea del paraíso de Clara.[51] No la mía. Un salón de té de una Drusila glorificada. Me puso mala el antiguo mobiliario francés. Aunque son encantadoras, las cosas pierden muchísimo si se conservan y no se usan. La impostura y el esfuerzo para acariciar nuestra vanidad y alimentarse de nuestro dinero, desagradable. Montones de casas de verano antiguas y pistas de petanca. Lo más agradable, una vieja calesa —salió rodando de un portal con algo de basura— del siglo XVIII. Luego aquí: Caudebec; y ahora (nuestro último día) hace bueno.

1932

El 21 de enero murió su amigo Lytton Strachey y, el 11 de marzo, como consecuencia, su amiga Carrington se suicidó. Del 15 de abril al 12 de mayo, Virginia y Leonard se fueron de viaje a Grecia con Roger Fry y su hermana Margery. Viajaron en tren a París y se embarcaron en Venecia. Se quedaron varios días en Atenas, desde donde visitaron Dafni, Sunion, Egina y Maratón. Luego, recorrieron en coche el Peloponeso, tras lo cual regresaron a Atenas e hicieron una excursión a Delfos. Regresaron en tren desde Atenas, vía Belgrado.

Diario, lunes, 11 de abril

El torbellino del viaje —briznas y pajitas— ya está girando. Tengo en mi mesa una lista de cosas para comprar. Salimos a las diez el viernes; a esta hora, la semana próxima, estaremos navegando por la costa dálmata. Embebida como estoy en Tavistock Square, no me hago mucho a la idea. También hace un frío endemoniado, lluvia, viento, como el año pasado en Francia. Pero me gusta esta aventura; y el hecho de que seamos sociables, al ir con Roger y Margery; y eso —la intimidad— será parte de nuestro viaje. La consecuencia de la muerte de Lytton —este deseo de estar con los amigos—.

Carta a Vanessa Bell
A bordo del Lloyd Testino, 19 de abril

Íbamos a llegar a Atenas esta noche, pero han caído rocas y han bloqueado el canal de Corinto, así que hay que dar una vuelta y no llegaremos hasta las seis de la mañana —un latazo, porque el amor a la vida en el mar tiene sus límites—. Esta tarde, hemos visto una película: una bandeja detrás de otra de emparedados de jamón, concentrado de carne cada media hora; y un ocasional vals melancólico. Hasta ahora, los Fry y los Lobos[52] han sido tan dulces como las nueces y tan suaves como la seda, y me atrevería a decir que no hemos parado de hablar más de media hora. Cenamos en París, en un sitio pequeño donde Roger llevó a su esposa hace treinta y seis años; y, luego, una noche y medio día en Venecia. Roger rezuma conocimientos, pero amable y cálido como…, ¿qué? Una ducha tendrá que ser, porque tengo los sesos aturdidos. Solo tuvimos tiempo para tres iglesias y parte de la Academia y Florias Ha (la he llamado así una vez, por error), vestida como un yak avejentado, con pieles blancas sujetas con un cinto; es admirable por llevar el peso de la crítica estética.

Ayer fuimos a Brindisi, buscando una cúpula que Roger había visto desde el barco, pero solo encontramos la estación de tren y una iglesia cerrada. Fue solo una distracción, porque Leonard ganó a Roger al ajedrez dos veces. Hablamos, hablamos, hablamos.

Pero Dios, Dios…, no sé nada de nadie; y solo extiendo mis antenas y por lo general quedo desairada —ayer perdí las gafas (pero las metí en el equipaje); esta mañana he bajado a desayunar con el neceser en la mano, y he deambulado una vez, en bata, por la barbería—. Podría haber descrito el paisaje, pero sé, desde hace mucho, cuánto detestas eso.

Diario, 21 de abril, Atenas, Hotel Majestic

Sí, ¿pero que puedo decir del Partenón?… Que mi propio fantasma me salió al encuentro, la chica de veintitrés años, con toda la vida por delante; y luego, que es más compacto, espléndido y robusto de lo que recordaba—. Las columnas amarillas —¿cómo lo diré?— reunidas, agrupadas, irradiando allí en la roca, contra un cielo muy violento, azul hielo brillante y luego negro ceniza; muchedumbres volando como suplicantes (en realidad, colegiales griegos). El templo como un barco, tan vibrante, tenso, navegando, a pesar de todos estos siglos. Es mayor de lo que recordaba y está mejor conservado. Quizá me he desprendido de algo del sentimentalismo de la juventud, que tiende a volver las cosas melancólicas.

Allí está Atenas, como cáscaras de huevo desmenuzadas y los matorrales gris

negruzco que empenachan las colinas. «Los alemanes salen como las cosas escondidas en los bolsillos», dije. Desde luego, cuando la tormenta pasó, salieron, gente poco atractiva, honesta, sudorosa, pidiéndole, pensamos, a la Acrópolis más que cualquier otra nación.

Me gusta Atenas hacia las siete, cuando las calles están clamorosas y apresuradas y las mujeres revolotean vestidas de negro, con rostros blancos y con chal, y hombrecillos elegantes y la onagra en las ciudades meridionales, *ari lalagos.*

Diario, 22 de abril (creo)

Hacía un frío atroz. Ese que siempre se te olvida. El viento silbaba por los lados descubiertos del Hupmobile de Giolmann. Leonard estornudaba; yo temblaba. Todo el suelo del coche estaba cubierto por cajas de pintura. Comimos en una mesa al sol, en el cabo Sunion —las columnas de caliza blanca están dispuestas como un faro—. Las flores, todas diminutas, formaban un césped brillante —Margery desarraigó pequeños iris—. ¿Qué dijimos? No mucho. Después de una semana, solo hablas en la cena. Luego, de vuelta a casa; a través de árboles empenachados, campos rojos trazados, con repentinas alfombras de amapolas rojo intenso, pasamos las cabañas de los gitanos, como tipis elaborados con helechos prensados; allí una chica devanaba lana de un ovillo, y las mujeres se sentaban a la puerta —pensé en Piccadilly a esa hora—. Qué extraña es esa tierra plana, dócil y paciente, configurada por árboles bíblicos, en la que pastan ovejas de lana larga, y sin verse una casa. Esto es Inglaterra en la época de Chaucer. En Sunion, el mar rompe contra piedra verde y piedra roja, y pasan barcos con velas gris pizarra inclinadas —todo como en los tiempos de Chaucer o de Homero—; ni un embarcadero ni un paseo; nadie mirando. En Salamis, el ejército griego acarreaba saquitos de tierra a la cima de la tumba del soldado desconocido. Había una alfombra de flores en la cima. Ay, qué frío.

Carta a Vita Sackville-West
Hotel Majestic, Atenas, 24 de abril

Domingo en Atenas; hemos comido, no demasiado bien, y hemos estado buscando reliquias bizantinas durante dos horas —porque es un día bochornoso y húmedo—; ahora nos vamos al Himeto, y ayer fuimos en barco a Egina, y vimos

un templo precioso, y una isla con terrazas excavadas, con olivos y flores silvestres, y el mar golpeando en las bahías (era un día lluvioso, debo admitirlo, y nos pastorearon cincuenta arqueólogos norteamericanos). Pero es una isla bonita y subí a la cima de la colina, cogiendo iris silvestres y desconocidas hierbas estrella amarillas, y florecillas de color púrpura, violeta, azul, flores nacaradas del tamaño de la piedra de tu anillo, no mayores. Fuimos a Dafni, paseamos por los olivares, y a Sunion, el templo está sobre un acantilado, y el acantilado suavizado por flores, de nuevo no mayores que las perlas o los topacios. Margery Fry es una botánica entusiasta, y se acuclilla —tiene el tamaño de un oso ruso— en las rocas, excavando con un cortaplumas. Vimos cabañas de pastores griegos en un bosque cerca de Maratón y a una niña encantadora de tez oliváceo oscuro, labios rojos, con un mantón rosa, que devanaba hilo de una bola de lana de su propio rebaño de ovejas.

Los inconvenientes —esos que querrás saber— son fuertes vientos, cielos tormentosos y grises y enormes cantidades de natillas. También que Roger tiene hemorroides; no puede andar; también Margaret sufre, como todas las solteronas de sesenta y tres años, de amores no correspondidos de hace veinte años, por ingleses que murieron en la guerra. Esto significa que está llena de la información arqueológica más erudita y obsoleta; tiene todo lo que un inválido puede desear en una enorme caja de madera. Mañana, si deja de llover, nos vamos a pasar tres noches al Peloponeso y luego volvemos aquí, y, luego, creo que a Creta, y, luego, supongo que a casa. Pero no quiero Tavistock Square por el momento: me gusta la vida aquí —tendrías que ver a los burros, con alforjas llenas de anémonas; y la plaza, llameante de flores, y la Acrópolis—. ¿Te he descrito nuestra tarde en la Acrópolis?… Cuando se levantó una tormenta desde el Egeo, como flechas negras, el azul era tan azul como el de la porcelana china, y la tormenta y el azul chocaron y diez millones de turistas alemanes corrieron por el templo, exactamente como suplicantes, con sus chaquetones grises y púrpura —no, no he descrito la Acrópolis—.

Diario, domingo, 24 de abril

¡Ay, la lluvia, la lluvia! Eso fue al día siguiente, en Egina. Esa encantadora isla de acantilados, con un estrecho sendero quemado, el sol y la playa, las casitas rosas y amarillas, el tomillo, la empinada ladera, el templo, esquelético, dominante, las bahías rebosantes del mar que las colmaba —de todo esto nada, salvo frío, niebla, lluvia, americanos agrupados tras un profesor delgado y nosotros refugiados bajo

un pino que dejaba pasar la lluvia—. Incluso así, un templo de piedra arenisca es mejor que el de Sunion. Es maravilloso lo que el genio puede hacer en un espacio pequeño —aquí hay una conmovedora proporción— y la lluvia nos empujó al barco en cuanto pudimos. Habían cogido peces rojos y pulpos. ¿Cómo? Bueno, ponen cebollas, pan y para abajo, el pez se asienta entre ellos, luego lanzan una carga explosiva y ¡plof! El pescado llega muerto arriba y lo pinchan. No está permitido hacerlo. Pero aquí nadie te ve. Ese fue el relato del fogonero con la encantadora sonrisa griega —la sonrisa que tienen los arrieros y los taxistas—. Roger y Margery subían, se veían muy raros dando tumbos colina arriba —la colina *polie makria,* como la llamó la chica de cara radiante—. Porque la gente es desesperadamente pobre, y vienen ofreciendo flores y les dan las sobras del almuerzo.

Hoy —qué día tan feliz ha sido—, en la pequeña y redonda iglesia bizantina, en la ladera del Himeto. Por qué no podemos vivir así para siempre, me dije a mí misma, aunque no hacía suficiente calor; pero la lluvia se había disipado, la vida parecía muy libre y llena de cosas buenas —lo silvestre, el olor del tomillo, cipreses, el pequeño patio donde Roger y Margery se sentaron a pintar, absortos, con el gran perro de mármol blanco dormido en un rincón y las habituales mujeres, calzadas con zapatillas endebles, andaban por las habitaciones como nidos de golondrinas del piso de arriba, con viejos trozos de mármol labrado en las jambas de las puertas. Cogí un manojo de anémonas silvestres y orquídeas—.

Carta a Quentin Bell
Delfos, 1 de mayo

A menudo, no se ve un alma durante veinte millas. Las carreteras son increíbles —simples pistas entre agujeros—. Conducimos desde el amanecer hasta que oscurece. Ahora estamos en Delfos, baja un gentío apresurado por la calle, seis buitres o águilas doradas planean sobre nosotros, y asan cordero al fuego, ensartado en varas, porque, por algún motivo, es Domingo de Pascua. Por ello, todos los griegos cantan locos ensalmos y desfilan con velas y cadáveres en féretros. Hemos puesto al arte griego en su lugar, bastante por debajo de lo que estaba; por otro lado, su arquitectura es mejor de lo que se dice. Pero los bizantinos son estupendos (esto es una cita de Roger). Hablamos casi sin parar y ayer tuvimos la gran alegría de oler un caballo muerto en un campo. Tan pronto como lo olieron, doce —no, quince— buitres descendieron del azur y se pusieron a picotearlo. Tenían largos cuellos pelados, como serpientes. A veces, una tortuga

cruza la carretera —a veces, un lagarto—.

Pero hemos ido de Atenas a Corinto y de ahí a Nauplia sin contacto humano. No te describiré el paisaje, porque sé que no eres capaz de leer más que una palabra de cada diez que escribo, y esa una es probablemente la errada. Es una pena, porque el paisaje es maravilloso, milagroso, estupendo —salvo por los olivares, sin embargo, no es muy plástico, y las pinturas de Roger se resienten, eso dice, de esa deficiencia—. Pero nunca asoma sin ir cargado de caballetes, lienzos y cajas de pintura. Margery también pinta. Pero incluso así, hablan. Nunca paran de hablar. Hablan griego con un sistema por el que anoche casi nos endilgaron dos cabritos negros y un cubo de leche agria debido a un malentendido entre Margery y un pastor.

Mañana vamos en coche a un monasterio por una carretera que es casi siempre impracticable —o te sales de las rodadas o caes en los baches—, pero Roger ha convencido al chófer de que es muy fácil.

Diario, 2 de mayo

Bueno, son las diez menos cinco, pero ¿dónde estoy, escribiendo con pluma y tinta? En mi estudio, no. En la garganta o valle, en Delfos, bajo un olivo, sentada sobre la tierra seca, cubierta de margaritas blancas. Leonard lee su gramática griega a mi lado; allá va, creo, una mariposa cola de golondrina. Repisas de roca gris se alzan frente a mí, todas con olivos y pequeños matorrales y, si sigo hacia arriba, ahí está la enorme montaña, pelada, gris y negra, y luego el cielo, perfectamente liso. Y luego, vuelta a la tierra caliente y a las moscas, posadas en el corazón amarillo de las margaritas. Hay un tintineo de cencerros de cabra; un viejo cabalga en su mula —estamos justo al pie de la colina en cuya cima está Delfos—, Roger y Margery hacen bocetos. Y una langosta se ha posado en el olivo.

Así trato de hacer visible esta escena, que pronto se irá para siempre y quizá también trato de evitar ese demonio que dice, quizá sin necesidad, que debería escribir que fuimos a Corinto, Nauplia, Micenas, Mistra, Tripolitza, y, luego, otra vez a Atenas, cuando el sol ardía y yo llevaba un vestido de seda, fuimos a los jardines y, luego, salimos a las siete de la mañana para Delfos. Debería escribir sobre todos esos lugares y quizá intentar solidificar algunas de esas secuencias flotantes que se me pasan por la cabeza mientras vamos en el coche. Porque los trayectos son muy largos; ah, el viento y el sol y cómo se me hincharon los labios, se ennegrecieron y se agrietaron, y se me peló la nariz y tenía las mejillas

ardientes y secas, como si estuviera sentada sin protección frente a un fuego vivo. Toda vanidad desapareció hace tiempo. Me estoy volviendo una campesina. Esto me recuerda el brote de alegría con el que vi a una mujer relativamente bien vestida en el hotel Majestic, que bebía con un locuaz caballero mayor la tarde en que volvimos secos, cubiertos de polvo rojo, dorado, negro, marrón, y arrugados (las arrugas de Margery se marcan como las rayas en la piel de un animal salvaje). Después de cuatro o cinco días de campesinos y su sólida belleza revestida, la agudeza y sutileza de la civilización te excita la escala superior de los nervios —las notas del violín—.

Grecia, entonces, para volver a Grecia, es una tierra tan antigua que es como pasear por los campos de la luna. La vida retrocede (a pesar de ese burro). Los vivos, esos griegos desgastados de viajar siempre por carreteras, ya no pueden dominar Grecia. Es demasiado desnuda, demasiado pedregosa y escarpada para ellos. Siempre nos los encontrábamos en los pasos de alta montaña, andando junto a sus burros, muy pequeños, con una existencia tan dolorosa, siempre andando en busca de algo de hierba, alguna raíz, abrumados por las enormes distancias, incapaces de algo más que plantar los talones en la roca. Qué soledad deben de conocer, bajo el sol, bajo la nieve, tal dependencia de ellos mismos para vestirse y alimentarse en los espléndidos días de verano es impensable en Inglaterra. Los siglos no han dejado huella. No hay siglo XVIII, XVI, XV, todos en estratos como en Inglaterra —nada entre ellos y el 300 a. C. El 300 a. C. de algún modo dominó Grecia y aún es así—. Por eso es el país de la luna; quiero decir, iluminado por un sol muerto. Si encuentras una bahía, está desierta; lo mismo sucede con las colinas y los valles; ni una villa ni una cafetería ni una caseta en ningún sitio; ni alambradas ni iglesias, casi ni cementerios.

Pero, para ser precisa, Nauplia y Micenas están en una llanura suave y próspera, incluso hay pueblos ocasionales, donde nos paramos y Roger y Margery sacan sus cajas de pinturas porque el énfasis es adecuado allí para pintar —donde hay una casa, porque hay álamos, cipreses y tejados que resaltan frente a los llanos y las montañas—.

Cuando eso ocurre (hemos dado un paseo aún más lejos, por el valle, que serpentea más y más profundo, hemos dejado hojas para señalar el camino, que a la vuelta se habían perdido, hemos pelado un bastón para mí y aquí estamos, más arriba, debido al sol, bajo el olivo; me he quitado los zapatos para estar más fresca), cuando eso ocurre, los aldeanos se acercan y empiezan, como si fueran amigos, a hablar de las cosas en general. Anoche, en la colina sobre Delfos, Itea empezó a parpadear y destellar con la luz del atardecer; en el mar, había un barco en la bahía y la nieve de las montañas destacaba al fondo y en primer

término aún tenía un verde vivo y un marrón rojizo, donde pastaban las cabras y las ovejas; y los coches pasaban despacio por la sinuosa carretera, abajo, anoche mientras estábamos sentados; la chica cabrera vino saltando como si fuera a reunir al rebaño, pero solo quería hablar con nosotros. Sin pasar sigilosamente, sin risitas tontas, sin timidez. Se paró frente a nosotros, con naturalidad. Margery la hizo mirar a través de sus gafas, primero por el lado correcto, luego por el otro. Nos dijo cómo se llamaban las cosas. *Skotos*, su grueso y basto abrigo, *ouranos* el cielo, una flor, *lullulin,* mi reloj, *orologe,* el coche —no me acuerdo—. Se reía a carcajadas. Era una morena pequeña, será una vieja perspicaz y robusta; espontánea, amistosa. Su hermano, de dieciocho años, llegó, rápido, perspicaz, de ojos pequeños. Cogí su bastón y su botella de agua. Luego vinieron las dificultades con las monedas. Al principio, no las quería coger, ni tampoco el pañuelo de Margery: luego nos siguió, con la mano en el pecho, quejándose, pero ¿de qué? Leonard repitió su oferta. Lo tomó. Pero sin alegría. Y el chico nos trajo una cacerola grande de yogur y nos fuimos a casa, las luces eléctricas se encendían; después de la cena, bailaron en la tasca hombres jóvenes, minuciosos, inclinándose y girando y poniendo los pies en el lugar adecuado, vestidos con pantalón y camisa.

Carta a Vanessa Bell
Delfos, lunes, 2 de mayo

Estamos en Delfos, todos bien, salvo por las tripas de Roger y por mi piel, pelada en llagas. El viento y el sol, un frío terrible y un calor furioso, conducir todo el día por carreteras pedregosas o llenas de baches te hace sentir como un cactus escaldado. Con todo, es un gran éxito —desde nuestro punto de vista—. Ni peleas ni accidentes —la verdad es que vivimos con gran comodidad, y tenemos un coche, en vez de atarearnos con trenes y carruajes, como solíamos hacer—.[53] Las posadas ahora están limpias como el jaspe —no se ve ni un bicho, ni siquiera una pulga—; no hay cadáveres en la pared, y la comida es tan buena como la inglesa —demasiadas aceitunas y sardinas para mi gusto; pero a Leonard y a Roger les encantan, y se lanzan a los pulpos y a los lagartos…, quiero decir que se los comen, fritos —tiras aceitosas como neumáticos viejos de caucho, cortados en cuadrados—. No se ve a un inglés ni a una inglesa; la única sociedad que tenemos es la nuestra, y la de algunos campesinos, pero como Roger aprendió griego en el libro equivocado, la mayoría de nuestras charlas van mal, y cuando corrijo con griego clásico puro —el mío—, el único resultado es que se supone

que hemos comprado dos cabritos.

Te ahorro la verdad: que Grecia es, de lejos y con mucho, el país más encantador que queda —casi sin estropear—, de hecho, sin civilizar. Te ahorro todo el relato de Delfos y Nauplia.

Hace un calor ardiente y cada vez mayor. Llevo mi vestido más fino y un enorme sombrero de ala ancha y, aun así, hace demasiado calor para sentarse al sol. Esta carta es tan aburrida y tan dispersa que creo que debería parar, intentar zurcir mis medias y arreglarme las ligas: aunque no puedo resistirme a un poco de cotilleo descafeinado, si no estás con nadie ahora, ni Tommies o Ralphs. Pero siempre corro el riesgo de continuar con la belleza de Grecia, que es mucho mayor de lo que recordaba —de hecho, no la vimos en absoluto—. No hay nada estropeado —es tan salvaje como un hurón—, a cada pulgada hay una flor distinta.

Si alguna vez me incliné por el safismo, reviviría ante los carros de campesinas jóvenes con pañuelos amarillos, rojos y azules, y los burros, los cabritos y la fecundidad general y la aridez; y el mar; y los cipreses. (Esta frase es equívoca: te dejo a ti que la desentrañes).

Carta a Ethel Smyth
Hotel Majestic, Atenas, miércoles, 4 de mayo

Estoy sentada en la cama, con el tintero en el mueble del orinal, un grano enorme en la barbilla, consecuencia del viento y del sol, dolor de garganta, consecuencia del frío y del polvo, pero, de todas formas, casi perfectamente feliz. ¿Por qué nunca me dijiste que Grecia es hermosa? ¿Por qué nunca mencionaste el mar, las colinas, los valles y las flores? ¿Soy la única persona con ojos en la cara? Te informo con solemnidad de que Grecia es el país más hermoso del mundo entero; mayo es el mejor mes de todo el año; ¡Grecia y mayo juntos! Estaban los ruiseñores, por ejemplo, que cantaban en los cipreses, cuando nos sentamos junto al arroyo; y me llené el regazo de anémonas escarlata; sí, pero tú quieres hechos; *baedeker*. Bueno, pues fuimos de Atenas a Corinto; la ciudad reconstruida tras el terremoto; el canal paralizado por un gran desprendimiento de rocas; seis burros encargados de acarrear lo que se había caído; llevará seis meses o un año; mientras tanto, la circulación detenida: Delfos aislado; imposible conseguir naranjas en el hotel; desde Corinto (todo esto en un coche grande descapotable de Giolmann, conducido perfectamente por un conductor encantador, a través de carreteras como cráteres coagulados) a Micenas; palabra, magnífico. Las abejas

resonando en la tumba de Agamenón (¿cuál es el verso sobre «su casco hecho un panal para las abejas»?). Té en la Belle-Hélène, entre las planicies, con las ranas gritando, igual que en Nauplia, por las noches; ah, y luego, al día siguiente, en lo alto de un espantoso paso, volando como una flecha sobre una navaja, con grutas en la roca en un abismo de un millón de pies de profundidad, viéndolo con el ojo izquierdo, y los burros apareciendo en las curvas, de camino a Mitrovitza; luego, a Mistra; la iglesia bizantina, magnífica; los campesinos, maravillosos; café en una habitación de campesinos; luego, otra vez a Atenas; todo el tiempo, el calor incrementándose y el viento, y los árboles floreciendo, visiblemente, y formando bolas de violeta, blanco y carmesí (no me pidas que documente estos hechos) contra un cielo de un azul impecable. Luego, un día en Atenas, que era Viernes Santo, según su bárbaro calendario, pero, Dios, Ethel, ¡cómo prefiero sus bárbaros calendarios a tu ortodoxia protestante! Por la noche, en el apacible calor, estábamos en el balcón y vimos pasar una procesión que cantaba en clave menor algún canto fúnebre alrededor de un ataúd, para mí, impresionante y solemne; y el cura, con barba y pelo largo, el rígido catafalco, cantaba, te puedo asegurar que todo lo que hay en mí de religión atrofiada y deformada, floreció bajo esta cálida sensualidad, tan densa, tan amarilla, tan cerosa; pensé en las luces de las flotas del arenque, en el mar; todos llevaban un cirio amarillo por la calle y todas las luces brotaban en las ventanas. Vaya, casi sollozamos, nosotros, que somos paganos.

Seguimos a Delfos; otro trayecto muy largo; vi una cigüeña posada en la cabeza de un león de piedra que marca el lugar de la batalla de Queronea, donde los griegos, como sabes, fueron derrotados para siempre, y Leonard leyó en griego la descripción, porque mi marido es un hombre muy cultivado.

Carta a Vita Sackville-West
Hotel Majestic, Atenas, 8 de mayo

El mar nos rodeaba en Nauplia —las olas lamían mi balcón y miré hacia abajo, al corazón de los peces—.

Llegamos sanos y salvos a Delfos, donde habían encontrado el esqueleto de un inglés, hijo de una vieja amiga, colgado de un árbol, en un barranco, con un reloj de oro entre las costillas. Allí sumergí los pies en la fuente de Castalia; y todas las rocas estaban cubiertas por campanillas de color púrpura pálido —¿pero qué sentido tiene hablarle de flores a una inglesa? Tú las compras en ramos: aquí nos las tiran a la cabeza—. Nunca he visto tantas…, en Egina, ayer, toda la colina

estaba roja de rosas de roca y amapolas marinas amarillas, corté una de ellas para ti —aquí está, con sus pétalos ajados—. El mar está por todas partes —llegas a lo alto de una colina y el mar está allí abajo—. Y detrás, las montañas nevadas y bahías que están como cuando Eva —no, Perséfone— se bañaba. Ni un *bungalow*, ni una caseta, ni un café. El agua pura del mar en la arena pura es casi la cosa más preciosa del mundo —sabes cuántas veces lo he dicho—, y venían mujeres viejas con cestos. Así que ayer nos zambullimos en el mar y nadamos en el Egeo, con erizos y anémonas, transfigurados, flotando, rojos y amarillos, bajo nuestros pies.

Tenemos que venir, a toda costa, el año que viene. ¿Quieres decir que te habrías venido? Nunca lo creí posible con Eton y demás. Pero el año que viene ya está marcado para Creta —a la porra América—. En serio, es una locura malgastar nuestra plenitud juntando oro cuando existe este lugar, perfectamente salvaje, pero muy civilizado, y totalmente hermoso, sin ingleses viviendo aquí.

Fue tan extraño volver aquí otra vez que apenas sabía dónde estaba, o cuándo. Mi propio fantasma bajó de la Acrópolis con veintitrés años; ¡y cómo la compadecí!

Diario, domingo, 8 de mayo

Aquí está, la última tarde, muy calurosa, muy polvorienta. El altavoz rebuzna; Leonard lee, no con simpatía, a Ethel Smyth; quedan dos minutos para las siete, así que tengo unos treinta minutos para rellenar este libro. Solo he usado diez de mis cien plumillas: tengo mucha tinta; cuántas páginas en blanco quedan. Este es el resultado de las mejores vacaciones en muchos años. Era tan agradable ir a correos después de nuestro sencillo bollo con miel; hacía tanto calor y, además, siempre había algo que hacer. (No me gustan los domingos, ni siquiera aquí: los chicos, que se parecen a una cartulina amarilla, tamborilean y los perros ladran).

Fuimos a Egina: el sol y el azul se abrieron paso entre la niebla; Leonard y yo encontramos una bahía desierta, bañada por agua pálida y pura —no, pálida, no, pero pura como gelatina líquida que temblaba entre piedras, conchas y anémonas —. L. fue tambaleándose entre las piedras y se zambulló; yo chapoteé. La arena me quemó los pies desnudos. Me los sequé dejando que se cocieran un minuto. Y era un mar virgen. Desde el templo, la isla parecía una isla de los Mares del Sur con nativos desnudos que se reunían para ver llegar las barcas.

Incluso así, no llenaré mi libro —aunque escriba tan deprisa—. He pensado mucho en mi librito. La verdad es que este hacer turismo, el sentarse, como lo

hicimos en el jardín, y mirar al loco con bigotes que reía contra el muro, como si su locura fuera simplemente un exceso de madurez, y la mujer con dientes de oro y el chico enamorado que se comía un pastel de chocolate, mientras Margery se compadece, apenada, de la pobreza de los griegos, que parecen ansiosos, dice, y también dice que el portero del hotel padece tuberculosis —¿no podría darle al limpiabotas nuestra tostada?—; ah, no puede resistirse al niñito con el rollito de pastillas de menta —esta es su actitud hacia el mundo, medio reprimida, medio de cuáquera, medio virginal—, como iba diciendo, mientras observo todo esto y me pregunto de qué se ríe la señora frenética con las mejillas maquilladas —¿de mi sombrero de paja al que le faltaba media ala, anoche? ¿o puede ser de las cajas de pintura que Roger lleva colgadas del hombro con esfuerzo?—; mientras medito acerca de estos importantes acontecimientos, resbalan, se deslizan y quedan atrapados en la superficie de mi mente, me hundo de forma subterránea en escenas para mi librito,[54] —veo imágenes, mantengo un goteo de algo nuevo en mi caldero, que debe bullir lo más ricamente posible antes de que se desborde, se quede inmóvil y se fortalezca— mientras hago esto y acepto cualquier propuesta de los temblorosos cipreses y álamos, el azahar huele, el hombre que vende burros de juguete en un palo, a un penique, me los ofrece, el tiempo pasa; no estoy segura de si estoy en Grecia o en Londres, pero creo que es más probable que esté en Grecia, feliz, tranquila, amigable con todo, nadando hacia delante con facilidad. Leonard discute con Margery sobre la reforma carcelaria e informa a Roger sobre la desintegración del átomo. Y luego nos paramos a mirar un aviario. Leonard arranca una brizna de hierba y los periquitos la encuentran y la desmenuzan. Luego, holgazaneamos otra vez. Digo que es extraño el caqui que se usa y Roger dice que es como ellos ven al país; entonces vemos a un soldado medieval con mallas blancas, zapatos con borlas y falda. R. ha estado pintando en el Partenón, no le hubiera gustado que le pidiera que se sentara.

Tuve la visión, en Egina, de que podría llegar a nuestras vidas una etapa sin civilización, cálida y nueva —de venir aquí todos los años, con una tienda de campaña, escapar de Londres y desprendernos de la piel de la respetabilidad; de toda la rigidez y formalidad de Londres; de la fama y la prosperidad; volver y ser irresponsables, vivos, manteniéndonos a base de pan, yogur, mantequilla y huevos, digamos en Creta—. Este es, hasta cierto punto, un impulso genuino, creo, que baja de la colina a paso fácil; Londres no es suficiente, ni tampoco Sussex. Una quiere tostarse al sol y regresar a esta gente locuaz y amistosa, simplemente para vivir, hablar, no leer, y escribir. Luego miré hacia arriba y vi las montañas al otro lado de la bahía, afiladas como un cuchillo, coloreadas, y el

mar, rebosante de afabilidad, y sentí como si un cuchillo me hubiera rasgado algún órgano interno, porque no podía encontrar algo que le faltara a esa belleza, ágil y atlética, impregnada de color, que no era fría y estaba libre por completo de vulgaridad, pero antigua en vida humana, así que cada palmo tiene su flor silvestre, que podría crecer en un jardín inglés, y los campesinos son gente amable; sus ropas, desgastadas y abrasadas, tienen colores sutiles, aunque ásperos. Es que hay simpatía entre la gente y los sitios, como la hay entre los seres humanos. Y podría amar Grecia, como una mujer mayor, creo, como una vez amé Cornualles de niña.

Aún es la última noche y Leonard aún juega con Roger al ajedrez y yo he permanecido en la cama, en uno de esos interesantes sopores, con Lawrence para leer y ahora me he espabilado y no puedo sino tratar de fijar estos últimos minutos, si puedo, porque Leonard va a entrar. Los griegos, que no cenan hasta las nueve, ahora charlan, patean, conducen en la calle. Los oigo por la ventana trasera.

Es una noche buena y tranquila. De vez en cuando, algunas palabras son audibles. La mitad de la parte de arriba de un edificio es cadavérica. Ahora empieza el altavoz, con voz ronca y se bambolea por unos cuantos bares y, luego, se para de pronto. Todo vibra y se sacude como si fuera un carro que tintinea, descoyuntado, pero rápido.

Los días en Atenas serán cada vez más calurosos —esta noche cenaban en la acera, en Costis— y las noches serán más ruidosas y alegres. Ayer olvidé escribir sobre el Partenón —todo resplandor—, un rectángulo de cielo azul que las columnas blancas hacían rectangular —la emoción compacta del Partenón—, una túnica de sombra en el Erecteion, en la que nos sentamos. Un hombre de lengua suelta, buen carácter y ojos azules se puso a descansar y preguntó si podía mirar el bastón de Leonard (el anillado, que compró en Esparta). Lo cogió y le dijimos que era griego y dijo que no. Estaba hecho de banano, en Canadá —no se había hecho en Grecia—. De ahí, pasó a hablar sobre los campesinos griegos. Si vieran como viven, les haría llorar, dijo. Siempre trabajando y nada para comer, salvo pan negro tan duro que no se puede cortar (esto con gestos terribles) y quizá hacen un poco de queso y vienen a venderlo, pero siempre hay mucho vino. Luego, la guerra. Todo ha ido mal desde entonces. Antes, la libra era estable y también el dracma. Ahora, un día suben, otro bajan. ¿Cuánto cuesta el kilo de azúcar en Inglaterra? Un kilo son tres libras; bueno, está más barato en Grecia. El Gobierno lo tutela. Pero todo lo que viene del extranjero es caro —los zapatos, la ropa—. Y apenas hacemos harina. Todo esto en un francés tortuoso; había un joven oficial francés con su esposa, sentados a nuestro lado, y su hermana, que

leía una guía. Había un buque de guerra francés en la bahía y uno italiano, y pronto vendrían los ingleses y los marineros se pasearían por la ciudad y dirían que habían visto Grecia. De hecho, en ese momento llegó un guía que llevaba a marineros franceses. Solo los marineros franceses sabrían los nombres de los frontones y las columnas, dijo Roger, siempre enamorado de lo francés. Los franceses cocinarían esto o harían aquello mejor. Al presidente francés le ha asesinado un ruso blanco. Margery aguza los oídos, se compadece, y reflexiona con inteligencia sobre el efecto que tendrá en la política. Subimos a la colina, que el conductor llamó Filopapos, de un tirón, pero había una alambrada, así que nos tuvimos que dar la vuelta, y fuimos al teatro de Dionisos, con sus curvados asientos de mármol, en cada uno inscrito el nombre del sacerdote al que le correspondía, igual que pegan las tarjetas en los palcos del Covent Garden. Uno, el de la garra, el del león, era para el sacerdote de Dionisos y tenía un tallado de cabras saltando y parras. Aquí se sentó Leonard y dijimos que Sófocles, Eurípides y Aristófanes debieron de haberse sentado ahí y visto —en cualquier caso, las colinas eran anteriores a ellos, como son anteriores a nosotros—. Y si dos mil años han extendido sobre la tierra unas pocas casas de estuco, un poco birriosas, entretanto se ha hecho muy poco que estropee la vista —no se ha construido nada sólido, inmenso y permanente—. La pobreza, la guerra y la miseria han evitado cualquier destrucción —aquí y en otras partes—. En realidad, se podría pedir más cuidado y vigilancia, no menos. Esta tarde, unos pilluelos griegos tiraban piedras a un arco de mármol en ruinas, picándolo, por lo que dentro de unos años estará dañado sin remedio. Y en las tumbas hay ortigas, latas, están sucias, degradadas, aunque los griegos las hicieron con sus propias manos —el país está demasiado exhausto incluso para salvaguardar sus intereses—; sin duda, esa fue la excusa de lord Elgin para robar las estatuas del Partenón y las columnas de la tumba de Agamenón en Micenas.

Leonard todavía juega al ajedrez y son casi las doce. Pero Atenas no da señales de dormirse, así que no puedo quejarme. Los tranvías hacen un sonido clamoroso y silbante. A estas horas, mañana, estaremos cerca de Salónica: estaré revolviéndome en mi litera, L. en la suya, y así tres noches hasta que lleguemos a Rodmell y durmamos en nuestras mullidas camas, en el fresco mayo inglés.

Carta a John Lehmann
Hotel Majestic, Atenas, 8 de mayo

Te puedo asegurar que Grecia es más hermosa que veinte docenas de Cambridges

en la semana de mayo. Arde de calor también, y no hay bichos ni molestias —los campesinos son mucho más agradables que la compañía que tenemos en Londres; es verdad que no entendemos ni una palabra de lo que dicen—. En definitiva, estoy tramando un plan para trasladar la Hogarth Press a Creta.

Son, de lejos, las mejores vacaciones que he tenido en años, y me siento muy agradecida hacia ti por sentarte tan incondicionalmente en tu agujero, mientras tanto.

Diario, martes, 10 de mayo

Solo el plumífero más curtido intentaría escribir en el Orient Express, porque las letras se me caen de las manos —indescifrables—. Aquí estamos, a las diez y media, en Yugoslavia, un país mucho más domado y subyugado que Grecia, del cual vimos lo último anoche, al cruzar una terrorífica garganta de piedra por un puente disparatado; miré desde nuestra ventanilla hacia abajo, hasta que me estremecí; nos sentamos a cenar, Venus estaba alineado con la Luna, una choza de pastor; y dos hombres con abrigos largos encendieron las luces del vagón restaurante. ¡Curiosos contrastes! Nuestra autosuficiencia y civilización, un dibujo compacto en medio de la necesidad, la pobreza, la desolación, los pastores, el ganado, los torrentes y ríos solitarios que se deslizan entre rocas. Cenamos en la habitual vajilla de porcelana gris humo. Otra pareja de novios a bordo. Estaban reunidos en la sala de la estación, donde llegaron todos sus amigos con cajas de bombones. Ella dijo en inglés «mirando entre mis cosas, he encontrado este cinturón» y se lo dio al joven de los bombones. Unas pocas frases —especialmente íntimas…, ¿supercoquetas?— en inglés; luego, otra vez el parloteo en griego. Una lengua que no entiendo, siempre sin acentuar, sibilante, suave, ondulante, en la que no se identifican las palabras. Anoche, mal. Mucho calor. Luego, interrupciones. En Salónica (a la una y media), entraron para pedir dinero. Nos habían aconsejado esconderlo, salvo seiscientos dracmas —¿dónde? El hombre dijo que en la tulipa de la lámpara—. Una idea imposible, así que lo distribuimos en varios sitios, en las solapas de la *baedeker*, en un sobre. En Yugoslavia, lo mismo. Así que parando y arrancando toda la noche. Nos despertamos y nos lavamos, mirando a las montañas. Pero el tiempo ha vuelto a cambiar y tuvimos que esperar dos horas al café. Ahora, a Rousseau.

Diario, miércoles, 11 de mayo

Estoy cansada de leer a Rousseau, son las seis y acabamos de decir que mañana, a esta hora, estaremos en Monk´s House y Leonard le hablará a Pinka.[55] Ahora vamos sacudiéndonos y traqueteando por Lombardía, hacia los Alpes, y nos despertaremos cerca de París. Es una región llana, con casitas rojas. Todo resulta domesticado, rico y civilizado después de Grecia. Ayer salimos bajo la lluvia y anduvimos por las calles de ancho estuco de Belgrado: no vimos nada salvo hombres muy altos con ropas ajustadas, dos mujeres con bombachos y pañuelos turcos; luego, otra vez al tren. Vimos Trieste, de la misma manera, esta mañana, con un mar extendido y sedoso, botes; se vinculan con Inglaterra al comprar el Times. El periódico resulta vacío y provinciano —esos buenos ingleses armando tanto lío con la Academia y los coches, mientras todo el tiempo, allí está Atenas y las islas griegas—. Por el bien de mis ojos, tengo que parar.

Diario, domingo, 15 de mayo

Y ahora, domingo de Pentecostés, estamos en Monk's House y Grecia empieza a desvanecerse: durante un rato, Grecia e Inglaterra estuvieron codo a codo, cada una avivada por la otra. Cuando desembarcamos, la costa inglesa parecía larga, baja, majestuosa y vacía. Exclamé ante el extraordinario verde inglés —que se mezcla con la plata; y Leonard dijo que la tierra parecía cruda— sin rojo, y las líneas de las colinas tan inclinadas. Ahora nuestra carretera nos parece un sendero de jardín. Era Grecia, aún presente en nuestros ojos. Pero su fuerza está palideciendo. Ya tengo la mente de lleno en el trabajo (en mi ausencia), arreglando, editando, adelantando, eliminando, hasta que se me presentarán, inopinadamente, visiones, mientras camino, de Egina, de Atenas —la Acrópolis con sus columnas incandescentes, la vista desde la colina de los cabreros en Delfos—; no, el proceso no se ha terminado para mí, el tener las imágenes separadas. Mi cabeza se ha sosegado y mi cuerpo se habitúa con rapidez a los sillones, las camas mullidas, la carne inglesa y la mermelada.

1933

El 5 de mayo, los Woolf se fueron para unas vacaciones de tres semanas, en coche, a Italia. En la Riviera, visitaron a los Bussy y luego se fueron a la Toscana, donde se quedaron cinco días alojados en Siena. A la vuelta, pasaron por Lerici, donde

visitaron, por segunda vez en este viaje, la casa de Shelley, cruzaron los Apeninos hasta Parma y Piacenza y regresaron por Aix, Aviñón y Chartres. Virginia había aprendido algo de italiano y pudo hablar con la gente. El 27 de mayo, llegaron a Monk's House y al día siguiente se fueron a Londres. El 5 de octubre se publicó Flush.

Diario, Juan les Pins, martes, 9 de mayo

Sí, pensé, escribiré una nota sobre esa cara —la cara de la mujer que cosía una seda muy fina, brillante y verde, en una mesa del restaurante donde almorzamos en Vienne—. Era como el destino —una maestra consumada en todas las artes de la supervivencia: el pelo recogido y brillante, la mirada llena de indiferencia—; nada podía sorprenderla; se sentaba allí, cosiendo su seda verde, la gente entraba y salía todo el rato; sin mirar, pero, dándose cuenta, sin temer nada, sin esperar nada —una mujer francesa de clase media, totalmente equipada—.

Anoche, en Carpentras, había una criadita con ojos honestos, el pelo peinado suelto y un diente bastante negro. Sentí que la vida la aplastaría inevitablemente. Quizá tenía dieciocho años, no más; en la rueda, pero sin esperanza; pobre; no era débil, pero estaba dominada —no lo suficientemente dominada como para no desear con avidez viajar, por un momento, un coche—. «Ay, pero no soy rica —me dijo, lo que me demostraron sus medias y zapatos baratos—. Cómo la envidio, puede viajar. ¿Le gusta Carpentras? Pero el viento siempre sopla tan fuerte. ¿Volverá otra vez? Ese es el timbre sonando. No importa. Venga aquí y mire esto. No, nunca he visto nada como esto. Ah, sí, a ella le caen bien los ingleses («ella» era la otra criada, que llevaba el pelo como un cactus tieso). Sí, siempre me han gustado los ingleses», dijo. La carita rara y honesta, con el diente negro, se quedará en Carpentras, supongo, ¿se casará?, ¿se convertirá en una de esas mujeres robustas que se sientan a coser en la puerta? No: le vaticino alguna tragedia, porque tiene bastante espíritu para envidiarnos el Lanchester.

Diario, Rapallo, jueves, 11 de marzo

Ayer estaba la señorita Cotton. Es una de ese ejército de solteronas con una pensión de la mitad o un cuarto de su sueldo. Ve que puede vivir en Diano Marino por ocho chelines al día. Sus amigos dicen: pero ¿qué hay que hacer allí? Contesta: ah, están las bellezas de la naturaleza. Irrumpió directamente para la cena, con un batín verduzco; a su lado, la adusta señorita Thread. ¿Cómo es

Francia? ¿Era barata? Ah, esto es Liberty Hall. Luego describió a la esposa y al marido de la posada y a los criados; y que una vez hubo un terremoto. Mientras tanto, entraron dos huéspedes con traje de noche, la señora sorda y la locuaz, y también la señora con la cara empolvada de blanco con un pañuelo rojo, y después de la cena —nos dan a menudo espárragos, dijo— y de beber de sus propias botellas de vino, los dos grupos se sentaron en sus mesas, donde están ahora jugando al ajedrez. Esta solterona, de medio sueldo, con el mar bajo la montaña, se consumirá charlando hasta que se muera.

No, no nos gusta la Riviera francesa, ni tampoco mucho la italiana; pero si hay que elegir, Rapallo es lo mejor: esta tarde, su bahía se extendía con seda dorada, el zumbido de sus villas perfumadas; todos los naranjos en flor. Mujeres tranquilas leen a los niños, barquitos, altos acantilados; un sitio para deambular con lujosa indolencia por la tarde, donde una se podría gastar hasta el último penique y envejecer.

Pero no nos gustan estas villas —como las de los Bussy—[56] colocadas como huevos en repisas, así que no puedes ir arriba o abajo, sino meramente sentarte y observar el mar para siempre y el tejado del casino. Dorothy y Janie tomaban el café como señoras, en una habitación perfectamente ordenada, espaciosa y amarilla, con un árbol frondoso fuera; el árbol que Dorothy y Simon plantaron hace treinta años. Pero no queremos vivir aquí triturando los días en estas perfumadas villas, paseando por el puerto.

Diario, Pisa, viernes, 12 de mayo

Sí, Shelley eligió mejor que Max Beerbohm.[57] Eligió un puerto; una bahía; y su casa, con un balcón donde Mary permanecía, mira al mar. Esta mañana, llegaban inclinados barcos de vela —una pequeña ciudad ventosa, de altas casas meridionales, rosas y amarillas, supongo que poco cambiadas; colmada del sonido de las olas, muy abierta al mar; una casa bastante solitaria, con el mar justo enfrente—. Shelley, supongo, se bañaba, se paseaba y se sentaba en la playa; y Mary y la señora Williams se tomaban el café en el balcón. Me atrevería a decir que las ropas y las gentes eran muy parecidas a las de ahora. En cualquier caso, a su manera, la casa muy buena de un gran hombre. Esta noche no puedo pensar, un dormitorio de techo alto en El Neptuno, en Pisa, atestado de turistas franceses. El Arno deslizándose con su habitual espuma de color café. Anduvimos por los claustros; esta es la auténtica Italia, con el viejo olor a polvo; gente pululando por las calles, bajo —¿cuál es la palabra?— creo que la palabra para

una calle con columnas es «soportales». La casa de Shelley, esperando junto al mar, y Shelley no llegaba y Mary y la señora Williams mirando desde el balcón y, luego, Trewlaney llegó de Pisa y quemó el cadáver en la costa —esto es lo que tengo en mente—. Aquí todos los colores son de un mármol blanquiazulado contra un cielo saturado de luz. La torre se inclina prodigiosamente. Un clérigo mendicante en la puerta con un sombrero de cuero fantástico y gracioso. El clero se pasea.

Fue en estos claustros —Campo Santo— por donde Leonard y yo anduvimos hace veintiún años y nos encontramos con los Palgrave e intenté esconderme tras las columnas. Y ahora venimos en nuestro coche y los Palgrave —¿son muy viejos o se han muerto?—. Ahora, en cualquier caso, ya hemos dejado la región negra, la región del buitre del cuello despellejado, con sus brillantes villas de tejados rojos. Esta es la Italia que visité en tren con Violet Dickinson y cogíamos el autobús del hotel.

Diario, Siena, sábado, 13 de mayo

Hoy tuvimos la más bella de las vistas, y el hombre melancólico. La vista era como el verso de un poema que se hace solo; la colina moldeada, ruborizada con rojos y verdes; las líneas alargadas, cada palmo cultivado, viejo, silvestre, perfectamente definido de una vez por todas; anduve hasta un grupo y dije: «¿Qué pueblo es este?»; la mujer de ojos azules dijo: «¿quiere venir a mi casa y tomar algo?». Estaba hambrienta de charla. Cuatro o cinco zumbaron a nuestro alrededor e hice un discurso ciceroniano acerca de la belleza del país. Pero no tengo dinero para viajar, dijo ella, retorciéndose las manos. No fuimos a su casa o *cottage* en la ladera de la colina, y nos estrechamos la mano; las suyas estaban polvorientas; quería apartarlas de mí, pero todos nos dimos la mano y deseé haber ido a su casa, en un paisaje precioso. Luego, almorzando junto al río, entre hormigas, conocimos al hombre melancólico. Tenía cinco o seis pececillos en las manos, que había cogido a mano. Dijimos que era un campo precioso; dijo que no, que prefería la ciudad. Había estado en Florencia; no, no le gustaba el campo. Quería viajar, pero no tenía dinero; trabajaba en un pueblo; no le gustaba el campo, repitió, con su voz cultivada y suave; sin teatros, sin cuadros, solo una belleza perfecta. Le di dos cigarrillos; al principio los rechazó, luego nos ofreció sus seis o siete pececillos. Pero no podemos cocinarlos en Siena, le dijimos. No, claro, y nos despedimos.

Está muy bien decir que una escribirá notas, pero escribir es un arte muy

difícil. Siempre hay que seleccionar y estoy muy soñolienta, así que solo me corre arena entre los dedos. Escribir no es en absoluto un arte fácil.

Diario, lunes, 15 de mayo

Esto debería ser todo una descripción…, me refiero a las pequeñas colinas puntiagudas y verdes; y a los bueyes blancos, los álamos, los cipreses y la forma esculpida, infinitamente musical, encendida, de la tierra verde desde aquí hasta Abazzia[58] —adonde fuimos hoy y no podíamos encontrarla, preguntamos, uno tras otro, a los encantadores y cansados campesinos, pero ninguno había ido más allá de cuatro millas de su radio de acción, hasta que dimos con el picapedrero y él lo sabía—. No podía dejar de trabajar para venirse con nosotros porque el inspector llegaba mañana. Estaba solo, solo, todo el día, sin nadie con quien hablar. Igual que la anciana María en la Abazzia. Murmuraba y soltaba palabras, mientras nos enseñaba el enorme edificio de piedra, desnudo; murmuraba y murmuraba sobre los ingleses —lo guapos que eran—. ¿Es usted una *contessa*?, me preguntó. Pero tampoco le gustaba el campo italiano. Parecen limitados, resecos como saltamontes y con los modales de gente apacible, empobrecida; tristes, sabios, tolerantes, jocosos. Estaba el hombre de la mula. La dejó galopar carretera abajo. Somos bienvenidos porque podemos hablar; hacen un círculo y hablan de nosotros cuando nos hemos ido. Siempre se nos acercan grupos de chicos y chicas, amables y suaves, saludan y se tocan el sombrero. Y nadie —salvo nosotros— mira las vistas de las Euganeas, blancas como el hueso, esta tarde; y hay una o dos granjas sonrosadas; aquí y allá, islas de luz nadan en el mar de sombras —porque había muchos chaparrones—, luego están las rayas negras de los cipreses alrededor de las granjas, como arrugas en el pelaje; los álamos, los arroyos y los ruiseñores cantando y ráfagas repentinas de azahar y bueyes como alabastro blanco, que balancean las barbillas —grandes colgajos de cuero blanco bajo los hocicos— y una vaciedad infinita, soledad, silencio: nunca hay una casa nueva o un pueblo, solo las viñas y los olivos, donde han estado siempre.

Carta a Elizabeth Bowen
Siena, 16 de mayo

Siempre me había movido aquí en tren —no puedes creerte la diferencia con

conducir o que te lleven—. Nos paramos o nos vamos, y almorzamos bajo los cipreses, con ruiseñores cantando y ranas croando, y subimos a lo alto de colinas donde nadie ha estado antes. Son una gente encantadora; me refiero a los campesinos: muy melancólicos, deseosos de conversación, te ofrecen vino o seis peces muertos —solo sé diez palabras de italiano, pero las disparo todo el rato y así hemos llegado a todo tipo de sitios raros—.

Carta a Vanessa Bell
Lucca, miércoles, 17 de mayo

He intentado escribirte varias veces, pero es casi imposible, debido a toda clase de ruidos, y, además, estoy tan adormilada después de una botella de *chianti*; y es un hecho que aquí solo hay descripciones de objetos naturales y de obras de arte para ofrecerte. Y tú no escribes. Llega el correo, uno tras otro; nada del Delfín. Hasta ahora no hemos tenido accidentes, pero sí algunos momentos agónicos cuando el líquido de las ruedas se ha atascado o el engranaje ha ido mal. Hemos atravesado Francia hasta llegar a Siena; solo a cincuenta millas escasas de Roma. Sin duda, la Toscana, más allá de Siena, es la tierra más hermosa de todas las del mundo —en este momento, cada pulgada rebosa de flores; hay ruiseñores; pero es en las colinas; no, no describiré para tu fastidio el que es para mí el más encantador, simpático y, puedo decir virgiliano, de los países; porque hace años que leímos juntas a Virgilio y tú me dijiste, muy apropiadamente, que no escribiera una palabra sobre el paisaje ni el arte—.

Los campesinos nos parecen infinitamente simpáticos; mi italiano me lleva a todo tipo de conversaciones de carretera, porque, normalmente, almorzamos bajo los olivos, frente a arroyos donde croan las ranas. ¿Por qué no te vienes? En Siena, los cuadros me parecieron muy buenos, y además me gustan las viejas doncellas a las que conocemos, pero la verdad es que esto es un descubrimiento —debemos venir y asentarnos en Fabbrica, en la pequeña granja que encontramos, para siempre jamás—.

Hemos visto muchos cuadros —hoy, San Gimignano, y ayer fuimos a un sitio donde quiero que me entierren, si los huesos pueden andar; el Monte Oliveto, ah, ah, ah, cipreses, estanques cuadrados, bueyes y bonitas colinas no muy grandes, aterciopeladas —y el monasterio, y tanto calor como si fuera agosto—. Aunque no negaré que hemos tenido algunos días muy fríos y algunas tempestades violentas, por ejemplo, una en Volterra —todo porque una campesina, cuyas viñas se morían, ofreció dos velas a la Virgen para que lloviera—. Ahora está

tronando otra vez y hemos estado caminando por todo Lucca, intentando encontrar una tienda de antigüedades, pero la única que había cerró. Es una ciudad muy ajetreada, llena de diversos mercados; y los edificios —pero, como he dicho, no daré ningún paso en falso en ese tema—.

Carta a Ethel Smyth
Lerici, 18 de mayo

Sí, he intentado escribir, una y otra vez, pero enseguida me quedaba dormida. Además ¿de qué sirve escribir? Estoy aquí sentada, junto a una ventana abierta, en la bahía donde se ahogó Shelley, hace ciento trece años, en un día caluroso como el de hoy —que podría describir, pero cómo describir las colinas, las altas casas amarillas, rosas, blancas y el mar, de hecho, no ficcional, marrón púrpura, sin olas, porque hice mi mar—,[59] pero de vez en cuando tiene un pequeño estremecimiento, ¡como el que recorre un campo de maíz, o el lomo de un caballo de carreras! No, mi querida hija de general, Italia me desborda —la Toscana, sobre todo, que es, sin comparación, lo más bonito y auténtico de Italia, donde he estado sentada estos cinco o seis días, en colinas como canciones, como poemas, todos pensados en un destello y para siempre—; dirás «¡Por Dios!», pero bueno, eres la hija de un general. Estoy tan quemada como un hueso a la parrilla, y la mayor parte del tiempo un poco achispada; y ahora empezamos el viaje de vuelta, a Parma, Piacenza, luego a Aviñón, que lleva a Dieppe, a Monk's House y una vez más, al número 52 de Tavistock Square.

No me gusta en absoluto la Italia fascista —¡pero chist!, ahí hay un camisa negra, bajo la ventana, así que nada más—.

Diario, Piacenza, 19 de mayo

Es raro que escriba una fecha. Quizá en esta vida desorientada una piensa: si puedo decir qué día es, entonces… Tres puntos significan que no sé qué quiero decir. Pero hemos estado conduciendo todo el día desde Lerici por los Apeninos y ahora hace frío, es monacal y estoy incómoda en una vasta posada italiana con galería, tan mal provista de sillas que en este momento estamos encorvados, Leonard en una silla dura junto a su cama, yo en la cama para aprovechar la única luz que hay entre los dos.

Lerici es caluroso y azul y tenemos una habitación con balcón.

De los Apeninos no tengo nada que decir, salvo que en la cima son como el interior de un paraguas verde: una espina dorsal tras otra y nubes atrapadas en la punta del mango. Luego, abajo, a Parma; calurosa, pétrea, ruidosa; con tiendas que no tienen mapas, y luego por una carretera hasta Piacenza, donde estamos ahora, cuando quedan seis minutos para que sean las nueve. Esto, claro, es la fricción del viaje —el precio que se paga por la extensión y la libertad; desempolvar los zapatos, salir mañana a toda prisa— y comernos el almuerzo en un terreno verde, frente a un arroyo profundo y frío. Todo se habrá terminado de hoy en siete días —la comodidad y la incomodidad—; y el entusiasmo y el ímpetu que dan el no tener compromisos, horarios, hábitos. Entonces los retomaremos con más entusiasmo que el viaje.

Diario, domingo, 21 de mayo

Escribir para evitar el sueño —esa es la exaltada misión de esta noche— esta noche, sentada junto a la ventana, en una pensión de segunda en Draguignan —con plátanos fuera, la habitual nota única de un pájaro, el usual altavoz—. En Francia, todo el mundo conduce los domingos; luego, por la noche, se duermen. Los posaderos se atiborran y rara vez dejan de jugar a las cartas. Pero Grasse estaba demasiado pletórica; llegamos aquí tarde. Nos vamos de aquí temprano. Estamos deseando irnos a la cama. Este es el precio por viajar —estas noches de hotel pegajosas e incómodas, sentados en sillas duras bajo la lámpara—. Pero la seducción funcionará cuando salgamos, mañana a Aix, luego a casa. Y «casa» es un imán, porque no puedo parar con *Los Pargiter*:[60] no puedo vivir sin esa intoxicación —aunque esta es la alternativa más encantadora y entretenida. Pero estoy harta de vacaciones y quiero trabajar, ¡qué desagradecida soy!—, y sin embargo, también deseo las colinas cerca de Fabbrica y las que están cerca de Siena; pero no otras, no estas colinas meridionales, negras y verdes, violentamente monótonas. Hoy vimos en Vence el pobre fénix de Lawrence,[61] de guijarros de colores, entre todas las tumbas adornadas con filigranas.

Diario, martes, 23 de mayo

Estoy sentada en la cama de Leonard; él, en la única butaca. La gente taconea en el pavimento. Esto es Vienne; hace un calor de asarse —cada vez más— y vamos en coche por Francia; es martes y cruzamos el canal el viernes y este extraño

intervalo de viaje, arrollando habitaciones y hábitos, terminará. Vamos y vamos, por Aix, por Aviñón, seguimos y seguimos, bajo arcos de hojas, sobre desnudas carreteras arenosas, bajo colinas negras y grises con castillos, junto a las viñas; yo pienso en *Los Pargiter* y Leonard conduce; cuando llegamos a los álamos, salimos y almorzamos junto al río; luego seguimos, nos tomamos una taza de té cerca del río, recogemos el correo, nos enteramos de que *lady* Cynthia Mosley se ha muerto; imagino la escena; pienso en la muerte; me amodorro y me quedo traspuesta con el calor y decidimos dormir aquí —Hotel de la Poste—; leo otra carta y me entero de que la Book Society probablemente recomendará *Flush* y especulamos sobre qué haremos si tenemos mil o dos mil libras para gastarnos. Me pregunto qué harían esos pequeños burgueses de Vienne que están bebiendo café con esa suma. La chica es mecanógrafa, el joven, oficinista. Por algún motivo, han empezado a hablar de los hoteles de Lyon, creo, y no juntan un penique entre ambos; todos los hombres van al urinario, se les ven las piernas y los soldados marroquíes llevan grandes abrigos; los niños juegan a la pelota, la gente descansa y todo adquiere un aire pictórico, compuesto, sobre todo las piernas —los ángulos extraños que forman—, y la gente cena en el hotel; todo parece raro porque nos iremos mañana, temprano. Ahora la atracción que nos provoca volver a casa, la libertad, no hacer el equipaje —¡ah, sentarse en una butaca, leer y no tener que pedir *eau minerale* para lavarnos los dientes!—.

1934

El 22 de abril, los Woolf salieron en coche de Monk's House para pasar unas vacaciones en Irlanda y se llevaron a su perra, Pinka. Pasaron por Salisbury y Fishguard, donde se embarcaron para cruzar a Cork. Pernoctaron una noche en Kildorrery, en la mansión de Elizabeth Bowen. Se alojaron dos días en Glengarriff, fueron a las islas de Arán y estuvieron en Galway. Regresaron por Dublín (donde se quedaron dos noches), Holyhead, Worcester, Stratford-on-Avon y llegaron a Londres.

En julio, Leonard compró un mono tití. En septiembre, murió Roger Fry y Virginia terminó la primera versión de Los años.

Carta a Quentin Bell
Hotel Fishguard Bay, Pembrokeshire, viernes, 27 de abril

Sé que lamentarás oír que esta es la última vez que te escribo; todo apunta a una muerte por ahogamiento en el canal de Irlanda. Llueve a cántaros y el viento brama. Puedo ver cómo se agita el barco incluso en el puerto. Estamos esperando la cena. Pinka —¿te he dicho que nos hemos traído a Pinka, con una toalla, jabón y peine?— está a bordo, con el cocinero del barco. Hay unos cuantos irlandeses peludos que me están mirando —el habla galesa es una especie de gemido—, pero la hora de quejarse será desde medianoche hasta las ocho. Ahora, apenas son las siete.

Bueno, para decir mis últimas palabras, hemos tenido mucha lluvia y tormentas al cruzar Inglaterra, y vimos Stonehenge en medio de una espesa niebla. Gales está lleno de ovejas y ríos salmoneros. Ay madre, como te envidio, durmiendo en una tierra seca. ¿Qué le diré a los congrios cuando me olfateen al amanecer? —no es como si fuera Tom Eliot y creyera en Dios—.

Diario, Glengarriff, lunes, 30 de abril

Es el 30 de abril, lunes, creo, porque viajar al extranjero no ayuda a pensar. Una mezcla de Italia, Grecia y Cornualles; una gran soledad; pobreza y pueblos pobres y tristes, como plazas que se hubieran desgajado de West Kensington. Ni una sola villa o edificio de primera; grandes tramos de costa virgen; la tierra que había en Cornualles y gran parte de Inglaterra en los tiempos isabelinos. Y una sensación de que la vida retrocede. En Lismore, el posadero chejoviano dijo que todos se estaban marchando y dejando sus casas, que nada se mantenía después de la guerra. Lo mismo nos dijo hoy el viejo de la isla —el viejo, muy triste y amable, que tenía ganas de hablar—. Todos se han ido. ¿Para quién fue buena la guerra? Solo para los americanos. Canturreaba y se lamentaba, apoyado en el rastrillo con el que amontonaba algún tipo de malas hierbas. Sí, hay una gran melancolía en una tierra desierta, aunque la belleza permanece intacta —millas y millas desde Killarney—, el agua del lago lamiendo las piedras, las mariposas revoloteando y aquí no hay un solo *cockney*.

La inválida, que me recuerda a Nelly Cecil, empezó a hablar como todos empiezan a hablar y dijo que venía de Limerick y cuando le preguntamos si se podía encontrar casa allí, dijo —se rio mucho, aunque parece estar lisiada sin esperanzas—: «Puedes encontrar muchas, pero no es tan agradable cuando tienes una». «¿Problemas con los criados?», pregunté. «Ah, todo eso», dijo y pude ver, después de Bowens Court, qué maltrecha y medio miserable es la vida, qué vacía y azotada por la pobreza. Allí pasamos una noche, desgraciadamente con el

mandril Connolly y la babosa grotesca de su esposa,[62] que traían consigo el estruendo de un ómnibus de Chelsea, y todo era como debería ser —pomposo, pretencioso, imitativo y ruinoso—, un gran cuartel de piedra gris, con cuatro pisos y sótano, como una casa urbana, habitaciones de techo alto, vacías y una dispersión de escayolas italianas, repisas de chimenea de mármol con incrustaciones de bronce y demás. Todos los muebles, desgarbados y sólidos, de madera tosca —como el sofá donde yacen los muertos—, alfombras encogidas en las grandes salas, harapientas chicas de granja esperando, el viejo de noventa años en su cabaña, que no nos dejaba marcharnos. Fuimos al pozo de los deseos, donde hay copas rotas como ofrendas y medio rosario, y Leonard deseó que Pinka no olisqueara, lo que me hizo reír; y luego hablé con la cocinera, que me enseñó la rueda para avivar el fuego en la ventosa y pomposa cocina, medio subterránea —muy parecido a *La novia de Lammermoor;* Caleb enseñándoles la nada a los invitados; no había ni un buen pavo, sino en todas partes la desolación y la pretensión agrietaban grandes pianos, malos retratos viejos, paredes manchadas — y, sin embargo, con personalidad y encanto; da a una pradera con árboles en círculo que llaman la Cuna del Cordero. Demasiada charla del tipo de un bar de Chelsea, impulsada por Cyril, sobre iniciar una sociedad llamada Bostocks; acerca de Irlanda con Alan, un hombre gordo, de buen humor, con mirada penetrante, muy hospitalario. Y seguimos aquí, en las montañas. Y ruego a Dios que los Connolly no asomen sus caras de gorila en la cena ni invadan la biblioteca de los antiguos caballeros donde estamos sentados.

Diario, Waterville, Hotel Butler Arms, martes, 1 de mayo

Se parece demasiado a su nombre;[63] sopla la espuma y la lluvia sobre una tierra plana y unas horribles casetas de baño de 1850 desperdigadas. Niebla hoy y viento esta noche; Leonard abre el primer *Times* que nos hemos encontrado y dice que George Duckworth se ha muerto.

Diario, Hotel Glenbeith, miércoles, 2 de mayo

Seguimos, después de un encuentro muy interesante con Irlanda, en el ventoso hotel; es decir, con el señor y la señora Rowland; él es un gigante, muy bien proporcionado, de cabeza pequeña, facciones borrosas; ella es menuda, precipitada, vivaz. Nos abordaron directamente, así que hablamos —nos

aceptaban como de su clase, eran de la pequeña nobleza irlandesa, él con una casa de quinientos años de antigüedad y sin tierras—. «Pero amo a mi rey y a mi país. Haría lo que me pidieran», esto, con una gran emoción. «Sí, creemos en el Imperio británico; odiamos al loco de Valéra». Viven allí, a catorce millas de Cork, cazan con un viejo perro *retriever* y van a las ferias a millas y millas de distancia. «Así vivimos, sin insensateces, no como los ingleses. Ahora les daré mi nombre, le escribiré a mi amiga y les informará de alguna casa, y espero que vivan en Irlanda. Queremos a gente como nosotros. Pero esperen hasta que esté el presupuesto». Eso lo dijo ella, con los aires de la nobleza irlandesa; había algo muy extranjero en ella, como la vieja *lady* Young y, sin embargo, esclavizada por Londres; por supuesto, todo el mundo quiere ser inglés. Creemos que los ingleses hablan de nosotros —en absoluto—. «No», dijo el arruinado torso griego, porque era eso, «cuando cortejaba a mi esposa —ella vivía en Liverpool— los chavales solían decir "Venga, Paddy, cuéntanos alguna de tus historias", pero ahora no les interesamos. Pero haría cualquier cosa por mi rey y patria, aunque ustedes siempre nos han tratado muy mal».

Hablamos de nuestra visita a casa de los Bowen y así quedamos como si fuéramos de su clase social. Sí, sentí al animal que vive en su concha. Así viven, él caza todo el día y ella va y viene en su viejo coche, todo el mundo se conoce, ríen, hablan, van de pícnic, mucha pobreza y algunas tradiciones de noble cuna, todos los hijos se marchan para buscarse la vida y los viejos se sientan allí, con odio por el Estado Libre de Irlanda y se acuerdan de Dublín y del virrey.

Seguimos hacia Tralee y vi a los gitanos carretera abajo, y pensé que estaban enterrando a George.

Diario, Adare, jueves, 3 de mayo

Están buscando los nombres en los mapas en este momento. «Eso nos da muy buena idea de… Lo que sugiero, si puedo, mañana, en el camino, llegamos desde Killarney, luego, otra cosa, ¿os gustaría ir a Glengarriff?» (son cuatro mujeres, regordetas y poco atractivas, pero amables, no se acercan a nuestro fuego, estamos sentados en el salón del hotel después de un largo día de conducción y la verdad es que no puedo leer a Proust con este charloteo. Tenemos un fuego abrasador).

«Oye, pensé que habíais decidido hacer primero esta parte, bueno, entonces mañana. Oye, esto sería demasiado, no quiero romper las ballestas de ese coche. Esa es otra idea, ir al oeste». Copiar aquí la conversación no es muy interesante.

La gente dice lo mismo una y otra vez. Me gustaría describir la perfección de la conversación irlandesa, como la de la señora Fitzgerald anoche. Es exactamente una gran dama francesa —solo que vive con un jersey negro en una marisma irlandesa—. Vino, después de la cena, supuestamente para dejarnos un periódico y ofrecernos consejo, de hecho a satisfacer su genio para la conversación. Habló hasta las once y de buen grado estaría ahora hablando: acerca de llevar un hotel, sobre neveras, sobre su abuela, que se sentaba en una silla en la cocina diciendo, «eso está hecho», «eso necesita dos minutos más», sin moverse pero logrando de alguna forma que se hiciera. «Tenemos fama de ser buenas amas de casa». Luego acerca de las marismas, ha comprado algunos trozos porque ahora pueden valer algo. Sin embargo, no puedo dar noción de su fluidez, con frases bien construidas, de la riqueza y facilidad de su lenguaje; pero ahí se despliegan la agilidad y la destreza. Estaba la historia de la vieja Julia, la cocinera, que se fue a casa medio enrabietada por celos de las doncellas jóvenes; su hija y su marido londinense le tomaban el pelo, les había comprado discos de gramófono y ahora no reconocería que había malgastado sus ahorros. La señora Fitzgerald es una de esas irlandesas de nariz chata y el pelo con raya en medio, con ojos castaños luminosos y algo sardónico y misterioso en su expresión. Hablar es para ella como una droga, pero, como dijo el señor Rowland, los irlandeses tienen algo de despiadados: una indiferencia fría y sarcástica, a pesar de toda su melodía, su fluidez, su encantadora soltura y proximidad. Era muy concreta, precisa, controladora, perspicaz, práctica, analítica. ¿Por qué no son los mejores novelistas del mundo? —con esta facilidad, este equilibrio, este fundamental… (ahora Leonard ha venido y aconseja a las tres señoras. ¿Son americanas?)—.

Pero ¿por qué la señora Fitzgerald no es una gran novelista? Ciertamente, el salón sobrevive en Glenbeith, el anhelo de la conversación y de acabar la frase con total naturalidad. Por ejemplo, al hablar de las marismas, «empapadas, a ver, ¿cuál es la palabra contraria?». «Desecadas», sugirió Leonard y ella la adoptó con placer. Dijo que no se podía entender a los irlandeses: había que vivir como ellos. Se sientan en sus *cottages* hablando de política; no bailan mucho; no tienen diversiones. Una vez empezaron a cazar furtivamente en su marisma, solo porque ella la había comprado —de lo contrario, la habrían dejado en paz durante siglos —. Las marismas están llenas de árboles, no se pueden haber plantado solos, tan ordenados, pero entonces ¿quién los ha plantado? Y arden de una forma resinosa, puf, de golpe, como la gasolina. De pronto, se puso grave y pensó que yo era idiota. Su abuela fue posadera, ella llevaba siéndolo veinticinco años; «Ah, como decía mi abuela, una aprende a leer los caracteres de la gente antes de que crucen la puerta y nunca se equivoca de una forma u otra». Su rapidez era asombrosa.

Esta mañana, la conversación empezó y Leonard, con mucha suavidad, extendió la mano. «Ah, ya sé que eso significa que está deseando marcharse» —y así nos despedimos de la última representante del salón francés del siglo XVIII, esa extraña mezcla de dama rural, campesina y posadera—.

Ah, pero el altavoz irlandés es inferior, como todo lo demás en esta tierra pisoteada. Las cosas podían ser peor, dijo el hombre de un solo brazo —su brazo artificial calzaba un guante de lana negro— que nos alertó del paseo por el río y luego nos enseñó el completo horror del castillo Dunraven, construido de 1835 a 1850, como el resto de Irlanda, un *château* francés de piedra gris que costó un millón y sería preferible que lo derribaran hasta los cimientos.

Carta a Vanessa Bell
Glenbeith, Kerry, jueves, 4 de mayo

Aquí estamos más lejos y todo es más silvestre que en Italia o Grecia. Solo leemos periódicos irlandeses de vez en cuando; no hay ciudades, solo alguna ocasional aldea de pescadores.

Hemos tenido un tiempo muy parlanchín. Nunca paramos de hablar. Los irlandeses son, en ese aspecto, la gente más dotada del mundo. Después de cenar, el posadero viene, se sienta, y habla hasta la hora de acostarse, un inglés perfecto, mucho más divertido que cualquier club londinense, y si no es el posadero, como anoche, son los demás huéspedes, si es que hay alguno. Se hacen amigos íntimos a la primera, y ya prácticamente nos hemos comprometido a comprar una casa en Glengarriff. Es una mezcla de Italia, Grecia y Cornualles; supongo que es demasiado romántica en algunas partes, pero muy sutil, grises, marrones, amarillos, y algún burro ocasional, está absolutamente desierto, no se ve ninguna casa, no hay nobleza rural, todo el mundo se lamenta, porque ya nadie viene y los de la nobleza rural se han marchado. Me atrevería a decir que sería demasiado deprimente vivir aquí, pero después de Sussex me parece divino, y hasta ahora solo hemos tenido un día malo. Elizabeth fue muy simpática y su marido, aunque robusto y parlanchín, es mejor de lo que decían los rumores. Es una casa del siglo XVIII, pero lo notable en Irlanda es que (aquí me interrumpió la señora Fitzgerald, la posadera, para otro rato de conversación: me ha dado la receta de una sopa de cebolla perfecta). No hay arquitectura de ningún tipo: todos los pueblos son horrendos, construidos por completo de pizarra, en 1850: la casa de Elizabeth solo era una caja grande de piedra, pero llena de piezas italianas y muebles decadentes del siglo XVIII y alfombras agujereadas, pero

insisten en mantener una especie de estatus desvencijado, vistiéndose para cenar y demás.

Diario, Galway, 4 de mayo

Una frase resume este día ventoso: las nubes se levantaron la falda y mostraron un rayo de luz. Cogimos gencianas, azules y brillantes, en el acantilado frente a las islas de Arán. Este, a pesar de la lluvia y el nublado, ha sido uno de nuestros mejores trayectos —hacia el mar, vistas sobre pliegues de tierra salvaje, con uno o dos *cottages*, blancos, naranjas y amarillos; el mar azul, piedras de color o negro profundo: las olas arrojándose contra su espalda vellosa. La gente recogiendo algas y amontonándolas en los carros. Una pobreza extrema.

Seguimos a Galway, que tiene dos grandes librerías, pero por lo demás, campestre, pobre, sórdida. Vimos Claddagh; mujeres con chal, hombres con abrigo, todos en grupo, de pie, junto a chozas de paja, como isleños esperando un funeral. Este es el barrio irlandés primigenio; G. Thompson, a quien nos encontramos sentado frente a sus libros griegos, en una pequeña habitación que mira al mar, vino al hotel después de la cena y nos contó que se pasan la vida hablando y no les importa mucho la pobreza. Enseña griego en irlandés. Cuando se fue, a las once, nos abordó un irlandés pálido y empezó a hablar. «He oído que van a Dublín. Por favor, no se pierdan la fábrica de cerveza Guinness o las cuatro monjas momificadas» y etc. Era agente de una empresa de radio y estaba dando la vuelta a Irlanda; era irlandés, pero había vivido en América; al mirarlo, parecía una mezcla de Siegfried Sassoon y Robert Graves, pero interesado en fábricas de cervezas y monjas. Llueve a mares; un vendaval, y, ahora, hacia Dublín.

Diario, Hotel Russell, Dublín, domingo, 6 de mayo

Hace mucho viento y frío, estoy sentada sola, después del almuerzo, en el salón, con una mujer con redecilla negra y gris. La escena es en St. Stephen's Green, un intento irlandés del Lincoln Inn's Fields como Merrion Square intenta ser Bedford Square, etc. Almorzamos en el hotel Sherburne, donde están los actores de la película y también están aquí. Isleños de Arán, con gruesos trajes de *tweed*, que se sientan abajo junto al fuego y cantan lo que quizá son himnos. He oído irlandés por primera vez. Es un momento monótono de espera. Leonard tiene que escribir cartas. Luego quizá vayamos a la National Gallery. Un aire de inferioridad

duerme o mira con desdén o rabia por todas partes. Un visitante de Inglaterra trae noticias de galerías de pintura, de teatros. Esto es una mezcla de Hampstead[64] y Cambridge. Anoche, en el teatro Gate no estábamos seguros de lo que era: apenas hay diferencia y la obra era buena, sobre Emmet, avanzada, pseudo-Auden, imagino. Había música de tres instrumentos. Un telón que no cerraba; mucha sátira del amor irlandés por la efusión de sangre; sátira de los intentos de cultura; a mitad de la historia, me sobrevino una sensación repentina de estar en el medio de una historia, es decir, de estar en un sitio inquieto, febril, el cual tendría su época en los libros; podía pasar cualquier cosa. Sin embargo, ¿qué puede pasar cuando el mejor restaurante de la capital es Jammets, cuando solo hay patatas cocidas en el mayor hotel de Dublín? En todas partes parece que viven de vino aguado. Por fin deduje por qué, si fuera irlandesa, desearía formar parte del Imperio: no hay lujo, ni creación, ni estímulo, solo las heces de Londres, bastante insulsas y suburbanizadas. Sí, también pensé en el Gate que podían tener cierto espíritu, que podían hacer algo si fueran libres. Pero lo son, prosigo y también la obra lo decía sardónicamente, y solo este provincianismo es el resultado. No creo en las canciones de los isleños de Arán o en hombres viejos que no saben leer —es decir, no necesitan a Homero—. Sus voces atravesaban la puerta de cristal. La señora de la redecilla se ha apartado del fuego. Los de Arán salen completamente vestidos. Debo correr y verlos.

Y corrí, encontré un fuego abajo y la mujer del chal rojo se había marchado. Al llegar ayer pensé que aquí estaba la flor y nata de Dublín al ver a un joven con cara de coliflor y su fragante encanto en el vestíbulo; y a un hombre atractivo, simpático, colorado y niños pequeños —aquí está la antigua aristocracia de Irlanda, dije, pero resultó que era el productor, que se aloja en el Shelbourne, y su equipo, que se aloja aquí.[65] Hay una discusión entre una señora y el encargado.

No, no viviría en Irlanda a pesar de las rocas y las bahías solitarias. Me ralentizaría el ritmo del corazón y toda la mente se iría en charlar.

Merrion Square es cerca de tres veces mayor que Bedford Square; alguna vez, la pasión por la gloria debe de haberse posado en los irlandeses y luego deben de haber construido calle tras calle de Bedford Row. Los médicos y abogados se han arrastrado al interior de sus conchas. Ah, ahora discuten sobre el carácter de la señora que está tan enfadada. Es guapa, está bien, pero… ¿con quién se casará?, etc. Charla, charla, charla.

Grafton Street no está al nivel de Sloane Street. Los muelles se parecen mucho a los muelles de París. Librerías. Largas vistas arquitectónicas; una casa tras otra, pero algunas con un piso de más. Calles muy anchas. Nuestro coche es demasiado

imponente —todo esto me imposibilita acabar Proust, estaba a punto de decir—. Pero ha sido uno de nuestros viajes más divertidos. Salvo por la charla, charla, charla.

Diario, Hotel Star, Worcester, martes, 8 de mayo

Ayer nos despedimos de Dublín a lo grande. En el ventoso domingo, de verdad un viento que rugía, anduvimos por el parque Phoenix, donde una muchedumbre —esto señala su falta de entretenimientos— miraba a un colegio de niñas que jugaban al *hockey*; tomamos el té en Leixlip, un salón desnudo del siglo XVIII; había una mujer simpática que tenía a un hijo enfermo y que había tenido alojada a una de Manitoba, que decía descender de reyes; luego fuimos por un camino frondoso, pero los árboles se estremecían con violencia y había una gran rama caída en medio del camino, hasta Cellbridge, donde tuvo lugar la famosa entrevista con el de los ojos azules —no recuerdo la frase—.[66] Una chica nos dijo que la abadía era una gran casa, camino abajo. Es una abadía gótica, falsa, gris y maciza, pero a la que el tiempo, ahora, le da un aire antiguo, con falsas vidrieras catedralicias tapiadas y un gran jardín lleno de árboles y quizá glorietas, en una ladera frente al río. Ahí fue donde ella se sentaba entonces y murió aquí. Pero no podíamos ver el jardín desde la acera y nos volvimos a casa.

Al día siguiente fue muy raro, ayer, porque ahora el tiempo y el canal han apartado a Irlanda, y ahora que estamos en Worcester, antigua, rica y tradicional, toda esa pobreza cautelosa parece borrarse —ayer fuimos primero a la National Gallery, de la que no digo nada —habían limpiado mucho los cuadros— y luego a St. Patrick, sobre cuya puerta hay unas palabras tremendas y, frente a la puerta, una placa de bronce en forma de diamante, que marca la tumba del deán.[67] Allí, junto a él, yació durante unos años Stella, pero el último obispo, como señaló con sarcasmo el sacristán, señalando su oprobioso nombre en la larga lista, decidió que la enterraran a cierta distancia y cambió de sitio la placa de bronce de ella. Sospecho que esto fue por mojigatería y que, si hubieran enterrado a Swift en la tumba de ella, se habría equiparado al matrimonio. El epitafio de ella, que él escribió, alude a que él la celebraba. Sin embargo, el obispo los movió —y también por gazmoñería—, Lord Guiness revistió con estuco todas las columnas de mármol irlandés, para que se pareciera a South Kensington, y alguien, con la misma piedad, pavimentó el suelo con azulejos blancos y negros, muy parecidos a los de los hoteles —para gran enojo del viejo sacristán quien, como todos los demás, echaba de menos los viejos tiempos: nos mostró los establos de los

caballeros de St. Patrick, con sus cascos y armas; uno, del príncipe de Gales, otro, del duque de Connaught, «pero ya no vienen aquí». También él, como los tenderos y los hoteleros, hubiera acabado de buen grado con el presidente del Estado Libre. «No queremos ese odio, no es bueno para nadie», como me dijo el encargado del *ferry* de Holyhead esta mañana, cuando señaló el poco ganado que venía. Y en el desayuno —el mejor que me he tomado durante el viaje, porque el café estaba bueno— le dije a Leonard que toda esta gente es sensata. ¿Qué pasa con los políticos? Debatimos esto y luego nos pusimos en marcha, con el frío y la lluvia, en coche bajo el aguacero por Gales, pasamos Shrewsbury (decepcionante), Much Wenlock (bien) y mucho campo verde y próspero, hasta que llegamos a Worcester y nos alojamos, por última vez, en el Star. L. me dijo que no mirara fijamente a los que tomaban el té, pero me parece difícil no mirar a esos ingleses auténticos, a esos habitantes del corazón de la tierra, que hablan todo el tiempo de caballos y juegos, se reúnen con sus amigos en el salón y se sientan bebiendo, riendo e intercambiando cotilleo local bajo cuadros de caballos de carreras famosos. Los caballos dominan a Inglaterra como el salmón domina a Irlanda. En cada hotel irlandés se sienta un militar, con ojos de huevo escalfado y pelo de color arena, una voz fuerte y mandona, chaqueta a rayas blancas y negras y zapatillas rojas después de un día de pesca. Allí se sienta y bebe y pesca todo el día —descargando salmón tras salmón, si es en Galway los depositan en la orilla para sorpresa del abogado intelectual alemán, a quien nos volvimos a encontrar allí—. Nos dijo que le había visto pescar todo el día, que un día cuesta dos libras y que tienen que devolver al hombre del garfio la mitad de los peces que cogen y pagar por cada uno de ellos. Estaba maravillado. Y así se mantiene Irlanda: en todos los sitios donde hay un río, construyen una posada grande, con cocina casera, agua caliente, retretes para mujeres y hombres, a pesar de que en millas a la redonda no hay nada, salvo marismas y colinas, y allí, en la sala, se sienta el militar, paga por la pesca, mientras los autóctonos hablan, hablan y hablan, presumiblemente, sobre los reyes de Irlanda. No porque su folklore sea muy interesante, dijo Thompson. Una división rara del país.

Y aquí estamos en medio de la prosperidad de Worcester. Parece más rica que nunca —esta ciudad catedralicia, asentada en medio de las antiguas manufacturas de guantes y porcelana, de los gremios de la reina Anne, con el cinturón de las habituales casas eclesiásticas del siglo XVIII—; la verdad es que en Much Wenlock hay más piedra antigua, tallas y arquitectura de lo que se ve en toda Irlanda.

Estamos muy cansados de los hoteles, y contentos de que sea nuestra última noche, aunque este es muy cómodo.

1935

Virginia estaba revisando Los años. *El 1 de mayo, emprendieron un viaje por Europa en coche y se llevaron a Mitz, el tití de Leonard. Pasaron una semana en Holanda, tres días en Alemania y llegaron a Roma el 16 de mayo, donde se reunieron con Vanessa, Angelica y Quentin Bell. Llegaron a Monk's House el 31 de mayo y se encontraron con que su perra, Pinka, había muerto un día antes.*

En octubre, Virginia estuvo leyendo las cartas de Roger Fry y escribiendo notas para una posible biografía de su amigo.

Diario, Zutphen, 6 de mayo

Es el día del jubileo,[68] lo que me impresiona; hace muy bueno y el día es caluroso. En cuanto a Holanda: en primer lugar, las vacas llevan abrigo; en segundo, los ciclistas van en bandadas como los estorninos, juntos, casi rozándose. Conducir es peligroso. Las ciudades son grandes. Están espaciadas de milla a milla. Hemos vuelto a 1913. Por todas partes hay tiendas llenas de ropa, comida, libros. La gente se viste con una respetabilidad perfecta. Los marineros llevan gorros de fieltro. Las chicas de diez a veinticinco años son elegantes, gris perla, esbeltas, se mueven grácilmente con sus bicicletas. De los treinta a los cincuenta, han amasado cuerpos enormes. Pero los cuerpos siempre son correctos, acicalados, los zapatos elegantes, el pelo arreglado de forma bonita (y aquí se me ha caído ceniza del cigarrillo en las sábanas perfectamente limpias de este hotel modesto y vacío). Todas las calles son del siglo XVI o XVII, con marquesinas curvadas de color albaricoque. Como decimos, las casas son la gloria de Holanda —casas con grandes ventanas, talladas con suntuosidad; algunas se ladean un poco, otras son puntiagudas; pero cada una de ellas es sólida, arreglada y perfectamente respetable; anoche vi en ellas las cenas de domingo, viejos y viejas sentados con niños alrededor, cactus, un gato y un perro—. Se nos arraciman veinte personas donde quiera que paremos. El *azpi*, el *azpi*, no recuerdo exactamente lo que dicen. Las ciudades, demasiado grandes, por supuesto: Ámsterdam, un hinchado monstruo de piedra, hundido como una ruina junto a la marisma; nuestra primera comida en La Haya fue de veinte platos. Muy caro. Las comidas, muy temprano. La gente, tremendamente respetable. No hay signos de crisis o de guerra. El hombre del *ferry* dijo que, como todos los demás, deseaba que se hubieran salido del Patrón Oro. No hay turistas. Se acabó el

comercio con Inglaterra. Ah, pero las puertas talladas, las fachadas blancas y curvadas, los lilos; el aire de prosperidad, cepillada y adornada, antigüedad, aire, limpieza. Aquí en Zutphen —pero hace solo dos horas que hemos llegado y tenemos a nuestro Mitzi *levée*[69] y luego hemos venido a esta modesta posada, con un canal fuera y un ancho río más allá—.

Carta a Vanessa Bell
Hotel des Pays Bas, Utrecht, Holanda, 7 de mayo

Aquí estamos, en mitad de Holanda. Hasta ahora, todo ha sido perfecto —sol resplandeciente, sin accidentes hasta ahora, salvo porque matamos a una gallina, pero fue culpa de ella—. Sin embargo, es muy difícil conducir porque las calles son muy estrechas y hay millones de ciclistas —como bandadas de golondrinas e innumerables coches de carreras—. Incluso la prima Thea andaría en bicicleta si fuera holandesa. Hemos estado en Ámsterdam, Dordrecht, Zutphen y Haarlem. Todo está en la puerta de al lado —quiero decir que las ciudades están a seis campos de distancia unas de otras—. Lo sobresaliente es la belleza de la arquitectura; y los tejadillos, que son de todos los colores, y los canales, los tulipanes, los árboles en flor, derramando su reflejo en el agua —¿se puede decir eso?—. Tengo mucho frío y me arde la cara como un arenque despellejado. Apenas puedo escribir con algún sentido. Estamos tan quemados que es poco agradable cenar con un cura inglés. Por cierto, el único inglés que hemos visto. También he visto algunos de los mejores Rembrandts del mundo; y Veermers, pero no quieres descripciones. Aunque no sé cómo evitarlas, porque estamos aislados de la civilización por completo.

Esto es muy caro y creo que nos hemos gastado aquí en una semana lo que en tres en cualquier otra parte —y no hay mucha belleza humana, pero sí todas las virtudes: limpieza, honradez y demás; mal café y galletas deliciosas; las vacas llevan abrigos holandeses marrones; y es sorprendentemente bonito; las calles, el agua y las marismas, las gabarras y…, pero paro esta frase porque no puedo formar letras, solo debo decir que deberías pintar los campos de tulipanes y de jacintos, extendidos como veinte millas, con agua aquí y allá, dieciocho ovejas, seis molinos de viento, el sol poniéndose, la luna saliendo—.

Diario, Utrecht, miércoles, 8 de mayo

Volvimos a nuestra gran posada aquí, un día frío de conducción. Nos sentamos en el coche a almorzar y pasó un entierro delante de nosotros. El caballo, adornado de negro como un caballo de guerra medieval. El diseño de una ciudad holandesa es un puente, un canal, una calle bajo un arco, casas puntiagudas y escalonadas, toldos naranja y verde; 1620 señalado en talleres modernos; una gran torre de ladrillo rojo, luego una gran iglesia cerrada. El portero, un hombre respetable y bastante inválido, vive enfrente. Algunos frescos en paredes encaladas. Vacía y magnífica. Muy protestante. Bandadas de ciclistas. Una cantidad enorme de tiendas muy civilizadas —floristerías, zapatos, bicicletas, libros, todo lo que un ciudadano, de buena posición, pero no frívolo, puede comer, llevar o usar; todo brillante, impecable y limpio—. Libros ingleses, franceses, alemanes, al igual que holandeses. Tiendas encima de tiendas. Gente pululando. Ni un mendigo ni un barrio pobre. Riqueza sólida. Angulosidad. La sensación de que Holanda es una mujer de mediana edad muy respetable, individual, de facciones duras. Convenciones de 1913. Las mujeres no fuman ni conducen. Solo un hombre fuma en pipa por la calle.

Utrecht

Un día muy frío. Estoy sentada en una cafetería donde tres holandeses se están tomando cuernos rellenos de crema. La chica simpática me sonríe. Leonard ha ido a buscar las cartas (no había ninguna, por el jubileo). Dos niños comen pasteles. No toman té. Un establecimiento muy impecable y limpio.

Carta a Ethel Smyth
Roermond, Holanda, 8 de mayo

Ay, qué días estamos teniendo —saltando de una ciudad a otra—, imagínate la Inglaterra de Shakespeare todavía viva, con canales y macizos de tulipanes amarillos, *laburnum* amarillos, en cascadas, pero atestado, demasiada gente, el país demasiado pequeño; de vez en cuando una larga costa con un molino de viento. Estamos al borde de Alemania —mañana cruzaremos la frontera—.

Carta a Katherine Arnold-Forster
Roermond, Holanda, 8 de mayo

Te escribo en una sala llena de viejos oficiales holandeses que escuchan un ruidoso altavoz, así que no puedo deletrear ni pensar. Pero estamos disfrutando muchísimo —qué alivio estar fuera del alcance de Londres; Holanda está llena de vacas, canales y casas que se construyeron hace quinientos años y están exactamente igual, con señoras mayores que cepillan a sus gatos en las ventanas—. ¿Te he contado que viajamos con el tití de Leonard? Cada vez que nos paramos, se juntan multitudes para mirarlo —esperamos que incluso Hitler se ablande con nosotros—.

Diario, jueves, 9 de mayo

Sentada al sol, fuera de la aduana alemana. Un coche acaba de pasar la barrera, a Alemania, con la esvástica en la ventanilla trasera. Leonard está dentro. ¿Debería entrar y ver qué pasa? Una mañana buena, fría y ventosa. Pasar la aduana holandesa nos llevó diez segundos. Esto ya dura diez minutos. Las ventanas están desiertas. Aquí salieron y el hombre siniestro se rio de Mitz. Pero Leonard dijo que cuando un campesino entró y se quedó con el sombrero puesto, el hombre dijo: «Esta oficina es como una iglesia» y le hizo quitárselo. «*Heil* Hitler», dijo el chico delgado al abrir su bolsa, que quizá contenía una manzana, en la barrera. Nos pusimos obsequiosos —encantados cuando los oficiales le sonrieron a Mitzi—, nuestra primera concesión.

En Ulken: llegamos tarde al alojamiento, después de que nos desviaran para dejar pasar al ministro de la Presidencia.

En el Rin, sentada frente a la ventana, mirando el río. El camarero ha estado hablando. Ha estado en América: democrática; habla como si fuera un huésped más. Como un monito flexible. «Déjenme ver, les gusta el café bueno. ¿Qué tenemos bueno?», etc. También el encargado —estuvo en la City Road— quería volver y montar un hostal alemán en Bedford Place. Al cruzar el río, nos pilló Hitler (o Goering) y tuvimos que pasar a través de filas de niños con banderas rojas. Aplaudieron a Mitzi. Levanté la mano. La gente reunida al atardecer —bastante forzado, como los deportes en el colegio—. Pancartas colgadas sobre las calles «El judío es nuestro enemigo», «No hay sitio para los judíos en…». Así que salimos disparados para alejarnos de la masa dócil e histérica. Nuestra obsequiosidad se va convirtiendo en ira. Los nervios de punta. La sensación de una masa estúpida, enmascarada bajo el buen carácter. Así que hemos venido aquí, Unkel, una vieja casa de campo, con una barandilla curva, escalones bajos, la puerta de las escaleras, negra y rozada, y un patio. Muchos ojillos en el tejado,

conejos y palomas en casetas. El posadero juega a las cartas con su esposa. Todos se quieren marchar —de vuelta a Islington, de vuelta a Washington—. Ah, tan bonito, dijo el camarero, que quiere seguir hablando.

Diario, Innsbruck, domingo, 12 de mayo

Leonard dice que ahora puedo contar la verdad, pero he olvidado la verdad de dos días y mi pluma escurre tinta. Veamos. Fuimos de la vieja posada rural, cara, y condujimos Rin abajo y tratamos de verlo como una pareja prometida en 1840 —no salió bien—. Un campo feo y pretencioso —paisaje operístico—. Colinas altas pero insignificantes, erizadas de abetos negros y verdes, con torres y ruinas correctas —un río lleno de barcazas de carbón, como Oxford Street—; tráfico en las carreteras empedradas; luego, un muro se había derrumbado y nos obligaron a cruzar al lado que estaba bien. Y luego ¿adónde? Se me está olvidando. El día más aburrido de todos. Pero fuimos a Augsburgo y conseguimos una habitación con baño; seguimos a Heidelberg que es —sí— una ciudad universitaria muy distinguida en el Neckar. Los profesores y sus hijas tenían una velada musical. Los vi tropezando de una casa a otra, con pálidos y azules cuartetos de Beethoven bajo los brazos. Parecidos a los Verrall y los Darwin en el antiguo Cambridge —la misma ropa y las mismas caras agradables e inteligentes—. Grandes rododendros en flor. Aún cálido y azul. Y el río como un plato de cristal deslizándose. Y al día siguiente, Augsburgo, una ciudad aburrida, pero una habitación con baño. El campo mejora —se vuelve perfilado y espacioso—. De Augsburgo a Innsbruck, donde estoy sentada en la sala vacía —los hoteles están bastante vacíos y la ciudad tranquila como una tumba y muy majestuosa—. ¿Qué vimos hoy? Grandes colinas nevadas, con grandes grietas negras. Torrentes. Lagos, uno verde cobalto. Llovió por primera vez, y hacía frío en las montañas. ¡Qué raro vivir con nieve sucia a la puerta en mayo! Bonitos, pero utilitarios, los bosques de pinos. Tropas negras se reunían en manadas. La sensación de Hitler mitigada, aunque cada pueblo tiene un cartel «Die Juden sind hier unwunchst». Pero parece que los han puesto las autoridades. Por fin, hemos pasado a Austria y ahora estamos casi fuera del alcance de su oído.

Carta a Vanessa Bell
Verona, 13 de mayo

Acabamos de llegar y encontrar tu carta. ¿Serías tan angelical para reservarnos dos habitaciones individuales en el Albergo d'Inghilterra, para una semana, desde el día 16? Esto parece lo mejor; si una tiene baño, estamos dispuestos a pagar un suplemento de veinte liras al día.

Diario, Roma, lunes, 20 de mayo

¿Tienen alguna utilidad estas notas? Quizá cuando el editor de la mente haya avanzado, una pueda ver y seleccionar mejor. Quentin compró un periódico italiano y leyó que Lawrence[70] había muerto. Descalabrado en una moto. Pero ahora aprovecharé la media hora que tengo, antes de que vengan a cenar, para copiar del cuadernito que llevo en el bolso y escribo cuando ponemos gasolina o esperamos para una cosa u otra. De nuevo, qué utilidad, pero el grito de ese loro sofocará muchas cosas.

Brenner, lunes 13

Es raro ver cómo los países se transforman en otros. Las camas ahora están hechas a capas. No hay sábanas. Las casas se tornan austríacas, se dignifican. El invierno dura hasta julio en Innsbruck. No hay primavera. Italia enfrente como una barra azul. Los checoslovacos están enfrente, yendo a la oficina de la aduana.

Verona

Escrito después de beber vino. No quiero despertarme. Esta es la lujuria que descarría a muchos, pero no es comparable a mis emociones privadas. Y desaparece tan pronto, incluso mientras escribo; la razón vuelve. Puedo ver el mundo exterior. El oficial verde grisáceo leyendo el papel. Es extraño el rol que ha desempeñado el vino en la existencia humana. Omar Khayyam y demás. Cómo se mezclan todas las impresiones. Pienso en Violet Dickinson hace treinta años; Nessa; mi luna de miel; Roger mirando Verona desde el tren. La sensación es la de una banda apretada contra la cabeza, cosquilleo en las plantas de los pies, calor, y la primavera expandiéndose. ¿Cómo sería lo escrito por alguien totalmente borracho?

Una novela de Turguénev en el almuerzo. Cenas cosmopolitas.

Florencia (15 de mayo)

Casas de color ceniza con puertas verdes. El olor del café tostándose.

Perugia (15 de mayo)

Llegamos hoy desde Florencia. Vimos la catedral, blanca y verde. Y el Arno, amarillo, goteando en los bajíos. Una tormenta. Iris color púrpura contra las nubes. Luego a Arezzo. Una iglesia soberbia con el casco de la nave caído.

Lago Trasimeno

Se halla en un campo de tréboles rojo púrpura, el lago del color de los huevos de chorlito, olivos grises, exquisito, sutil, frío como el mar, verde concha. Seguimos, lamentando no habernos quedado en Perugia. El hotel Brufani, donde estuvimos en 1908. Ahora está igual. Las mismas mujeres ardientes quemadas por el sol. Pero encaje y demás a la venta. Habría sido mejor quedarnos en Trasimeno. Ayer entré en un *albergo* para comprar unos panecillos y vi una chimenea esculpida, toda ella patriarcal —criados y amos—. Un caldero en el fuego. Probablemente no ha cambiado mucho desde el siglo XVI: la gente preserva las leyendas. Hombres y mujeres segando con guadaña. Un ruiseñor cantaba donde nos sentamos. Las ranitas saltaban al arroyo.

Brufani

Tres personas miran la puerta que se abre y se cierra. Hacen comentarios sobre los visitantes como si fueran las Moiras —calculando, asignando lugar—. Una mujer con una cara aquilina, de líneas duras, los labios rojos, como un pájaro, perfectamente satisfecha consigo misma. Francesa. Ahora se sientan y mordisquean la naturaleza humana. Nos salva la excelencia de nuestro equipaje.

Roma

Té en un café. Señoras con abrigos claros y sombreros blancos. Música. Miro

fuera y veo a la gente como si fuera una película. Abisinia. Niños mendigando. Merodeadores de café. Helados. Un viejo que merodea el Greco.[71]

Un café en domingo. Nessa y Angelica dibujan. Mucho frío. Roma en un domingo mitigado pero perceptible. Feroces señoras viejas con gran papada. Quentin habla de Mónaco. Talleyrand. Algunas mujeres muy pobres, negruzcas. El efecto de desaliño producido por el pelo ralo. La carta del primer ministro ofreciéndome ser compañera de honor. No.

Diario, Aix-en-Provence, 26 de mayo

Escribo en Aix un atardecer de domingo, la banda toca y se para, los niños gritan en un hotel demasiado lujoso, donde los camareros te traen el menú y mezclo escandalosamente mi francés con viejos residuos de mi italiano adquirido dolorosamente. Sin embargo, puedo leer de un tirón *Gli Indifferenti,* que está sobre mi cama para mi deleite. Ay, el encanto de la tierra tranquila, aquí y allí —por ejemplo, esa primera mañana que salimos de Roma en coche, el mar y el borde de tierra inviolada; los pinos piñoneros, después de Civita Vecchia—. Luego, por supuesto, el aburrimiento intenso de Génova y la Riviera, con sus geranios y sus buganvillas y la sensación de que te empujaba entre la colina y el mar y te mantenía allí, en una luz brillante y lujosa, sin espacio donde ir, tan empinadas son las colinas como cuellos de buitre. Pero la primera noche dormimos en Lerici, que da a la bahía donde el mar rebosa, los barcos de velas verdes, las islas y las lámparas destellan en la noche con un rojo pálido y amarillo de forma perfecta. Pero ese tipo de perfección ya no estimula mi pluma —es demasiado fácil—.

Ahora la banda ha empezado otra vez y debemos bajar para comer suculentamente la trucha local. Mañana salimos y el viernes, en casa. Pero aunque estoy impaciente para alimentar mi cerebro de nuevo, puedo divertirme estos últimos días más que otras veces.

Diario, Moulins, martes, 28 de mayo

Aquí estamos, en otro hotel, esta vez con baño. Anoche, en Vienne. No había baño. El agua cortada en la ciudad. Un baño común para lavarse, que el encargado de ojos juntos abastecía de agua. Una cena local muy buena, cangrejos de río; un hotel corriente de viajantes, también frecuentado por oficiales de bajo

rango que hablan de tácticas militares y flirtean con las camareras. Las cosas siempre endulzadas por la mano de la mujer. Todo esto se lo tomaba con filosofía una enorme señora negra que servía crema agria. Aún puedo ver la última escena —qué pronto se borran— como un golpecito que me diera en la espinilla. Condujimos todo el día desde Aix bajo una lluvia constante, sin interrupción, el cielo, de color de barro, sobre nuestras cabezas y los campesinos cogían cerezas bajo la lluvia. Los árboles muy rojos, moteados de cerezas, lo único visible bajo el aguacero. Un día muy aburrido, pero por fin llegamos a Vienne, y hoy ha hecho muy buen día, por el campo que rodea las altas colinas.

Olvidé el casino en Montecarlo. Un día brillante, blanco y azul. Los parapetos esculpidos destellaban; una pequeña ciudad, abrigada en la bahía. Vi cúpulas y columnas y le dije a Leonard que era el casino, así que fuimos y tuvimos que entregar los pasaportes, firmar un papel, dejar el sombrero y el paraguas y, sin tener que pagar, entramos en un salón recargado pero sombrío, con siete u ocho mesas parecidas a las de billar, en las que se sentaba un grupo sombrío, sudoroso y bastante sórdido, con caras inexpresivas, mirando el movimiento del rastrillo dorado en el centro de la mesa. Tenían algo peculiar. Una no podía ubicarlos. Algunas eran institutrices sombrías con gafas, otros, profesores barbudos; había una aventurera ostentosa, pero la mayoría eran hombres de negocios, un poco, pero no demasiado, viciosos. Era una mañana dominical muy calurosa, sobre las doce, y esto, pensamos, es como la gente de nuestra cultura pasa las vacaciones. Vicio, aburrimiento y un exterior siniestro. Y seguimos.

Diario, Chartres, miércoles, 29 de mayo

Empiezo esta frase en un atardecer gris y ruidoso en Chartres, que podría ser de mediados de septiembre, decidida a dejar que pase bastante tiempo antes de volver a ir en coche. El panel de cristal que presiona con firmeza la mente en estos viajes —aquí estoy, vitrificada en mi asiento; no puedo leer, hablar, escribir; solo mirar las interminables avenidas de plátanos y álamos; lluvia, lluvia; el viejo con un carro; preguntar por el kilometraje; mirar el mapa, encender un cigarrillo y volver a los viejos problemas, prácticamente los mismos, porque no puedo empezar con otro hasta que las puertas de la jaula se abran—; todo esto hace que los dos últimos días sean intolerables, mientras que los dos primeros fueron extáticos.

Y, además, siempre llueve; al acercarnos a la llanura de Chartres casi había niebla. En Orleans estaba tan gris como en noviembre. Solo el pensamiento de

estar tranquila en mi propia butaca hace que esta estafa —escribo en la ventana, mirando un vasto espacio desnudo— sea tolerable. Pero es extraño cómo una desea estirar el muelle de la mente —dejarse volar: qué insípida es la vida sin… ¿escribir?, ¿es eso?—. Sin embargo, es nuestra mejor gira y la menos fatigosa. Solo que habría deseado dos días menos atravesando Francia.

También es la depresión de los camareros y las mujeres tras el cristal en el vestíbulo. Pero disfrutaré de la cena. Y solo un día más —de todas formas, me llevará un día o dos desprenderme del panel de cristal—.

Y dejé la pluma y fui a buscar a Leonard para ir a la catedral, que estaba casi a oscuras y era melodramática —quiero decir sorprendente, lo único que se veía eran arcos y sombras, estábamos solos y las ventanas azules resplandecían en la noche gris y fría—. De hecho, fue como ver el esqueleto y los ojos de la catedral brillando allí. Meros huesos y los ojos azules y rojos. Las ventanas son todas azules y rojas, y en un extremo arde la joya, el gran rosetón, azul ardiente en una negrura de carbón, pues a todo el mundo le gusta algo colocado en un vasto…, ¿qué? Un cuerpo de mujer no servirá. La joya del mundo, pues, ¿o es eso sentimental? Después de habernos sentado y mirar despacio, la grisura volvió a las gruesas columnas, pero la sombría visión permaneció. Nunca habíamos visto algo tan vacío, tan arquitectónico, una declaración de proporciones, salvo por el vidrio, que variaba de lo triste a lo trascendente. Luego volvimos para una cena de primera, pensada y presidida por un gallardo y joven chef, parecido a Raymond, solo que con más talento y encanto. Por ejemplo, confeccionó una salsa de nata, judías verdes, mostaza, sal y vino. Para añadir el vino puso el dedo, que no estaba limpio, tapando la mitad de la boca de la botella. Luego dejó que la salsa cociera a fuego lento sobre un hornillo; después trajo una cacerola marrón rojizo y echó la salsa por encima. Nuestra cena fue buena y meditada: yo tomé champiñones con nata. Y observé la forma en que un buen camarero sirve un plato, con infinito cuidado y respeto, como si manejara algo precioso. Ahora Chartres está más silencioso, y a dormir.

Carta a Victoria Ocampo
Moulins, Francia, 28 de mayo

Hemos estado en Holanda, Alemania e Italia, y hemos visto tantas civilizaciones diferentes; de hecho, tengo el cerebro tan atestado que quiero sumergirme en un coma, como una peonza y dejar de girar.

Ay, ya he gastado todas las vacaciones de este año y no iré tan lejos como a

Sudamérica. ¿En otra ocasión? Espero que sí.

1936

La salud de Virginia se resintió por el esfuerzo de corregir Los años, *novela que consideró un fracaso, y los Woolf se fueron a Rodmell. Cuando llegaron las pruebas del libro, no las quiso mirar durante dos meses y pospuso su publicación hasta 1937. Después de pasar varios días en cama, con fuertes dolores de cabeza, Leonard propuso que se fueran de vacaciones a Cornualles, durante diez días. Estuvieron casi todo el tiempo en casa de los Arnold-Forster, en Zennor.*

Carta a Vita Sackville-West
Budock Fean, Falmouth (Cornualles), 14 de mayo

Si todas las viejas damas y caballeros no estuvieran golpeteando y parloteando a mi alrededor —escribo en el salón, suena un *foxtrot*—, debería rellenar al menos treinta páginas con descripciones de Cornualles. ¡Qué sitio! ¿Por qué pasamos parte de nuestras cortas vidas en Sussex, Kent o Londres? Vamos de bahía en bahía, y hemos descubierto una zona solitaria y virgen por completo, ni un *bungalow*, solo huellas de las gaviotas en la arena. Aquí y allí, un castillo, y un viejo pescando en su río con el mar rompiendo detrás de bosquecillos de acebo y el ribete de una verde colina. ¿Quién es el dueño del castillo Caerhays? ¿Por qué no lo eres tú? Tienes que venir y verlo —es mucho mejor que Land's End—.

1937

El 7 de mayo, los Woolf, que se llevaron a Mitzi, se fueron en coche a la Dordoña y regresaron el 25; estuvieron unos días en Souillac y visitaron Les Eyzies, Albi, la casa de George Sand en Nohant, y Maintenon. Fue el único viaje de ese año. El 20 de julio llegó la noticia de la muerte de Julian Bell, el hijo mayor de Vanessa, en la guerra civil española, donde había ido a conducir una ambulancia para el bando republicano. Los Woolf se quedaron todo el verano en Monk's House y Virginia se dedicó a consolar y apoyar a su hermana.

El 15 de marzo había publicado Los años.

Carta a Vanessa Bell
Le Grand Hotel, Souillac, 12 de mayo

Nos quedaremos aquí unos días —creo que Roger estuvo aquí—, un valle precioso, con colinas, no lejos del curso del Dordoña; me parece una pequeña posada perfecta: limpia, paté de *foie* en todas las comidas, café y bollos; Leonard aún dice, para enfurecerme, que The White Hart es mejor.

El único inconveniente es un frío glacial, tormentas, y un inglés cultivado que ha resultado ser el primo de Harry Norton. ¿Por qué no vivimos en Francia? No me lo explico. Solo el silencio del teléfono basta; sin Colefax: sin compromisos. Y anoche nos sentamos a la orilla del río en un viñedo y vimos…; no, no: no sigo porque va a sonar el timbre para la cena. Bebemos un estupendo vino rosado. Hay una iglesia muy notable; en muchos aspectos, es como Italia. Fuimos a una gruta y vimos estalactitas goteando, rojas y verdes.

Diario, 25 de mayo

Estas son las crónicas toscas y rápidas de nuestro último viaje a Francia para llenar esta mañana distraída. Las intentaré copiar aquí.

Por ejemplo, vimos las primeras vides en La Chemillé, el domingo 8 de mayo, al conducir desde Dieppe durante una mañana bastante buena. La carretera, hacia delante, parecía un campanario blanco. En Uzerche, donde nos quedamos, vimos a una mujer cosiendo una tela blanca a la orilla del río. Llamó a las vacas, que la obedecieron. El rumor del río era infantil y jovial. Las flores eran como las de una pradera isabelina. Un hombre cortaba madera en el bosque, en lo alto. Pude oír los sonidos huecos. No había otro sonido. Y un chico nos indicó el camino, abrió la puerta de un gran granero. También pinchamos ese día y el hombre del taller, al hablar sobre Mitzi, que es siempre nuestra presentación a la humanidad, nos dijo que había estado en Gambia y deseaba estar allí y no en aquel pueblo francés muerto en vida, donde los padres de su esposa le obligaban a vivir.

Luego a Souillac. Allí, nos trasladamos doscientos años atrás. Nos sentamos a la orilla del Dordoña al atardecer y vimos a un hombre con un gran sombrero y polainas, y a mujeres que lavaban ropa sobre tablillas. Había una cabaña

construida contra la roca, como en una escena teatral, y un hombre sentado allí, mientras las mujeres entraban y salían. Todo esto, dije, sucedió hace doscientos años. El castillo era Cromwell Road,[72] pero tenía una capilla y graneros con tejados de color marrón claro. Los tejados aquí son como gorros alargados de fieltro, encasquetados, con una abolladura en medio. La capilla me recordó a la época de Rousseau. Los hombres iban a pescar. Quizá los campesinos estaban contratados en la gran casa. De pronto, una tormenta repentina —como de costumbre—. El tiempo aquí es «temperamental».

El día perfecto —mayo—. Calor. Fuimos a las cuevas.[73] Las huellas, de un marrón rojizo, de animales prehistóricos, medio borradas por los niños que solían jugar aquí, hasta que vino alguien de París y vio estas pinturas. Toda esta región es muy clásica, con sus álamos en arboledas rectas y decorosas y las colinas detrás. Luego, pasé un mal rato en la tienda de antigüedades —los vendedores de muebles antiguos son una gente horrible en todas partes—. Mentirosos, arañas atrapando turistas. Tuve que comprar un plato por cinco chelines para que me dejaran en paz, pero no me gané mucha simpatía por eso. Las alacenas solo costaban tres libras, pero no las enviaban. El hombre había hecho malos dibujos de la vida parisina —recuerdos de juventud, estúpidos e imitativos—. La vanidad de un artista y la avaricia de un campesino. Pero vi su dormitorio, que me interesó, con el retrete fuera. Entonces, empezó a hacer mucho calor. Un pregonero dio la vuelta por Souillac, tocando un tambor para anunciar una obra de Loti. Los dos nos sentimos mal, quizá por haber comido trufas. Un gran día en Meryone, donde me gustaría vivir —arriba, en el castillo—. Una vieja cortaba salsifí en tiras finas. Hablamos de los jabalíes; algunas veces los matan; son bastante mansos; se los comen. La iglesia estaba llena de flores por Pentecostés. La granja con el gran palomar; todas esas cosas viejas que no cuidan, pero las usan y dejan que caigan en la decadencia.

El domingo era la *fête*. La gente con ropa brillante. Los pueblos llenos de hombres negros, esperando. La señora como la *Princesse Lointaine*.[74] Carros de granja en el convento. Una niñita, que vivía en el convento, cogió caracoles para Mitz.

Carretera a Albi. Un día frío y nublado. Los paraguas abiertos en la plaza; la gente cenando fuera. Cena muy mala, debido a la muchedumbre de la noche de fiesta. Al final, había tantos comensales que nos levantamos y nos fuimos. Luego a Najac, sórdidamente medieval; adornado; con grandes vigas; y gente con las cabezas envueltas y sofocadas, alrededor de una fuente medieval. No es un sitio para que vivan los seres humanos —la Edad Media—. Casas colgadas en lo alto del acantilado. El río, aplanado, debajo. Un paso lento, irreal y tranquilo, como si

estuvieran viviendo dentro de una concha vieja. Los viejos chismorreaban, con bastones puntiagudos. Sin vida, sin tiendas; suciedad y miseria. Albi en un festivo muy húmedo. Un hotel llamativo; en el vestíbulo había un círculo de luz eléctrica roja que se encendía y se apagaba. Cena mala. El peor hotel que encontramos hasta entonces. Anduvimos bajo la lluvia. La catedral era magnífica, como una fábrica de color rojo, firme, estriada como una roca, pintada por dentro. Y así. Lluvia toda la noche. La habitación velada por el polvo. Las paredes sucias —probablemente, bichos—.

En Rodez, el mejor hotel del mundo. Nos subió el ánimo. Un largo paseo después del té. Nos sentamos y miramos las montañas sobre el valle plano, muy verde, de los ruiseñores. No había películas de la coronación. Leyendo *Elle et Lui*,[75] un *best seller* muy bueno, no podía parar de leer. Dicen que mayo siempre es tormentoso. Ah, una catedral muy bonita en Rodez, de color rojo óxido. En un valle, supongo que paramos para repostar. El Dordoña corría por un prado; colinas escarpadas con maleza verde; las copas de los árboles, muy tupidas. Frío y gris.

Leía el Beckford de Guy Chapman[76]—pero ¿por qué escribir de este frío egocéntrico?, ¿de este hombre trivial?—. Chirrido de pájaros y saltamontes. En Aurillac, un hotel de primera categoría. Cena típica; huevos fritos, jamón y arroz. Crema de chocolate con bizcochos flotando. Berenjenas con panceta troceada y salsa para carne, también rellenas con un aliño de queso.

Frío, frío y lluvia; dormimos en el pueblo de Treignac. Subimos andando hasta la cima de la montaña para ver las tumbas de los druidas. Toda verdes, empapadas, bajo los árboles; el cuco llamaba; una pequeña granja de pastores, la lluvia caía como una inundación; al subir, siguiendo las flechas, los senderos se enroscaban; unas vistas divinas, neblinosas. Tuvimos que parar, mojados hasta los huesos, volver; cambiarnos. Nos fuimos a la cama, no había sillas, un lugar pequeño y limpio, habría que volverlo a ver, era tan bonito incluso así.

Perdí las gafas en Beaugency, la ciudad perfecta junto al Loira. Maintenon, a cincuenta millas de París; viejas garras de ruinas contra el brillante cielo del ocaso, después de la cena. Pájaros cantando; muchos ruiseñores, muy bonitos y puros. Todo silencioso y sin estropear. Pero esto cambió rápidamente. Cincuenta millas en una hora. *C'est un oustiti? —un petit singe. Est-ce que il est dangereux?*[77] La misma charla en todas las ciudades: muestra la pobreza del género humano. Un calor abrasador mientras repostábamos. Almuerzo en Ruan, en una plaza cerca de la catedral. Soso, dicen los ingleses. Les di sal. Sol ardiente, la carretera vacía, plana, sin casas. Preocupados por Maynard,[78] hasta el punto de temer el correo o comprar el periódico. Las viejas heridas doliendo. Sin embargo, un final

muy bueno para nuestro viaje. Sin malas noticias de Maynard en Dieppe; un buen hotel, el Rhine; un hombre que habló con fluidez e inteligencia acerca de Sudáfrica. Noche a bordo, el mar en calma; llegamos a Newhaven; los aduaneros encontraron cigarrillos en otro coche; nosotros pasamos y desayunamos en el Bridge Inn huevos y panceta; de ahí, a Monk's House, todo muy privado y tranquilo; contentos por las sillas, la intimidad y el lujo del jardín, con la hierba y los frutales; no aguanta mal la comparación. Sally[79] saltó sobre Leonard y abandonó a Percy. Ahora, a Londres para un par de días, y otra semana aquí.

1938

El 2 de junio se publicó Tres guineas.

Los Woolf se fueron de vacaciones a Escocia del 16 de junio al 2 de julio. Se quedaron unos días en Northumberland y desde las Highlands fueron a la isla de Skye. Aparte de un breve viaje a Glasgow en 1913, era la primera vez que Virginia iba a Escocia.

Diario, jueves, 16 de junio

Baldock. Parada para encender una pipa en Icknield Way, una calle raquítica con villas de color amarillo. Ahora St. James Deeping. Pasado Croyland, una iglesia diseñada de forma magnífica. Ahora hace mucho calor; llano; un viejo caballero rural pescando. El río por encima del nivel de la carretera. Seguimos a Gainsborough, almuerzo en Peterborough: chimeneas de fábrica. La barrera de la vía férrea abierta. Gainsborough, un palacio veneciano rojo alzado entre *bungalows* en una plaza de hierba sin cuidar. Ventanas largas, paredes inclinadas, un laberinto de callejones. Una extraña ciudad olvidada.

Carta a Vanessa Bell
The George Inn, Chollerford, Northumberland, Sábado, ١٨ de junio

Chollerford, como probablemente sabes, es un puente romano (solo queda un arco), sobre el río Tyne, al pie del gran muro de Adriano, que separa Inglaterra de Escocia.

Debo añadir rápidamente que debemos dejar Londres a las siete de una buena mañana de verano; llegar a Peterborough a las doce, luego visitar la isla de Thorney y la abadía Crowland. Esta última es la iglesia más bonita de Inglaterra. Está en mitad de los Fens. Y es exactamente como una iglesia de la Dordoña. Por qué no es tan majestuosa, no lo sé. Pero podríamos ver todo esto —y los Fens— y podríamos comer un almuerzo inglés, fruta, ensalada, rosbif frío y estar de vuelta en Londres a las ocho para el espectáculo de Angelica. Así que piénsalo. Inglaterra está prácticamente por descubrir y es increíblemente bonita. No describiré el castillo rosa rojizo que descubrimos en las calles de atrás de Gainsborough[80] que, dejando a un lado Siena, no tiene rival. La hierba crece a su alrededor; por supuesto, con barandillas de hierro incluidas; cáscaras de naranja; bolsas de papel; un viejo noble vive en una gran torre. Ya basta…

Podría llenar dieciséis resmas de papel sobre la vida en este hotel. Esta mañana, en el desayuno, había una partida de cazadores de nutrias: el río atraviesa el jardín. Viejas señoras septuagenarias aparecieron con trajes de *tweed*, y zarpas de nutrias o zorros montadas en oro y prendidas en el pecho. Anoche, me quedé a solas con dos solteronas, quienes, después de darme una cordial bienvenida, se pelearon entre ellas acerca de las cartas del solitario, con tal ferocidad que toda la habitación resonaba. Toda discreción quedó olvidada. Sus faldas se alzaban sobre sus largas piernas bronceadas. Y ahora leen frente a mí. Pero la llave para sus almas es el solitario —no puedo profundizar más—.

Diario, domingo, 19 de junio

En Housesteads (Northumberland). Espinos, ovejas. El muro romano y chicos de cabezas blancas delante de él. Millas y millas de campiña de lavanda. Una carretera quebradiza color de hilo cruza la vasta y solitaria tierra sin cultivar. Hoy, todo nubes y azul y viento. El muro es una ola con una cresta afilada, como la de una ola que fuera a romper. Luego, llano. Ciénagas bajo la cresta. Ahora, esperando a que pare la lluvia, porque soplaba el viento y llovía ese día en el muro. A unas millas de Corbridge, esperando en medio del páramo. Muy negro. Las alondras cantando. El almuerzo, postergado. Un grupo de noventa personas almorzando en la posada de Piercebridge (17 de junio). Una sensación de la vida local del siglo XVIII, comidas para celebrar algún deporte. Seguimos a Manse en un jardín; una sólida casa privada que acepta huéspedes. Jamón caliente y fruta, pero nata auténtica, mirando sobre una fea hilera de casas. Luego los Peninos. Están envueltos en una niebla de verano. Las alondras cantando. Leonard busca

agua para Sally.

Sentada en la carretera, bajo el muro romano, mientras Leonard limpia las bujías. Y he estado leyendo una traducción de versos griegos y pensando con despreocupación. Cuando una lee, la mente es como un aeroplano de propulsión invisible, rápido e inconsciente —un estado que se logra raras veces—. Las vacas suben hacia la colina por alguna simpatía simultánea. El viento mueve el coche. Demasiado ventoso para subir y ver el lago. Motivo por el cual las colinas son aún romanas —el paisaje inmortal…, lo que ellos vieron lo veo yo—. El viento, el viento de junio, el agua y la nieve. Las ovejas, ensartadas en la turba como perlas. No hay sombra, ni refugio. Los romanos mirando sobre la frontera. Ahora no viene nada. Todas las flores silvestres blancas, a lo largo de la frontera de hierba, agitadas con violencia. Muchos campamentos sepultados. La hierba aún marca su forma. ¿Por qué excavar? No creo que sea una impresionante reconstrucción del pasado, demasiado parecido a los cimientos de una granja cuando excavan. Sin embargo, la sensación de avanzadilla de las torrecillas de vigilancia permanece. Fuertes desde donde luchar, el muro desde donde observar. En un pozo encontraron una botella de vidrio. Y las letrinas y la casa del tesoro.

(Lunes, 20 de junio). La frontera escocesa, lunes, las once menos diez. Sentada en el coche, miro hacia una gran extensión de pequeñas colinas teñidas de esmeralda que alzan un gran flujo de tierra verde. Algunas barras de árboles; por lo demás, hierba; no hay cultivos ni carreteras. Carter Bar detrás; ondulación de colinas a lo lejos; solo algunos árboles dispersos. Un campo marrón rojizo; algunas colinas con forma de tienda de campaña. El cartel está escrito en escocés —una carretera del páramo—. Cómo Scott debió de venir por aquí, cerca de Jedburgh. Un día frío y ventoso, con placas azules y los consiguientes colores que flotan. Una novelista debería de ser capaz de describir a dos hermanas solteronas que abrían cartas en el desayuno con las direcciones impresas. «Qué tremendamente estúpida…, dije que el 18» (un fragmento de la conversación en la mesa del desayuno en Chollerford. Estas viejas señoras me pillaron fumándome un cigarro. Hacían solitarios frenéticamente, pero los domingos no. Entonces leen libros voluminosos).

(Martes, 21 de junio). Ahora en Midlothian. Parada para poner gasolina, de camino a Stirling. La niebla escocesa se cuela entre los árboles. Un tiempo escocés normal. Grandes colinas. Feas casas puritanas. El hotel Hydro Melrose fue

construido hace noventa años. Una mujer llamó y dijo que había visto a la señora Woolf andando por Melrose el sábado. Clarividencia, porque no estuve allí. Galashiels es una ciudad manufacturera. Horrible. Fragmentos de charla oídos en el Hydro Melrose. Señoras, de suave voz escocesa, se sentaban en sus sitios reservados cerca del fuego, junto a la ventana. «Me estaba preguntando por qué vas de acá para allá con el paraguas». Una que daba puntadas: «Me pregunto si debería lavarlo y empezar de nuevo. Estoy trabajando con material sucio».

Aquí hago una interposición. Nos paramos en Dryburgh para ver la tumba de Scott. Está bajo el roto palanquín de una capilla en ruinas. El tejado justo para cubrirla. Y allí yace, *sir* Walter Scott *baronet*, en una cajita de *blancmange* de chocolate,[81] con esas palabras grabadas, anchas y planas, en la tapa. Como la dama Charlotte está enterrada junto a él y cubierta con la misma losa de chocolate, debe de haber sido del gusto de él. Y hay algo que encaja ahí. Porque la abadía es impresionante y el río corre al pie del campo, y todas las viejas ruinas de escoceses le rodean. Cogí una lila blanca de recuerdo, pero la perdí. Un lugar aireado, pero Scott está muy apretado, Lockhart, su yerno, a sus pies, y también está la de Haig, con amapolas rojo oscuro.

Pero las señoras viejas están hablando del Dr. John Brown, cuyo hermano fue médico en Melrose. Pronto me dolerá la cabeza y mis sentidos estarán confusos. Comí demasiados pasteles con el té y hay una gran cena a las siete. «Creo que es muy simpático —su marido—. Ella es muy suya. Un cír-cu-lo muy agradable. ¿Dónde viven? Se han retirado en Perthshire… Me quedan tres puntadas… La señorita Peace vino a la sala de lectura con su amiga y quería un buen fuego. ¿No podía haber tocado el timbre o algo así? ¡Ah, aquí estás! (deja la labor). Ahora han abierto tantos sitios. Hace dos años fue el centenario (¿de Dryburgh?). Fui a la reunión. Hubo un oficio, muy interesante. Todos los ministros. Cinco en el andén. Posiblemente el moderador.[82] Fue muy agradable, hizo muy bueno y el sitio estaba lleno. Los pájaros se unieron a la música. El cumpleaños de Alan Haig». No, no creo que pueda anotarlo todo. Las viejas criaturas están sentadas en un sofá no mucho más viejo que yo, me atrevería a decir. Sí, tienen unos sesenta y cinco.

El viento brama en los árboles sin hojas y un estanque azul constata los cambios. Glencoe. Amenazador. Colinas de color verde hoja, islas flotantes, una cadena de coches en movimiento; sin habitantes, solo turistas… El Ben Nevis con rayas de nieve. El mar. Pequeños botes; la sensación de Grecia y de Cornualles. Banderas amarillas, grandes dedaleras; no hay granjas, pueblos o *cottages*; una tierra muerta, invadida por los insectos. Un viejo que no podía levantarse de la silla, otras dos señoras cuyas piernas desbordaban sus zapatos; todos vestidos

para cenar y sentados en el salón. Esto fue en una buena posada, en Crianlarich. Un lago con estalactitas y árboles verdes en medio: el cuenco de las colinas. Las colinas, con terciopelo verde hoja. Luz de día a las once de la noche. El lago Ness se tragó a la señora Hambro. Llevaba perlas.

Y ahora, harta de copiar, rompo el resto —una lección para el próximo viaje, no escribir a lápiz notas interminables que hay que copiar—. También lamento algunas: experimentos, tipo Boswell, en las posadas. También la mujer cuya abuela trabajó para los Wordsworth y le recordaba como un anciano con capa de forro rojo murmurando poemas. Algunas veces les daba palmaditas en la cabeza a los niños, pero nunca hablaba con ellos. Por otra parte, H. Coleridge siempre estaba bebiendo con los hombres en el *pub*.

Carta a Vanessa Bell
Hotel Flodigarry, Portree, isla de Skye, 25 de junio

Pues aquí estamos, en Skye, y parece los Mares del Sur —completamente remoto, rodeado por agua, la gente habla en gaélico, no hay trenes, ni periódicos de Londres y escasos habitantes. Lo creas o no, está (a su manera, como la gente dice), hasta donde puedo juzgar, al mismo nivel que Italia, Grecia o Florencia. Nadie de Fitzroy Street[83] lo creerá y tienes aversión por las descripciones —además, en la sala pululan y se asoman turistas de Edimburgo, uno de los cuales tiene un *spaniel*, como Sally, pero «todos los míos están entrenados para las armas, lo único es que no traen las liebres», así que no puedo seguir, aunque lo desearas—. Solo…, bueno, en las Highlands de Duncan, los colores, en un profundo lago azul en calma total, de los árboles, verde y púrpura, que se reflejaban en medio de las aguas circundadas de juncos verdes e iris amarillos, todo el cielo y una colina púrpura —bueno, suficiente—. Una tendría que ser pintora. Como escritora, siento que la belleza, que es casi por completo color, muy sutil, muy cambiante, gotea por mi pluma como si derramaras una gran jarra de champán sobre una horquilla. Hoy hemos dado la vuelta a la isla, visto Dunvegan y los niños del jefe vigesimoséptimo del clan, simpáticos críos pelirrojos; como la puerta del castillo estaba abierta, he entrado; me dijeron educadamente que el castillo está cerrado a los visitantes, pero pude ver el jardín. Ahí vi a un guardabosques, con dos colas de gatos salvajes. Dicen que las águilas abundan y a menudo se llevan ovejas; las ovejas y los *terriers* de Sky son las únicas industrias; las viejas viven en cabañas redondas, que tienen la misma forma que los *terriers* de Skye, y puedes contar a todos los nativos en veinte pies,

pero en las ciudades son muy codiciosos y no tiene sentido tratar de comprar algo, porque el precio, incluso el de la carne de Sally, es al menos seis veces mayor que en nuestra honrada tierra. De todas formas, los escoceses son grandes seductores y cantan por la nariz como teteras musicales. El único cotilleo local que he conseguido para ti es sobre la esposa del señor Hambro, la que se ahogó en el lago Ness. Conocimos, en una posada, a una pareja irlandesa encantadora que mantenía contacto amistoso con el monstruo. Lo habían visto. Es como varios postes de telégrafo rotos y nada a muchísima velocidad. No tiene cabeza. Se le ve constantemente. Bueno, después de que la señora Hambro se ahogara, la compañía de seguros envió a buzos, porque llevaba treinta mil libras en perlas en la cabeza. Bucearon y llegaron a la entrada de una gran cueva, de donde salía agua caliente; la corriente era tan fuerte y el horror que sintieron tan grande que se negaron a seguir, convencidos de que el monstruo vivía allí, en un agujero bajo la colina. Resumiendo: la señora Hambro fue engullida. Nunca se ha recuperado el cadáver de ningún ahogado y ahora los autóctonos se niegan a ir en bote o a bañarse. Este es todo el cotilleo local.

Carta a Ethel Smyth
Hotel Flodigarry, Skye, 26 de junio

Sí, estuvimos dos días en el Muro de Adriano; nos tumbamos en lo alto un día caluroso; y vimos el paisaje más bonito del mundo para mí; millas y millas de soledad color lavanda, con el blanco hilo de un sendero; madre mía, si fuera escritora, cómo podría describir eso: la inmensidad y la tragedia y la razón de los romanos, el tiempo y la eternidad; y luego el blanco espino silvestre y las ovejas pastando, y tres niñitos de cabezas blancas jugando en un campamento romano.

Sí, nunca he visto un campo más de mi gusto que el del muro: ¿sabes cuando de pronto un campo expande una burbuja de aire en tu mente; quiero decir que establece un estado de ánimo total, que estaba en tu mente pero sin expresar, así que a cada vuelta del camino es como recordar a medias y pensar que no puede llegar, pero entonces lo hace?; el sentimiento que provoca un sueño y ¿también que una misma es la Virginia real o la Ethel real, la latente, la eterna? Ahora ya basta sobre el muro, al cual volveré, si vivo lo suficiente. Un atardecer anduvimos desde Chollerford al castillo Haughton; ¡madre mía!, el río se deslizaba, el viejo castillo, y el sendero de hierba y la gente —campesinos vagando por la orilla y hablándonos, algo parecido a la época de Isabel, así que sentí que estaba de verdad en Shakespeare, una de sus obras del norte—.

Solo una semana más y estaremos de vuelta. Pero siento como si me hubiera escabullido hacia las alturas con los canosos perros pastores, la caza de la nutria, las ruinas de Melrose y Dryburgh, donde sacié mi pasión por Scott, en su tumba, como *blancmange* de chocolate —muy apropiadamente, también crecía la lila silvestre—, y Haig estaba cubierto por rojas amapolas apretadas, cuyo color se aproximaba a él. Ahora conducimos entre una mezcla de sol y niebla por la isla, así que el garabato de esta mano embriagada debe detenerse.

Carta a Vanessa Bell
Park Hotel, Oban, Argyllshire, martes, 28 de junio

Ahora estamos en Oban, que es, por lo que he visto, el Ramsgate de las Highlands. Solo que los escoceses tienen la melancolía en los huesos —de aquí es de donde los Stephen, dijo Julian,[84] sacaron su melancolía negra, convertida en locura en algunos de nosotros por una gota de sangre francesa—, carecen de frivolidad, están hechos de granito incluso en las casetas de baño, no digamos los hoteles. El resultado es sombrío; y en cada farola hay un cartel, «Por favor, no escupan en la acera». Ayer tuvimos un trayecto terrible, en una de las peores galernas sobre una travesía agreste. Los árboles volaban; los ríos eran cataratas, muy hermosos si la lluvia hubiera cesado, pero no lo hizo. Estábamos sin gasolina y el aceite obstruía el motor. Pero los milagros ocurren y, de pronto, apareció una posada en una garganta negra; y al abrir la puerta, había veinte mesas con manteles extendidos con forma de diamante, doncellas con delantales blancos y siete tipos de pasteles, incluyendo la mejor *shortbread*[85] que he comido. Nos dieron una cordial bienvenida veinte viejos pescadores y pescadoras —eran prácticamente asexuados y a menudo tomé a uno por un perro y viceversa—; algunos llevaban días pescando bajo la lluvia y habían cogido una trucha. Hablaban con tal acento irlandés que tuve que inventarme las réplicas, tan fuera del tema, que hubo un momento en el que estaba hablando de la muerte de la reina madre y ellos de las comadrejas o algo parecido. Luego, nos repararon el coche en un taller y nos lanzamos al desierto y, cuando la noche caía —es un tipo de ocaso cadavérico, porque el sol ni sale ni se pone en las Highlands—, vi dos grandes ciervos que saltaban de roca en roca. Esta es toda la descripción, que puedes saltarte.

Hoy he comprado unos guantes de lana y un sombrero impermeable —mis únicas compras, porque no darías crédito a esta escasez de civilización—. No crece ni un nabo, ni un repollo: solo rosas silvestres y dedaleras; y el tiempo es

como una veleta, la mitad del día es estupendo y luego te hielas. La comida varía. Anoche, incluso tú habrías estado bastante satisfecha; simple y del país; el pescado es la mejor baza, dice Leonard —el bacalao y el arenque, divinos, pero a mí el pescado a todas horas no me parece un buen invento—. Luego los pasteles. Leonard dice que son inigualables; a mí no me gustan los *scones*[86] en el desayuno o el jengibre en el pastel. Sin embargo, incluso los pasteles dulces más frívolos están muy buenos. Y las gachas son un sueño. Solo que detesto las gachas. Aquí hay una sencilla y buena sopa, con verduras de todas clases. Eso me gusta y el esplendor de las salchichas, la panceta, el jamón, los huevos, las uvas, la torta de avena, el jamón a la plancha para desayunar. La gente es encantadora. El señor Cunningham, panadero, me va a enviar seis latas de sus propias *shortbreads*. Él, su esposa e hijos, en Skye, eran increíblemente simpáticos, y adoro a todos los que viven en hoteles, pero no tanto como te adoro a ti.

Leonard le está quitando a Sally las garrapatas de la cabeza, pero te manda besos.

1939

En enero, los Woolf fueron a visitar a Sigmund Freud en Hampstead. En marzo, la Universidad de Liverpool ofreció a Virginia un doctorado honorífico que ella rechazó.

El 5 de junio, Virginia y Leonard emprendieron el que sería su último viaje juntos al extranjero. Se fueron en coche a Bretaña y Normandía, y regresaron a Inglaterra el 20 de junio. El cuaderno de notas de viaje de Virginia no se ha conservado. Pasaron todo el verano en Monk's House. El 1 de septiembre, Hitler invadió Polonia y, unos días más tarde, Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania. En octubre, los Woolf se fueron a vivir a Monk's House, haciendo breves estancias en Londres.

Virginia no viajó más. En febrero de 1941 terminó la primera versión de Entre actos *y el 28 de marzo se suicidó, arrojándose al río Ouse, cerca de Monk's House.*

Carta a Molly MacCarthy
Hostellerie du Dauphin, Vannes, domingo, 11 de junio

Como ves, los lobos están de *tour* y esta es una ciudad muy agradable, una auténtica aristócrata, como Ottoline o la duquesa de Montrose, comparada con Lewes y Brighton, que son meramente Sibyl Colefax y Dora Sanger. Sin embargo,

no te contaré nada acerca de los druidas y Carnac, o Les Rochers y *madame* de Sevigné. Ya sabes que estoy a medias de su lectura y por eso me encantó ver la *chaise longue* y el orinal, parecido a una sopera, que se llevó a la corte. Pero eso es todo. Los viajeros son unos pesados, y esta tiene una pluma espasmódica —ahora se seca, ahora se estriñe—.

Carta a Vanessa Bell
Martes, 13 de junio, Concarneau

Hemos pasado cinco días en Vannes, también vimos Les Rochers, y llegamos aquí ayer. Vannes es una ciudad muy simpática y digna, con un muelle, barcos azules, viejas murallas, viejas paseando con trajes de terciopelo negro y gorros blancos y, resumiendo, todo lo que necesitas. No diré que Leonard esté satisfecho con la comida. A veces vamos a parar a posadas muy malas. El campo no es estimulante, pero hay bonitas y bajas colinas de arena, grupos de pinos y granjas grises —también maíz de un verde semitransparente que se alza frente al mar—. El mar es, sobre todo, lagos largos. Y Auray es una ciudad encantadora. Cuánto amo los reflejos en el agua —barcos de pesca de un azul líquido, el verde tan verde que parece transformar los demás colores en negro o púrpura—, ¿es una ilusión?

Carta a Vanessa Bell
Bayeux, 18 de junio

Estoy sentada en una mesa en el patio de una posada, celebran la fiesta de San Juan —gitanos bailando, viejos con trajes de terciopelo negro y botones de plata, jóvenes divinos con jubones medievales, chicas bailando, con sombreros de lazos que parecen la torre Eiffel y los habituales tiovivos—. Celebran la medianoche de San Juan —el ruido es infernal—. Y estoy medio achispada. Esta última semana hemos tenido mucha suerte, siempre hemos ido a parar a buenas posadas, y la comida, aunque con muchas conchas y pescado para mi gusto, es tan suculenta que Leonard ha tenido que rendirse. La civilización es asombrosa —todo el mundo es educado, virtuoso, feliz, apolítico—. E incluso me impresionan favorablemente los católicos romanos; esparcen las calles de ramas y flores, y vimos a un arzobispo; un hombre vestido de brocado blanco, bajo un palio de oro y estrellas bendiciendo un barco pesquero, con rosas colgadas contra un mar azul

plomo. Ciertamente, es una gran ventaja tener un motivo para arreglarse. Pero está tan oscuro que no veo. Qué aburrimiento volver a Inglaterra, salvo que estaré más feliz contigo que aquí. También las posadas se vuelven opresivas después de dos semanas. Ahora están encendiendo un gran triángulo de linternas japonesas y debemos recorrer las calles a pie.

Carta a Ethel Smyth
Bayeux, domingo, noche de San Juan, 18 de junio

No, nos mantuvimos al margen de St. Malo y fuimos a Vannes, Carnac, Paimpol, etc., y ahora estamos aquí, en medio de petardos, fuegos artificiales, procesiones religiosas y tiovivos sin fin. El estanquero, que dice ser descendiente del obispo de Dublín, pero no puede acordarse de su nombre, dice que seguirán así hasta las tres. Es una noche de verano, bastante fría, pero, Dios, qué arrebatadores, civilizados y sensuales son los franceses, comparados con nosotros, y cómo libera el alma beberse una botella de buen vino al día y sentarse al sol, e incluso los curas vestidos de blanco bajo palio no me ofenden, sino que me inducen a lamentarme por nuestro pétreo y lúgubre protestantismo… Sí, fui a Les Rochers; también vi Carnac, que es bastante impresionante, como un ejército de viejas lavanderas que emergen de tiempos primigenios, todas con una sábana en la cabeza.

No quiero volver a Inglaterra, pero cruzamos mañana. Un viejo vestido de terciopelo negro con botones de plata está tocando una gaita como los pastores druidas debieron de tocar para las cabras montesas. Y ahora un joven vestido de escarlata medieval ha cogido a una chica que lleva una torre de encaje en el pelo, y están bailando.

Pero va haciendo más frío y estoy medio dormida, después de haber estado en Caen y haber hecho todo tipo de cosas emocionantes. ¿Qué? Bueno, no voy a empezar a escribir una guía de viajes mientras estoy achispada.

---

[35] *The Village in the Jungle* (Leonard Woolf) y *The Voyage Out.*

[36] El 15 de abril, Virginia escribió una carta al PEN Club (el acrónimo *Pen*, que significa «pluma», se forma con las iniciales de *Poets, Essayists*, *Novelists*) declinando la oferta de ser miembro.

[37] Virginia Woolf se refiere a los homosexuales, pues, aunque Duncan Grant (1885-1978) tuvo una hija con Vanessa Bell, Angelica Bell, nunca ocultó entre

su círculo de amigos su homosexualidad y mantuvo algunos romances dentro del grupo de Bloomsbury, como con Lytton Strachey y Maynard Keynes. Entre los miembros de este grupo, a pesar de que entonces estaba penada en Gran Bretaña con cárcel, era habitual hablar abiertamente y con franqueza de la homosexualidad.

[38] Marazion, pueblo de Cornualles, está a unos seiscientos metros de la isla St. Michael's Mount.

[39] Su libro, *Civilización,* se publicó en 1928.

[40] Osbert Sitwell (1892-1969), escritor y hermano de la poeta Edith Sitwell.

[41] El mayordomo de la casa.

[42] Se conoce como las *downs* al conjunto de colinas de piedra caliza que hay en varias zonas de Inglaterra (Virginia se refiere a las de Sussex, donde los Woolf tenían su casa de campo). Tienen poca elevación, no se cultivan y se utilizan para que el ganado paste. Algunas veces forman acantilados, de color blanco, como los de la costa de Sussex y las famosas «rocas blancas» de Dover.

[43] De «*Mongoose*» (Mangosta), un apelativo cariñoso con el que Virginia se refería a Leonard en privado.

[44] Así en el original. Puede ser una errata o, probablemente, estar mal escrito por Virginia, que solía cometer errores con palabras de otras lenguas y también a veces con los nombres de los lugares. Podría ser «*patisseries*» (pastelerías).

[45] Se refiere a la novela de Vita, *Los eduardianos* (1930). Fue el primer *best seller* de la Hogarth Press, con una primera tirada de dieciocho mil ejemplares.

[46] La casa de los Woolf en Londres, en el barrio de Bloomsbury, desde 1924 a 1939. Fue destruida en un bombardeo en 1940. La Hogarth Press estaba instalada en el sótano.

[47] T. S. Eliot.

[48] Lewes era la ciudad más cercana a su casa de campo en Sussex.

[49] Los Woolf ya se habían alojado allí, al volver de Cassis, en abril de 1928.

[50] Arnold Bennett (1867-1931) había muerto en marzo de tifus en París al empeñarse en beber un vaso de agua del grifo, pese a que el camarero le dijo que estaba contaminada.

[51] La hermana pequeña de Leonard Woolf; parece que les recomendó ese restaurante.

[52] Así llamaban Vanessa y algunos amigos a la pareja, jugando con la homofonía de «*wolf*» (lobo) y «Woolf».

[53] Se refiere al viaje a Grecia que hicieron de jóvenes los hermanos Stephen.

[54] Probablemente se refiere a *Flush*.

[55] La perra de los Woolf.

[56] Dorothy Bussy (1865-1960), novelista y traductora, era una de las hermanas de Lytton Strachey. Se casó con el pintor Simon Bussy.

[57] Max Beerbohm (1872-1956) se había instalado en Rapallo en 1910.

[58] Se refiere a la Abadía de San Antimo, situada en la localidad de Castellnuovo dell´Abate, en la provincia de Siena. Se fundó como monasterio benedictino en el siglo VIII.

[59] Su novela, *Las olas.*

[60] Fue el primer título de *Los años* (1937), hasta que decidió cambiarlo.

[61] A D. H. Lawrence lo enterraron en el cementerio de Vence, en 1930, y en 1935, lo exhumaron e incineraron, y se llevaron sus cenizas a Nuevo México.

[62] Cyril Connolly (1903-1974), crítico literario, y su primera esposa, Jean Bakewell (1910-1950).

[63] *Waterville* significa, literalmente, «pueblo de agua».

[64] Hampstead es un barrio de Londres, donde vivieron Keats, Constable, Lord Byron, Galsworthy, Freud y D. H. Lawrence. Tiene uno de los parques más grandes de la ciudad y se caracteriza por sus casas georgianas y calles tranquilas.

[65] Habían rodado el documental *Man of Aran* (Robert Flaherty, 1934), que se estrenó en Londres. Los Woolf fueron a verlo el 23 de mayo.

[66] Se refiere a Jonathan Swift y su entrevista con la que él llamaba «Vanessa», Esther Vanhomright (c. 1688-1723). Leslie Stephen escribió en el *Dictionary of National Biography* sobre Swift y por eso le puso el nombre de Vanessa a la hermana de Virginia.

[67] Jonathan Swift. La placa en latín reza: «*Ubi Saeva Indignatio / Ulterious / Cor lacerare nequit*» y su traducción al inglés. En español: «Yace donde la furia ya no puede herir su corazón».

[68] El jubileo de plata del monarca inglés Jorge V, que celebraba sus veinticinco años de reinado.

[69] *Levée*: en francés, literalmente, «levantado». Puede ser un eufemismo para expresar que el tití estaba excitado.

[70] T. E. Lawrence (1888-1935).

[71] Café Greco, en la vía Condotti.

[72] Carretera de Londres.

[73] Les Eyzies.

[74] *La Princesse lointaine* (1895), de Edmond Rostand.

[75] De George Sand, 1859.

[76] Biografía de William Beckford (1937).

[77] «¿Es un tití? Es un monito. ¿Es peligroso?».

[78] Maynard Keynes. Vanessa había escrito, dando la noticia de que estaba gravemente enfermo.

[79] La perra que sustituyó a Pinka.

[80] Old House, una de las casas medievales más grandes de Inglaterra.

[81] Es un postre parecido al pudin, el original es blanco como su nombre indica, pero también hay variantes con chocolate. Tiene un aspecto gelatinoso y opaco.

[82] Cargo de la Iglesia escocesa.

[83] Donde vivían Vanessa Bell y Duncan Grant.

[84] Julian Bell, el primogénito de Vanessa.

[85] Galleta típica de Escocia que se come en toda Gran Bretaña.

[86] Los *scones* son unos panecillos individuales, normalmente redondos, que se suelen tomar en el té, en toda Gran Bretaña, pero son originarios de Escocia.

ANEXO

Familia

Los Stephen (los tres hermanos de Virginia, hijos de Leslie Stephen y Julia Duckworth)

Vanessa Stephen (Vanessa Bell, tras su matrimonio con Clive Bell) (1879-1961). Pintora. Fue probablemente la persona a quien más quiso Virginia y a quien escribió casi todos los días. Con Clive Bell tuvo dos hijos, Julian (1908-1937) y Quentin (1910-1996), primer biógrafo de Virginia. De su relación con el pintor Duncan Grant nació su hija Angelica Bell (1918-2012).

Thoby Stephen (1880-1906). Presentó a sus amigos de Cambridge a sus hermanas y juntos formarían el núcleo de lo que se conoce como «grupo de Bloomsbury». Murió a la vuelta del viaje a Grecia que realizaron los cuatro hermanos Stephen con Violet Dickinson, probablemente de fiebres tifoideas.

Adrian Stephen (1883-1948). Fue uno de los primeros psicoanalistas británicos, junto con su esposa, Karin Costelloe.

Hermanastros, sobrino y marido

Los hermanastros de Virginia, hijos del primer matrimonio de su madre, fueron George Duckworth (1868-1934), Stella Duckworth (1869-1897) y Gerald Duckworth (1870-1937), editor, que publicó la primera novela de Virginia, *Fin de*

viaje (1915).

Quentin Bell (1910-1996). Hijo de Vanessa y Clive Bell, catedrático e historiador de arte y autor de la primera biografía de su tía, Virginia Woolf, además de algunos libros sobre el grupo de Bloomsbury.

Leonard Woolf (1880-1969). Teórico político, escritor y editor. Amigo de Thoby en Cambridge, donde pudo estudiar gracias a una beca, pasó seis años en Ceilán como funcionario. A su vuelta, retomó su amistad con todos los amigos de Bloomsbury. Virginia se casó con él en 1912. En 1917 fundaron la editorial Hogarth Press. En 1919 compraron Monk's House, una casa de campo en Rodmell (Sussex). En 1927 se compraron su primer coche, que les dio mucha libertad para viajar, tanto por Gran Bretaña como por el extranjero. Virginia tomó clases de conducción, pero no fueron un éxito y él conduciría siempre.

Virginia y Leonard Woolf

Corresponsales, amigos, compañeros de viaje

Katherine Arnold-Forster (de soltera, Ka Cox, 1887-1938). Licenciada en Cambridge, Fabiana y miembro del grupo de los Neopaganos. Fue amiga de Virginia Woolf y de los miembros del grupo de Bloomsbury; después de casarse, se mudó a Cornualles.

Clive Bell (1881-1964). Crítico de arte, uno de los amigos de Thoby Stephen en Cambridge. Se casó con Vanessa en 1907. Aunque su matrimonio terminó a principios de la Primera Guerra Mundial, nunca se divorciaron y mantuvieron una buena relación de amistad toda la vida. Apoyó mucho a Virginia en los inicios de su carrera literaria.

Elizabeth Bowen (1899-1973), novelista y ensayista angloirlandesa. Heredó la mansión Bowen's Court en 1930 (en la que los Woolf se alojaron en su viaje a Irlanda en 1934), que fue demolida en 1952.

Angus Davidson (1889-1982). Traductor y editor. De 1924 a 1929 trabajó como ayudante de Virginia y Leonard Woolf en la Hogarth Press.

Violet Dickinson (1865-1948). Conoció a los Stephen en 1897 y fue la primera amiga íntima de Virginia. De 1899 a 1900 fue la alcaldesa de Bath. Viajó con los Stephen a Italia y París, y posteriormente a Grecia. Quizá fue la primera persona en creer en el talento literario de Virginia y esta, en muchas cartas de las que le escribió, utilizó un tono erótico juguetón, lo que ha llevado a algunos a pensar que hubo una relación sentimental entre ambas, extremo bastante improbable. Después de casarse con Leonard Woolf, Virginia apenas la vio y destruyó sus cartas, pero Violet conservó las de la escritora, que se encontraron tras su muerte.

Roger Fry (1866-1934). Crítico de arte y pintor. Virginia escribió su biografía. Viajó a Grecia con los Woolf, junto con su hermana Margery (1874-1958), que trabajó en la Reforma Penal británica toda su vida.

John Lehmann (1907-1987). Poeta y editor. Trabajó unos años en la Hogarth Press y fue su codirector hasta 1946. Luego fundó su propia editorial, John Lehmann Limited. En 1975, publicó una biografía de Virginia, *Virginia Woolf and her World.*

Margaret Llewelyn Davies (1861-1944). Sufragista, pacifista, y secretaria general del Co-operative Women's Guild de 1889 a 1921. Fue la compiladora de *Maternity: Letters from Working Women* (1915) y editó *Life as We Have Known It* (1931), con prólogo de Virginia Woolf.

Molly MacCarthy (1882-1953). Casada con el crítico Desmond MacCarthy, ambos formaban parte del grupo de Bloomsbury, para cuyos miembros Molly acuñó el término «bloomsberries».

Lady Ottoline Morrell (1873-1938). Aristócrata inglesa, mecenas de artistas e intelectuales. Entre sus muchos amigos se contaron Bertrand Russell, Lytton Strachey, Dora Carrington, Augustus John… Era amiga de Virginia y los Woolf pasaron varios fines de semana en Garsington, su casa de campo, donde en la Primera Guerra Mundial acogió a varios objetores de conciencia (entre ellos, Lytton Strachey y Clive Bell).

Victoria Ocampo (1890-1979). Escritora, editora, traductora, fundadora de la revista *Sur* y mecenas argentina. Admiradora de Virginia Woolf, Aldous Huxley se la presentó en una exposición de Man Ray en Londres, en 1934, y ambas mantuvieron correspondencia. Ocampo volvió a visitar a Virginia en junio de 1939, acompañada por Gisèle Freund, que fotografió a la escritora inglesa. Invitó

a los Woolf en repetidas ocasiones a Argentina.

Lady Robert Cecil, Eleanor (1868-1959). Virginia la conoció en 1903, pero estrecharon su amistad dos años más tarde, cuando la escritora solía ir a tomar el té en su mansión. Compartieron una columna en el *Cornhill Magazine*, llamada «The Book on the Table». Según pasaron los años, rara vez se vieron, aunque mantuvieron el contacto. En 1889 se casó con lord Robert Cecil (1864-1958), galardonado en 1937 con el Premio Nobel de la Paz.

Vita Sackville-West (1892-1962). Poeta y escritora. Vita y Virginia se conocieron en 1922. Mantuvieron un romance entre 1925 y 1929, y siguieron siendo amigas hasta la muerte de Virginia, en 1941. Fue la única persona con la que Virginia hizo un viaje a solas después de casarse. Su amor le inspiró *Orlando* (1928).

Saxon Sidney-Turner (1880-1962). Funcionario. Fue otro de los amigos de Thoby en Cambridge y miembro del grupo de Bloomsbury. Virginia fue con su hermano Adrian y él al festival de ópera de Bayreuth, en 1909, pero posteriormente no frecuentó demasiado su amistad.

Ethel Smyth (1858-1944). Compositora y líder del movimiento sufragista. Se conocieron en 1930 y Ethel, a los setenta y un años, se enamoró apasionadamente de Virginia. Fueron amigas hasta la muerte de la escritora.

Lytton Strachey (1880-1932). Biógrafo y escritor. Amigo de Thoby en Cambridge, fue muy amigo de Virginia, a quien, en un impulso, le pidió matrimonio y retiró su oferta sin que su amistad se viera enturbiada por ello.

William (1865-1938) y Madge Vaughan (1869-1925). Will era primo de Virginia por parte materna y Virginia se hizo amiga de Madge en cuanto la conoció (Vita Sackville-West creía que fue el modelo de Virginia para Sally Seton en *La señora Dalloway*). En 1904 pasó unos días con ellos en su casa de Yorkshire y el matrimonio la llevó a visitar la casa de las Brontë en Haworth. La hermana de Will y, por tanto, también prima de Virginia, era Emma Vaughan (1874-1960).

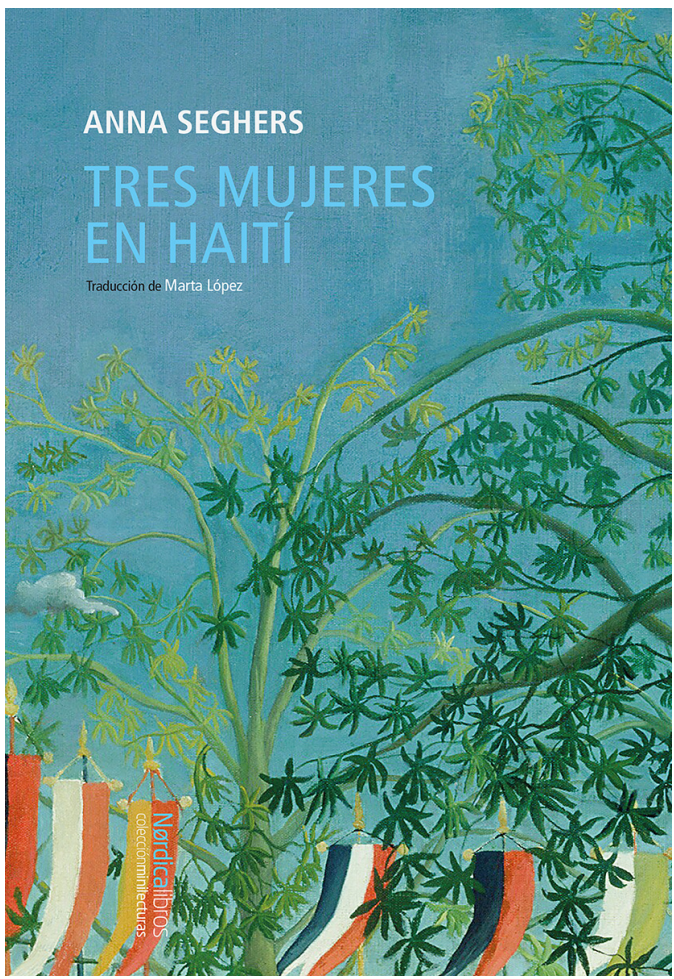
Si te ha gustado

De viaje

te queremos recomendar

Tres mujeres en Haití

de *Anna Seghers*



I

DESENFRENADA FORTUNA

Poemas escogidos, 1960-2005

De Ángeles desenfrenados *(1960-1975)*

OFRENDA

Se me ocurrió un poema al quedarme
dormida anoche, me desperté
con el sol, no me acordaba de nada.

Si era bueno, dioses
de las grandes tinieblas
donde acaba el sueño y acaba
también la muerte, los sin nombre,
como una sincera ofrenda
aceptadlo.

ELEGÍA A RHEGED

Espino helado,
norte gris, colina blanca.
El invierno envuelve
los juncos, los ríos. Todo
está detenido.

¿Quién ha regresado
en la cruda estación
a la tierra natal?
El fuego ardía
aquí. Bajo la tierra helada
y la blanca escarcha,
aquí estaba el hogar.

De todos los hijos
perdidos solo yo logré
regresar. ¡No lo elegí
yo! Yo elegí cantar.
El papel de la alondra,
del bardo. El ala, la voz,
deben bajar, detenerse.
La alondra a la tierra,
yo al hogar
bajo la colina helada.

Mi sangre no es la de un noble
sino la de un siervo
ligado a la tierra.
Detente. Detente.

El viento del invierno
envuelve el ojo, la mano.

¿Quién recordará?
La tierra natal,
la tierra conyugal,
la casa del verano.
¿Quién alabará
el trabajo, la bondad,
la mesa puesta,
el hogar de piedra?

En los días fríos
de finales de diciembre
en el muerto Rheged

solo quedo yo.

El viento del invierno
envuelve la mano, la lengua.
Las canciones se cantan.
No arde ningún fuego.

Pero regreso
a la tierra invernal
tras haber elegido
el arte tosco,
el vínculo de las cosas,
de la piedra, la tierra.
Estoy obligada a quedarme
bajo el espino
helado, junto al hogar
apagado, y cantar.

De viaje

Este volumen ofrece al lector mucho material que no ha sido traducido previamente a nuestro idioma. Su naturaleza es, forzosamente, fragmentaria, pues solo se ha seleccionado todo aquello relacionado con el viaje y no otras partes de sus textos en los que reflexiona en torno de lo que estuviera leyendo, su propia escritura o los «cotilleos» (así los denominaba) acerca de amigos y conocidos, que sabía divertirían a sus corresponsales y, sobre todo, a su hermana, Vanessa Bell. Estos escritos también modifican la imagen de mujer atormentada, enfermiza y depresiva que la ha perseguido (al menos en España) entre los lectores que solo saben que se suicidó.

Virginia Woolf. Autora británica nacida en Londres en 1882. Fundó junto a su hermano mayor y antiguos compañeros de universidad el grupo conocido como Bloomsbury, en el que conocería a su esposo Leonard Woolf. Con él fundaría la editorial Hogarth. Virginia se suicidó sumergiéndose en el río Ouse en 1941.

De la edición y la traducción: Patricia Díaz Pereda
Edición en ebook: mayo de 2023

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19735-31-7

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Eva Ariza, Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
De viaje
Antes del viaje
Virginia Stephen (1882-1912)
Virginia Woolf (1912-1939)
Anexo
Promoción
Sobre este libro
Sobre Virginia Woolf
Créditos